

DE ENTRADA

He aquí, lector, un libro que por creer haber estado siempre escribiéndomelo, para mí, me he resistido durante bastantes años a escribirlo para los demás. Y ahora que, por fin, me pongo a ello, reparo en que, igual que el flujo de la vida misma no se acaba nunca de vivir, así tampoco yo terminaré jamás de escribir este libro. Los que como yo hemos creído que es la literatura lo más real que existe junto a la propia vida, debemos asumir ese tósigo que nos empuja a vestir con los harapos (o galas) de la palabra a los hijos de nuestra fantaseada realidad. Acompaña a la justificación de esta obra la tan antigua creencia de que la vida es un viaje (a terminar) a lo largo de un río (interminable) y en la que, además de lo que nos depara cada chispazo de espacio y tiempo, aupamos asimismo en él, para vivirlo, todo lo que los meandros y tramos rectilíneos anteriores nos hayan ofrecido. Cada momento, así, es la suma de ese punto crucial inédito con vocación de ultimidad, más ello mismo y todo lo demás ya transformado en pasado. El juego de esta metáfora a costa de una de las dos determinaciones categoriales más caras a la historicidad “insustancial” del hombre, el tiempo, convierte a cada uno de los instantes de nuestra personal peripecia en aprendizaje de asíntota imposible.

Opera, además, en mi espíritu la urgencia de librarme del pasado. El tan socorrido brocardo de que “cualquier tiempo pasado fue mejor”, si suprimido su elocuente y hondo contexto poético, encuentra en mi voluntad y en mi estilo la más enérgica e irrenunciable de las contestaciones. Lo menos malo está necesariamente por venir, y si traemos a colación el pretérito es porque nos proporciona la adecuada materia prima con la que hacer de lo literario esa instancia con entidad propia que unas veces cede la preeminencia a lo real, y otras lo sobrepuja. Este principio de lo literario, como genuina aspiración a *ver en el ser* se cohonesto con el componente autobiográfico que informa el nervio de este libro. Si ningún tiempo pasado conviene que sea mejor, cuán certero es eso de

que “todo lo que no es autobiografía es plagio”. Todo lo que no sea la incambiable y magnífica unicidad de la propia experiencia bien puede caer en el saco de la repetición, de la sobre-hechura o del refrito.

Acaso piense el lector menos generoso que, por hablar predominantemente de cosas pretéritas, extender el brazo hacia atrás y hacer recolección de lo que le precede, el autor se conciencia de que su borbotón creador está condenado a menguar a partir de ese momento. Utilizo esta imagen intelectual orteguiana con la deportiva imprecisión que presta el citar de memoria; y especulo sobre el asunto con la presunta venia, que gratuitamente me concedo, de nuestro más preclaro ensayista. Echar el brazo hacia atrás y hacer acopio de lo ido y disperso, puede tanto tener el sentido de indicar mengua de creatividad por venir, cuanto la decisión de instrumentar una plataforma sólida desde la cual discernir intuitivamente aquello que más interese de ese futuro que, por axioma, hemos calificado de “mejor” ó más atractivo.

Si la realidad, en cuanto a su cometido de fundamentar esencialidades, compite con la propia literatura y es, a veces, superada por ésta, escribir comporta, también a veces, la pretensión de asir lo absoluto. Yo, al menos, escribo para poder seguir dando coherencia a lo que me corresponda seguir viviendo. Escribir es, en determinados estadios, luchar a muerte por la supervivencia: sin nostalgias pero, asimismo, sin esperanzas muelles; tan sólo como afirmación e íntimo reconocimiento. Y ante la inminencia de acomodar a este libro en el género literario “relato en prosa”, “prosa acontecer”, aprovecho para compararlo con un vistoso tapiz, el rasgo original de cuya total identificación pudiéramos establecer sólo con tirar de uno de sus terminales hilos. El tema que en esta obra presta su singular aportación y que podría equipararse a ese hilo o cenefa destacada del tapiz, no es otro sino los encuentros con alguna mujer, en todos y cada uno de los lugares, ciudades o parajes que conforman el relato y el discurrir del río de mi obra, de la prosa de mi viaje.

Aclaro desde ahora mismo que en el conjunto de mis encuentros con las “damas” no predomina, ni mucho menos, tal o cual aspecto exclusivo de conducta, si bien algunas de las consecuencias de que un hombre y una mujer (o varias mujeres) coincidan, qué duda cabe que puede dar lugar a lo que, acaso el lector literario menos exigente, o menos imaginativo, considere como más consumible. Si de algo se jacta este libro es de haber intentado probar que el signo identificador bajo el que se alojan las peripecias vivenciales del protagonista no hace sino evidenciar una inagotabilidad de supuestos. Tal vez mi alma, en aquellos pasajes en que lo erótico de inmediatez haya estado absolutamente ausente de la naturaleza del encuentro..., mi alma, digo, haya entrevisto mundos más tentadores y gratificantes, por su seclusión y atipicidad, que los ofrecidos por aventuras de más tradicional y sensorial catalogación.

Por otra parte, es de esperar que el lector se identifique con un buen número de datos que él mismo haya podido comprobar en idénticos puntos del planeta; que no rechace tampoco, en su fuero interno, otros sentires del autor que no repugnen a la visceralidad universal y solidaria de la conciencia; que consienta, en fin, en otorgar su asentimiento por virtual o condicionado que fuere, a las plasmaciones que el autor le ofrece por distinto que sea el enfoque o por irreductible que pueda ser la condición subjetiva que propició dichas realidades. Lo que *Mujeres, lugares, fechas...* reclama de original e intransferible es esa conflagración, tan igual y tan variada, que el protagonista experimenta en cada sitio con alguien del sexo contendiente, con una mujer. Una mujer! ¿Nos hemos cerciorado de que detrás de todos los módulos que integran la urdimbre de la madeja de nuestros actos y de nuestras voliciones hay una mujer, un nuestro “mejor yo”, una potencial y mística teleología nuestra?

Declaraciones así, hechas de principio, le llevan a uno al compromiso agonista de explicitarse, siquiera sea por mor de una ineludible honestidad. Y la explicitación, en mi caso, se ofrece en cápsulas concentradas de reflexiones que tengo prácticamente

asumidas desde siempre. Cumple, lo primero de todo, huir de la generalización en esta categoría de asuntos. Nada más tedioso ni más inútil que se nos reclame nuestro parecer, respecto de *la mujer* de tal o cual país; de este o de aquel hemisferio; de una u otra zona del planeta. Sin descartar, como mera comparsa de discurso, la posibilidad de aventurar alguna característica envolvente y vagamente globalizadora, la verdad rigurosa es que mi respuesta es, siempre, más o menos esto: “Si me preguntáis por la mujer norteamericana en conjunto, os diré que, a pesar de haber consumido allí los diez años probablemente más cuajados y menesterosos de mi vida... no conozco a tal mujer. Algo te podría decir, eso sí, de Susan, de Barbara, de Mary... etc. Pero la mujer norteamericana, eso... eso, pues no lo conozco”. Fundamentar nuestras tesis sobre criaturas concretas, para auparnos de ahí a plataformas más generales, y no el procedimiento a la inversa, me parece el primer precepto de pudor y de hombría de bien para no envilecernos nosotros mismos ante cuestión tan enaltecedora.

Dicho principio me ha venido imbricado irremisiblemente con otro de personalísima estética: y es que no concibo ir por la vida, en nuestro trato con las mujeres, si no es de anti-héroe. La actitud contraria, que ya en mis años mozos me propiciaba desconfianza y, cada vez más, acuciantes reservas, en este tramo de la madurez existencial nos ha llegado a producir a algunos, náusea, integral caquexia. Me refiero, por supuesto, a la modalidad del “conquistador” aprovechado, parlanchín incontinente y profesional, que mediante la instrumentación indiscriminada de su impúdica disponibilidad (cortinones de humo a su mental enanismo) se supone decidido a abaratar los quilates de la gran peripecia del espíritu.

No he rogado *nunca* a ninguna mujer. Quiero decir que no he tratado de pasar de contrabando a los haberes de mi auto-afirmación o complacencia ningún goce o favor que no haya venido de ellas con conocimiento y libertad. Este comportamiento, o cuando menos, voluntad de comportamiento, es claro que no encuentra reciprocidad

compensatoria bajo ninguna especie de bien contable, o mensurable realidad, o cosa alguna determinada que signifique enriquecimiento, o lleve consigo promoción, o mucho menos, efecto hermoseador externo de nuestra personal entidad. Este estilo de actuación, este talante, proporciona un inmenso aplomo, una desbordadora paz galáctica, de forma que, a quien tan piadosamente ha confesado su rechazo a pescar con malla de calibre ilícito en el piélago de los favores femeninos, le permite en justa contrapartida ponderar con serenidad viril los casos concretos de desidia e insolidaridad que nuestros presuntos y fallidos “mejor yo” hayan protagonizado por carencia voluntaria y consciente de imaginación. En la formidable aventura del vivir a dos bandas, en este delicado mar de la relación donde la otra orilla se nos muestra integrada necesariamente por mujeres, me parece una pueril injusticia aplicar extensiva o analógicamente norma alguna. Los que hemos atesorado una dilatada – y dolorosa – formación jurídica sabemos que, cuanto más personal sea el supuesto al que va dirigida la norma, menor es la virtualidad de que existan dos casos cualesquiera idénticos. El concretísimo drama que es nuestro encuentro con cada mujer supone una laboriosa reconstrucción de la Historia, de la personal y excluyente humanidad de cada uno. Lo cual quiere corresponderse con lo que afirmé más arriba: yo confieso desconocer palmariamente lo así llamado “la mujer americana”..., “la mujer thailandesa”..., “la mujer andaluza”..., sino, en todo caso y con un mucho de suerte, a Susan..., a Oi..., a Angustias... etc.

En este carnaval de imputaciones en que, por ráfagas, se transforma el desempeño de cometidos entre mujeres y hombres, confieso que no haber pescado “al robo” ningún favor femenino justifica la descalificación que, sin reservas y con toda propiedad, hago de cierto tipo de criaturas que, mal educadas y peor informadas, pretenden introducir una torpe orquestación de elementos descoyuntadores allí donde primar debieran la armonía equitativa y el respeto como religión. Me he impuesto una clave convencional, casi tradicional, de compostura expresiva para este “pórtico”. Por ello, aunque a las tales prójimas la sabiduría del arcano popular les ha

colocado como vitola una denominación bimembre que compendia en económica síntesis una plasmación de semiótico rigor, la versión rebajada que aquí sugiero en apoyo mío es la de “mujeres - saca - de - quicios”. Que yo conozca, por un solo supuesto del así llamado “acoso sexual” infligido por varones, puedo dar testimonio de diez casos de hembras que, en su particular descarrío, se dedican a dinamitar lo que debió ser el primer paradigma edénico.

Digo que persigo la eutimia psicosomática, la cuota de equilibrio cósmico que por mi trato concreto con una mujer, a mí, a mi yo específico le corresponda. A lo hecho, pecho. A lo hecho, contraprestar una cuantificación en sufrimiento o goce equivalente a la que en su caso nos propicia la única mujer de nuestro momento, y que pase a formar acopio de nuestro eterno patrimonio. Con todas las mujeres de mi vida he percibido vivísimamente que se intercambiaba algo de mi yo, de mi flujo empático, de mi irrenunciable vocación de seguir siendo. Y en todas ellas, aun en las – por desinformación – más subjetivamente perversas, he buscado a través de sus solicitudes la gratitud munificente de sus dádivas. Cuando las fuerzas negativas del cosmos configuraron mi circunstancia, o cuando un ramalazo de tibieza en mi hombría de bien no me permitió estar a la altura de mis propias exigencias, bien sé que lo he pagado en otro momento con altísimos intereses; y sé que por los medios coercitivos más eficaces he restituido con creces al mundo la proporción de armonía que en mi torpe actuación le sustraje.

Escribir un libro así es, pues, una escuela abierta, sobre la marcha, de descubrimientos y de valoraciones respecto de mi alma; es constatar con abrumadora y sostenida evidencia que idéntico celo intensísimo he desplegado cuando de proporcionarme compañía gratificante se trataba, como de zafarme y rehuir situaciones envilecedoras. Esta vivencia se integra en mi voluntad de justicia, en mi obsesión por el hecho de que el conjunto de logros y concesiones que nos depare el mundo, iguale a los reintegros que nosotros le hagamos. Hemos venido desnudos a la vida, y nos hemos de ir en paz.

Mujeres habrá que en su particular esquema cosmovisivo, y ante este libro, alberguen la cándida creencia de haber merecido la patrocinación de un pasaje. Y a la inversa, habrá quienes nunca hayan sospechado haber sido ni ocasión ni, mucho menos, causa de algunas de estas páginas. Y aquí sí que el autor cree estar tocando fondo en lo relativo a captación de esencias. La historia de nuestro planeta que en su grandeza y servidumbre ha registrado tanto artilugio y etiquetado tanto invento, hay que conceder que no ha echado aún a andar por el camino que condujera a la confección de una máquina admirable con la que medir la substancia de que están hechos los estados de ánimo y las instancias operativas del pensamiento. Decir a ciertas mujeres que una brizna, un conato de gesto, un síntoma de sonrisa cómplice, el esbozo de un ademán dirigido a nosotros puede condensar la historia del mundo, de nuestro mundo, y que puede ondear enseña de eternidades..., me temo que está abocado al mismo grado de entendimiento que una conversación entre un chino y un griego, cada cual desde la incommunicable plataforma de su discurso.

Y no somos nosotros, los hombres, los que menor cuota de mortificación obtenemos por la comprobación de tales extremos. A veces la orquestación contingencial nos juega la trastada de presentarnos como de esencial relevancia lo que el alambique discernidor del tiempo y de la perspectiva se encarga de arrinconar en el apartado de las cosas vulgares. Vulgares. Que tristísima y acibarada palabra ésta que el alma, muchas más veces de las deseadas, debe llevarse a la boca como única realidad nutritiva. La sola acción capaz de restituir nuestra dignidad en semejantes trances es la confesión; o mejor, la contrición que el reconocimiento de nuestra pérdida de la perspectiva acarrea. Porque respecto de los materiales preservados en el arca de las esencialidades más devotas al alma mía, con los que precisamente quiero conformar la nómina lírica de este libro, ¿qué mayor mortificación puede haber a los materiales indignos, pregunto, que no merecer ser incluidos en el mismo libro?

Hace bastante tiempo que dejé de llevar la cuenta de los países que iba añadiendo a mi relación. En el instante en que esto escribo deben de pasar de sesenta, pero este dato es, además de engañoso, perfectamente inútil ya que bien podría tratarse de los más de doscientos considerados soberanos. Pocas cosas cambian tanto con los años como la cosmo-bio-patología y el talante viajeros. Por un lado, si hace, digamos, unos cuantos lustros..., o mejor, si algún tiempo antes de la desaparición de nuestro gran autócrata, viajar a ciertos lugares suponía dar esquinazo al infamante “válido para todo el mundo, *excepto...*” de nuestros pasaportes, hay que conceder que con pasaporte español se puede ir *hoy* a todos los sitios, y aun con la ventajosa y cómoda asepsia de no pertenecer a un Estado que mantenga irreconciliable incompatibilidad respecto de otros Estados o bloques. Muy atrás quedó el divertido funambulismo de los visados bajo cuerda, obtenidos desde terceros países, para viajar a los lugares tasadamente vetados por el vergonzoso “excepto” de los documentos de marras. Esto, como digo, de una parte.

Pero donde más se patentiza el estrecho consorcio que con las leyes de la vida sostiene el viajar es en el sistema discriminante que inevitablemente vamos fundamentando. Hay países que nos imantaban desde chavales y que, tan sólo después de una visita, dejamos estacionados para siempre en la vía muerta de nuestra experiencia. Hay países a los que quisimos y hubiéramos podido ir en su día, pero que no nos dejaron por los ya mencionados imponderables de geopolítica, y que la posterior dinámica de nuestra predilección ha ido postergando más y más por la trama de fobias que los atosigantes medios de información de masas nos han permitido forjar sobre ellos. Son en definitiva, países a los que nunca iremos por no haber coincidido “su” momento con el nuestro, y porque pueden haber quedado definitivamente fuera del organigrama potencial y aleatorio de nuestras preferencias. Hay, asimismo, países repetidos y repetibles. Cuando la parábola vital ve consumida una buena parte de su curso, los gustos se atrincheran y la franja de opiniones y de variables se va estrechando y radicalizando cada vez más; queremos, en una palabra,

no matar la aventura, por supuesto, pero sí ir en cierta manera sobre seguro, no exponiendo, por lo menos, tiempo, flujo linfático y dinero en lugares que ni siquiera hayan propiciado nuestra intuición curiosa de viajeros. Hay también países que – siempre en cuantificaciones comparativas – encarnaron “modas” o proclividades irresistibles, si se combinaba el exotismo extremo que inspiraban con el componente complementario del potencial visitante: Tal es el caso de la Escandinavia que yo intenté triturar, colocando nada menos que cinco viajes entre finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. Y todo porque las así llamadas “focas rubias de los fjordos”, según la nomenclatura hiperbólica del racial ibérico al uso, encarnaban la más genuina y más última Thule para nuestros legítimos desasosiegos y aspiraciones de ideal.

Desde el año 1953 en que celebré mis primeros oficios con “el extranjero”, no he dejado de hollar países, sitios y lugares, ciudades, parajes y paraderos, hozando por ellos tanto con lírica glotonería como con ascética circunspección, pero dejándome en ellos, *siempre*, las claves de mis desvelos y de las cotas de eternidad a que siempre también han querido apuntar mis realizaciones. En algunos de estos países he vivido durante años por conveniencia laboral (Canadá, los EE.UU. de América); a muchos otros los he visitado una y otra vez, bien por decoro y responsabilidad profesional (como Gran Bretaña); bien, porque su ideal tantalizante parecía tan inacabable como inasible (como Escandinavia); o porque en ciertas latitudes temperamentales su estilo cosmovisivo y su oferta se han adecuado perfectamente a uno en un determinado momento (como Chile; como Brasil, como Tailandia); o bien porque al no dejarnos entrar sino tan poco a poco en el arcano de sus gentes, se hacía imprescindible una sucesión de visitas (como la URSS). En el resto de los casos, un impulso de telúrica aventura (en su más ortodoxa acepción) es lo que ha justificado mi encontrarme en puntos pertenecientes a los ocho cuadrantes del globo terráqueo: sean los territorios de negritud del Africa Occidental (sobre todo, a lo largo del Níger); o las aguas con temperatura de caldo y limpidísimas de las

Islas Maldivas, en el Indico; o las interioridades de la jungla despejada de Kampuchea (Camboya) donde se emplaza el Angkor Wat; o la compañía mayestática de los monigotes gigantescos (moais) de la Isla de Pascua, o la de las miríadas de lagartijas e iguanas de las Galápagos, todas ellas en el Pacífico; o el turbulento río Mekong en las recatadas y hasta auríferas entrañas de Laos; o la trepidación de los doce millones de habitantes de la muy tradicional, confucionista y coreana Seoul; o el exotismo cercano de Albania cuando el “proyecto de vida en común” de este país (hablo de 1981) podía considerarse como una de las realidades sociológicas más apretadamente disparatadas (e interesantes, al mismo tiempo, para un estudioso como yo) de todo el Occidente, etc., etc.

El mundo está siempre ahí fuera, esperando que nos zambullamos en él para con él comulgar, y auparlo, y asumirlo, y colocarlo en el ara más fragante de nuestros corazones en ofertorio. ¿Por qué no colmarlo de alma, animarlo, con la presencia de una mujer, imaginada o real?

Pepita: Playa de San Juan (Alicante), 1948 - 1949

Fue por los veranos de 1948 y/o 1949. Un lejano pariente de mi madre, el tío Daniel, era propietario de un chalecito, “Villa Isidro”, un poco más allá del Hotel Costa Azul, mirando desde el comienzo de la línea de playa en dirección hacia arriba, hacia Campello. Se había concertado ocuparlo con mi familia durante alguno de los meses de verano en que el tío Daniel lo dejaba libre.

Si, como creo, era por aquellos años, correspondía a los once y doce de mi adolescencia, justo cuando terminaba los cursos segundo y/o tercero de bachillerato respectivamente. Lo que sí recuerdo es que mi padre nos había comprado una bicicleta nueva a mi hermana y a mí, una bicicleta de personas mayores que sustituía a las primeras en las que aprendimos a “montar”, yo a los seis años, y que llevaban puestos unos tacos de corcho en los pedales para suplementar nuestra parvulez. Mi padre, mi hermana y yo nos llevábamos a la playa las bicicletas que previamente había que facturar en el tren. Los ferrocarriles de entonces, sin embargo, guardaban más proporcionalidad con la época y con las exigencias de los usuarios que, digamos, treinta o cuarenta años más tarde. El tren no dejaba de ser una calculada peripecia, desde el encargo y obtención de billetes, hasta el propio viaje. El procedimiento se descomponía en este orden de fases: ir montados en las bicicletas hasta la estación; llevar hasta allí a mi madre, junto con los equipajes, en un transporte local; facturar y colocar las bicicletas en un vagón al efecto..., y subirse al tren.

Yo había conocido el mar uno o dos años antes, en Valencia, que visité con mi familia con motivo de unas Fallas. No olvidaré el pánico que me acometió al iniciarse la “mascletá”, que vino a dar conmigo, hecho un reguño, bajo un velador de aquellos redonditos y con superficie de marmolina. Pero Alicante era distinto. No era ya el mar en esa dimensión iniciática del “zalasa, zalasa” anabásico y/o proto-histórico, sino la complacencia respecto de tan naturalísima

realidad en tiempo de vacaciones.

Nuestro viaje de tren lo hacíamos de noche y ahí quedan para curtimiento permanente las doce, catorce o las horas que fueren de duración. En aquellos compartimientos de 2ª en que la clase media solía viajar (y tal era nuestro caso), los chavales ni dormíamos ni dejábamos dormir a los demás, y éramos objeto de las reconvenciones y hasta de los consabidos castigos corporales (bofetadas y fustazos) por parte de los mayores.

La llegada a Alicante tenía como primera providencia la inspección del estado de las bicicletas. No era de extrañar el desperfecto del radio roto, o del manillar torcido, producto del cuidado negligente de los manipuladores de turno. En el momento en que esto escribo (transcurridos ya más de cuarenta años) no puedo precisar el tipo de transporte de que nos servíamos para trasladar a mi madre y al equipaje desde la estación hasta el chalet. Uno de los veranos juntaron su vacación con la nuestra una señora de Alcalá de Henares, doña Vicenta, muy amiga de mi familia, y su hija Carmen. Así –se pensaba entonces– copábamos el compartimiento de seis plazas en el tren, y el chalet, aunque con holgura, también se ocupaba a tope. Supongo que doña Vicenta y Carmen acompañaban a mi madre en su trasladarse hasta la playa. Los demás, es decir, mi padre, mi hermana y yo, nos desplazábamos en bicicleta. Antes de ponernos en marcha hay que reseñar a los maleteros que, bien en cuadrilla o más bien, y casi siempre, por libre se ofrecían al transporte, a lomo pelado, de la impedimenta hasta el taxi o el autobús. De la época a la que me estoy refiriendo eran las maletas aquellas aguerridas, de cartón piedra, con conteras de chapa de hierro (o acaso de latón) en los vértices tri-laterales. Algunos de estos forzados menesterosos se daban maña a transportar hasta tres maletas: una, al hombro y sujeta con el brazo correspondiente; otra, amarrada con una cuerda o correa y pendiendo del hombro, en bandolera; y otra, colgando de la otra mano, en un alarde de pundonor que a mí me dejaba sacudido de pasmo.

Por aquel tiempo la Playa de San Juan era uno de los parajes más terriblemente áridos del mundo que yo conocía. Recuerdo que uno de los primeros edificios lo constituía el Hotel Costa Azul, ya mencionado; y más adelante se hallaba el Hotel Playa; y creo que había un tercero que quiero recordar se llamaba Mediterráneo. Dichos Hoteles, y eso es lo que quiero subrayar, eran los verdaderos oasis de esa - por otras consideraciones - magnífica playa que arrancando casi desde la base del Cabo de las Huertas, estiraba su persistente esbeltez hasta Campello. En el punto de bifurcación de la carretera general a Valencia se encontraba el pueblo San Juan, mientras que la playa propiamente dicha estaba atravesada por una carretera comarcal que partía desde las afueras de Alicante capital y se unía en Campello con la vía hacia Villajoyosa y toda la costa; y tatuada, asimismo, por un ferrocarril de vía estrecha corriendo paralelo, casi yuxtapuesto, a dicha carretera, hasta Denia, y desde allí, ladeándose, a lo largo de la comba de raja de melón del Golfo de Valencia.

La vida del veraneo se acompañaba de las típicas amenidades, todas ellas en un tono acusado de rusticidad y gestión doméstica. El abastecimiento de agua potable provenía de un pozo en el interior del chalet que se regía por un sistema de bombeo accionado por una palanca desde la cocina, donde se encontraba la boca del pozo. Aquello de trabajar el músculo para extraer agua tenía mucho de ingenuo y de deportivo, como lo tenían las ejecuciones gimnásticas del trasiego manual de la gasolina en las estaciones de servicio. La extracción del agua, como digo, tenía algo de rito, de todas maneras, y además, toda aquella estructura de rusticidad costumbrista propiciaba aconteceres agridulces: un día, en mitad de la esperada escaramuza de determinar a quién le correspondía darle a la palanca de entre los jóvenes, cayó un trapo de cocina, más bien sucio, al pozo, y desde entonces nos estuvimos refiriendo formalmente al “agua trapense”.

La Playa de San Juan, insisto, era por aquellas calendas un riguroso erial. Mi padre, mi hermana y yo solíamos ir a Alicante en bicicleta a hacer la compra de los productos y vituallas que no se

podían obtener de los proveedores de a pie y en carro que operaban en la línea de playa, sobre todo con productos frescos (frutas, verduras, legumbres) de Campello y áreas vecinas. Íbamos y volvíamos en bicicleta, lo cual constituía un paseo de cerca de veinte kilómetros que, en último caso, funcionaba de espoleta a nuestra codicia por llegar, ponernos en traje de playa y hartarnos de mar. Pero lo que en aquel paseo en bicicleta de ida y vuelta a Alicante ha quedado más decididamente fijado en mi conciencia era la contemplación de unos enanos marrones, trabajando con pico y a pleno sol las paredes de los farallones de roca de las canteras a la salida de Alicante y camino de San Juan. Como cíclopes menguados por el efecto de la distancia, aquellos seres formidables, portando un sombrero (supongo que de paja) por toda protección, y ejecutando el rito de alzar y dejar caer el pico en las hendiduras celosas y apretadas de la pared de piedra, han representado en el teatro de mi memoria el papel de anónimos telamones descascarillando el soporte de su propio basamento. Su piel, del color de las chocolatinas, parecía haber encontrado el antídoto justo contra los efectos del sol. Eso eran las canteras de Alicante.

La vacación, por otra parte, se llenaba de holganza activa. Unas veces, excursiones en bicicleta a Campello; otras, calas de más penetración hasta Calpe y el Peñón de Ifach, de las que sólo traíamos la paliza resultante de viajar en un medio mecánico como el trenecito de vía estrecha, incapaz de lograr celeridades de más de 15 - 20 kilómetros a la hora. La comida, preparada de antemano y transportada, se acababa de complimentar en algún sitio que no satisfacía a todos nunca, lo cual acarrearba la desaprobación de dichas salidas por parte de algunos de nosotros que preferíamos quedarnos en “nuestra” Playa de San Juan.

Ocurrió uno de aquellos días que alguien comentó la profusión de cangrejitos diminutos que se escondían debajo de las primeras capas de arena inmediatamente empapadas por el romper de la olita. El sistema era bien simple: se pisaba en el trozo de suelo acabado de batir por la ola en retroceso y si se percibía un pequeño promontorio o

queiebra de la superficie, con burbujas incluidas a veces, era indicio inequívoco de la existencia de un cangrejito debajo. Me aficioné tanto a dicha actividad que, provisto de un bote, me levantaba temprano por las mañanas y en un recorrido de un par de kilómetros entre idas y vueltas, no bajaba nunca de cien piezas conseguidas. Andando el tiempo, y ya de mayor, con buena parte de la inocencia asediada, supe que esto (de haberlo podido aderezar con la recogida de despojos) equivaldría al menester que en inglés se entiende por *beachcombing*, sólo que a lo espontáneo y a lo niño.

Había una familia de vecinos con la que recuerdo que hicimos cierta amistad. El padre era médico, igual que el mío, y los chicos quiero creer que eran muchachos serviciales y bien educados. Un día, sin embargo, descubrí que una niña a la que llamaban Pepita no pertenecía a esa familia sino a otra, que asimismo ocupaba un hotelito de las cercanías. Pepita. Exploraba yo por entonces las fronteras, los bordes y los contenidos de la palabra *amor*. Me había asomado a las *Rimas* de Bécquer, y había sorbido con inédito pasmo algunas secuencias del *Azul...* rubeniano. Mi alma sólo conocía las músicas celestiales que ella misma se confeccionaba. Pero, ¿es que podría haber sido de otra manera? Pepita, a través de nuestros amigos se hizo amiga de todos nosotros. Me esfuerzo por recordarla: castañita, con inclinación incipiente al rubio; la quiero visualizar con un corpiño, mitad blusa, mitad traje de baño, de listones amarillos, blancos y verdes. Llegaba, saltaba, decía alguna frase amable a mis padres y luego, muy luego de todo, parecía reparar en que yo existía, hacedor anónimo y callado de fuegos de artificio. No me atreví a pronunciar su nombre dirigiéndome a ella: requería alguna instancia intermedia...

Bien, ¿qué más cabe en esta historia de alba de adolescencia? Experimenté las convulsiones y latigazos de la primera sangre rebelde, concienciado del encono y de la peripecia reinante; de la linfa que pugna por maridarse en otra. Conocí los primeros relámpagos sostenidos deslumbrándome el horizonte de mi cielo. Una vez, una

sola y única vez, una vez irreplicable e imposiblemente bella en que Pepita pasó a nuestro patio y acodada en la valla de madera se puso a mirar el mar, me acerqué por su espalda... Ella se volvió, me miró, me concedió graciosamente que yo divisase el mundo por encima del promontorio de su dorado hombro, y se volvió a reintegrar a su contemplación del mar, allí mismo, enfrente.

¿Primer amor? Nunca se sabe. Uno de mis primeros amores, sí, desde luego.

Más de veinticinco años después, y para cumplimentar una invitación de la que siempre llamamos tía Emilita, visité de nuevo, con mi madre, la Playa de San Juan. Pensando en Pepita me dije: ¿Qué habrá sido de ella? ¿Le correspondería verazmente ser mi primer amor?

Sally: Ipswich (Suffolk, England), septiembre 1953, 1964 - Blanes (Gerona), 1960

La cosa venía de bastante antiguo, nada menos que de 1952 en que, durante unos días de descanso en El Paular, mis padres habían conocido a un matrimonio inglés, Reginald y Hilda Dixon, de turismo por España, y que en ese momento también se hospedaban en el monasterio. Aquel contacto fortuito y escueto llegaría a fructificar con los años en una amistad inasequible ni a la mordedura del tiempo, ni al óxido de la constatación, ni a la pacotilla de la chapuza. Aquella amistad, protagonizada en un principio por mis padres, cobró, ya de mayor yo, y para mi vida entera, una de las más frondosas, estupendas, enriquecedoras, significativas y memorables densidades de experiencia con personas de habla inglesa.

Los Dixon estaban asimismo en España en 1953. Reginald recogía documentación para un magnífico y entretenidísimo libro de viajes y turismo *Spanish Rhapsody* que saldría a la luz en septiembre de 1955 y que, como veremos, reflejaba con nombres trucados una variedad de escenas tenidas lugar en nuestra casa de Alcalá de Henares y con los componentes de mi familia (incluida mi abuela materna). En aquella época Inglaterra era la primera potencia europea, y los españoles empezábamos a dejar de quitarnos la miseria a puñetazos pues, si mal no recuerdo, el visto bueno a la construcción de las Bases aéreas U.S.A. en suelo español se concertó en 1953. Los Dixon viajaban en un Ford Consul que para nuestros niveles económicos nos parecía entonces una joya de potentados.

El verano de 1953 guardaba para mí una entidad primordialísima y excluyente de cualesquiera otras consideraciones. Era nada menos cuando nos examinábamos “libres”, de 7º y último curso de Bachillerato en el Instituto de Alcalá de Henares. ¿“Libres”? Pues sí, *libres*, porque los que habíamos cursado toda nuestra Segunda Enseñanza en el Colegio San Ignacio, al cambiar éste de Dirección, ya transformado en Colegio Santo Tomás, tuvo que esperar el tiempo

reglamentario para merecer lo que en aquel tiempo se llamaba “ser reconocido oficialmente”; o sea, tener autorización y potestad para examinar a sus propios alumnos. La transformación de San Ignacio en Santo Tomás acarreó inevitablemente la defección (realista y práctica, por otra parte) de algunos padres, medrosos de que las posibilidades de aprobar de sus hijos quedaran mermadas.

Así que hubo que prepararse para actuar ante quienes no le conocían a uno ni podíamos suponer que se encontraran en el estado de ánimo de concedernos gratuitamente el beneficio de la duda. Pasamos el trago del séptimo curso defendiéndonos como pudimos con aquello del “límite del cociente de incrementos cuando el incremento de la variable tiende a cero” (derivada), y con algunas nociones más, respecto de las cuales mi incapacidad de “ver” me privó a buen seguro de haber llegado a ser un, tal vez, portentoso matemático, cuando es el caso que mi cerebro está egregiamente dotado y pertrechado para la captación de la metáfora. Pasamos, como digo, el séptimo curso “libre” y asimismo pasamos el Examen de Estado, última remesa del Plan de 1938, y a eso del 10 de julio de 1953 heme convertido en todo un Bachiller, con derecho a *don*.

Mi padre decidió que todo lo cual podía justificar una vuelta por Inglaterra, accediendo a la magnífica invitación de los Dixon a estar con ellos en su casa del Condado de Suffolk, cerca de Ipswich. Aquello me daría una oportunidad de oler de cerca el idioma inglés, hablado y entendido por los nativos. Por aquel entonces, con mis 16 años, llevaba yo tres cursos recibiendo en el colegio enseñanzas de la lengua inglesa, amén de unas clases particulares que mi padre, con buen tino, se había empeñado en que me administraran, intuyendo el que “eso del inglés” podría dar juego. Ni que decir tiene que tales conocimientos no iban más allá de saber traducir textos sencillos, y que en lo tocante a hablar... pues estaba uno a muy poca distancia de la línea absoluta de salida; o sea, competencia cero.

Partí en coche, para Inglaterra, con el matrimonio Dixon un día de la segunda quincena de septiembre de 1953. Hicimos de un tirón Alcalá de Henares - San Sebastián y allí nos hospedamos en el Hotel Londres. Recuerdo a San Sebastián como una ciudad con empaque, con turismo conservador, selecto, y más en aquellos años. Estuvimos sólo la noche de llegada. Al día siguiente y antes de aprestarnos para seguir de viaje y atravesar parte de Francia, Reginald y yo, muy de mañana, bajamos a la playa con el fin de darnos un baño fresco y tonificante. Reginald, por extranjero, y yo, por joven iconoclasta, normalmente ajeno a tópicos fetichistas de moral de coyuntura, el caso es que por pretender efectuar un cambio en el atuendo que traíamos, recibimos ambos una reprimenda de un guardia vigilante. Nunca lo supe y nunca lo sabré del todo. Me pareció entender que a la playa había que bajar totalmente cubierto; que el protocolo exigía que en la playa sólo podía uno desprenderse del albornoz o sobretodo del tipo que fuere, y salir de la playa hacia el hotel totalmente cubierto; pero que en la playa no se permitía ningún tipo, por leve que fuera, de cambio de ropa...

Ese mismo día nos dirigimos hacia la frontera de Irún y nos empezamos a adentrar en Francia. Guardo ese tópico pero imborrable recuerdo de Las Landas, larguísimos lapiceros de asfalto, flanqueados de pinares, cuidados, uniformes, limpios, frondosos, no sin que antes, al atravesar la localidad costera y turística de St. Jean de Luz y dejar la de Biarritz a la izquierda, mis ojos que estrenaban avideces no se hartaban de contemplar la mayor cantidad de superficie descubierta de piel femenina en las bañistas, cotas que nosotros tardaríamos tres quinquenios más, toda una generación, en alcanzar, allá bien entrados los sesenta, con los gobiernos tecnócratas y el desbloqueo de la España episcopo-inquisitorial, ante las divisas saneadoras provenientes del turismo. En Bordeaux, el puente sobre el Garona (La Gironde) y sin parar de hacer kilómetros, a una media de unos 100 a la hora sostenidos. Luego Angouleme, y más kilómetros de carreteras rectas, limpias, civilizadas. Luego, Poitiers y por último Tours, final de la jornada.

Desde aquella primera salida al extranjero, bien tengo aprendido que los países huelen, las culturas se palpan y se asumen tanto vía conciencia como vía cutánea, transpirante. Y si el paisaje, el ámbito de los espacios exteriores de Francia me pareció una realidad primorosa, concorde, plácida de equilibrio y colorido conformes, los ambientes cerrados que me tocó experimentar, los del restaurante y el Hotel donde pasamos la noche, me recuerdan otra cosa. Olía todo a viejo, a huraño, a avariciosamente conservado para cumplir con el mínimo de comodidad el cometido que de ello esperasen los visitantes. Vagamente recuerdo que nos sentamos a cenar en una estancia semi en penumbra; que una señora con ceremoniosidad de pacoilla nos sirvió una sopa y algo más, y que nos acostamos. A partir de ese primer viaje mío al exterior, y a lo largo de todo mi posterior rodaje, aquella ley de los comportamientos eco-ambientales se ha ido adensando y fortaleciéndose en sistema, en coherente secuencia de realidades comprobadas hasta formar eso con lo que acabo de identificarlo: ley. Si en España las gentes se desvelan por mantener los espacios de sus bio-topos, de sus habitats o sitios donde viven, limpios, aseados hasta límites obsesivos, y sin embargo se comportan con el más encanallado de los envilecimientos con los espacios del exterior, hasta convertirlos en muladares con la más criminal de las indiferencias... , en países como Francia y el Reino Unido de Gran Bretaña, por ejemplo, y los primeros en mi escrutinio de viajero aventajado, la ley se manifestaba conforme al parámetro contrario: mientras que los lugares públicos, carreteras, parques, calles, etc., mostraban el acicalamiento y el cariño de una población que instrumenta la cultura de la convivencia en civilidad adelantada, las moradas interiores de los particulares dejaban mucho que desear; y aun los hoteles, lugares semi-privados o semi-públicos, según (como a la botella semi-llena o semi-vacía) se les mire, adolecían de falta de atractivo y aparecían a mis ojos algo sucios, poco acogedores, con un puntito de sórdidos. De todo esto, de la cultura de los países y de la axiología de los olores hablaremos en más de una ocasión.

Al día siguiente continuamos el viaje, en dirección a Le Havre, donde tomaríamos un ferry hasta Southampton. Chartres nos ilustró con su catedral antológica, divisada e incorporada desde el coche a la estancia de los sentidos. Luego pasaríamos por Rouen y, ya para el anochecer, alcanzaríamos el muelle de Le Havre. Compartimos nosotros tres el mismo camarote, y yo me encaramé a la litera de arriba. Creo que fue mi primera travesía en un trozo de mar considerable, y desde entonces no he dejado de sentir síntomas equiparables de mareo y aversión por los barcos. Lo que sospecho que me produce el terrible malestar es el olor como a guiso raro, a pintura descompuesta, a calor avinagrado. Pronto se sistematiza la cadencia del oleaje y las secuencias de los cabeceos y de las remontadas del barco. Aquella fue una noche horrible: aguantando el mareo, aguantando las ganas de mear, aguantando el no poder dormir y entreteniéndome ascéticamente con el cómputo de los rechinamientos quejumbrosos del ferry y los desplazamientos a que mi cuerpo, como un rodillo suelto, se veía sujeto en la cajita de mi litera.

Llegamos a Southampton por la mañana y puse pie en Gran Bretaña, como digo, un día de la segunda quincena de septiembre de 1953. Aquello sí que era otra cosa. Inglaterra, desde siempre el ente más preponderante y medular del Reino Unido (hasta el punto de identificar el todo con dicha parte), con Churchill de Primer Ministro, disfrutaba años de solidez y de prosperidad, más que nada en términos relativos. El paisaje inglés, la urbanización inglesa nos han parecido en todo momento un tejido compacto; intensamente sentido por todos y cada uno de sus componentes. Con los años y su perspectiva histórica, y el poco de conocimiento que nos haya procurado el mucho estudio, hemos visto claro el designio incontrovertible de ciertos países: el de Inglaterra (digámoslo desde ahora así, aunque nos refiramos a la totalidad de entes que componen el Reino Unido, a saber: Inglaterra, Gales, Irlanda del Norte, Escocia, Isla de Man, e Islas del Canal de la Mancha) ha sido fortalecer su casa, glorificar sus pertenencias, mediante un nacionalismo a ultranza y una praxis rayana en la inescrupulosidad. Una de las lecciones más duraderas e intensas

sobre comportamiento étnico lo proporciona el ejemplo de los habitantes de las Islas Británicas. Por encima de diferencias privativas suyas (digamos, entre las opciones laborista y conservadora, en política oficial) la verdad es que la práctica totalidad de los habitantes del Reino Unido se conducen como un bloque robotizado conforme a unas concretas directrices. El extranjero que, por pertenecer en su país a un partido equis, correspondiente a su homólogo y/u homónimo británico, crea que tiene mucho en común, sufre un tremendo fiasco. El socialismo británico tiene de común con el socialismo español (pongamos por caso, como ejemplo de laboratorio) una delgadísima franja de motivos vagos, teóricos e inaplicables. En todo lo demás, la más absoluta disensión. El británico pertenece, ante todo, a su comunidad británica, a su país; a los intereses históricos, indiscutibles y supra-individuales de su país como nación. Luego, y como hobby, puede permitirse el lujo de pertenecer a un partido político, a un equipo de fútbol, o apostar por un caballo favorito. En el noventa y muchos por ciento de los temas, *todos* los anglo-parlantes del Reino Unido pertenecen al partido de ser británicos. Lo primero, su país. Después, y si hay sitio, su partido... En España es justo lo contrario: lo primero, la estridencia demagógica del partidillo o la kábila de turno; luego, todo lo demás. Y así nos ha lucido el pelo. Estas consideraciones, obviamente volanderas en escrito de naturaleza como la mía de ahora, permiten sin embargo adentrarse con buen pie en el entendimiento de la idiosincrasia de nuestros, también por ahora, colegas del Club del Mercado Común europeo.

El caso es que pongo pie en Inglaterra, en Southampton, y es una cultura, una forma de vida y hasta de pensar, de querer y de recordar la que se va abriendo ante mi conciencia en forma de ámbito paisajístico, de maneras, de comportamientos. La tradición y la ceremonia ciertamente han identificado las conductas de estos prójimos: Guardar las formas ha primado sobre cualquier otra cuestión. Y si, mediante el impulso organizado y el trabajo hacia fines armónicos, la cantidad se transforma en calidad, así las formas pueden actuar de cámara de contención y de atemperación de las verdaderas

intenciones y aun de las ejecuciones, por perversas que éstas puedan ser. Los términos *cant* y *humbug* (falacia, hipocresía, en sentido general) han acompañado el devenir del pueblo británico. Pero, ¿qué hubiera sido de ellos de no haber instrumentado tales particularidades de conducta? Sólo con ver conducir a los automovilistas británicos, está uno asistiendo a una de las más portentosas escuelas de compostura y de convivencia. El largo paseo desde Southampton hasta el Condado de Suffolk fue una lección de urbanidad ininterrumpida...

Atravesamos Londres, más que nada para que yo lo viese, y desde aquel momento comprendí lo que era una ciudad organizada, dinámica en su gigantismo. Lo de conducir por la izquierda tenía para mí una dimensión anti-natural, pervertida, y me hacía cruces de pensar cómo sería capaz uno (si viniendo de países con el tráfico a la derecha) de ir en coche más de unos cuantos kilómetros sin colisionar violentamente contra cualquier cosa.

El eco-sistema de la Gran Bretaña siempre lo he encapsulado en una fórmula simple pero creo que válida: campo lo más urbanizado posible; y ciudad acompañada de campiña también lo más posible; ciudad ruralizada, si ello implicara con univocidad lo que quiero dar a entender. Las carreteras, estrechas las que no son nacionales o arterias preferentes, pero un primor de limpieza y conservación. Reginald Dixon vivía en una preciosa granja, Bower Close, Polstead Heath, y tenía su trabajo en la capital del Condado de Suffolk oriental, Ipswich, ciudad entonces de unos 100.000 habitantes pero con los servicios que en un país como la España de 1953 acaso sólo hubieran podido encontrarse en Madrid o en Barcelona. La casa de campo o granja Bower Close (algo así como “Cenador/jardín resguardado”) era un ejemplo de esa interacción entre ruralismo y urbanidad. Casa de madera y techo pajizo, de dos pisos y ático, estaba circundada por más de dos mil metros de parque y césped, árboles frutales, etc. Mr. Dixon tenía un invernadero o casa de cristal donde cultivaba tomates exquisitos y alguna otra verdura, como lechugas y pepinos. Además, por aquel entonces había comenzado a reunir botellas de vino que se

iba trayendo de España en los recientes y sucesivos viajes, y ya contaba con una bodeguita bastante apañada. La casa de campo distaba unos 20 kilómetros de Ipswich, en las carreteras comarcales 134 (de Sudbury a Hadleigh) y 1071 (de Hadleigh a Ipswich, pasando por el pueblito de Hintlesham). Así, la comunidad de Polstead Heath se encontraba en el centro de un triángulo con vértices en Sudbury (Oeste), Ipswich (Este) y Colchester (Sur).

Hay que decir que Mr. Dixon iba y volvía diariamente a y de Ipswich donde era editor y dueño de la revista *East Anglian Magazine*, con administración e imprenta en 6, Great Colman Street. De dicha revista mensual, fundada en 1935, conservo cuatro números, el primero de septiembre 1952, al precio de un chelín y medio; y el último, de septiembre 1957, al precio de un chelín y nueve peniques. En forma de librito de 19'5x13'5 constituía una publicación de contenido agradable y en papel couché satinado y de buena calidad. Artículos históricos, de geografía y de literatura, amenidades turísticas y fotografía excelentes, críticas de libros, anuncios... conformaban esta empresa que empleaba a su editor, dueño y responsable financiero, Mr. Dixon, y a ocho personas más. De todo aquel pequeño colectivo guardo una preciosa foto, tomada por Mr. Dixon, con la leyenda en su reverso: “Los amigos de Tomasito”.

Mr. Dixon me solía llevar con él por la mañana a Ipswich, a los locales de la Revista, y aquello significaba para mí una de las más gratificantes expansiones. Con mi reducidísimo inglés hablado, me dedicaba a merodear por todas las dependencias. Allí yo era como un pequeño rey: el amigo del jefe, y tenía bula para ensayar cualesquiera impertinencias que (huelga decirlo, sin animo doloso) halagasen mis 17 años aún sin cumplir. Recuerdo que acostumbraba yo ir a “hablar” con el impresor, tipo afable, algo socarrón, que me aguantaba mis ocurrencias y de vez en cuando aventuraba una pregunta que yo solía no entender, aun tratándose de cosas sencillas. Un día me preguntó (por preguntar algo) si en España éramos “catholic”. De haber visto escrita la palabra, aun sin saber el poco de inglés que yo sabía, la

habría identificado al momento. Pero entenderla cuando un nativo de pura cepa la pronunciara, era otra cosa muy distinta. Nunca mi conciencia imaginó una ruptura, un desaguisado más lacerante, una distancia más insalvable entre la facilidad de reconocer ciertos términos casi, casi homógrafos, si vistos, y la fatídica inhabilidad de captarlos, si pronunciados. Cuando después de intento tras intento, de auto-pesquisas sobre lo que el bueno del impresor podría preguntarme, se me iluminó la lamparita... no queráis haceros idea, lectores míos, de la complacencia que le advino por la gesta de haberse hecho comprender. !Ahhh... ya... “catholic”, *católico*,... que sí somos católicos en España... bueno... well. I don't know... yes... in Spain everything... I mean... everybody is... “catholic”... católico ¡Menuda pugna con las palabras! Tres años de estudiar inglés en el colegio, más dos años de clases particulares no habían superado la inocente prueba de entenderle a un impresor, cachondo y zumbón para más señas, lo de que si en España éramos... bueno, eso.

Mr. Dixon también me solía llevar con él a comer a un restaurante de allí cerca, donde los camareros le trataban con deferencia. De aquellos signos externos colegí yo que Reginald era alguien, si no muy importante, al menos notable, conocido y respetado en Ipswich. Un día me dio una cantidad abultada de dinero, para mi nivel de cálculo, algo así como £6.00, o sea, un equivalente a 600 pts. para que me comprara lo que quisiera, y la elección de mis regalos no pudo ser más ecléctica ni más inofensiva: me compré una linterna para mí, y el resto del dinero lo empleé en la adquisición de partituras de música para piano, pensando en dos de mis amigas: Merce Jabardo y Toyi Becerril, esta segunda, vecina e íntima de la familia de toda la vida. Tuve la suerte (o la desventura, a efectos técnicos) de caer en una tienda preciosa de instrumentos y de partituras musicales. Yo tenía una selección de melodías, un repertorio de opciones favoritas, diseñadas pensando en los sendos pianos de mis dos amigas artistas y en sus capacidades de virtuosismo. Melodías como “La Danza Macabra” de Saint Saens, “Scheherezada” de Rimsky Korsakof, por ejemplo, a mí me sonaban maravillosas en el piano, un piano que yo,

previa y mentalmente, me encargaba de transformar en una orquesta entera, regentada, conducida y verificada por Merce y/o por Toyi. Ya en España, y cuando a duras penas me mantenía a la grupa de las circunstancias (comienzo simultáneo nada menos que de dos carreras, recibiendo mandobles de la máquina poderosa que para un chaval de 17 años recién cumplidos, como yo, era vivir en Madrid), recuerdo que mi regalo de las “piezas” sinfónicas a sus destinatarias no les propició ninguna expresión de entusiasmo. Vieron que el piano (aun siendo el instrumento más completo, con mucho) no podía arrancar la polifonía que yo esperaba que mis artistas arrancaran de aquellas melodías de mi preferencia.

Entre el personal de la empresa editora de Mr. Dixon había tres chicas jóvenes: una, más bien apagadilla y retraída, algo feuchilla asimismo, que quedó descartada de inmediato. Otra, rubita, vivaz y sonriente, activísima, y que por su desparpajo y competencia laboral me hizo pensar una vez más en el largo camino de rodaje que me faltaría a mí para que alguien como ella me dedicara un fleco mínimo de atención. Se llamaba Molly. Pero quien en realidad me quemaba la sangre era una morenita, preciosa, cimbreante, correteadora de pasillos y escaleras. Se llamaba Lynda. Cuando Mr. Dixon me la presentó intenté en un balbuceo a todas luces de inteligibilidad insuficiente establecer la correlación entre su nombre y lo que *linda* significaba en castellano. La finta no podía ser más elemental: ella hizo como que lo entendía, se sonrió con sonrisa de serie y siguió desplazándose, saltarina y fugaz, hacia donde el trabajo la reclamara. Lynda, ya lo creo, me gustaba. Era, en realidad, la primera mujer inglesa a quien yo veía cerca, en bulto y habla, en proporción y urbanidad, producto específico de la feminidad de aquella civilización. De la manera que fuere, una buena parte del estamento de mujeres británicas bonitas, con las que al menos mis ojos se hayan solazado, retenían en las conformaciones de sus chasis, en los diseños de su tangencia con el aire, las claves estéticas de Lynda, la morenita: cabezuela chispeante, pelo alborotado con control de llamita rizada, zapato plano conformador de un pisar y de un pasar alongados, deslizantes; falda

larga y con plisados volantes, amplios, arrancando de la cintura, recorrida por ancho cinturón con claveteos dorados; chaquetilla negra y blusa-sweater hasta arriba, holgado, permitiendo tan sólo percibir los atributos femeninos mediante una prudente y continuada prominencia. Siempre que nos cruzábamos por las dependencias de la *East Anglian Magazine*, Lynda me sonreía. Una vez coincidimos en el tramo medio de la escalera estrecha: aventuré un... “Well..., I...”. Bah, me dio casi un vértigo de emoción, y me sonrojé. Ella me regaló su proverbial sonrisa, y se alejó. No recuerdo más. No volvió nunca ya a pasar nada.

Bower Close seguía representando para mí el más elocuente de los productos de una civilización que armonizaba los hábitats de la ciudad y el campo y conseguía esas maravillas de campiña urbanizada con todas las comodidades. Los Dixon tenían dos “siblings” de familia: un chico, Peter, entonces de 7 años; y una niña, Sally, de cinco. Su padre me prestó una cámara de fotos en blanco y negro, y sin que me vieran, mientras estaban de espaldas, jugando en el jardín a plantaciones y a construcciones, les saqué cuatro fotos, tamaño 8 x 5'5 que todavía conservo. Una, la más graciosa, muestra a Sally (como digo, siempre de espaldas) con katuskas o botas altas de agua, con parte del culete por debajo de un vestidito con pliegues, dentro de unas braguitas acalzonadas, como una calabaza hinchada y colgando por encima de las corvas.

Además de una perspectiva de Bower Glose, conservo también otras habilísimas fotos que Mr. Dixon tiraba bajándose del coche cuando íbamos de excursión por aquellos alrededores: La “Walnut Tree Cottage”, casa de los padres de Reginald en Great Waldingfield; The Swan Hotel, en Lavenham; una vista de la calle principal de Hadleigh; la carretera de Hintlesham, entre Ipswich y Hadleigh; y dos perspectivas de la aldeíta de Kersey, entre Hadleigh y Lavenham. Como dije: en mi primera salida al extranjero, por tierra, mis zambullidas en el paisaje francés con sus ámbitos rectilíneos y holgados de equilibrio ambiental; y el esmero del campo inglés, con

su eco-sistema cuajado de responsabilidad ciudadana, fueron las grandes lecciones sensoriales que se auparon y quedaron para siempre incorporadas en mi acervo de valores.

En Bower Close transcurrió el resto de mi vacación en un perfecto decurso de experiencias valiosas, a la vez que (por mi temperamento emocional y sublimado) con mis salidas pintorescas de tono, de iberismo radical, hacía las delicias de aquellas gentes, producto de una cultura de siglos basada en la transacción, en el compromiso, en la solución negociada como clave de la convivencia. Un día creí dar un susto de muerte (lo digo por la cara que puso) a Hilda cuando, a la vista de tanto pajarillo apacible, jamás importunado en aquellos arboles señoriales y copudamente remansados, expresé un cálculo de cuantificación en capturas que se podría llevar a cabo con una escopetilla de aire comprimido.

Otras veces les amenizaba con interminables tiradas de boleros: los de Lorenzo González, Lucho Gatica y hasta Machín formaban mi repertorio de primera fila. A Reginald le intrigaba por qué yo (que tan puntilloso era con la pronunciación de la *z* y la *c* castellanas contra el intento que fuere de seseo de las cualesquiera modalidades sureñas o hispánicas) sin embargo decía *corasón* y no corazón. Y así era: yo pronunciaba la *z* de corazón en el lenguaje hablado, pero no al cantar, porque la mimetización que yo mismo me exigía respecto del intérprete (casi siempre hispanoamericano) de turno, me conducía obligadamente a reproducir sus *seseos*.

En Bower Close cumplí yo mis primeros, únicos y últimos 17 años, unos pocos días tan sólo antes de comenzar la Universidad, en Madrid. Llegado el momento, Mr. Dixon me llevó al aeropuerto, sin que ahora pueda recordar si fue al de Gatwick o al London Airport (actual Heathrow), y allí abordé... ¿sería uno de los recientes y primorosos Caravelle franceses? Tal vez fuera un cuatrimotor de hélices convencional Viscount o Vanguard, con motores Rolls Royce, obras maestras de la época previa a la propulsión a chorro o “jet-era”.

Los acontecimientos se fueron estirando y precipitando hacia la forma, el estilo que luego ya adoptarían hasta el final. Ya comenzado octubre de 1957 y después de mi primer y largo verano en Oxford, antes de regresar a España paré uno o dos días en Bower Close, a visitar a los Dixon. Ni Peter ni Sally estaban allí, ya que habían comenzado sus clases en los respectivos colegios, en régimen de internado. Mr. Dixon me dejó entrever algo de su intención de trasladar su residencia a España, a Blanes, en la Costa Brava gerundense, donde tenía unos contactos sobre cuestiones de propiedad inmobiliaria. Mi inglés comenzaba a soltarse decididamente y el espectro de temas conversacionales que podía tocar se había agrandado considerablemente. Como indiqué, en septiembre 1955 Reginald había sacado con la editorial Robert Hale de Londres su *Spanish Rhapsody*, e inmediatamente había hecho llegar a mis padres un ejemplar dedicado. Allí tuve yo campo para medir mis fuerzas con el inglés ágil, rico en modismos, periodístico, aunque riguroso y cultísimo cuando el caso lo requería, de Mr. Dixon. Parece que la suerte estaba echada y que se hallaba en proceso irreversible de liquidar su negocio editorial de *East Anglian Magazine*. Un año más tarde aquello se realizó y Mr. Dixon quedó instalado, de momento, en un piso de alquiler del Paseo de la Playa de Blanes, recordemos, la primera de las localidades de la Costa Brava en la provincia de Gerona.

Allí volví a visitarle durante unos días que me asigné de vacaciones en el mes de diciembre de 1960. Aquellos eran ya otros tiempos. Había ejercido yo mi curso entero como Spanish Assistant 1959/1960, tenía mi primera Tesis Doctoral, la de Letras, ultimada (que leería en mayo 1961), y había aceptado por el dinerillo y el entretenimiento dar una clase de inglés en mi antiguo Colegio Santo Tomás, de un lado; y a los químicos de PRONA (luego Química Sintética), de otro. Todo ello en Alcalá de Henares. Así que disponía, como digo, de dinerillo, y decidí visitar a la familia Dixon en Blanes. Sally estaba entonces allí y era una niña rubia, gordezuelilla, de 12 años, que me miraba transida de curiosidad y que no recordaba casi

nada de mí, pero que escuchaba absorta y pasmada las historias sobre mis viajes y sobre mis andanzas. Por aquellas fechas las relaciones entre Reginald y Hilda se encontraban visiblemente deterioradas. Ella no entendía a España ni quería ponerse en disposición de entenderla, por decirlo de forma breve; y Reginald estaba dispuesto a vivir, no como rezaba la solapa de su *Spanish Rhapsody* “forty-nine per cent of his time in Spain and fifty-one per cent in England”, escrito, supongo, para la galería patrioterica del jingoismo inglés, sino el cien por cien de su tiempo, como así se cumpliría...

Siguió el transcurso de acontecimientos. Leí mi Tesis en mayo, 1961; comencé a profesar en Norteamérica a partir de septiembre de ese mismo año. Continuaron también mis peregrinaciones a Escandinavia. El verano de 1964 le tocó a Islandia, como en algún otro lugar de estos relatos queda consignado. Y como tenía que hacer una escala obligada en Londres, “overnight” para conectar vuelo hacia Reykjavik al día siguiente, previas las oportunas indagaciones, decidí visitar a la familia de Reginald en Ipswich. Esa sería la última vez que viera a Hilda, cuya separación de Reginald se había consumado definitivamente. Cada cual vivía en el país de su predilección, y un poco más adelante Reginald tomaría por nueva compañera a una mujer encantadora, Iris, llena de comprensión, de miramientos, y de flexibilidad imaginativa.

Como digo, hice a Hilda la última visita de mi vida. No la he vuelto a ver más, nunca, desde entonces. Sally estaba pasando con ella parte del verano y cuando llegué, ella, ya con 16 años y constitución de mujer, comenzó a escrutarme, como intentando ordenar los datos que sobre mí creyera disponer. Desde el primer momento supe que contaba con su alianza, frente a cierto despego, comprensible, de su madre. Era esperable. Hilda había siempre visto en mí uno de los elementos que más habían contribuido a inocular en Reginald el fervor por España, la dosis de racialismo hispánico, espontáneo (bárbaro si se quiere) que tan frontalmente chocaba con la intransigencia a ultranza de quien juega a un solo palo. El caso es que sentía a Sally, en la

nervadura de los detalles ínfimos, en los espectros de estilo que se conformaban en el éter respecto de despuntadas intuiciones, en una casi imperceptible estructura de dialéctica estética... la sentía, digo, como mi aliada. Acepté comer con ellas dos y que me llevaran en coche a la estación para tomar el tren de regreso a Londres y coger mi vuelo a Reykjavik. Sally, en positiva instancia, preguntó a su madre, si no se iban a quedar conmigo hasta que el tren llegara. Hilda desvirtuó la pretensión de Sally con un gesto hosco, seco y cortante. Sally me miró, como pidiéndome comprensión. La tuve, la he seguido teniendo desde entonces en mi memoria y en mi voluntad de futuro.

Unos meses más tarde, y en el número 5 de nuestra revista de poesía *Aldonza*, correspondiente a marzo de 1965, dediqué “A Sally” mi poema “Presencia frutal” que no me abstengo de transcribir:

*Con sonrisa de lluvia me recibes.
De la bruma cogiste la frescura
y del sol el matiz acariciante.
Te peinaste dos veces a mi lado
- oro en bruto a mis ojos impacientes -
en la proclamación frutal de la mañana.
La dulce interrogante se albergaba
en tu pecho alcanzado de rubores.
Hubo serenidad de amor en las pestañas
y una caducidad del no entre nosotros.
Por eso con mirarte nació el poema.
Hay que buscar el verso que atesore lo antiguo,
la desnudez intacta
tapándose, a lo más, con las dos manos
al repaso de mi alma enamorada.
Eficacia al amar hasta en el voto
de perpetua cordura, de frialdad tensada.
Entre consigna y gesto de dudosa premura
tú juegas con las flores, las nombras una a una,*

*vas creando las cosas, así como por gracia
de unos dedos de rosa aprisionando
las esencias que surgen a tu toque.
Chiquilla, como el mar te me expansionas,
manoseas con mimo mi pecado,
hurgando con tu risa en mi conciencia.
Deshojaste, indolente, el avellano
que se alzaba, callado, al lado nuestro
y luego me dijiste: “estoy contenta
de que el colegio esté cerca de casa”.
Pensábamos los dos en dos veleros
aunados por el viento en aventura,
y quizás en un buque, aunque tan sólo
tú arrancabas las hojas más cercanas
y yo estaba entre tanto dando un nombre
a la extraña dulzura de encontrarnos.
De no haber sido tú en aquellas horas
la fiel amiga, la fugaz Minerva
cuidando de mi cuerpo y de mi alma,
quizás yo ahora estaría desterrando
las rosas estivales de los hombres
de mi mundo de amor, de mi proyecto.
Me has enseñado tanto en sólo un día,
pequeña profesora entretenida
en cantar las minucias de la vida,
en sonreír al peso de la lluvia,
en traer a mi piel una descarga
de goce atesorado en tus palabras.*

Inglaterra, 1964

Así vi yo a Sally también por última vez, hasta la fecha. El poema creo que contiene algunos buenos elementos sobre mi estado de ánimo. Sally era, fue, como un allegado vincular, alguien de mi propia familia, y los lindes entre esa realidad primante y cualquier otra

concepción, por exótica y atractiva que me pareciera, estaban señalizados por un altísimo muro de imponderables restrictivos. Pero yo sé que Sally me dedicó algo nuevo, algo no sentido por ella hacia mí hasta esa jornada tan de circunstancias en que, con la meta situada en Reykjavik, hice escala en Inglaterra y la visité en Ipswich, mi primera ciudad de estancia en el Reino Unido, once años atrás.

Reginald y yo no hemos dejado de vernos nunca, por muy esporádicos o distanciados que nuestros encuentros hayan sido. Su última y más duradera residencia la fijó con Iris, su compañera hasta el final, en Tordera, no lejos de Blanes, al otro lado de la raya de la provincia, ya de Barcelona. Allí fui a verle varias veces: de regreso de Alemania, en coche, de uno de mis cursos en el Goethe, el año 1972; de regreso, asimismo, de Alemania, después de recoger mi segundo Mercedes en la fábrica de Sindelfingen en Stuttgart, en la Navidad de 1982; en otra ocasión, en 1985, en que volé de Granada a Barcelona y desde allí me trasladé en taxi hasta Tordera; en 1987, aprovechando que fui a presenciar unos campeonatos nacionales de natación en Barcelona en los que participaba mi sobrino Nené, ocasión que fatídicamente casi coincide de lleno con el fallecimiento de Iris, acaecido el día anterior, y que como compensación irrenunciable e ineluctable, supuso la muy grata sorpresa de encontrarme con Peter, ya de comandante de infantería. Y aunque lo sabía por otras fuentes, me informaron de que Sally, casada y con dos chicos ya mayorcitos, llevaba divorciada algunos años...

Un día del mes de octubre de 1989 recibo, con las señas graciosa y esperpénticamente trabucadas, una carta de Peter en que me hace saber que su padre, Reginald, había muerto el 20 de julio en Tordera y que “he was buried, as he wished, in Tordera, near to Iris”. Uno de mis mejores amigos mayores. Recibí de mis padres este precioso regalo, la amistad de alguien que me llevaba 25 años, pero con quien encontré anchas, venturosas e intensas franjas de concomitancia espiritual. La primera vez que visite de nuevo Inglaterra haré lo humanamente posible por ver a Peter y a Sally, y

bajo la advocación de la memoria de su padre, encontraremos en la conversación y el recuerdo motivos de beneplácito y de esperanza.

Maite : Madrid, septiembre 1954, 1955

Víctima de mi exceso de espíritu me encontré teniendo que repetir en septiembre de 1954 el examen de la entonces así llamada asignatura “Historia del Arte” que impartía el benemérito don Francisco Javier Sánchez Cantón y su no menos sabio ni menos bondadoso colaborador de cátedra don José Manuel Pita Andrade. Lo curioso del caso es que en junio se habían arbitrado medidas de carácter tan acogedor y redentor, que de un curso de más de 200 personas apenas si nos dejaron a 15 de nosotros para septiembre. Y debo decir que la responsabilidad fue toda mía. Embarcado como andaba yo entonces en encarrilar las carreras de Filosofía y Letras y de Derecho simultáneamente, a trancas y a barrancas iba sacando las materias, incapaz de evitar tropiezos ni siquiera en algunas, como la Historia del Arte, que habían ofrecido tantas facilidades de aprobado en junio.

Septiembre era, de todos modos, un poco más (¿todavía más?) llevadero desde cualquier perspectiva. El abigarramiento de las turbas de estudiantes copando los medios de transporte hasta la rotonda de la Ciudad Universitaria, aflojaba algo en septiembre y los rigores estivales cedían ante la temperancia de la estación en retirada que no ofrecía resistencia a la entrada del otoño. Llegué al entonces único edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, y después de saludar a los bedeles inevitables y reglamentarios, algunos de entre los Jesuses, Ricardos, Basilio, Vivas, etc. me puse a pensar en lo estúpidamente que había hecho las cosas en junio, tanto como para merecerme un suspenso. No me había dado maña a paliar mi no asistencia a las sesiones de clase de pintura viva en el Museo del Prado, con alguna presunta vaguedad compensatoria de mi falta de tiempo y de disposición. Además, recuerdo que en el oral que se nos dispensó como repesca me dejé llevar, acaso, por mi negligencia enciclopédico-analógica, e incurrí en algunas referencias cruzadas que los examinadores tomaron como despiste o ignorancia. Sus razones tendrían para ello.

También recuerdo el aula que nos tocó. Era la misma de clase, la que estaba al final del pasillo que constituye la primera entrada de la izquierda al edificio. El examen constaba de la demostración de filminas o transparencias (diapositivas, solía decir Sánchez Cantón) que debíamos identificar y comentar; y después de esa parte, escribir sobre un tema discursivo teórico. Eramos, como he dicho, muy pocos, lo cual hubiera significado que en un aula tan espaciosa cada uno hubiera estado del compañero más próximo unas cuantas filas de pupitres. Pero se trataba de mirar las filminas que el proyector iba exhibiendo, y ello nos compelmía a cierto espesamiento.

Antes de entrar al examen había reparado en una chica, de tersa elegancia y sobria compostura, nariz levemente aquilina por un suavísimo montante en su centro. Daba pasos de garza, como si quisiera echar a andar y al hacerlo cambiara de idea y abandonara el pie a seguir la instancia de su propia inercia. Nos habíamos intercambiado ese tipo de saludo de circunstancias, aunque ya pude observar lo que entonces me pareció una rara especialidad, y es que no hablaba ni sonreía, sino ambas cosas a la vez, adobado todo ello con unos preciosos guiños de adelanto y de retroceso de su expresión.

- ¿Cómo te llamas? - me preguntó.

- Tomás. - ¿Y tú?

- Maite.

Nos sentamos todo lo aproximado que permitían las formalidades, y comenzó la sesión de filminas. El examen, en general, era muy hacedero, muy para que los últimos desgajados del tronco de aprobados nos pudiéramos reintegrar. En un momento, sin embargo, una de las filminas mostraba un león o hipogrifo de esos hieráticos, y vacilé...

- Oye, Maite, ¿esto es egipcio o babilónico? - le dije.

- Babilónico

- ¿Seguro?

- Seguro - me contestó, regalándome un mohín cómplice e insólito. A la salida hicimos los comentarios de rigor sobre la veracidad y justeza de nuestras respuestas. Le pregunté a Maite, por curiosidad, si se había

examinado en junio. Me dijo que no; que había estado ausente, y que la de septiembre era su primera convocatoria.

Ya en octubre de ese mismo 1954, y al comienzo del segundo curso de carrera, me volví a encontrar con Maite. Los dos habíamos superado el examen de Historia del Arte, en septiembre, ella con notable. Maite, vestida con un traje de chaqueta marrón, iba acompañada en la Facultad de una monja, y para nuestros esquemas estéticos de mocedad, aquello proporcionaba un factor de deferente y especial consideración, de blandísimo morbo vivencial – pensaba yo – en lo que pudiera ser a partir de entonces mi afectación emotiva respecto de Maite.

Un día que andaba yo por la escalinata de la puerta principal de la Facultad, vi bajar a Maite y a la monja de un SEAT 1400, conducido por un chófer uniformado que, asimismo, se aprestó a abrirles la puerta. Así que... Maite iba a la Facultad en coche, uno de los primeros modelos producidos por la industria de aquí. El caso es que empecé a sentir admiración reverencial por aquella criatura. El estilo que derramaba hablando, mirando y riendo lo sentía yo como turbador y compensador de cualesquiera otras vicisitudes. Eso es, Maite tenía estilo, clase, esa sutil hilvanación de inefables instancias que la hacían a mis ojos, a mi recuerdo y a mis idealismos la cosa más apasionantemente deseable, y adorable y recomendable.

En los tres primeros años de carrera me hospedaba yo en la casa de unas señoritas de avanzada edad en la jugosísima calle del Pez. Un día, charlando, salió a relucir que Maite vivía en la calle Eduardo Dato, del barrio de Chamberí. Yo me encontré, sin saberlo, enamorado profunda y absolutamente de Maite. Y sin embargo, aquella excelsa mujer, conociendo como conocía y pudiendo como hubiera podido hacer de mí el guiñapo de guiñol que se maneja al aire del más superficial de los antojos, jamás ejerció sobre mi conciencia ni sobre mi personalidad nada que significara rebaje o minusvaloración a mis quilates. Maite fue, era (y debe seguir siendo)

una gran mujer, un espíritu acicalado por el buen gusto, la discreción y la voluntad de ejemplo.

En clase temía sentarme a su lado: tal era el reverencial y místico respeto que le profesaba. Una mañana, ante mi expresión de deseo y de irresolución de acomodarme junto a Maite, la monjita me echó un capote y me señaló la banca con el asiento libre:

- Tomás, ¿por qué no te sientas aquí?

Maite me dió el número de su teléfono, con esa mayestática sencillez en que se confunde el dar y el tomar. Su casa era de aquellas en las que al llamar se escuchaba la voz de un sirviente que transmitía la llamada y, en su caso, comunicaba las instrucciones. Telefonar a Maite desde el teléfono instalado en el pasillo de la casa Pez, 19, era toda una iniciación a un trance de lírica incertidumbre. El corazón mío, abrumado de dulcedumbre y recelo, marcaba aquel místico número:

- ¿De parte de quien?

- ¡ ... !

- La Señorita Maite no se halla ahora en casa. ¿Quiere dejar Vd. algún recado?

Al día siguiente, si mis ojos se atrevían a mirarla, y mis palabras a inmolarse a ella, comentábamos la llamada. A veces quedábamos en la Facultad para pasear esa misma noche. Yo llegaba en Metro hasta la Plaza de Chamberí y desde allí discurría la leve pendiente de Eduardo Dato hasta casi el final, junto a la Glorieta de Rubén Darío, donde estaba el portal suntuoso de su morada. Sobre todo en las noches de invierno en que la gente pasaba a nuestro lado con los embozos subidos y a ritmo más bien apresurado, mi corazón se cargaba de presagios dolientes. Ya en frente de su casa, al otro lado de la calle, apoyado en las repisas de unas tapias con verjas y enredaderas, los segundos constituían repertorios preñados de motivos. Cualquier persona que saliera por el portal se sometía al implacable escrutinio de mi conciencia... “No, no es ella tampoco...”. Cuando aparecía, el armazón de mis costillas quedaba soportando los más tremendos embates. Recuerdo que llegaba, me sonreía y simultáneamente me tendía la

mano y me preguntaba “¿Qué tal?”.

Le dediqué un montón de poemas, casi la mitad de los que formarían luego mi librito *La fuente o ella*. Recuerdo igualmente que paseando por La Castellana o por alguna calle cercana a su casa se los daba a leer, mientras yo permanecía expectante y callado, un poco detrás de ella, como si del veredicto de su sensibilidad dependiera mi salvación. Y ella, indefectiblemente, me decía lo que yo quería oír:

- Son ideales, son preciosos. Tomás, eres fantástico; eres un gran poeta.

Yo quedaba abrumado, mejor dicho, exaltado y empequeñecido, si es que ambas conceptualizaciones pueden caber en la misma cápsula.

Una vez me escribió una tarjeta navideña, a mi casa de la calle Santiago, 13, en Alcalá de Henares. Era aquella la época en que el cartero hacía dos repartos, y (como el edificio de Correos estaba en la calle de La Imagen, perpendicularmente cercana) a veces nos parecía que dicho funcionario repartidor desempeñaba el cometido de emisario celestial y privado al regalarnos a media tarde la carísima dádiva de una carta. Por lo visto, yo le había escrito a Maite varias cartas y en su postal navideña me decía que las había recibido y que se encontraba enferma. Me dio como una sacudida de ternura y de anonadamiento. Las dos o tres veces que, más adelante, me cité con ella, en su calle, en frente del portal de su casa, me sentía envuelto, empapado, inmerso en un sistema de vivencias supra-humanas, irreales, místicas. Eran tiempos en que enterramos los más sazonados productos de nuestras ansiedades y de nuestros cultos. Y de todo ello, probablemente, hayamos obtenido el salvoconducto para la pervivencia en compañía de la sonrisa, del horizonte de la esperanza y del signo más.

Pauline : París, verano de 1955

Corría el verano de 1955. Con mis casi 19 años había terminado el segundo curso de Facultad más una Reválida que entonces existía al final de los dos años así llamados “comunes”, y a mi padre se le ocurrió llevarnos a mi hermana, a una amiga suya del colegio y a mí, a visitar París. No era mi primera salida al extranjero ya que a comienzos del otoño de 1953 y con el fin de incentivar, después de mi culminación del Bachillerato, mi inminente matrícula en la Universidad de Madrid, mis padres me habían permitido acompañar al matrimonio Dixon a Inglaterra y permanecer allí con ellos un par de semanas. El viaje lo habíamos efectuado en coche hasta el puerto de L´Havre, desde donde alcanzamos Southampton, y desde allí, Ipswich, en Suffolk, a la sazón lugar de trabajo y residencia de mi (hasta su desaparición en 1989) primer y mejor amigo inglés, Reginald. De aquella mi primera salida al extranjero me queda en la memoria, y por lo que a España se refiere, una noche en el Hotel Londres de San Sebastián (a mí, que sólo disponía del bagaje teórico de los vocabularios muy aproximadamente fonetizados de los libros de texto, las tres palabras rutinarias en inglés del recepcionista me parecieron entonces algo) y un conato de baño en La Concha, donde el consabido policía vigilante nos dio a entender que no se podía bajar a la playa en albornoz y quitárselo *allí*, puesto que eso constituía un supuesto de modalidad indecorosa y por lo tanto, ¡no permitida!. La ortodoxia pura en este asunto radicaba al parecer (y subrayo lo de *al parecer* porque no acabé de captar nunca el intrínquis) en bajar vestido de calle, normal, a la playa; servirse allí de una de las barricadas-cabinas al efecto y, de principio, hacerse uno visible en traje de baño *desde las cabinas*, pero de ninguna manera de cualquier otro punto de la playa (!).

La travesía de Francia me deparó muchas cosas: En primer lugar; la constatación, nada más iniciar las cotas playeras de allende la frontera española, de la permisividad generosa con que, en parámetros comparativos, los franceses (y para mi óptica, las francesas) exhibían

sus cueros. Francia, por decirlo de alguna manera, se nos antojaba ser “lo bueno de dentro” de un emparedado que tenía por tapas el nacionalcatolicismo español, por el lado sur; y el conservadurismo neo-victoriano del gobierno McMillan británico por el flanco norte. Las pautas de lo español las había encarnado con su actuación el vigilante de playa en San Sebastián; y en cuanto al tema de la amplitud de las parcelas de piel visible que ofertasen los ciudadanos ingleses, la alianza de clima y de mentalidad conservadora, no auguraban nada comparable al espectáculo que, como digo, tanta desazón supuso a los ojos míos al atravesar St. Jean de Luz, Bidart, y otros puntos de la Costa gala. Pero también me deparó Francia el encantamiento con la geografía afable, ordenada, frondosa y equilibrada de armonías. Los pinares de Las Landas hasta Burdeos, las carreteras cuidadas, los campos atendidos y un color amable acompañando todo.

También en este viaje comencé a darme cuenta de que una de las realidades que con más justedad permiten cierta caracterización de los países es su olor. De momento, lo que se me hizo patente es que el olor a naturaleza (que es tanto como decir la ausencia de olor) del aire de Francia, de su campiña, mal se compadecía con el punto de ranciedad – algo así como el resultado de combinar el olor de un tapizado reciente con el de un guiso – que desprendía, por ejemplo, el interior del restaurante de Tours donde hicimos la cena de ese día antes de embarcarnos al siguiente en L’Havre para la travesía nocturna hasta Southampton...

Eso mismo me parecía tener presente ahora que, después del consabido viaje en tren, habíamos llegado a París y nos alojábamos en el Hotel Bayard, el así llamado hotel de los españoles, en el nº 17, rue du Conservatoire, Metro Montmartre, en el Distrito parisino 9, junto al Boulevard Montmartre.

He dicho que corría el año de 1955. París era la Meca de todo aquello que la capacidad generativa de un adolescente mozo fuera

capaz de asumir en el terreno de lo sensorial, de lo emocional. No olvidemos que (paralelamente a la consecución de ciertos *desiderata* de signo culturalista vago) se trataba de acceder a la mayor cantidad de superficie de piel femenina al descubierto. Y eso que tenía que transcurrir todavía un año más para que en España, por efecto del Concordato con la Santa Sede, el “blasputinazo” de 1956 clausurara las donosamente llamadas “casas de tolerancia”. Aun así, aun existiendo en España los oasis de desfogue, París encarnaba el emporio de la liberación y de la Libertad con mayúsculas que tanto se añoraba en la España franquista y teocrática.

Pasear por París era una revelación. Yo llegaba hasta St. Dennis, allí donde confluyen y se resuelven los bulevares de Strasbourg y de Sebastopol, para desde allí desandar el camino por los de Bonne Nouvelle, Puissefontaine, Montmartre, des Italiens, des Capucines, de la Madeleine, y dejando la plaza del mismo nombre y bajando por la rue Royale, desembocar en la Place de la Concorde. Y vuelta hasta el Hotel. Aquellas incursiones me deparaban descubrimientos, atisbos, asombros incommensurables, bien bajo la especie de carteleros de cine anunciando películas eróticas; revistas de primorosos y estéticos desnudos que no eran otra cosa sino fotografías artísticas, acompañadas de textos de elementalísimo argumento; y por último, algún que otro retal de mercadería de mercenarismo vivo representado por las callejeras de tacón alto, gesto entre maternal y procaz sobre todo hacia quien, como yo, les debía ofrecer un paradigma de deseo inerme. No me atreví, no, entonces a pasar el rubicón de mi puesta de largo en asunto tan simple como significativo. Y lo curioso es que, unos meses más tarde, en Madrid, en ese otoño de 1955, a una samaritana de una casa de la calle Tudescos le correspondió el irrepetible y anecdótico protagonismo de propiciar mi conocimiento de mujer, contra la satisfacción de la lacónica y, al tiempo, elocuente cantidad de 35 pesetas a la empresa. No, no me atreví en París. Esas cosas, parece decirse uno, hay que dejarlas para casa, por si a uno le pasa algo... Pequeños resabios de provincianismo, tal vez; íntimas ataduras de la dependencia cosmovisiva en todos los órdenes...

La substanciación de mi experiencia parecía zozobrar entre lo irrenunciablemente irremediable de esa primera vez y lo deseable que hubiera sido “hacerlo” con alguien...

- ¿Cómo con alguien...?

- Sí, con “alguien” que no fuera...

Y nuestro yo desdoblado en este modelo de diálogo no podía por menos de reírse ante tamaña insensatez. No me atreví, no, a que París se apuntara en los anónimos anales de su intrahistoria la categoría de mi desprejuiciamiento. Y por ello consentí en los típicos sucedáneos de adquirir alguna de esas revistas artístico-eróticas, con textos, ya dije, de un nivel de elaboración literaria equivalente a un primer año de lo que ahora se entiende en España como Formación Profesional. Y también recuerdo que entré en un cine del Boulevard Montmartre a ver una película nada menos que danesa en la que, bajo endeblísima (por no decir inexistente) trama se mostraban los torsos despejados de algunas muchachas, con ese aire displicente y asexuado con que se suelen envolver tales productos. No se olvide que casi veinte años más tarde el cada vez más numeroso y más pudiente estamento de españolitos reprimidos hacía todo un viaje *ex-profeso* para despacharse a su gusto, según parece, con las glorificadas sandeces de “El último tango en París”, en una época, como digo, en que algunos de nosotros (por viajes, por voluntad de esclarecimiento, por estudio, etc.) llevábamos casi también una generación vacunados y curados de espanto.

Entre tanto, y siguiendo las directrices del programa familiar que, con calibre de institución, incluía una selección ponderada de actividades, visitamos una noche un cabaret de Pigalle, y otra noche el gran plato fuerte del turista: el Folies Bergère. El cabaret, uno de tantos, por nombre “Les Naturistes”, encerraba, sin embargo, la justa proporción de perversidad estética como para dejarle a uno marcado. Una cosa eran las monsergas aristotélicotomistas de nuestros esforzados y meritorios profesores de filosofía tradicional en la Universidad (clérigos de fuste malogrado), y otra muy distinta era contemplar a pocos metros cómo a los compases estridentes de una

musiquilla de evasión, una profesional del espectáculo se iba expoliando de las prendas íntimas hasta lucir los atributos que, al menos en España y por aquellas calendas, sólo les estarían reservados a quién sé yo qué camada de autócratas o colectivos privilegiados. El “Folies” era más fino y más variado: compendia, con maña, prácticamente todo lo que se puede pedir de un espectáculo: juegos escénicos, mujeres bellas, ausencia de procacidad y público educado, etc., etc.

No obstante, mi prueba de fuego llegó uno o dos días después. En parte porque hacía calor, y en parte porque el lugar me parecería reglamentario para ensayar mis agónicas pretensiones, es el caso que me meto a una piscina cubierta cercana al Hotel Bayard, y en el propio Boulevard Montmartre. Saqué mi entrada correspondiente y una vez cumplimentado el trámite de quedarme en traje de baño y entregar la ropa de calle, me encontré de repente en el típico enorme hoyo que normalmente forman estas edificaciones interiores: la piscina en medio del espacio y todo flanqueado por galerías de varios niveles. Pronto, los ojos incontinentes se esfuerzan por organizar las preferencias. Pronto, muy pronto reparo en una jovencita a quien oigo que alguien llama Pauline. Puse en ella los ojos porque me pareció que encarnaba todo lo que nuestra fantasía de adolescentes reprimidos nos impulsaba gratuitamente a suponer: gracia, porque andaba a saltitos; belleza de formas, por deparar su cuerpo elasticidad y corrección de perfiles; juventud, porque no aparentaba más de 16 ó 17 años. Promesas que sólo estaban en mi cerebro... por el hecho de ser una hija de la dulce Francia. Es obvio que la ceguera que nos proporciona nuestra contumacia nos impide preocuparnos de comprobar si la destinataria de nuestro flujo se ha fijado siquiera en nosotros. Creo que Pauline nunca se apercibió de mi existencia, aunque yo la seguía a distancia, evidenciando ante todos menos ante ella, lo obstinado de mi situación y de mi propósito. Hasta el bañero vigilante se apercibió de mi estado de ánimo, y magnánimamente, por las buenas, me invitó a dirigir la atención hacia una mujer bañista que retozaba dando brazadas imperfectas, con una perfecta despreocupación y una

estupenda autonomía que se reflejaban en su cara. El bañero, señalándome una y otra vez a la dicha prójima madura y de buen ver, me pareció urgir:

- A ésa, a ésa... Pon cerco a ésa... a esa chiquilla joven, no.

Recuerdo y recordaré en tanto viva el gesto del bañero desaconsejándome la jovencita y recomendándome la madura. Más tarde, con más años, tuve ocasión de aprender que los franceses encuentran en las mujeres que les doblan en edad las primeras Ariadnas que les guían en los laberintos del Eros. Pero eso lo aprendí más tarde. Entonces, en aquel verano de 1955 en París yo era joven e imprudente, y tampoco le supe hacer caso a la vida.

Lourdes: Alcalá de Henares, 1955; Manresa, 1958

Nada de lo que sigue comportaría el menor atisbo de sentido si no fuera por el distanciamiento emotivo y exótico que, desde mis años mozos, y en el santuario privado de mis inclinaciones, he atribuido a la mujer catalana. Porque Cataluña fue (quiero decir que ahora no tanto) una reserva de foraneidad dentro de lo que yo entendía por España. Y la mujer catalana, consecuentemente, una reserva de alma. Ya sabemos que los mitos, verdaderos afrodisiacos de la voluntad, son las últimas nociones en morir, y cuando alguna vez he percibido el advenimiento de uno de estos mitos me he desvelado por alimentarle, dejarle crecer y extraer enseñanzas de vida y durabilidad de su ejemplo. La mujer catalana, en mis tempranas épocas, encarnaba un mito que para mayor imposibilidad de escapatoria se alojó en Lourdes.

¿Pero quién, a todo esto, era Lourdes?

Probablemente mi interferencia con su realidad datase de los años 1955 ó 1956. Me sorprende pugnando por valorar en su justa medida - ¿es ello posible? - el empaque de jovencito culto, estético y prometedor que por aquel entonces yo pudiera encarnar. A los más de 30 años de distanciamiento en que esto escribo, no se dispone de la instrumentación adecuada para calibrar lo que, entre las amistades de Alcalá de Henares, comportaba el estar en la especialidad de una carrera; haber superado el primer año eliminatorio y de criba, en otra; contar con dos viajes al extranjero ya en las arcas de mis vivencias, y ser autor del consabido librito de poemas costeados por el padre de uno. Las carreras a que me refiero son la de Filosofía y Letras, de un lado; y la de Derecho, de otro. Aunque sin grandes convencimientos, dadas las circunstancias de compaginación simultánea, me había adentrado definitivamente en tales estudios, lo cual me concedía cierta credibilidad universitaria y de mozalbete aprovechado. Lo que acaso prestara a mi semblanza de estudioso su singularidad más identificativa fuese el hecho de que la especialidad que elegí dentro de la carrera de Filosofía y Letras fue la de Filología Inglesa, lo cual

conformaba a mis inquietudes y a las materias de mi incumbencia humanística con un factor de novedad; o cuando menos, que se escapaba de los estudios tradicionales en los que todos los intelectuales se sentían peritos. Así que..., dos carreras ya hilvanadas; otros dos viajes al extranjero... mi librito de poemas publicado, y mis primeras colaboraciones poéticas en revistas nacionales, etc. Eso, por lo que respecta a 1955, finales de verano.

¿Quién era Lourdes, a todo esto?

Y también un verano de aquellos años a los que me refiero en esta viñeta rememorativa, fue cuando debí conocer a Lourdes, en Alcalá de Henares, por los oficios expansivos de cándida complicidad de algunas de las... amigas de mis amigos. Porque yo no tenía amigas, en el sentido más hondo y vital del término. Impulsado por energías motrices de difícil aplicación, yo me sentía oscilar entre una configuración de cotas inaplicables. Ensoñaciones y sublimaciones, de un lado; y repugnancia integral a diseñar mi vida conforme a unos módulos nacional-católicos, de otro, producían cualquier cosa: producían una estupenda ascesis de sensibilidad y rodaje literarios, plasmado todo ello en los tanteos publicistas correspondientes; también, una conciencia cada vez más estabilizada respecto de las opciones que se le ofrecían a un espíritu liberal republicano de entonces, encarnado y aupado en la personalidad de mis menos de 20 años. O sea: que habíamos perdido nuestra parte de pastel o de tortilla; y que las soluciones tendrían que venir... de algún sitio, pero con toda seguridad, no de ciertos sitios...

¿Pero quién, a todo esto, era Lourdes?

Cuando me la presentaron una tarde-noche de verano en la Plaza de Cervantes de Alcalá de Henares, mi conciencia quiso como escorar, como zafarse de la múltiple gravitación impuesta por las fuerzas a que me he referido. Lourdes era forastera, y su realidad me libraba del provincianismo; y era esbelta, integrada en un arquetipo de chica decididamente atractiva, musa garcilasiana en lo de encender y

refrenar. Nada más conocernos, la percibí como un motivo de inspiración y cábala en un destacamento de vanguardia en la geografía del corazón mío: Cataluña. Con Lourdes – pensaba – y a falta de desgarraduras de espacio más palmarias, mi cuota de lejanía y exotismo estaba servida dentro de España.

Nunca lo podré fijar con absoluta certeza pero quiero recordar que el segundo límite temporal en el que se halla encerrada esta viñeta no podía ser otro que el de muy a finales de septiembre de 1958. La incierta, intensa y algo caótica actividad a que (al menos durante los cuatro primeros cursos de Universidad) me sometieron las dos carreras acometidas, y contra las cuales yo había braceado ciega y furiosamente, significó la no existencia en mis ciclos anuales de esos convencionales periodos de vacación en que, bajo una u otra especie, suele encontrarse el estamento universitario. Lo mío era un no vivir, un ir tirando de las asignaturas pendientes, al tiempo de sostener a flote las correspondientes al curso. Como digo, eso duraría los casi cuatro primeros años de carrera; o más propiamente, el cuarto curso lo dedicaría a centrarme y a calcular posibilidades; y el quinto, a estacionar de momento mi carrera de Derecho y ponerme a rematar la de Letras que con las escaramuzas del sostenimiento de los dos frentes simultáneos, se había desgarnecido en alguno de sus flancos y mostraba jirones y desgarraduras. Con mi bagaje ahora de mis dos veranos enteros disfrutados en Oxford y mi consecuente ir soltándome en inglés... mis también ahora consiguientes nada menos que cuatro salidas al extranjero... creía yo desempeñar un cometido lo más cercano al de un hombrecito, y por aquel entonces de últimos del verano de 1958 decidí someterme al trance de un reencuentro con Lourdes, a la que, por otra parte, no había vuelto a ver desde aquellos dos..., tres... años atrás.

Para que mi diseño emotivo llegara a buen fin configuré la estrategia intermedia de ir a visitar a mi primer y buen amigo inglés Mr. Dixon que a la sazón se había instalado establemente y con visos de continuidad en Blanes, al comienzo de la Costa Brava, ya dentro de

la provincia de Gerona. El factor inicial de calculada aventura lo protagonizó mi desplazamiento hasta allí, hasta la Costa Brava. Era la época en que el auto-stop se consolidaba como forma de transporte circunstancial. Mi repugnancia en lo lingüístico al uso de tal extranjerismo se compadecía con la manera directa y cortés en que yo gestionaba el que alguien me pudiera subir en su coche. Con mi aire de estudiante entre ensimismado, innovador, impulsivo y, sobre todo, inofensivo, me iba directamente a los conductores de los vehículos y les preguntaba que si se dirigían hacia tal o cual destino y que si me podían llevar. La mano extendida de canto, accionada de abajo a arriba, en el margen derecho de la calzada era algo que en los años cincuenta no recibía una interpretación unívoca, ni mucho menos, sino que en multitud de situaciones el conductor del coche más bien lo tomaba como señal o petición de emergencia. Una vez detenido el vehículo que fuere, pocos se negaban a llevarle a uno, en vista de las credenciales de honradez e indefensión que normalmente afloraban de mi apariencia y de mi actitud.

Para ir a Blanes, sin embargo, ensayé un sistema aún más eficaz, dentro de la más impecable ortodoxia de procedimiento; y fue dirigirme a la Estación de Servicio GESA, de Alcalá de Henares, y esperar a que alguien alargase su camino tanto como... por lo menos, por lo menos... hasta Barcelona. Ociosa es la pretensión de relatar los vericuetos de la fortuna. Esperé y esperé. Varias horas de espera y de cortés indagación a los automovilistas que se detenían a repostar: coches, camiones, furgonetas, y en orden inverso: unos llegaban a Guadalajara; algún otro hasta Zaragoza; los más, a ninguna parte. Me sostenía una fe entera, inasequible al desaliento, porque la fortuna no entiende de procesos y cuando viene lo hace de golpe, sin heraldos y sin entender de explicaciones. Y esta vez la Fortuna vino encarnada en el conductor de una furgoneta DKW, nuevecita, de aquellas primeras con el morro en suave inclinación de sesgo oblicuo. Resulta que mi hombre se encaminaba nada menos que hasta Port-Bou, y que se proponía viajar toda la noche hasta llegar a Gerona, capital, al día siguiente, y con virtualidad de dejarme en el mismísimo Blanes !! La

intercesión de mi amigo Zaraga, empleado de GESA, expeditó aún más si cabe la aceptación del buen señor éste a llevarme, porque desde el primer momento en que me acerqué a él y le participé de mi pretensión, el hombre asintió de buen grado. ¡Y qué gran profesional de la carretera estaba hecho! Uno de los conductores más ejemplares que he tenido la complacencia de testimoniar: sereno, constante, prudente, excepto una sola parada para repostar y para refrescarnos, condujo sin descanso toda la noche con una marcha regular, sostenida, contra curvas y contra lugares de circulación prácticamente a vehículo parado. Condujo, condujo... con pulso, tino y templanza, de forma que a la mañana siguiente me encontraba en Blanes. Y todo ello instrumentando la excepcional media horaria de unos 55 kilómetros para todo el recorrido.

En Blanes disfruté de la acogida proverbialmente cordial y generosa de Reginald Dixon. Con él ponderé los ya cinco años que habían transcurrido desde que me llevó a su casa de Ipswich, en el Condado de Suffolk, en septiembre de 1953. Curioso: su oscilación respecto de sus opciones de residencia se había volcado definitivamente del lado de España; lo cual se correspondía con el arraigo imparable que iban echando en mí los estudios ingleses, y por ende, mi compromiso más y más veraz de, a partir de entonces, entender mi menester académico laboral como un haz de actividades conteniendo “lo inglés” en la medida y bajo la especie que fueren.

Pero mi regreso a Alcalá se hacia inevitable y el gran tema que me había llevado a Cataluña estaba sin abordar aún. Así que me despedí de Mr. Dixon y tomé el tren, primero a Barcelona y de allí a Manresa. De Lourdes sólo sabía el apellido, y su pertenencia a una familia de prosapia comercial e industrial. De Manresa sólo sabía lo que me pudieran proporcionar los repertorios informativos de la época: que distaba 67 kilómetros de Barcelona y que alojaba a unos cuarenta y tantos mil habitantes. Yo tenía la certeza de que ella estaba entonces en Manresa, lo cual compensaba la sorpresa que en estos casos debe esmaltar todo el desarrollo del trasunto. Recuerdo que

saqué billete de ida y vuelta en el día, para hacer resaltar la espontaneidad de mi lance, y mi no desestimación de cualquier virtualidad, como, por ejemplo, la de que no estuviese Lourdes y me viera confrontado con la conveniencia cuerda de regresar a Barcelona inmediatamente. En la misma estación hice las averiguaciones pertinentes: sí, no podía corresponder a ninguna otra familia el teléfono que amablemente me buscó en la guía el empleado de la Estación. Desde allí llamé; eran sobre las cuatro de la tarde, hora muerta y vacante de actividades fijas... por lo tanto...

- Un momento, ahora se pone. ¿Quién la llama?

Me dijo que la esperase allí mismo en la Estación; que venía a recogerme enseguida...

Esperar a una mujer de la que depende nuestra próxima cuota de seguir siendo es una de las realidades más consorciadamente bellas y más terribles. ¿Por dónde y cómo vendría? ¿Cuál será su primera palabra? Y estas preguntas, de tan limpia elocuencia en su formulación, generan una mirada de simas y de pináculos, en y desde las que uno se despeña y se encrespa...

Era ella. Llegó y las cosas fueron haciéndose paso como un ritual ensayado, de tan claro y difícil. Iba con un vestido de color oscuro, precioso en su conformación y en su cometido de orquestada envoltura. Me tendió la mano con un movimiento en el que se conjugaba el avance de acercamiento hacia lo durante tanto tiempo distante (yo, en este caso), y un levísimo repliegue como de retroceso, como de toma de perspectiva para un mejor saber a qué atenerse. Creo que se quitó un sombrero, acaso gorrito, que liberó a su pelo de las estrecheces de la conveniencia, ya que no del protocolo. Los *cuándos* y los *qués* quedaron intercambiados en las rondas iniciales de nuestro coloquio. Supo de mis planes de regresar a Barcelona ese mismo día y empalmar con algún tren a Madrid que hiciera parada en Alcalá de Henares. Me sugirió dar una vuelta por la ciudad hasta la hora de tomar el tren de Barcelona. Recuerdo que al salir del edificio de la Estación hacia la calle nos cruzamos con una señora conocida de

Lourdes y con la que cumplimentó unas cuantas frases de saludo y despedida, no sin antes haberse enterado de que yo, Tomás Ramos Orea, me había desplazado a Manresa para ver a Lourdes. La señora – ¡cómo recuerda eso mi alma!–, siempre en catalán, compendió en una mirada a mí, otra mirada a Lourdes, y un comentario, una de las gentilezas que más pábulo han dado a mis legítimas pretensiones de participar de lo divino. La señora creo que dijo: “¡Qué muchacho tan atractivo!”. Entonces me di cuenta una vez más que la baza de la lengua es un portentoso comodín, con la que se recrean los catalanes en su comunicación afectiva, y con la que encuentran su más indiscutible motivación para reivindicar especialidad de trato y rango cosmovisivo.

Lourdes me condujo a la ciudad, y con naturalidad envidiable me llevó a uno de los establecimientos de su familia donde se vendían lámparas y objetos para la casa, y mientras lo hacía me presentó a no sé quién de entre sus parientes o de entre la dependencia. Más tarde compartimos un poco más de conversación sentados en una cafetería, y me devolvió a la Estación, acompañándome de nuevo.

Han pasado... ¿cuántos años?, más de treinta, más, desde la avanzada del promontorio en que ahora estoy instalado, escribiendo. Pero nunca confundiré el ejemplo precioso que en Lourdes encontré de esa categoría que no era obviamente (huelga decirlo) ni la del noviazgo (y mucho menos aún, referida a mí y a entonces), ni la del desapego aun dentro del conocimiento; sino la pura categoría de la amistad motivadora y siempre abierta a más ambiciosas esencialidades, si a nuestro espíritu pudiera antojársele que las hubiere. En mi Tesis Doctoral sobre poesía inglesa que presenté en mayo de 1961 dediqué a Lourdes un poema de los por mí traducidos. Se trataba de “Song by the Sea” de Laurie Lee, y debajo de su título “Canción junto al mar” y un poco a la derecha, escribí: “Para Lourdes Torrás, musa amable”. Una de las estrofas decía así:

Oh, muchacha de verde horizontal:

*llévame a los abrojos de tu suerte
y alimenta en tu cuerpo de fulgor y de sal
la perla del central ensueño de mi muerte!*

A este formidable desglose en el tiempo me es imposible adecuar en el momento presente la substanciación de mis motivaciones respecto del ofertorio del poema y de la dedicatoria a Lourdes de mi traducción, pero sí puedo asegurar que cuando escribí “amable” por lo de musa, me estaba refiriendo a la primera acepción que nuestro Diccionario de la R.A.E. confiere al término: “digno de ser amado”. Y yo te amé, Lourdes. Ninguna coincidencia más rebotante de causalidad que poder atestiguar ahora el hecho de que por ese tiempo en que quiero fijar mi entrada en conocimiento de la existencia tuya, caían en mis manos unos versos de Jose Ángel Buesa:

*Pasarás por mi vida sin saber que pasaste;
pasarás en silencio por mi amor, y al pasar
fingiré una sonrisa como un dulce contraste
del dolor de quererte... ¡y jamás lo sabrás!*

Sin nombre: Enfermera : Oxford, verano de 1957

Era verano, inevitablemente. Para los estudiantes de Filología Inglesa (y yo, por entonces, debería haber acabado mi cuarto curso de carrera) se nos iba haciendo claro que como gastos de matrícula también había que incluir alguna estancia en el extranjero, en “nuestro extranjero”, habitualmente Gran Bretaña. Los más pudientes, o más relacionados, o acaso más snobs, efectuaban su periodo de aclimatación con el inglés en los EE.UU. de América, y nos parecían, de verdad, algo inusuales por haber adquirido el deje a lo yanqui.

Mi primera visita a Gran Bretaña databa de 1953, inmediatamente antes de entrar en la Universidad. Claro que de aquello sólo me quedó un olor al país, y nunca mejor dicho, porque los países huelen; cada país huele, como si con semejante realidad quisieran ofrecer en tan sin igual extracto o condensación lo más representativo de sus particularidades. Mi inglés hablado era todavía muy pobre, muy restringido; y acaso en la medición de mis habilidades influyera la exigencia valorativa de querer yo expresarme con cierta suntuosidad, lo cual provocaba un descalabro todavía mayor entre lo pretendido y lo logrado.

La gestión de mi viaje – vergüenza e irritación da recordarlo – había adquirido proporciones casi insalvables de inviabilidad. La cosa era tan simple que devino intratable. Resulta que yo había cumplido la “mili” como voluntario; es decir, comenzándola antes de tiempo, y si bien la duración para tales supuestos era algo más larga de lo normal, uno se encontraba con el servicio terminado a los veinte años. Sin embargo, a efectos de poder salir al extranjero, tan sólo regía la edad militar “normal”, y aun con el servicio terminado, como digo, la edad que yo tenía en el verano de 1957, veinte años para cumplir veintiuno, caía de pleno dentro de la franja de dicha edad militar “normal” por lo que, con indiferencia de cualquier otro extremo, la jurisdicción del Ministerio del Ejército le consideraba a uno como mozo disponible a todos los efectos. Había que acometer el calvario

de los permisos militares, y tirarse uno las jornadas que fueren en las dependencias de la calle, tristemente célebre, de María Cristina, indagando los procedimientos y llevando a cabo los requisitos *ad hoc*. Pesadillas de la insalvable coyuntura histórico-social de España. Sin el permiso de los militares no se podía sacar pasaporte. Y aun en esto a veces existía la mezquindad por parte de algún funcionario resentido y bilioso de expedir un pasaporte válido para tan sólo el país al que uno de forma circunstancial se dirigía en la concreta ocasión que fuere. Lo de “válido para todos los del mundo” era la excepción y no la regla. Las colas en la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol eran, además de apoteósicas, anteriores, claro está, a las que había que hacer en la Embajada o Consulado del país en cuestión a visitar. Una gracia la de ser ciudadano español, sobre todo con el muermazo de la Guerra Civil que todavía pesaba. Bien, abreviando: la gestión de los militares me la resolvió Manolo Adrio, a la sazón sargento administrativo del Gobierno Militar de la mencionada calle de María Cristina; y la gestión de la Dirección General de Seguridad me la expeditó el Sr. González Merino, ambos amigos de mi primo Manuel Martín, más conocido entre mi familia como “El Pedrisco” por sus contundentes energías, de joven, tanto para componer como para desbaratar situaciones.

Las tribulaciones del proyectado viaje continuaron, ya que una organización de excursiones colectivas para chicos y chicas “scouts” contaban o creían contar con un billete de alguien que les falló, y hasta ultimísima hora ni ellos me podían decir si disponían del billete, ni yo les podía decir si tenía el permiso militar y el pasaporte en regla. A todo esto mi padre, que en estos casos demostraba carecer de flema, no hacía más que atornillar la situación con los típicos comentarios derrotistas y descalificadores, todo lo cual me hacía sumir en la más amarga de las frustraciones, por ver que se me desvanecía una preciosa y barata ocasión de viajar, y todo por las pijadas anecdóticas de rigor. A fuerza de fuerza y de deber favores a todo cristo, el caso es que conseguí billete, permiso y pasaporte (en cualquier orden) y me encontré un buen día en el correspondiente tren

de tercera, en un compartimiento ocupado por un grupo de chicos y chicas “scouts” que iban a Inglaterra.

De entre todas las exploradoras, vestidas como tales, enseguida empaticé con una chica rubia, de coleta, nariz levísimamente ganchudita, agraciada y cordial. Mari Pili, que así se llamaba, tuvo reservas marginales de amabilidad para cuidar de mí en la asquerosa travesía del Canal de la Mancha donde un completo mareo desde Dieppe a Newhaven me dejó como una piltrafa, cubierto, además, de vomitonas, propias y ajenas. Recuerdo que no me fue posible desembarcar por mi pie y que me llevaron más o menos a rastras hasta coger el tren para Londres. En Victoria Station nos despedimos, porque ellos se quedaban en la City y yo seguía mi camino desde la estación de Paddington. Cuando llegué a Oxford me hospedé en el Hotel de la estación de ferrocarril, ese típico alojamiento coyuntural cuya mejor virtud es que, por no tener ninguna característica halagüeña especial, dentro de la tónica británica del “happy medium”, carecía asimismo de cualquier particularidad abominable. Me lavé como pude y caí en la cama como un fardo en vía de desencuadración. Aquellos viajes eran así: un día entero de tren para salvar la distancia de Madrid a Irún; una noche casi entera, de ocho horas, para alcanzar París (con mucho, el tramo más acelerado); y desde París, otro día entero para encontrarme en una habitación semi-sórdida, semi-confortable del Station Hotel de Oxford. El día siguiente sería otro día, sin duda.

Y lo fue. Recuperado y con veinte años a cuestas me pongo a funcionar. Lo primero de todo, conectar con Víctor Sienkievič, el bielorruso que estudia con nosotros en la Universidad de Madrid y que trabaja en Oxford los veranos para ayudarse con sus gastos. Victor oficia de “barman” en el establecimiento “White’s”, más conocido como yanquilandia, a la entrada de High Street, que viene a ser la calle principal en el centro de Oxford. No me defrauda Victor. Me da la dirección de un colegio de curas salesianos, donde trabaja un amigo suyo, Walter Shakun, que lleva emigrado en Inglaterra un montón de

años. Además, busco y encuentro una habitación en casa de la Sra. Topham, de la calle Divinity Road que desemboca en la margen izquierda de Cowley Road, una de las tres arterias en que se descompone High Street. Tengo suerte: los curas me dan trabajo bajo las instrucciones directas de Shakun, y la Sra. Topham me acoge con la mayor cantidad de simpatía que pueda caber en estos casos. Se trata, como digo, de empezar a funcionar, de no perder comba. Mi trabajo de unas ocho horas al día, cinco días por semana, me proporciona £ 1.00 al día, cinco a la semana, con lo cual me costeo alojamiento, comida y diversión. Mi trabajo consiste en hacer de todo. Se trata del Salesian College, sito en la Junction Road, que está a dos peniques de autobús y a lo largo de la misma Cowley Road. Ya digo que hago de todo: pinto paredes, arreglo somieres de cama, limpio canalones, desatasco desagües, transporte material de construcción. Es estupendo entrar en contacto con el primer dinero ganado mediante la industria del sentido común, de la compostura y de las manos. Ocurre que este colegio de internado todos los veranos y en época en que no hay chicos dedica buena parte de la actividad de los operarios fijos a reparar todos los desperfectos, y dejarlo como nuevo para el comienzo del siguiente curso. En pocas jornadas me revelo como un buen obrero: consciente, puntual, disciplinado, cuidadoso y fuerte. Nada se me resiste y soy, sin duda, el ayudante ideal del operario especializado Mr. Shakun. Los curas comienzan a conocerme y cada vez intercambio con ellos más cuestiones de literatura y materias afines. Se informan de que estoy estudiando Filología Inglesa y de vez en cuando me hacen partícipe de tal o cual comentario erudito o académico. De estos tiempos data la historia de la pronunciación de muchas de las palabras de mi vocabulario inglés. Yo era un experimentador insaciable. Comenzaba, por entonces, a interesarme en serio por la poesía desde la perspectiva académico-universitaria; es decir, afectada a mis asignaturas de literatura inglesa y a los ensayos imperfectísimos que por aquel entonces hacía yo con la traducción de los poemas que constituyeran materia del programa de Literatura inglesa de cuarto curso. Dichos poemas no solían transpasar las

muestras más conocidas de autores archicitados y recogidos en libros tan universales y convencionales como el Palgrave's *Golden Treasury*. Con todo, dichos textos significaban un formidable reto para mis veinte años. No se olvide tampoco que yo hasta prácticamente ese año había estado sosteniendo los frentes cruentos de las dos carreras: Filosofía y Letras, y Derecho. De la segunda, y una vez aplacada la en otro tiempo inapelable obsesión de mi padre en el sentido de que la carrera de Letras no era carrera ni era nada para un hombre, y de que él sólo me consentía estudiar en Madrid a condición de que si quería estudiar Filosofía y Letras *también* tenía que estudiar Derecho... de esta carrera, digo, había yo soltado provisionalmente las amarras, contando en aquellos momentos en mi curriculum con todo el primer curso de *cinco* asignaturas, y con el Político y el Penal de segundo curso aprobados. La no dedicación monográfica a una tan sola de las dos disciplinas abordadas en 1953, me había acarreado no pocos traspiés y disgustos, a nivel puramente personal, y también respecto de la cosmovisión chapada a la antigua de mi padre, por lo que acabo de explicar y nunca dejaré de traerlo a la memoria, a saber: que para él la carrera de Filosofía y Letras no era carrera de hombres, y sólo la concebía como comparsa de otros estudios más viriles, etc.

Así, en ese verano de 1957 yo me encontraba con que los estudios de Derecho habían quedado, de momento, estacionados; pero al mismo tiempo debía apretar de lo lindo en todo lo demás, con el fin de enjugar el déficit acumulado en los dos primeros años de la especialidad y que se concretaba en el Indoeuropeo, el Inglés de cuarto curso, y el Anglosajón pendientes. Todas las sugerencias y ayudas, vinieran de quien vinieran, las recibía mi alma con regocijo y gratitud. Y así, no debe parecer extraño que el segundo de a bordo de entre los curas del colegio, un día que estaba yo colaborando con Shakun en levantar la pared de lo que sería un aula nueva, me oyera pronunciar mal una palabra y diligentemente me pintó con un lápiz en la pared vieja los distintos sonidos, en transcripción fonética, de las modalidades que la vocal *u* era susceptible de adquirir. Como digo, cada palabra tiene historia, y yo puedo decir sin exageración que

muchos de los vocablos de mi léxico en inglés tienen fecha, lugar e instructor concreto que aun recuerdo en el día de hoy.

Mi vida se había encauzado definitivamente. El trabajo me servía de distracción y las £5.00 que me entregaban cada viernes por la tarde compensaban mis expectativas. Se me olvidaba decir, además, que el colegio me proporcionaba un mono *overol* o sobretodo y que igualmente estaban incluidos en la jornada laboral un té a las 10:30 a.m. y la comida de las 13:00 p.m. que satisfacíamos en un refectorio comunicado con las dependencias de las monjas por medio de un torno típico conventual en el que colocaban las viandas y las bebidas. Entraba a las 8:00 a trabajar y salía a las 5:00. Llegaba a casa, me aseaba concienzudamente y... ¡todo el mundo mío! Mi amigo Víctor me dio las primeras y suficientes instrucciones sobre prácticamente todo: dónde adquirir tales o cuales artículos; dónde comer bien a precio razonable... y qué sitios frecuentar para procurarme compañía de mujer. Por suerte, la cosa no podía ser más aparente porque a la entrada de la Corn Market St. (que junto con la Queen, la St. Aldate's y la High forman el nudo Carfax) se emplazaba el salón de baile Carfax Assembly Room, el más céntrico de todos y el más conveniente de la ciudad entera. Era, sin dudar, el paraíso del estudiante extranjero y punto de reunión obligado de todos los hurgadores de aventura. Noche tras noche estuve frecuentando dicho local, sufriendo los pequeños rigores del quick-step o tipo de fox-trot inglés, además de la modalidad más energética del baile semi-suelto y giratorio conocido por *jive*. El *jive* era la más estridente concesión a la comunicabilidad del espíritu anglosajón, y había veces y sitios, como otro salón de baile, el Forum, éste en High Street, que con pretensiones de más rigurosa selectividad anunciaba profusamente mediante cartelitos colgados de las paredes: NO JIVING. Pero el Carfax era, con mucho, más permisivo, más popular, más ambientado y con mayor poder de convocatoria. Allí conocí a varias chicas de las que se dejaban acompañar a sus casas y aplicar el institucional “goodnight kiss”... y nada más; allí tuve el conocimiento doloroso, como tantos otros hispanos, de que en el “way of life” de estos

británicos los compartimentos estancos en la gradación de valores funcionan a rajatabla, para consternación del *homo carpetovetonicus*, incontinente y sofrenado a la vez por la férula teocrática de su bendito país.

En Oxford conocí a muchas chicas, buenas chicas, atractivas chicas de clase media, trabajadoras, empleadas, oficinistas, secretarias, etc. Entre las no inglesas había prioritariamente estudiantes y también chicas provenientes de países europeos, que necesitaban el inglés para su trabajo, y pasaban un tipo de vacación laboral sufragada por sus respectivas empresas. El tipo de baile británico no era mi fuerte. En los momentos más optimistas me atrevía con el *quick-step*, pero no con el *jive*. En esos casos de no atrevimiento me ponía a mirar, desde una de las sillas que rodeaban cual cinturón perfecto la superficie rectangular del salón. Desde allí, solo como iba, trenzaba las configuraciones de mi estrategia...

Ese verano de 1957, el primero de los dos que pasé enteramente en Oxford, fue mi puesta de largo. Allí cumplí mis 21 años, cuando la ley española cifraba en tan donoso guarismo la mayoría de edad, y allí sufrí los primeros grandes descalabros en vivo, y asimismo saboreé las más señaladas contraprestaciones de dulzura. Las noches iban transcurriendo y yo buscaba a toda costa alguna aventura con rúbrica final. No era fácil, ni mucho menos. Como digo, abundaba la chica atractiva que permitía, según el coloquialismo, “making out” o “pet erotically”; o sea, que la invitaran al cine, o a merendar sobre uno de los numerosos prados de orillas del Támesis, y allí, entre besos cada vez más acuciantes y más desalados revolcones, cerciorarnos de que la desgarrada ansia agónica y abismal e inmensa del beso, de encarnarse en otra carne, y toda la literatura que se quiera, *pero nada más*, puede perturbar seriamente los bioritmos de alguien como yo, muy remiso de siempre al onanismo, y al que no se le concedía la liberación bienhechora de un orgasmo cumplido. Con todo, claro que la sola experiencia de besar esas bocas de sabores de

aire de fresa, y de sentirse atendido y entendido en el discretísimo inglés que ya por entonces yo podía brindar, era cosa halagadora.

Una noche acerté a conectar con un yanqui por la precisa coincidencia de que sacamos a bailar a dos chicas que formaban pareja entre ellas. La complicidad en tales casos es absoluta, y las culturas experimentan unos portentosos acercamientos. Los yanquis eran para mí en aquella época unos tíos pintorescos y, por lo que se refería a Oxford, la impresión más duradera que de ellos ilustró mi recuerdo fue la de contemplarlos formando cola en la acera y esperando a que abrieran el bar americano “White’s” donde mi amigo Víctor trabajaba. Aquello era el colmo del gregarismo y de la imbecilidad sobre todo para mí que no bebía, y menos en un tugurio que a los pocos minutos se llenaba de humo y a las pocas horas, de conversaciones estropajosas y estereotipadas. Pero el yanqui del bailoteo parecía no tener nada que ver con dicho ambiente. Se trataba ahora de prestarnos nuestra mutua ayuda y de formalizar una alianza España-U.S.A. en cuestión tan íntima, irrepetible y volandera de poner nuestra rúbrica sobre dos chavalas.

En los pocos espacios de baile lento y agarrado que permitía el repertorio musical del Carfax Assembly percibí que mi chica se dejaba llevar. Poco me interesaba lo que decía, porque además lo decía con voz algo aguardientosa y mi inglés no estaba *aún* a tales alturas de virtuosismo. Salimos los cuatro, mi amigo el yanqui muy empaquetado con su pareja y yo con la mía. Sé que nos metimos en el coche de él, y que condujo hasta un poco las afueras. Allí, por expresiones polivalentes que podrían haber significado cualquier cosa, quedamos en vernos junto al coche dentro de unos minutos, lo que durase la despedida. Las amigas no vivían juntas, pero eran vecinas; así que cada cual hizo un aparte con su conquista... Comencé a restregarme contra ella, apretándola contra la valla de su casa. Barbotaba frases, sin dejar de besarme. Cada beso parecía el último, por lo terminativo de su factura y de su intensidad, pero no era así. Yo seguía besando y manipulando ya la parte de la falda. Tenté calideces

internas, y me apresté a facilitar lo que se auspiciaba como imparable maniobra mediante la desabotonadura de mi bragueta... No puedo evitar la risa ahora, al cabo de los años y desde la cubierta de observación de la perspectiva, al recordar que, como ha venido siendo mortificante faceta de mi fisiología, dí suelta al cartucho de semen que desde hacía rato se agolpaba y pugnaba lastimosamente por escapar. Al tiempo, mi amiga, combustionando los últimos resortes de melindrosidad – nunca sabré si cierta o fingida – me repetía expectante:

- I can't, Thomas ¡I'm a Catholic... !

Me despedí de ella, me limpié como pude y esperé junto al vehículo a mi compañero de circunstancias. Tampoco olvidaré su apostura regordeta y sonriente, sobre todo al preguntarme mientras se componía los pantalones y se ajustaba la camisa:

- Did you get any *action* ?

Con los días siguientes vinieron nuevos encuentros y nuevos logros en la dimensión cada vez más compleja de mi trabajo. Se me encargaban servicios “especiales”. Una vez desatranqué el sistema de desagües de la parte del convento destinado a las monjitas, por lo cual éstas hicieron de mí una mención honorífica ante el Director del colegio, y además me regalaron un flan que compartí con mis compañeros comensales a la hora del postre. Otra vez me encomendaron la compra de un juego de brochas y de peines y de rodillos, con los cuales restauramos una parte bien visible de las escalinatas. Los sábados por la mañana solía engolfarme con avidez en las librerías Blackwell's y Parker's, ambas en Broad Street. Seguí asistiendo normalmente al bailongo de Carfax y en ese ínterin trabé amistad con un muchacho de cerca de Birmingham, John Black, que a la sazón trabajaba de administrativo en una empresa de joyería de Oxford y se hospedaba en una habitación de una casa de la Woodstock Road.

Cierto día se me hicieron más agudos unos picores que ya me había sentido por la pelambreira de las *pudendas*. Hay pocas cosas que no puedan veinte años y ocurría, además, que mi experiencia no se

había topado con ciertas realidades que me eran tan sólo conocidas de referencia, como cuestiones de teoría, a asuntos que en todo caso podrían afectarse a otros pero no a mí. El picor fue en aumento por más que me lavaba más que normalmente, con especial cuidado. La zona del pubis ya no era la única que me regalaba aquella desazón: ahora lo podía detectar en las tetillas y en los sobacos. Otro día, y por esa mecánica que es capaz de transformar el curso rutinario de las cosas en revolucionarios descubrimientos, me fijé frente al espejo y más que rascarme llegué hasta el arañazo socavando un poco de piel con la uña y extrayendo cómo un módulo o pegotito que puesto cuidadosamente sobre la uña desplegó un juego de patitas, igual que un cangrejo en miniatura. ¡Oh, my God... my God! Ahora me puse a operar sobre el vello del pubis: arranqué otra cortecita que al colocarla sobre una hoja blanca de papel me cercioré de que se movía, que tenía las mismas patas de cangrejo que la anterior. Por lo menos ya sabía la causa del picor. Pero no estaba seguro de la titulación del bichejo... Me arranqué unas cuantas más y tuve la penitencial ocurrencia de mandárselas a mi padre (que era médico) en un aerograma. Preferí tener el diagnóstico seguro a cualquier otra cosa, y si había sufrido el efecto de los parásitos más de dos semanas, ¿por qué no seis o siete días más hasta que llegase la respuesta de mi padre? Hablo de la época en que una carta aérea entre Inglaterra y España tardaba de dos a tres días como máximo. A mi padre le contaba los síntomas y los padecimientos de mi experiencia. Lo más evidente de todo había sido mi incapacidad siquiera de asumir en teoría algo de tan simple virtualidad como aquello, por la poderosa razón de imaginarme yo gratuitamente ajeno a tales vicisitudes... Mi padre me contestó a vuelta de correo y me diagnosticó (sobre todo, a la vista del cuerpo del delito): LADILLAS. Ladillas como pianos, hubiera yo añadido en el parte. Claro, ahora lo entendía todo. Lo primero, que las debí pescar cuando los restregones aquellos tan descompasados con la chica de la velada con el yanqui. Sí, allí, con ella las pesqué. No había duda. Las pícaras y terribles criaturas. ¿Cómo habría podido resistirlas durante tres semanas, en el trabajo..., en casa de Mrs. Topham... en el viaje

que hice con John Black a su casa de cerca de Birmingham... etc.? Ahora, con la debida perspectiva, no encuentro más que una respuesta abarcadora y suficiente: tenía veinte años, una buena salud, y me animaba un signo más, envolvente, en todas mis manifestaciones vitales.

Mi padre me facilitó una pequeña explicación etiológica y me recomendó cualquier producto de una ciertas características anti-parasitarias. Recuerdo que el fármaco que por lo visto se recetaba más comúnmente en España para tales accidentes era “Ladillo!”: fricción y aplicación tópicas, con unas otras cuantas instrucciones someras y rigurosas. Puse manos a la obra y busqué el producto. Como me temía *esa marca* no existía en el inventario de la farmacopea británica. Pero eso no era la cuestión de mayor relieve. Lo más delicado eran las explicaciones que los farmacéuticos o dependientes de farmacia se creían obligados a recibir. Aquí, como en tantas otras manifestaciones del vivir, se evidencia las desventajas de una sociedad planificada y avanzada que, más bien desde una plataforma conservadora y puritana, respondía con una exasperante carencia de imaginación y eficacia ante ciertas cuestiones puntuales. La insuficiencia de mi inglés, por otra parte, me impedía acertar con el tono explanatorio justo; es decir, que les hiciera saber lo justo para que se enterasen de lo que ocurría, evitando tanto el extremo de asustarles como de hacerles pensar que lo que estaba buscando eran aspirinas para un dolor de cabeza. Por fin, y en el fragor expresivo pugnando por encontrar la sintomatología, acertamos con los términos dirimientes de cualesquiera ambigüedades: “Lice”, “crab” [cangrejo]... Ah, *crab*, me dice el empleado de una farmacia de St. Giles St. Sí, “crab”, le repito yo, intentando paliar el despropósito de que una cuestión de palabras, y acaso de procedimiento, primara sobre el cuerpo del delito, sobre la clamorosa realidad de la picazón que llevaba encima de mis carnes hacía ya más de ¡¡tres semanas!!

Bien. Por lo que pude colegir me pareció que algo había que tener en cuenta con el procedimiento; que necesitaba una receta

expedida por alguien de algún centro médico para que se me pudiera dispensar el producto. Me encaminé al Servicio de Urgencia de la Radcliffe Infirmary de la misma St. Giles St. El servicio estaba en ese momento atendido por una enfermera, morena, y que a mí me pareció anticipadamente atractiva, por las expectativas que yo gratuitamente había depositado en sus competencias. Llevaba todo el antebrazo izquierdo enyesado, lo cual le prestaba un distintivo de inconfundible señalización, además de las características naturales de buena complexión, gracia de rostro, amabilidad de gesto, etc. que en ella concurrían. Le conté apresurado y pudibundo el caso; hasta ayudaba a la deseada rotundidad de mis expresiones yo mismo con la puntualización tópica correspondiente a la identificación de los bichitos, llevándome las manos ora a los genitales, ora a los sobacos o al pecho. La enfermera sonrió. He dicho que llevaba el antebrazo izquierdo escayolado, pero me parecía cada vez más amable, más precisa en su comunicación profesional. Me escribió el nombre del producto en un papel con membrete; le pregunté si había que pagar algo; me dijo que no, salí corriendo y no paré hasta la farmacia.

La loción, que me costó cuatro chelines y por lo que pude ir leyendo en el autobús de vuelta a casa, estaba indicada contra los parásitos de la piel. Algunos de los términos del prospecto, en su nomenclatura latinizada declaraban sin lugar a dudas las propiedades del fármaco cuyo nombre he dejado ya de retener. Llegué a mi habitación, tembloroso y anhelante, concienciado del momento decisivo e inminente. Me desnudé, me duché y me apliqué la loción con sobrada abundancia. El escozor que, debido a las friegas simultáneas e intensas en pubis, ingles, tetillas y axilas mantenía mi cuerpo en ascuas, en exacerbada exaltación, encontraba su correlato compensatorio en la fruición mental de saber que estaba librando y ganando la batalla primera, única y definitiva; que el efecto ígneo, letal del líquido estaría empezando a desalojar de sus escondrijos solapados a las ladillas y que la reacción continuaba sin cuartel completando su exterminio; me recreaba visualizando los estertores y pataletas de los convulsos parásitos. Me apliqué dos o tres veces más el ungüento

líquido hasta dejarme la piel hecha una brasa. Y como de resultas de la tensión acumulada por las idas y las vueltas me encontraba más bien derrumbado, me acosté desnudo.

A la mañana siguiente la cama de Mrs. Topham parecía un cementerio de miríadas de motitas cadaverizadas. Había cientos, miles de ladillas chamuscadas, desintegradas, resumidas por la acción del fuego exterminador. La sábana inferior era un documento fotográfico de imperecedero registro: se había tornado de color pardo. Deshice la cama, recogí de las cuatro puntas con mucho tiento la sábana más afectada y la sacudí discretamente por la ventana que daba al patio-huerto interior; la volví a poner, pero dada la vuelta. Y lo mismo hice con la sábana de arriba. Satisfecho con el resultado, me duché para aligerarme el olor a loción rancia, y acto seguido me apliqué una última mano de insecticida, esta vez mucho más moderada.

Era sábado. Me puse mi mejor ropa, me fui para el centro, compré la caja más espectacular de bombones que encontré y me planté en la Radcliffe Infirmary. ¿Que a quién quería ver? Pues a una preciosidad de criatura, morena, de tales y cuales características, que ayer a tal hora se hallaba en la sección de urgencias... etc., etc. Ah, sí, y para más señas, que llevaba enyesado el antebrazo izquierdo. Sí, la quería ver para hacerle entrega de un pequeño obsequio, de esta caja de bombones, porque me había atendido... Difícil de imaginar, pero cierto. Allí nadie sabía nada de tal enfermera. ¿Pero cómo es posible, repetía yo, que nadie me pueda dar razón de alguien que ayer, a esta hora y en tal sitio se encontraba en estas dependencias? Más indagaciones y más especulaciones. Después de cierta concesión, un poco así, en plan de confidencialidad, y dado lo inusual de la ocasión, se me sugiere que espere a la salida y cambio de turno de enfermeras a tal hora, apostado en el estratégico sitio de...

Paseo por la ciudad mi caja de bombones, hago las diligencias pendientes, vuelvo con enardecida esperanza a la Infirmary y me pongo en el tolo abierto a ver pasar a mi tórtola, con el corazón

suspense, anhelante... Salen, salen y entran algarabías de criaturas, con sus capitas, con sus cofias, con sus medias y chalinas blancas y azules, azules y blancas, y zapatos de ancha suela... Nada, ni a tiros. Inconcebible. A esta mujer parece habersele tragado la tierra. Vuelvo a la carga ante el nuevo equipo de celadoras del Departamento de Información y les encarezco en mi inglés ahora recrecido por la adversidad... que, por favor... que hagan un esfuerzo; que se trata de algo inconfundible..., palmario; que esta enfermera llevaba un brazo escayolado. ¿Es creíble que *nadie* la recuerde, ni sepa nada de ella? Obvio es que a mí no se me ocurrió preguntarle el nombre: ello hubiera acaso distorsionado la secuencia espontánea de salir del Hospital con la receta del ungüento sanador y ocurrírseme lo de regalarle bombones y mi más encendido reconocimiento...

A partir de entonces comprendí y asumí dolorosamente que los pueblos, cuanto de más abundancia de medios disponen, menos cultivan su imaginación, la cual suele ser producto de la indigencia. No, estos prójimos no saben nada de nada que no les afecte a la parcela de su recortada y particular incumbencia. El Imperio Británico también tiene sus puntos flacos... y mi enfermera acomodaba lamentablemente su supuesto en esta modalidad de falta de imaginación de sus compatriotas. Muchas veces lo he pensado: sin imaginación y sin ganas de ayudar, un pueblo tiene un futuro muy negro. Mi augurio de entonces ha empezado a corporeizarse ahora. No, no pude localizar a aquella maravillosa mujer que con su sonrisa comprensiva, primero, y con la anotación de un producto insecticida en una receta, después, puso fin a mis tribulaciones. Mascullé los típicos improperios de sedación psicológica, y al salir de la Radcliffe Infirmary le regalé la caja de bombones a la telefonista de recepción. Con todo, no he dejado de amar a aquella enfermera innominada y bella, que fue ocasión histórica de que yo acabara con una extraordinaria invasión de ladillas, en aquel verano de Oxford, 1957.

Marliese: Oxford, 1957; Barcelona, 1960, New York, 1961, 1969

Sí, fatídica y gloriosamente también en Oxford, en el primero de mis dos veranos consecutivos allí pasados; es decir, en 1957. Época formidable asimismo, pues por entonces me acercaba a los 21 años. ¿Lo imagináis? 21 años y la primera suelta, propiamente dicha, de un país regido por obispos y por generales, y con el espíritu mío abrumado por ideales vagos y por realidades concretas y perentorias, como eran enderezar mi tortuosa carrera de Filosofía y Letras que a causa de la simultaneidad que había estado yo sosteniendo, sobre todo en sus tres primeros cursos, con la de Derecho, se había resentido de falta de dedicación, traduciéndose inexorablemente todo lo cual en varias materias colgantes en ese junio de 1957. No debía perder de vista que, como indicación de unas exigencias convencionales de cara a la familia, el junio del siguiente año, 1958, debería coincidir con el final de carrera. Por todo ello, y sin hacer exhaustiva la enumeración de compromisos y de acicates, aquel verano de 1957, en Oxford, pretendía combinar lo vacacional y lo penitencial; el esparcimiento con la actividad responsable.

Lo primero de todo era buscarse un trabajo; eso, un trabajo en que hubiera que usar las manos y la voluntad, y que le permitiese a uno ingresar una cantidad suficiente de “pocket money”; o sea, dinero para consumo inmediato, a cubierto del desembolso inevitable del billete de ida y vuelta. Un trabajo, sí, pero ¿cómo? Yo siempre me he considerado, probada y sobradamente, una criatura ni muy manitas ni muy manazas. Por lo tanto, el factor de la voluntad era, tenía que ser aquí determinante. Exacto, un trabajo, pero ¿qué tipo de trabajo y dónde? El principio de la resolución de tan preliminar escollo tuvo lugar previamente en Madrid. Y se trataba de que un compañero nuestro de la Facultad de Filosofía y Letras, bieloruso refugiado, Victor Sienkiewič, resulta que tenía a su mujer, británica, trabajando en Oxford; él mismo pasaba allí los veranos como “barman”, y conocía a otro refugiado de uno de los estados bálticos de la URSS, Walter Shakun, que estaba empleado, con carácter fijo, y en capacidad

de “jack of all trades” (servicios de mantenimiento en general, en este caso) en un colegio... Pero, perdón, perdón, compasivo lector, por el desliz de referirme a lo que más o menos ya ha quedado referido en otra viñeta de este libro... Vayamos, pues, a la protagonista central en todo esto...

Una noche..., eso es, una noche en que, como de costumbre, había acudido al Carfax Assembly, me cayó en suerte la adherencia circunstancial a un grupo de varias chicas... No puedo precisar si por el hecho imparable de que hablasen alemán entre ellas, o porque en su conversación con otros ingleses se expresaran con el enérgico, rotundo acento germánico en que las *w* del pronombre personal *we* (nosotros) suenan con *v* de *vida*, por ejemplo... y lo mismo con *were*: *we were = vi ver ...*, no sé, digo, por cuál de las causas específicas. El caso es que, percatado de su filiación alemana, abordarlas fue cosa rutinaria, y encontrarme de alguna forma referenciado exclusivamente a una de ellas fue cosa de proverbial rutina.

- I'm Marliese, from Germany.

- My name is Tomás. I'm from Spain.

Siguió la inevitable secuencia de aquellas veladas: juegos de luces anunciando el final de la música y, por ende, el desalojo del local. Pequeñas carreras de las jóvenes en busca de sus zapatos de pisar por la calle y de sus bolsos retirados en las sillas que formaban un cordón de descanso alrededor de todo el recinto cuadrangular. Hay que perfilar las estrategias en el acto y sobre la marcha. Marliese y sus dos amigas se hospedan, según dicen, en una casa de campo, grande, en el pueblo de Kidlington, algo así como pedáneo de Oxford y al que se va por la carretera de Banbury. Por lo visto hay un último autobús, inapelablemente último, que hace el recorrido... ellas lo saben muy bien por haberlo tomado en otras ocasiones... y si se pierde, bueno, si se pierde...

—¿Cómo, autobús? — intervengo yo. Me rebosaba el talante rumboso de meridional pudiente, sobre todo porque tenía en el bolsillo las £ 5.00 que constituían mi paga semanal, y que entonces (sigo en 1957)

significaban una cierta entidad, sobre todo para disponer de ellas sin más contemplaciones...

No, autobús no. Propongo un taxi ante el ademán de asombro y el despunte de alguna expresión como indicativa de desajuste o disconformidad. Nada, nada..., con toda seguridad un taxi. Y en un taxi nos encaramamos los cuatro... un taxi que abordamos allí mismo, en el exterior de Carfax, en Cornmarket Street. Y comenzamos el principio de ese fin ineluctable, de ese fin contingencial de todo encuentro... Comenzamos el doloroso rito de la separación. Marliese especifica escrupulosa y concienzudamente las señas de su alojamiento, y el conductor, de aire cachazudo, como de sabérselas todas, asiente y echamos a rodar. Dejamos a la derecha el Jesus College y George St. a la izquierda; Broad St., con el Balliol College a la entrada y enfrente, lo dejamos a la derecha, y el Randolph Hotel, el más suntuoso de Oxford, a la izquierda, rebasando St. Mary Magdalen Church a la derecha. Así continuamos hasta donde St. Giles St. se descompone en un bivio y cogemos el ramal de la derecha que es Banbury Road..., para introducirnos más y más en el pequeño trance de la noche y del extrarradio de una mediana urbe como Oxford. El taxi rueda y los juegos que gratuitamente trenza la imaginación se van agolpando, superponiendo, eliminando entre ellos... hasta dejar siempre, sobre la piel encendida del alma, la última pirueta que el pensamiento se complace en elaborar... Todo lleno de lucecitas, bajo el prepotente capote de la nocturnidad. Se acerca el final del trayecto. El taxista consulta con Marliese unos definitivos detalles... giramos, enderezamos, volvemos a girar... se detiene, avizora, consulta unos indicadores..., pone luces largas y... sí, ya hemos llegado. El coche se estaciona a la entrada de la casa, en el ensanche generoso entre la cancela y la calzada...

– Well...–, Marliese y sus dos compañeras me dicen que a cuánto tocan. Veo que todas han echado mano de sus respectivos bolsos.

- Oh, no, please, no. I'm very happy to invite you. Please, please, accept my ride...

Oh, las amigas de Marliese entienden con clara expresión de complacencia. Yo gesticulo y digo no sé qué... que mi optimismo quiere presentar a la intuición de mis amigas como un: “Pero, hombre, ¿Cómo podríais pensar que os iba a dejar pagar cuando además de sobrarme el dinero me sobran la voluntad y el beneplácito?”.

- Oh, thank you, thank you...- , me dicen las dos, al tiempo que intercambian instrucciones brevísimas con Marliese y se adelantan a entrar en casa.

Una vez más, esplendorosamente solo entre todos los significados del mundo, ante todas las cajas de sorpresas y ante todas las claves de redención que el hombre se haya inventado para alivio de sus desasosiegos. Me acerco al taxista y le explico... lo que creo que el hombre ya había asumido: que me espere, por favor, que yo tengo que volverme a Oxford... y que me tengo que despedir de mi amiga... y que no hay problema de dinero. Así que el coche allí, como el bulto de un animal inmóvil o dormido, Marliese y yo... unos metros alejados..., y al fondo, a la derecha, la mansión. Por encima de la institución del “goodnight kiss” del país anfitrión se adensaba por mi parte un enjambre de gavillas de motivos, un listado de propensiones inconfundibles, aunque confusas, si de su formulación se hubiera tratado. Y eso sólo tenía un síndrome: el empuje de mis 21 años enterísimos, espoleados por un romanticismo puro, y con una muchacha allí, al lado mío, bajo la noche absoluta, hablándonos en inglés y teniendo en mis manos las cartas de todas las posibles barajas del mundo para aspirar a los más exóticos embites...

– “Very nice tonight”, – aconteció a decir Marliese.

Las burbujas imantadas de la sangre, la tácita confabulación de una ebriedad del ser, inédita pero activa, hicieron el resto. A una señal estelar, de puntualísimas eternidades en su vertical anclaje, la boca de Marliese y la mía se consorciaron en una nupcia deportiva y cálida. Si todo país huele y sabe a algo determinadamente característico, cada boca de mujer encierra, cuando propicia, sabanazos de místicos oreos, catálogos de aromas por hacer, enaltecedores

acertijos de redención y desprendimiento. Se me antojó que Marliese me impulsaría amortiguadas anuencias, y mi boca, en su mudo quehacer de cósmica y trascendente testimonialidad, en su trabada elocuencia de agónicas cercanías, barruntaba sinsentidos preñados de significado.

Seguimos besándonos.

Atravesaban mi campo mental multitud de quimeras que no sabían dar noticia de su destino, pero que en suprasensibles piruetas, desde la plataforma inmediata del aliento de Marliese, se instalaban en algún cuadrante de la conciencia. Digo que estábamos los dos de pie, allí, entre el taxi y la entrada de la casa a través de la pequeña cancela en la valla de madera. Al querer hacer de nuestros cuatro labios una pasta argamasada, ora compacta, ora recorrida de puntos de sutura, expansionada o comprimida, aliviada por la toma de aliento o exacerbada en su gemebundez por la búsqueda de un hondón imposible, mis vísceras se engranaban en el conjuntado acorde del flujo entrópico de mis eternidades.

Seguimos besándonos.

¿Era aquello poseer, o era un simple atisbo de espejismo posesorio? Estudiante que era yo, o que había sido hasta hacía bien poco, de Derecho, veía en ese mi estar besando a Marliese nada menos que una categoría jurídica, sostenida, acaso inventada, pero redentoramente cierta. Porque no era imponer un contacto instrumental de mi cuerpo sobre otro cuerpo transido de contigüidad, para poder predicar un triunfador “Es mío”, sino que, más bien, besar a Marliese entrañaba el fantástico mensaje de que cuanto más posesión me regalaba el trance en sus elementos conformadores, más ponía mi alma en tela de juicio el acceso a la propiedad de las esencias innúmeras y únicas. Sí, besaba la gangosidad dulcísima de la pronunciación de las *w* de Marliese, y su suave gesto de ladear a uno u otro lado su cabeza cuando sonreía... Besaba su trabazón de historia reconstruida, su papel existente o no de walkyria..., la intercesión que,

como princesa de un premonitorio Walhalla, pudiera hacer en favor mío cuando de alguna de mis recaídas de exotismo se tratase... Besaba sin entrever (y por lo tanto, sin deseo de celebrar) ningún enardecimiento somático, dentro del encofrado de la viril servidumbre de funciones... Besaba más la idea de besar que la plasmación en cosa o sustancia alguna determinada. Por eso y entonces, comulgaba con, a la vez que descartaba, los ajustados y enérgicos acentos poéticos de “el beso de los labios / desgarrada ansia inmensa / de hacerse carne en otra carne, / de ofrecerse y morirse en el estuche / cálido de otra boca” (Demetrio Castro Villacañas)

¿Besaba yo con desgarro y con ansia a Marliese? Nunca lo supe y nunca lo sabré. Tomada primero de los hombros, luego de la cabeza, haciendo soporte con mi mano izquierda y abriendo con ella cinco surcos a través de su pelo cortito, nuca arriba, yo besaba sus besos, yo besaba la aventura de sus besos. Porque – pensaba y pienso – el beso es siempre apetecible y a él tendemos todos en amigable acuerdo, en embriago-adicción. Aquí la Humanidad parece no haber jamás atravesado cismas de criterio. No quisiera parecer ilusoriamente atrevido – osadía del irresponsable – al decir que el beso pasa al segundo plano cuando un hombre y su amada están bajo el signo del abrazo total. Ese total abrazo, ya lo sabemos, supone la contemplación definitiva del mundo, una romántica cosmovisión de cada uno de nosotros, hombres, con la adherencia de una mujer en la sima de la conciencia nuestra. Se opera la mismidad, el calco perfecto, la unión única de soma yuxtapuesto, lámina fiel anexionada a su contrario amante. Y sentimos que al separar nuestra lámina – alma – de tal superficie, perdiera su valor de mismidad adyacente, compartida. Así, el abrazo con la cabeza de cada uno asomando por encima del hombro del otro, se me antoja el más acabado injerto de intimidad, desde la interioridad indesdoblable de nuestra fortaleza, desde la mística reserva de nuestro sanctasanctorum. Cuando se columbra el beso, la superficie de adherencia e injerto entre los dos cuerpos se contrae y lo que antes era un amplio continente de contacto ahora se ha adelgazado más y más hasta convertirse en un istmo, hecho con cuatro labios y

soportando tal riada de flujo espiritual, tan ambiciosa, que parece que pueda romperse de un momento a otro, por carecer de entidad y envergadura. En dichas circunstancias el beso trae consigo aflojamiento en la posesión; preámbulo de una liquidación – ya iniciada– de la tangencia imbricante, total, de las dos láminas de alma en absoluta superposición. El abrazo es la suma ambiciosa, asomados al balcón del mundo de la amada, aupada, asumida por nosotros, concentrados en el interior de nuestra intimidad, vertidos y privados al mismo tiempo.

Seguimos besándonos. Ahora ya con la convicción de que mi besarla había optado por una dimensión estética, de escrutinio de esas concertadas orquestaciones que la fortuita convergencia de juventud, menester y armonía celebra en los pináculos del azar generoso. Todo era azar, azar dirigido y voluntariosamente propiciado; y generoso. Todo era generoso y joven, redentor y vivo en nuestro besarnos, aquella criatura, Marliese, y yo, a la entrada de su mansión rural. En proporción ecuménica habían desfilado por la historia mía, catapultada hacia lo más profundo de sus orígenes, toda la voluntad de permanencia, vertido en el ser de otro, en su más sustancial significación.

Pero la suave guillotina de la realidad, el diseño estrangulante de las dos determinaciones categoriales del tiempo y del espacio estaban cerrando filas y haciéndome a mí abrir, liberar mis brazos. Algo debió de ver el taxista porque efectuó un parpadeo súbito de los faros del coche. Adiós, Marliese. Nos veríamos otro día. El juego estético tenía razón de ser en la historia de cada uno de los dos. Salté al taxi, observé de nuevo la comprensiva mundanidad del taxista y regresamos a Oxford, a mi alojamiento de la Divinity Road, casa de Mrs. Topham, en el barrio Cowley. El coste del viaje y la espera, algo menos de una libra y media, cantidad que gustosamente redondeé. En definitiva, no era sino mis ganancias de una jornada y media de trabajo. Además, aquel esperar del señor taxista, sabedor de los impulsos juveniles, había sido muy conciliador y hermoso.

Marliese era la proverbial joven alemana educada y de amplios parámetros de naturalidad. La otra sola vez que nos volvimos a encontrar antes de que uno de los dos se marchase el primero de Oxford, recuerdo que la invité a merendar en un pub de Islip, no lejos de Kidlington, junto a un brazo fluvial del Cherwell, en pleno campo. Por aquel entonces había descubierto yo la exquisitez de la sidra inglesa y la había hecho mi bebida favorita. Una pinta de sidra de grifo, acompañada de algún sandwich o bocaditos de fiambre, era lo más apetitoso a que uno pudiera aspirar. Ocurrió que la placidez y la duración de nuestra charla comportaron mi trasiego no de una sino de dos pintas (o sea, un litro) de sidra. Al rato de habernos marchado, y de caminar a lo largo del arcén de una estrecha y pulida carretera vecinal, sin casi promontorios ni árboles, ni arbustos frondosos, ni accidentes de terreno, ni almiarés o casetas..., al rato de haber salido (y sin perjuicio de que al dejar el pub me encontrase en óptimas condiciones de comodidad con mi vejiga, por haberla convenientemente vaciado)... las urgencias de efectuar una micción en toda regla comenzaron a trastornarme. Desde entonces me jacto de conocer el efecto cercanamente retardado, de cruel relojería, de la sidra que, por lo menos en el sistema mío, requiere una secuencia de intervalos mingitorios acompañados de pinchazos conminatorios y penitenciales. ¿Qué hacer? Yo no podía más... y me decidí a dar a entender a Marliese que siguiera ella andando..., que yo me retrasaba porque la sidra..., en fin... que ya me entendía. De nuevo, la sufrida, la perdedora, la realista Europa dio una lección de telurismo a la concepción, entre escrupulosa y mediatizada por tabús, de un meridional como yo, alimentado con el potaje de la hipocresía y del pseudo-pudor. Marliese continuó andando y yo, conforme liberaba las secuelas de la sidra en forma caliente y humeante, disfrutaba de un casi desvanecimiento de placer. ¡Qué naturalidad de criatura; qué envidiable actitud – pensaba – la de estas gentes que viven y ofrecen vida!

A raíz del desmantelamiento de nuestro fortuito coincidir en aquel verano de 1957, y hasta nuestro cruce siguiente (en sitio y momento que a continuación delataré), entre Marliese y yo se celebró la consabida ceremonia del envío de fotos. Las tengo todas aquí, ante mí. La primera, fechada en enero 1959, muestra a Marliese tocada de pelito corto y flameado, cabeza ligerísimamente ladeada, sonrisa en un proceso de esbozo y boca concediendo suficiente partición para un delatar de los dientes. Arropada en un magnífico chaquetón-abrigo de cuadros y amortiguados el cuello y el ángulo en punta de arpón del pecho por el abrazo muelle y esponjoso, en forma de vaivén de onda, de una bufanda. Las dos fotos siguientes, de la misma época, (y supongo que acompañarían a alguna carta, que no conservo), retratan a Marliese de cuerpo entero, con abrigo y bufanda salediza y acolchándole el mentón: una de las instantáneas tomada delante de lo que supongo es su casa en Wiesbaden; la otra, en una foresta urbanizada, con mesas y sillas de madera dispuestas... El siguiente par de fotografías, hechas en Mallorca, reproducen a Marliese en atuendo de playa, posada y sonriente, desasida de todo lo que no transportase benignidad y armonía responsable.

Y llegamos a primeros de septiembre de 1960. Desde julio de ese año (y después de haber residido todo el curso anterior en una Grammar School, preuniversitaria, de Inglaterra, como Spanish Assistant) estaba yo en España, y a la vez que me engolfaba en la puesta a punto de mi Tesis Doctoral (que leería al año siguiente), había aceptado impartir unas clases de inglés a nivel instrumental en el Colegio de Segunda Enseñanza de Alcalá de Henares en que yo había estudiado el Bachillerato. Así que, además de los ahorrillos que me había traído de Inglaterra, disponía de garantías laborales inmediatas; todo lo cual me permitiría hacer un poco de turismo nacional. Unos días antes, y con la rigurosidad que caracteriza a estas razas, Marliese me había comunicado que iba a pasar en Mallorca, con una amiga, desde tal a tal día... que iban en avión pero que en tal fecha de final de vacaciones regresaba en barco a Barcelona... que se hospedaban aquí, y aquí y en esta y esta fecha...

La verdad es que la realidad de las vacaciones de Marliese en territorio español desplegaba un ramo de opciones en mi circunstancia. Decidí, de momento, visitar a mi amigo Mr. Dixon, el gran adelantado de mi consorcio con *lo inglés*, mi gran valedor desde que (y por la amistad que él había forjado con mis padres a raíz de un encuentro con ellos, previo y fortuito) propició que yo visitase Inglaterra en fecha tan temprana como 1953, bajo su protección y bajo la égida de la liberalidad de mi padre. Oh, sí, Mr. Reginald Arthur Norton Dixon, autor de un precioso libro *Spanish Rhapsody* (London: Robert Hale Ltd., 1955) en que salimos yo y toda mi familia bajo nombres cordialmente dislocados... Sí, Mr. Dixon se había establecido en Blanes, en la latitud más meridional de la provincia de Gerona, pegando con la de Barcelona, y al mismísimo comienzo de la Costa Brava.

¡La Costa Brava! Formidable sistema de resonancias el que empezaba a generar aquella denominación por aquel entonces. Conque había que ir: Conectar a Marliese, con Mr. Dixon, y con la Costa Brava era una tacada de aconteceres que pondrían a prueba mi capacidad de maniobra en este ámbito abundoso de estimulantes expectativas. Lo primero de todo, trasladarse uno en tren hasta allí, desde Alcalá de Henares. Mr. Dixon vivía en una de las casas (pisos, mejor dicho) del final de la Avenida principal de la playa. Desde su terraza contemplaba con prismáticos la ocupación de tumbonas por parte del público, negocio éste que había adquirido del Ayuntamiento en exclusiva. Mr. Dixon todavía vivía con su primera mujer, de la que un par de años más tarde se separaría por incompatibilidad de caracteres. Nunca mejor diseñada que en este caso dicha figura convivencial aplicable a las parejas: Mr. Dixon se iba ajustando más y más al encanto de lo español, a pesar de sus pegas, de su subdesarrollo y de sus contradicciones fortísimas. Y si en un principio hizo doctrina de su proyecto de pasar el 51% de su tiempo en Inglaterra y el resto en España o dondequiera que fuere, al correr de los años tan sólo concedió vivir fuera de España el rato suficiente para que en su

pasaporte figurase una salida simbólica. Por el contrario, su mujer, de nombre y de memoria poco piadosos (y por lo tanto obviales) desencadenaba en España toda su capacidad de animadversión personal contra el país, contra sus gentes y costumbres; contra sus instituciones entonces presentes y en vigor, y contra su historia. La convivencia era entre ellos, en aquel 1960 en que yo les visité, precaria. Con todo, y a efectos de esta viñeta narrativa de mi libro, hay circunstancias reseñables. Y la primera es el gesto que nos regaló Mrs. Dixon cuando le informamos que por sugerencia mía, Reginald había decidido acompañarme a Barcelona; y que en el caso de que consiguiéramos pasajes, nos quedaríamos en Mallorca un par de días visitando a mi amiga Marliese, y a la amiga de mi amiga, ambas alemanas...

No obstante, aunque a regañadientes, dió su aprobación a que su marido se ausentara de Blanes. No hubo lugar, por desgracia, a que Mrs. Dixon se considerase preterida por la escapada exótica de Reginald, y más que nada, por inducción de alguien como yo, sin más filiación que la de su juventud de romántico impenitente. Y no hubo lugar porque tampoco había pasajes de barco, cosa que descubrimos de la manera en que se llevaban a cabo en aquellos tiempos ese tipo de gestiones: por libre y a lo bestia. Tras las consabidas consultas en la oficina del puerto, la espera correspondiente a que abriesen la ventanilla, y ante la ausencia de sistema de prioridades en la España de 1960 (y sobre todo en algo como determinar el orden de posición en una cola), el agolpamiento, entre empujones y puñadas, codazos y arremetidas de hombro, hasta acercarse a la cuasi-mirilla en cuanto que el jeque plenipotenciario de dentro se dignó retirar la trampilla cochambrosa que le separaba a él, en su búnker de omnipotencia, de todo el resto del mundo repartido entre los demás de nosotros, asquerosos y menesterosos mortales. De nada sirvieron los esfuerzos que, acaso en contexto distinto, me hubieran meritado un buen fichaje como jugador de rugby. De nada sirvieron las letanías de impropiedades respecto de los pretendidos “derechos humanos” que, con estilo muy “sui generis” exteriorizaron, en clave de vociferación, algunas

mujeres. Nada. No había pasajes, y así se lo comuniqué a Mr. Dixon que, sentado en el banco más próximo en aquella especie de camaranchón ayuno de urbanidad que era la oficina marítima, no podía contener la risa, por haber sospechado – como luego me asegurara – lo que en realidad había ocurrido.

Bueno. Frustrado el viaje a Mallorca, sólo quedaba pasar esa noche en Barcelona, antes de regresar a Blanes al día siguiente. Recuerdo que cogimos habitación en la Residencia-Pensión “New York” de la calle Escudellers, que resultó algo sórdida (“shabby”, precisó Mr. Dixon) ¿Sórdida, dije? Oh, sí, es el ejemplo que trae don Julio Casares en el prólogo a su *Diccionario ideológico*. Hablando de las diligencias intelectuales que el usuario avisado puede instrumentar para que el Diccionario desempeñe el cometido ofertado de llevarle a uno “de la idea a la palabra” y marcha atrás, nos precisa que cuando el concepto de “lo sucio” se encuentra y cruza con el de “lo mezquino”, surge la noción concentrada de “lo sórdido”. Yo también creí entonces que la Pensión “New York” estaba algo sucia y que tenía un aire, así, como mezquino... vaya, ya está dicho..., sencillamente sórdida. Pero para una noche, pensamos. En peores garitas se habían hecho guardias, y cuando venían a mi memoria los relatos de algunos de mis amigos algo más mayores que yo, en la inmediata era de la postguerra, tocante a las noches de invierno en que se hacía guardia con un mosquetón Máuser, y se follaba con putas visitadoras, de pie, con el capote puesto, y por un chusco... digo que cosas así, a los que en nuestros tiempos de adultos hemos conocido las holandas, por ejemplo, del Hotel Ambasciatori Palace, en la V. Veneto 70 de Roma (sólo como ejemplo entre muchos, mi palabra de honor!), cosas como la Pensión “New York” engrosaban nuestro anecdotario pero no nos indisponían con el mundo.

Y ya que he hablado de putas, sí debo reseñar que me fui de putas esa noche. Me acompañó Mr. Dixon, creo que por cortesía y por compañerismo, porque mientras él paladeaba no sé qué vino en un bar de Las Ramblas, yo me pasé por “Panams” y por “Tabú” a ver lo que

pescaba. “Panams” y “Tabú”, debo señalar aquí aunque sólo sea a vuelo rasante, se consideraban entonces las dos *boites* más egregias de Las Ramblas, lo cual era para mí tanto como decir de Barcelona entera. Las putas, a discreción y en variadísimo nomenclátor de estilos, hacían de estos locales los lugares más concurridos y más insustituibles del turista nocturno. Algún día hablaré de sus analogías y diferencias con “Las Palmeras” de Madrid. Recuerdo que iba con ganas de encontrar a alguna chica rubia, pero acabé engolosinado con una morena de “Tabú” que me llevó al socorrido “meublé” donde la eché dos polvos por la vía rápida, a mi aire, y sanseacabó. Me reuní con Mr. Dixon y nos retiramos a la pensión. Como estaba programado, a la mañana siguiente cogimos el tren hasta Blanes.

Blanes era el primer punto de lo que técnicamente, y en dirección hacia arriba, se conoce como Costa Brava. La gente hablaba de Lloret de Mar, de Tossa, de Playa de Aro, etc. Pero yo siempre he celebrado los lugares con la cantidad adecuada de ambiente y no más. Y Blanes tenía ambiente, infinitamente más del que un espíritu normal estuviese en disposición de digerir por intensas que fueran las sesiones con que se despachara. Solíamos comer Mr. Dixon y yo en el Restaurante Patacano, allí en plena avenida principal, frente a la playa. Sus paellas habían adquirido cierta reputación de apetitosas. Luego, por las noches, uno podía escoger entre varios locales que ofrecían espectáculos al aire libre: creíble o no, por cincuenta pesetas el más caro, además del show sobre la terraza, como digo, uno tenía derecho a consumir todo el champagne que quisiera. Con clientes como yo, que amagan un par de sorbos de cualquier cosa (por no cargar con el calificativo de abstemio patológico absoluto) el establecimiento acaso obtuviera un claro beneficio. Pero con tanto borrachín suelto – discurría yo – ¿cómo era posible sacar ganancias? Una noche visité el local de un conocido de Mr. Dixon que tenía por compañera a una preciosidad de mujer, por nombre Eva, alemana asimismo, y conecté con unos ingleses, dos chicos y tres chicas. Me arrimé a la chica suelta, y al segundo sorbo de cava, línea divisoria de mi permisividad con el alcohol, estaba declamando fragmentos de

poemas ingleses de mi, hasta entonces, reciente adquisición, y un rato más tarde, desglosados ya del grupo de los demás ingleses, celebraba con mi nueva amiga los inevitables revolcones en la playa. No olvidaré nunca la fruición que aquella chica mostraba respecto de mis besos y de mis merodeos por las morbideces de su torso, y el respingo de horror inédito que ejecutó ante mi pretensión de transponer las barreras de atavío sucinto que me separaban de su recoleta hendidura... Bien a pesar mío, dejé que el flujo pastoso de mis bichitos cayera lastimosamente sobre la arena y di la fiesta por liquidada.

A todo esto había llegado el día del regreso de Marliese y su amiga de Mallorca, al puerto de Barcelona. Así que me despedí de los Dixon y volví a tomar el tren. Llegué con tiempo para darme un paseo y para ver cómo el barco “Ciudad de Barcelona”, de la Transmediterránea, hacía su entrada, entre sirenazos, hasta atracar en el muelle. Cuando vi a Marliese, a sus primeros gestos efusivos de bondadosa gracia, percibí que su recuerdo, en ponderado bienestar, en feminidad ecuánime, no me abandonaría en la vida. Vestía un traje de chaqueta muy ligero y oscuro, con cinturón ajustado y zapatos de color claro. Parece muy fácil hacer la descripción – pensaría alguien – a tantísimos años de distancia. ¡Claro: Como que tengo aquí delante cuatro estupendas fotos que me mandó semanas más tarde, sacadas todas en el mismo puerto! La primera, la que representa a Marliese sola, en el atuendo que he esbozado, y teniendo detrás de ella uno de los portones corredizos de entrada a los muelles, y más detrás aún, el barco. En otra foto, suplicada a algún espontáneo, estoy yo, camisa de manga corta sin remeter en el pantalón, entre ella, Marliese, y su guapísima amiga, Emy, quien ante la comprobación de la frondosa aunque espaciada amistad, al parecer repleta de concordancias inocentemente cómplices, entre Marliese y yo, se limitó a observarlo todo en sonriente mutismo, en ademán de testimonial comparsa, escondiendo su gesto tras unas gafas de sol amplias y como ahumadas, y dejando plasmado su hermoso plante en una pose de lírico descuido, erguida, en otro traje de chaqueta, abotonado en la restricción de la cintura, cuello en uve, y camisa blanca debajo; zapatos también de

color claro, y la pierna izquierda razonablemente adelantada, como para prestar a su tallo una proporción de sobria exquisitez, de sabia euritmia. Sí, aquí está otra vez Emy, en la tercera foto, ella sola junto a las maletas. No ha cambiado su pose; somos nosotros los que, únicamente, nos hemos desglosado, dejando a Emy el entero protagonismo de la cartulina: Hasta en eso veo el talante de deportiva generosidad de Marliese: jugar y dar juego. Y por último, en la cuarta foto, Marliese y yo, ligeramente distanciados del objetivo con el fin de contener en la imagen todo el portón corredizo de uno de los accesos al muelle, y la mayor parte del “Ciudad de Barcelona” cubriendo todo el fondo.

Al año siguiente, 1961, Marliese marchó a trabajar a New York y allí mismo, y en septiembre una vez más, tuve ocasión de encontrarme con ella y con el que un poco de tiempo más adelante sería su marido, Bill, americano de ascendencia italiana, y todo un gran muchacho para más señas. Precisamente me tendré que referir con toda necesidad y placer a este encuentro de septiembre, 1961, en otra viñeta de estas Memorias. Pero todo a su tenor. ¿Que por qué estaba yo en New York en septiembre de 1961? Pues porque, ya de Doctor en Filosofía y Letras, me acababa de contratar el Departamento de Lenguas Extranjeras de la Universidad del Estado de Michigan, y había hecho mi primera escala americana con mis padres en New York. Mis padres, aclaremos, se habían enrolado en una excursión desde España y aprovechaban para que los llevase a ver la Universidad que sería durante dos cursos académicos mi lugar de residencia y trabajo.

Al año siguiente, 1962, y en verano, tuve noticia de que Marliese y Bill se casaban en la ciudad natal de ella, Wiesbaden, y aun estando yo precisamente entonces en Alemania, por un estropicio de circunstancias enredadas, no me fue posible asistir a la boda. Se volvía a consumir el emparejamiento de elemento varón de la potencia vencedora, con chica (mucho más vencedora aún, en atractivo y persuasión) de nación vencida.

Volvimos a encontrarnos en New York, en la Navidad de 1968 o de 1969 (me han volado los datos), con motivo de la reunión anual de la AATSP (Asociación Americana de Profesores de Español y de Portugués). Yo estaba entonces trabajando en la Queen's University de Kingston, Ontario, Canadá, y entre un año y medio y tres, más tarde, y en todo caso, en 1971, regresaría definitivamente a España. Era, pues, una de mis últimas expansiones de turismo universitario-académico en Norteamérica. Para entonces, Bill Aguele, se había pasado de ingeniero a abogado, porque ganaba más, sin haber dejado de trabajar y estudiar por la noche al mismo tiempo durante cuatro años enteros. Tenían una niña de dos o tres años, locuaz y activa, conteniendo el brillito de los ojos en sonrisa de Marliese, y una frentecita en la que se adivinaba la impronta de la bondad y de la determinación de su padre. Un encuentro gozoso y melancólico: Por ellos supe que Rosemary Schöne – véase en la viñeta correspondiente – se había matrimoniado con un yanqui, y el testimonio consumado de pareja compuesta por americano y alemana volvió a despertarme la amargura de una nostalgia por hechos que estaban alejados de mis capacidades.

A todo esto, en mi Tesis Doctoral de 1961, yo había dedicado a Marliese mi traducción del poema de Laurie Lee, “November” (“Noviembre”) con la escueta inscripción: “Para Marliese Brück, musa del Rhin”. Porque así veía mi incumbencia emocional respecto de esta mujer: como un río que está ahí, como agua real o imaginada, como quietud, como flujo, pero que siempre puedes contar con él.

Instalado irrevocablemente en España, y con motivo de un conato de proyecto de convivencia que, por fortuna para mí, se disipó algo más tarde y sin más contemplaciones, Bill y Marliese me regalaron desde New York una bandejita de plata, coqueta y adornadora, que conservo y pulo con un producto especial limpiametales, y con delicado esmero. No he vuelto a saber más de

ellos, de ella. Acaso, ¿para qué?, si Marliese es historia mía, y la historia se inventa, se recrea...

María : Oxford, 1957 - Reykjavik, 1964

En otras viñetas de este libro he trazado la semblanza ambiental del Oxford, verano 1957, que yo conocí. Y de entre todos los sitios de esparcimiento, el Salón Carfax Assembly ostentaba sin violencia de principios la supremacía en lo que a capacidad de convocatoria de ocio activo se refiere. Era el salón de baile más amplio de toda la ciudad y el preferido de los estudiantes extranjeros, principales clientes de dicho local. Además de los fines de semana había algún otro día laboral en que el Carfax abría sus puertas. Salía yo del trabajo en el colegio internado salesiano, me aseaba, y volaba al Carfax en los días de diario, a empaparme más y más en la azarosa y estimulante aventura del encuentro redentor, de la caza de vivencias. Una noche, ya hacia las postrimerías de mi estancia estival, recuerdo que se apelmazó el aire de apremiantes inminencias, y me encontré bailando con “una nórdica bella / de pálida epidermis, cabellos sulfurosos / y pupilas como árticos crepúsculos” (Ganzo) ¿Una diosa? No, una mujer. En el inevitable trasiego de fugacidades y encuentros que comportaba el enganche y desenganche de pareja, me ví engolfado en la inmediatez de una insólita criatura: cabello liso y largo y rubio, de ese color de sol queriendo descomponerse en claridades; llevaba – recuerdo – un jersey azul, falda blanca y zapatos planos. Zarcos los ojos y aséptico todo su ademán, como un producto conservado en climas de insospechada incontaminación.

- My name is Tomás. What's yours?

- María

- María?

- Yes. Just María...

- Where from?

- Iceland...

- Iceland, Reykjavik... ?

- Yes, Iceland, Reykjavik.

- I'm a Spaniard... from Madrid..., well, from near Madrid...

- I hope to go to your country some time and visit you there... I promise...

Mis últimas palabras habían sido algo precipitadas por el final inexorable de la triple secuencia de ritmos con que nos amenizaba la orquesta, y con el convencional desglose de la pareja de turno. ¿Ninfa, walkyria?, me seguía preguntando. No, simplemente mujer. Sospeché que en pura virtud de su exotismo, su nombre se deletrearía Marja, Marya, o cualquier otra cosa menos nuestro antonomástico María a la castellana. No la volví a ver más entonces, y a los pocos días regresaba yo a España...

Entre 1959 y 1964 había yo efectuado tres meritorios viajes a Escandinavia ya, distintos en motivación y alcance. De ellos me he ocupado y/o me ocuparé a su debido tiempo y en el espacio conveniente. Sólo consignar que el destino final de los tres había sido Finlandia, y que entre las cotas de ida y vuelta a, y desde, este país, me pareció conveniente y oportuno llevar a cabo calas y escalas, taladros y profundizaciones en Dinamarca, Suecia y Noruega. ¿Pero Islandia? Islandia significaba para mis capacidades de aventura espiritual uno de los más formidables retos a que mi conciencia se hubiera atrevido a enfrentarse. Islandia quedaba a trasmano de cualquier ruta y reclamaba retadoramente un concernimiento directo y sin intermediarios. No se podía ir a Islandia de paso hacia ninguna parte, sino como destino final, hasta allí y desde allí.

En 1964 había yo cubierto tres ya de mis diez años de docente-investigador universitario en Norteamérica, y éste de 1963-1964 había sido el primero de los ocho cursos que dediqué a Canadá, por lo que desde entonces mis vuelos partían naturalmente de Montreal, la más oriental de las superciudades canadienses desde la que, como desde un trampolín, saltaban las aeronaves para salvar el Atlántico. Correspondientemente, durante mis dos cursos anteriores, 1961-1963, de profesor en la Universidad del Estado de Michigan, la ciudad obvia de lanzamiento hacia España había sido invariablemente New York. Y he aquí que la oficina de Iberia en el Aeropuerto Internacional Idlewild, de New York, (luego llamado John F. Kennedy, o Kennedy escuetamente), colindaba a manera de dúplex compartido e

intercomunicable con la Oficina de la Iceland Air. En el rato de espera que precedía a nuestro transporte en autobús a la terminal de embarque, y en aquellas dependencias del Aeropuerto asignadas, como digo, a las Líneas Aéreas de Islandia, percibí mi voluntad y mi destino un como anticipo de imperiosas catapultaciones líricas. Allí comenzó la fragua de mis desasosiegos y de mis premoniciones respecto de la materialización de un posible e inminente viaje a Islandia. También contaba yo, además de esto, con cierta vaga información que me había agenciado en mis horas de aeropuerto y de indagaciones casuales por los mostradores de las compañías aéreas, a saber: Que existían unos vuelos muy baratos New York Luxemburgo, vía Reykjavik... y a la inversa...

Confieso que este tipo de ofertas, por principio, siempre me han provocado una espontánea desconfianza; pero es que, además, y en este caso, Luxemburgo no estaba dentro de mis previsiones logísticas, ni como plataforma de despegue, ni como lugar de llegada. Así que el asalto a la Isla de Hielo había que hacerlo desde casa, desde España, y por los métodos convencionales; es decir, a pecho descubierto y a imaginación preñada. La documentación sobre Islandia era bastante resumida y, por otra parte, me parecía uno de esos países a los que hay que llegar sin saber nada de antemano sobre ellos, para que cada improvisado descubrimiento nuestro nos signifique una revelación iniciática. Había consultado, eso sí, lo que trae la *Geografía Universal*, del Instituto Gallach, obra de 1952 pero que por aquel entonces seguía siendo una estupenda compañía de texto amable y de fotografías meritorias para la época. Las ocho páginas grandes de papel satinado estaban muy repasadas y repensadas por mis avidedes de últimas y exóticas Thules, y aunque conocedor de la *National Geographic Magazine*, de Washington, desde mi primera visita a Gran Bretaña en 1953, todavía no estaba yo familiarizado asiduamente con este rotativo de estupendo – si bien divulgador – periodismo científico que, además, blasona, y con toda justicia, de incorporar con uno de los más altos niveles de exigencia técnica, las reproducciones fotográficas. Así, sólo las publicaciones

caseras de entonces y mi portentosa voluntad de peripecia emotiva, animaron la entraña de mis resortes y el bosquecillo de bielas y palancas de mi idea motriz.

Desde España, y en 1964, la forma más directa de alcanzar Reykjavik era vía Londres, y allí me encontré, un día de julio de 1964. Ir a Inglaterra me resultaba ahora muy distinto: ahora contaba yo con tres años, y bien asimilados, de experiencia laboral en Norteamérica, gratificante para el espíritu y para el bolsillo, y me podía permitir el lujo de sentirme superior en Gran Bretaña al resto de los británicos. Dedicué la jornada en tránsito para hacer noche en Ipswich, y saludar a Hilda y a Sally Dixon, que por entonces tendría unos 16 años. Al día siguiente regreso a Londres y desde Gatwick – creo – tomo un vuelo de la Iceland Air directo a Reykjavik. A bordo del avión todo adquiere un perfil excepcional. Las azafatas, de belleza aséptica, rotunda, palmaria, parecen emisarias de un país que vamos nosotros acompasadamente creando con nuestra inasequibilidad al desaliento. Una advertencia en esta latitud de mi crónica. En un librito mío, *En marcha: Viajes y reflexiones* (Alcalá de Henares: T.P.A., 1968) inserto un capítulo, “Islandia, 1964. Vocación y destino (Notas de verano)” al que informa una intención de carácter mucho más general que la que ahora quiero transmitir aquí. Sin dejar de mencionar entonces cuestiones concretas que por su condición de datos serían inmodificables en cualquier contexto, la crónica de ahora aspira a relatar un asunto privativo y único, en substancia e intención de estilo, y por lo tanto no ha incorporado ni una sola secuencia expresiva de la citada obra de 1968.

Descendemos al aeropuerto de Keflavig cerca de Reykjavik, no sin antes haber recibido a través de la ventanilla del cuatrimotor de hélice la visión cada vez más avecinada de la mancha grisácea de la isla: Islandia, Iceland, País de Hielo. Recorro en plan familiar las dependencias de intervención de equipajes y pasaportes del aeropuerto, todo en plan cómodo, con la certeza de que soy uno de los pocos españoles que hasta esa fecha de 1964 haya venido a este lugar. Cojo

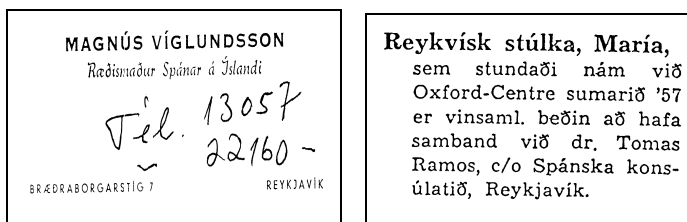
un taxi y dejó caer el nombre de un hotel que aparecía en el primer folleto publicitario sobre la Isla, que me regaló la funcionaria del aeropuerto Kennedy en New York: Hotel Gärdur. Reykjavik al crepúsculo, en la avanzada más real del Mar del Norte, hacia el Oeste, como penúltima Thule puesto que más allá todavía se extiende la gigantesca lengüeta helada de Groenlandia. Llego al Hotel, monto el aparato de neutralizar la claridad del hueco de la ventana usando de colgadura parte de la ropa sobrante de cama; aprovecho algunas galletas y algún trozo de queso del refrigerio que nos han dado en el avión, me ducho y me acuesto.

Al día siguiente indago sobre la existencia de representación diplomática española, y a la media hora, y después de un prudente telefonazo, llego a las dependencias del Sr. Magnus Viglundsson, en Braedraborgarstig, 7. El Sr. Viglundsson es el Cónsul Honorario de España en Islandia, o Ræðismaður Spánar á Islandi, como reza su elegante y sobria tarjeta. ¿Pero qué es esto? Si es que acabo de conocer a un verdadero patricio, de cumplido corpachón y acogedora sonrisa, que en perfecto español me da la bienvenida y me presenta, a su vez, al Sr. Thorir Olafsson, economista al cargo de los asuntos de lo que pudiéramos llamar Ministerio de Comercio. Thorir, por estar casado con colombiana, habla fluido, correcto y hasta sabroso español. Me tuteo con Thorir mientras que D. Magnus y yo mantenemos el trato de Vd. Por cierto que D. Magnus llama a Thorir “robador” por lo de haberse traído una colombiana a Islandia.

- Bien, bien... y a todo esto, ¿qué ha venido a hacer en Islandia?

¿Que a qué he venido a Islandia? Ya, pues el caso es que... Se lo cuento todo, lo de Oxford, lo de María, quiero decir... Me dedican gestos expresivos, de incredulidad, de pasmo, y de asentimiento, como si el ardor que pongo en mi discurso les fuera alcanzando a ellos y se incorporara a sus propias razones de ser. Bien, no hay más que hablar. Trazamos el programa y quedo bajo la tutela de Thorir. Les participo mi deseo de viajar al Norte de la isla, para lo cual me alquilo un coche. Vamos al periódico y ponemos para dos días un anuncio en islandés [“sí, María se hospedaba en el Oxford Centre, Residencia de

Estudiantes, en la Banbury Road... podemos poner, venga, que por favor se comunique con el Consulado, si te parece, ¿eh, Thorir?...”], cuyo recorte conservo, en el que se avisaba a María de mi presencia en la Isla, y que, por favor, que se pusiera al habla, como queda dicho, con el Consulado español. Quedamos en que cuando venga del Norte le llamaré a Thorir para ver qué ha ocurrido. Con mi coche de alquiler, Volkswagen, salgo ese mismo mediodía hacia el norte.



Provisto del mejor mapa de comunicaciones de Islandia en ese momento, editado por la compañía Shell, parto de Reykjavik. En Islandia no hay ferrocarril, y en 1964, excepto en algunas zonas de la capital, las vías de comunicación de superficie de la isla, afectadas casi exclusivamente a su perímetro, eran de tierra. Por avión, eso sí, se hallan enlazadas prácticamente todas las concentraciones urbanas de más de unos pocos miles de habitantes. En Akranes, a 109 kilómetros de Reykjavik, saboreo la raja de salmón más abundante, fresco y exquisito que hasta la fecha recuerde. Con el crepúsculo iniciándose, y que en latitudes así y en tales épocas no llega a suponer más que un rebaje de tonos gris ceniza en la luminosidad, avisto el Hotel Bifröst , emplazado un poco antes de alcanzar la bifurcación de la carretera que en su tramo hacia el noroeste llega a Buðardalur e Isafjörður. El Hotel Bifröst es una maravilla de selenita e insólita configuración, que levanta su realidad en medio de un campo de escorias de lava, en el distrito de Borgardfjörður. En este paisaje de asombro, en el centro de una extensísima nada, se tiene la impresión de estar celebrando un continuo e individualizado ritual de exotismo. Yo era uno de los pocos, poquísimos clientes ese día. Y con todo el protocolo que me permitían una camisa limpia de repuesto y unos pantalones de verano,

bajé al comedor y me dejé servir, magnetizado por camareras de belleza inasible. Comí de todo lo que había, y de postre pedí uvas gordas negras de Corinto, como globos agridulces, que me trajeron en una copa de metal o cáliz, en un racimo de siete u ocho, como lo más prístino y más perfectamente, más imaginablemente único desde la primera cosecha, reservadas para mí, para mí, héroe de circunstancias tan irrepetibles.

Al otro día reanudo la marcha: Quiero llegar a Siglufjörður, pues Thorir me lo había recomendado como uno de los puntos más representativos y pintorescos de la costa Norte. Conduzco y conduzco, con cuidado pero con tenacidad: tercera, tercera, segunda, y pocas veces directa. En alguna ocasión hay que pararse para escrutinizar las señalizaciones. Pero no hay duda de que me estoy acercando. Dos muchachas, entre niñas y jóvenes, que andaban por aquellas afueras me hacen señal de que pare, y que si las llevo a la ciudad. Claro que sí. Por la radio del coche están cantando en ese momento “La Paloma”, de Iradier, una de las más internacionales melodías del hispanismo. Llego y me hospedo en uno de los dos únicos hoteles que me dicen que hay. Al rellenar los datos en el libro de registro veo que el señor que me atiende, que resulta ser el dueño, se fija en mi nombre y se sonríe. Luego saca un periódico y me lo enseña: allí está el precioso anuncio que Thorir me ha insertado. Desde ese instante comulgo con una idea central y orientadora para cualquier tipo de composición de lugar: Y es que buena parte del país conoce de la presencia en Islandia de un español que viene a encontrarse con, o al menos a indagar por el paradero de, una joven de Reykjavik a quien saludó hacia siete años en Oxford, Inglaterra, durante el verano.

Los capítulos anecdóticos, con todo, se van cumpliendo, atraídos hacia su final por el gran imán mágico que me ha arrastrado, ya por tierra, ya en volandas hasta este singularísimo sitio de culto para el alma mía. Conozco a un bohemio catalán, joven, con pinta de hambriento y de derelicto “hippy” a lo pobre, que dice que pinta, y al que llamaré Jaume. Como voy a quedarme dos días en Siglufjörður,

me da tiempo al día siguiente a hacer con él una excursión al saliente Dalata, junto al faro, desde donde se divisa cercano el paralelo imaginario del Círculo Polar Ártico. Esa misma tarde asistimos a un baile popular, en una de esas inmensas naves granero de la campiña cercana. El ruido del “rock” ha invadido a estos prójimos y sólo de vez en cuando se conceden la tregua de alguna melodía templada y armoniosa. Pido permiso a la orquesta y les ruego que me acompañen. Interpreto “Blue Spanish Eyes” y “Bésame mucho”, y el ritmo sofrenado y lírico de esta música coge desprevenidos a los bailones que, paulatinamente, se van soltando de sus parejas y se quedan mirándome, surtos en sus parcelas de pista entarimada, sin saber a qué carta quedarse, sorprendidos ante tal arranque de espontaneidad.

Mi amigo Jaume, al saber mi decisión de regresar a Reykjavik al día siguiente, me pide que le deje ir conmigo; que no tiene dinero y que allí en el puerto piensa enrolarse en unas faenas de pesca. Bien. No hay problema, le digo. Esa misma noche, después de dejar estacionado el VW, en un local mitad taberna, mitad cafetería de junto a mi hotel, con el mapa delante consultamos a algunos transportistas sobre si había alguna forma de regresar a Reykjavik que no fuera repitiendo la misma ruta que ya había traído. “No”, me dijeron sentenciosamente. ¿No? ¿Qué significa entonces ese trazo de guiones del ramal directamente hacia el Sur, que arrancaba desde la mitad de la ruta principal de Viðimelur a Blönduos? “No”, siguieron diciendo; eso era camino de montaña, y con un VW no era aconsejable acometer semejante viaje. “Pero aquí en el mapa – insistía yo – lo llaman *mountain track or secondary road...*” Hicieron un gesto como de desentenderse de alguien tan contumaz como yo, y así quedó zanjado el tema. A la mañana siguiente le comuniqué a Jaume mi decisión de ir por el camino de montaña que indicaba el mapa. No dijo palabra. Metimos las cuatro pertenencias en el coche y partimos.

Hasta ese punto de la carretera en comba desde donde parte como un badajo hacia la aventura el ramal sobre el que versó el debate..., sin problemas. Allí en Bolstaðarhlíð nos decidimos, como

estaba pactado, por ir hacia el Sur, directamente, pasando por Langamyri y saizando en dos tajadas toda la parte centro-occidental del país... Miramos una y otra vez el mapa... El depósito del coche lo acabábamos de llenar en Víðimelur... y siempre, nos decíamos, podríamos dar marcha atrás en caso de que... ¿de qué? Venga, en marcha. Teníamos según el recuento efectuado sobre el mapa 174 kilómetros hasta el primer caserío en Gullfoss... Arrancamos. A los 20 kilómetros de Langamyri el camino de tierra, efectivamente, desaparece... y se desintegra en trochas... sobre las que uno se hace la ilusión de identificar señales, acaso imaginarias, de frecuencia circulatoria, a modo de credenciales de su rango de camino... principal. Siempre según el mapa, la pista de montaña o línea discontinua sólo llegaba hasta Rjupnafell y afectaba, así, a unos 60 kilómetros... Seguíamos avanzando, cada vez más cargados del optimismo y de la fuerza que la superación de escollos precedentes nos iba proporcionando. Silencios totales que reventaban ruidosos en las cárcavas de nuestras audiciones..., ecosistemas lunares, pedregosos, lava, piedras como de carbonilla color chocolate, horadadas... De vez en cuando un lecho de río cumplimentado por el correspondiente curso de agua producto del deshielo... Ya: ahora íbamos comprendiendo: El camino estaba atravesado por estas hendiduras líquidas que nos ponían en el trance de detenernos abruptamente, porque la aparición de estos cauces trotones de agua fresquísima aparecían nada más superar un leve desnivel; o bajo la dócil pestaña de un pequeño declive..., o al rodear un conato de promontorio o alcor. Allí estaba el riachuelo... uno... y otro... y otro más a unos cuantos kilómetros. Por fin habíamos descubierto en qué radicaba la vaticinada inviabilidad de la ruta elegida. Supusimos que los transportistas no se habían querido enredar en razones técnicas sobre las características del Volkswagen que es, sí, un vehículo más bien bajo de sustentación. Al principio nos deteníamos por completo y mi amigo Jaume, que iba provisto de botas de pescador, de ésas que llegan hasta las ingles, se metía a explorar la profundidad del lecho del riachuelo, sobre todo en evitación de baches o pedruscos invisibles.

Así superamos ocho, nueve, hasta diez torrentes... hasta que en uno, y no precisamente el último, un exceso de confianza me impidió calibrar exactamente la aceleración... y nos quedamos clavados, gripados, atascados en mitad del agua. La técnica había sido fácil y debía seguir siéndolo, a saber: una vez llegados de súbito al borde del curso de agua, retroceder el coche unos cuarenta o cincuenta metros, tomar carrerilla en 2ª velocidad y atacarlo de frente sin más contemplaciones. Pero esta vez nos quedamos, sin poder arrancar porque debió haber entrado agua en el carburador y sin ver la forma de desatascar al coche que parecía descansar de panza, flotando completamente de panza. Esperamos hasta que el problema de la mojadura del carburador se resolvió por sí sola. Simultáneamente, con mucha paciencia fuimos retirando las piedras de alrededor de todas las ruedas y haciendo una pendiente suave para las de detrás, apartando la arena y rellenando los hoyos artificiales con piedras de aristas pronunciadas para lograr algo de “grip”, algo de agarre... Zzzzppppppp...zzzppp..., por fin logramos tracción y surge el coche chorreando, empinado y cabeceante, pero entero, en la orilla opuesta. A partir de ese momento supimos que no nos detendría nada ni nadie. Y así fue.

A todo esto llevábamos de camino la friolera de ocho horas. Paramos, comimos algo enlatado y nos recostamos sobre los asientos del coche, inclinados en su ángulo máximo. Ya he dicho que en tales latitudes y por tales fechas no hay noche cerrada sino una gradual intensificación del tono grisáceo que comprime y predomina sobre el azul del día. Descansamos lo que podemos y seguimos, seguimos siempre. De cuando en cuando, grupitos de ganado lanar, recuas en libertad de caballitos enanos, “ponies”, campando por sus respetos, figuritas de una escenografía sopesada y sorprendida por dos intrusos dejando que sus retinas se emborrachasen de contexto insólito. De pronto, como instalados en una posición final desde la que todo adquiere nueva conformación, se nos hace perceptible, decibelio a decibelio, un estruendo agolpándose, un pesado rodar de sonoros cataclismos, en sostenida secuencia intensificada segundo a segundo,

instante a instante... ¡¡¡Gullfoss!!! Es Gullfoss, las mayores cataratas de Islandia, orquestándonos a nosotros dos solos el prodigio de un amanecer en expansión. Es Gullfoss, sí, y hemos triunfado en nuestra empresa. Desde allí a Reykjavik es cosa solamente del coche.

Son las ocho de la mañana y Jaume me pide acompañarle a casa de un matrimonio español que trabajan en Reykjavik en una empresa de conservas de pescado. Mi amigo les quiere sablear. Condescendientes ante quienes les hemos acaso estropeado su día de descanso con tan intempestiva visita, le dicen al catalán que no tienen un solo duro del que se puedan desprender. Me entero de que en 1964 había unos catorce españoles contabilizados residentes en Islandia. Curioso. Nos despedimos y llevo a Jaume al puerto donde espera encontrar alguna embarcación que le dé trabajo. Total, de pintor a pescador... quién sabe. Me pide dinero y al menos es honrado en decirme que no me lo va a poder devolver nunca. Se lo regalo sin empacho, nos deseamos suerte y me voy. Necesitaba quedarme solo con mi mundo y mi gran tema. Lo primero de todo, me digo, es alojarme en un buen hotel, reponer fuerzas y enterarme de si ha ocurrido algo. También y por supuesto, devolver el coche. Con la pinta que llevo no se me puede recomendar. Enormes ojeras de no haber dormido ni descansado, barba de día y medio, y algún churrete que otro por los brazos y las piernas, restos de tiznajos de la manipulación del coche y de los empujones y forcejeos en el atasco del río. Me dirijo a una Oficina de Turismo recién abierta y atendida por una criatura de manso agrado y proporcionada belleza, enfundada en un uniforme azul claro. Le cuento un poco la historia y lo que pretendo. Sí, está el problema obvio de que son las 9:30 a.m. y los establecimientos hoteleros no saben hasta por lo menos un poco antes del mediodía, con seguridad, si disponen de plazas, en caso de que en este momento se halle todo al completo. Yo espero y miro con lírica imploración a la empleada, que llama por teléfono, apunta cosas, acciona la cabeza y me pasa el recado en un inglés primoroso. Parece que hay dificultades. Viene a mí y me pregunta si estoy dispuesto a alojarme en el “Saga”, el mejor Hotel del país. Me lo dice algo triste,

como esperando, por el aspecto de mi indumentaria, que yo le desglose mi indigencia... Pero no, todo lo contrario... Que si había pensado ella que yo no tenía dinero, que no... Así que le dije que sí, que estupendo... que antes de nada voy a devolver el coche... y que me planto inmediatamente en el “Saga”. La chica se sonríe, aparentemente satisfecha de haber descubierto en mí un sujeto pudiente y agradecido... Nunca supo que en los espacios de recensión de vivencias de mi alma, le dediqué un bello, sí, un bello poema, “A una muchacha del Tourist Bureau”, publicado en la revistilla *El Molino de Papel* en su entrega de noviembre, 1964, y con indicación de “Reykjavik, 1964” al pie de página. No encuentro razón para resistirme a incluir el poema, y aquí está:

A UNA MUCHACHA DEL TOURIST BUREAU

*Ni más ni menos que a los otros:
Te llegaste hasta mí. Después hablamos.
Tú me escuchaste atenta, sin reírte.
Te lo creíste todo como verdad que era
y luego comenzaste a repasar papeles.
Pajarillo eficaz,
sentí posar mi vida en tu revoloteo,
creí tener la paz, la paz del alma
al doblar tus palabras, al guardarme
lo que tú me decías con cuidado.
Tú seguías - tan sola - amontonando
información de calles y de cifras.
Yo te amaba
ya hacía largo rato, pues amando
se desdobra el instante, se destruye
el puente y nos echamos
a rodar por la cuesta de lo eterno.
Por fin viniste plena de noticias.
Parecían ser buenas. Sonreías
llenamente, cantabas mi fortuna*

*(yo te amaba más que antes, si es que era eso
posible)*

*te ibas de árbol a árbol, saltarina,
gozando del insecto capturado,
de la dicha de estar venciendo cosas.*

*Y como fiel que eras, fue naciendo
en mi alma una fiel melancolía
de perderte tan pronto, de que fueras
tan dulcemente cierta en mi destino,
tan hermosa abertura de mi herida.*

Me alarga el bono (“voucher”) de reserva, y al despedirme y circular por las calles advierto que su dulzura y providencialidad me han confortado el pecho y el gesto y la vida en esta mañana fresca de Islandia.

Entrego el coche, sin dejar de constatar la cicatería del empleado de la casa de alquiler que, al ir recorriendo con la vista el exterior del coche (en estado impecable, naturalmente), se fija con ademán escudriñador de microscopista en lo que parece ser una motita sobre el capó donde, efectivamente, parecía que un redondelito desigual de pintura podría tomarse como un lunar de menos de un milímetro de diámetro... del propio color amarillo del coche... rebajado de tono... me dice que soy el responsable de dicho desperfecto... Algo vería en mi mirada, algo sacaría de la respuesta, en todo caso preñada de indignación y de estupor, que... desistió en sus pretensiones atracadoras. Cogí un taxi y me planté en el “Saga”, como digo, el mejor hotel de la isla. El bono de presentación es una garantía. Les resumo un poco la historia, y me conceden las casi dos horas extra de antes del mediodía, sin cobrarme más. Agua caliente, un baño, un lavado de cabeza con buen champú, un afeitado cumplido. Pido un desayuno a la habitación y siento que los corceles de mis 27 años empiezan a responder...

Y llega el momento de la verdad: Llamo a Thorir a uno de los dos teléfonos del Consulado, en la calle Braeðraborgarstig. Está y se pone:

- Y bien, Thorir – le digo – ya estoy de vuelta. ¿Hay noticias? - Buen amigo, grato amigo, acertó en el tono, entre riguroso y empático, con lo que me tenía que comunicar:

– “Que María leyó el anuncio y, sin tener seguridad absoluta de que fuera ella la nombrada y convocada, llamó al Consulado y preguntó que quién era yo...”

– “Que él, Thorir, le preguntó si no se acordaba de haber conocido a un español, en un baile de Oxford, en el verano de 1957...”

–“Que ella, María, recordó [ó intento recordar, o se inventó la memoria, yo diría] y preguntó si era yo aquel chico de 20 años, que hacía siete... y durante unos minutos de baile... le dijo que vendría a Islandia a verla...”

–“Que sí que era yo, el mismo, y que había venido a saber de ella...”

–“Que se sentía honrada, sorprendida y agradecida, pero que comprendiera su situación de mujer casada, con marido y familia... y que comprendiera su situación... que era mejor dejar así las cosas... que se consideraba la más ennoblecida de las mujeres ante mi gesto... que me conservaría gratitud siempre... que no pensaba que cosas así pudieran ocurrir a nadie... y que gracias, gracias, muchas gracias otra vez por mi gesto...”

Gracias, muchas gracias también por el gesto de Thorir. Me dice que el Sr. Cónsul quiere que cenemos los tres juntos, y que esta misma noche puede ser a tal y tal hora en el propio restaurante del Hotel Saga... Muy bien, pues hasta la noche.

Me quedo una vez más endiosadamente solo, gemebundo y henchido, gozoso, aullante de dicha desconocida. Me siento transgresor, vulnerador de todas las últimas Thules que la historia de las incontables conciencias hubieran podido levantar, inventar, establecer. Mi alma, mi alma se expansiona como una ecuménica curvatura de velámenes para dar cobijo a un cósmico soplo, vaho, de redención y de despeñamiento. Oh, María; oh, mi alma, mi alma, la

gigantesca vírgula de mi alma pugnando por reivindicar un atisbo de identidad, un santo y seña en el sentido derramado del mundo, en este trallazo inasible, soberanamente bello de la vida. No, no es posible, pero tampoco deja de serlo: Abro mi pecho, me desarranco de todas las coordenadas de cordura y me planto enhiesto en todas las proas de todas las naves, de todos los mares del mundo, de todos, a ver si las brisas conjuntas me traen con su místico oreo la clave de redención para los cien mil millones de muertes que estoy muriendo. Más, más cabida pide mi alma para esta galáctica epifanía de esencia; para este ver el rostro de Dios; más pecho para que se me claven los arpones del ser... del ser, hasta dolerme, hasta hacerme sangre... Me palpo, me contengo el armazón de mi cuerpo, me tiento las costillas, la cabeza, me aprieto el vientre, pongo toda la tensión máxima y me relajo... Al cabo de unos minutos, me miro en el espejo. Es evidente que no soy el mismo... porque a través de la rendija infinita del sufrimiento, he fraguado con el sebo amarillo de mi gemebundo éxtasis un tramo significativo de mi eternidad...

Me pongo manos a la obra. Escribo, escribo, volcándome con mi propio cuerpo sobre las palabras, asiéndolas y pugnando con ellas hasta hacerme – ya lo dije – sangre, daño, porque sé, sonriente, que me estoy jugando el significado de mi vida contra el absurdo de mi muerte, y yo, a mi muerte le quiero ganar los réditos por adelantado; se los quiero ganar y se los estoy ganando, porque a mi muerte la estoy combatiendo con muerte, muerte a chorros, muerte a continentes, a hondones como mares... Escribo, escribo... María, sí, María, soy yo el que te da las gracias, sempiternas, irrenunciables...

Bien. Logrados la sujeción y el domeño de ese flujo invasor y aniquilante de absoluto, me reintegro a mi vida con los demás. Percibo que no tengo nada que hacer ya en Islandia, excepto el cumplimiento de cortesía con mis amigos, retirar el aparejo de travesía tan singular y apostar por la eternidad de la poesía. Así que, antes de la cena me persono en las Oficinas de Iceland Air y gestiono mi vuelo a Londres para el día siguiente. La cena con el Sr. Víglundsson y Thorir es un

modelo de civilidad. Dejamos sentadas las bases para una referencia indefinida en el tiempo: A través del discurso sobre literatura, poesía y viajes, una tiranta de esquejes, una nervadura lírica imperecedera le ha crecido a mi diseño existencial. Mis amigos y yo nos despedimos, pero yo me quedo todavía varias horas más en el comedor del último piso del Hotel Saga de Reykjavik, y escribo el segundo de mis poemas en Islandia, asimismo dedicado a María, mientras contemplo el paso peregrino de las nubes, como fabulosas plataformas, emisarias de fantásticos mensajes... Los poemas “Verdad en el tiempo” y “Nubes”, publicados en *Poesía española* en octubre de 1964 y octubre de 1965, respectivamente, y ambos dedicados a María y a Islandia, dicen algo de lo ocurrido:

VERDAD EN EL TIEMPO

A María

*Volar sobre las almas. Siete años
se me han ido en pensarte. Caritativamente
con la mano extendida fui perdiendo
la ingravidez doblada de mi espalda,
pidiendo al alma sola un gajo de pasado.*

*Las estaciones, joyas
amasadas, raídas diente a diente,
me han sembrado de amor. La pasarela
del labio a la palabra se ha quebrado
mil veces en el choque de tu frente esperada.*

*Si en el aire fecunda
el polen abrasado en sorda esencia,
si por las venas roe la púa, el agujón
de lo pasado y el chasquido
tú me habrás visto taladrando
la célula invisible de todos los momentos.*

*Te estoy amando ahora. Tú lo debes saber
por un hermoso cataclismo
que levanta montañas en la sangre
cerrándome los pasos de la vida.*

*Ese peciolo oscuro que se agarra
es la espina enconada en el bache del tiempo,
lo que te debe herir cuando te amo.*

*Te amo y algo grande
está cambiando el orden de las cosas.
Un nuevo fiat lux,
estalla por los dientes y la carne.
Me siento hundir total en ese hueco
que te forma el vestido y tu alma muda.*

*Dedos de rosa, carne
que va incendiando al tacto, roce
llegado a polvo, lava, único vuelo
de avara mariposa chupándome hasta el fondo,
besándome la piel por los rincones,
desdoblado el volumen que en un hoyo
formaría mi alma derramada.*

*¡Qué hermosa perdición la de quererte!
Yo ya no sé buscarte. Mi palabra
se rinde como el llanto, como boca
que naciera cantándote.*

*Así. Ya me has llegado, imaginada,
inventando los ruidos de mi pecho,
el duelo de la voz. Si te quisiera
así tan llenamente por la gracia
que un día me caló - ancla y bajío -,
me abrasaría en vaho de tu recuerdo,
me llagaría el ser tan hondamente
que mi voz y la piedra serían una cosa.*

*Yo te he querido cómo a nada. Tú empezaste
por lo que empieza todo: ser llamada*

*ahondando el eco dentro de mis cuencas extremas,
de mi carne más viva, borde de mis palabras.*

*Después, temblor, zarpazo, amor sin más conciencia
que la de estar llenando el alma con tu ausencia;
que la de amarte a ti o a la otra,
a la que llevo dentro cuando el recuerdo se hunde.*

*Y sin embargo,
eres tú la que hieres inacabablemente,
fulminación de amor. No, no. Yo espero
el lento deambular por tus jardines.*

*Si te he soñado lava, voy a contar las cosas.
No quiero aniquilarme
en esa bocanada de tu amor incendiario.*

*Tocad y que me duela uno por uno
los días que he clavado en siete años,
que me deshaga en ellos, desleído.
Tú el alfa y el omega de mi canto,
tú el tacto, tú la herida
cubriéndome de alma desde el suelo a los ojos.*

*Y los ojos también. Me ofenden tanto,
me anuncian tanto, me recuerdan tan ciegos,
que de meterme en ellos para que seas mía
me partías de amor con el embite.*

*Y sólo queda amar como remedio
cuando rebota el golpe de una palabra honda
y una mujer presente que es un día perdido.*

*Batir de muro y ola. ¿Por qué callas
ahondando mi desgracia con la vida,
con el puente colgado en siete años,
con no darme un hachazo que separe
el mundo y tú como las más hermosas fuentes
para la sed de amor y muerte que me clavan?*

*Si pienso en ti cuando contemplo el filo
que desmocha ilusiones, me opresionas,*

me afincas, me agigantas. Y te quiero.

*Si en los campos de lava
del amado perfil de tu alta Islandia
te estás fraguando tú al aldabonazo
que machaca mis venas con tu chorro,
que penetra mi hondura a tu caída...*

*Estoy enamorado de que entierres
tu silencio en el hoyo de mis voces,
tu perfil en la hondura de mis cuencas,
tu presencia en la flor de mis pecados
que estoy - quizá - labrando por sentirte
como una aspada hélice iracunda
partiendo en mil pedazos alma y aire.*

*Cuando vine a buscarte te sentía
restregándome el ser por lo más vivo,
cubriéndome la piel de limpia ortiga,
abonando el fervor de mis palabras
con un ansia de amor irrevocable.*

*Como trueno y gorjeo. Como te amo.
Como piedra angular, mecida honda.
Como trayendo a mí, a mi voz, el descabro
sudurándose entero con no verte,
hermosa cicatriz de estar amándote.*

NUBES

A María

*¿QUIEN vuela, ellas, yo o el horizonte?
Todo quieto a su altura, menos ellas.
Calladamente quieta la bahía,
los barcos van callados en la sombra.
La línea de los toldos amarilla, dorada
por el sol que trasnocha, ahora está quieta,
callada.*

*Pero las nubes, no. Las nubes corren
en pos unas de otras. Las alturas*

*se fraguan a su paso. Ellas crean
las visiones, las formas de los hombres
y esa melancolía triste que va dejando
en el fondo del labio la insípida palabra.*

*Todo me lleva a ti. La sacudida
que siente el corazón cuando una mano
amiga le recuerda un nombre amado;
las palabras que salen pronunciadas a medias,
esta puesta de sol que no termina,
el gozo de las naves cuando divisan tierra.*

*No puedo, no me canso
de cantar estas cosas que circundan
mi vida - a grito limpio -, mi existencia.
Esta total verdad de no entregarme
sino a lo puro y hondo de la herida buscada.*

*Las doce de la noche y cielo claro.
Aquí jugamos todos a lo eterno,
aquí cortamos todos con tijeras
de dedos las nostalgias
de un tiempo preterido, de unas albas
eternizadas siempre, diferidas
hasta ver en qué acaba este prodigio.*

*Contemplo la ciudad desde el octavo
piso en mi atento paso peregrino.
Me llenan de verdades
las cosas que ahora nacen a mi vista,
y aquellas que me acosan
me parecen bondad de circunstancia.*

*Aterrizan los pájaros
Los aviones
se escapan del zarpazo de los aires.
Las gaviotas
dan una de cal, la otra de arena.
Una ciudad dormida respira cuidadosa*

ante mis ojos quietos en el sólo espectáculo.

Quizás algunas luces se despiertan ahora.

*Veréis: allí parece que se levanta el ojo
de una roja bombilla, ¿si será caprichosa
la cita de la noche, la escapada
de sombra arrepentida. Si seremos
marchitos por nacer entre enemigos?*

*Pero nunca las nubes. No se paran
jamás. Están llevando
jirones de mi alma, me estoy viendo
surcar un todas ellas, cada una
tocándome la punta de los dedos
con el agua bendita de su filo.*

*Yo me siento
perdido y encontrado como un niño
mayor, como un afluente
que acabara de hallar el río madre.*

*Esa mujer bonita, esa pasada
de coches allá abajo, y esta risa
tal vez forzada, hasta quizá vendida
al absurdo mejor elaborado...
me llevan a las nubes y me hacen
que piense y que descifre los nombres de la noche.*

*Debajo, el aeropuerto
sigue guiñando un ojo
por la torre de mando, me chorrea
en la frente con luz, en mi conciencia
toda esta claridad, amarga si se siente.*

*Te quiero enteramente, amada de otro,
poseída por mí desde que te amo,
creada a cada hora por mi boca
que no deja de amar, de pronunciarte.*

*Te quiero bien. Te quiero en todo nombre.
Sobre todo te quiero ahora que estamos*

*contemplando los dos el panorama
de una ciudad dormida: tú en mi frente,
yo ligando las sendas del pasado
para llegar a ti por la más larga,
para decirte siempre que te quiero.*

Sobre todo

*cuando miro las nubes desde lo alto,
cuando siento mi alma redimida
al confesar a gritos que eres cierta.*

*Amor, herida, amor desde mis versos
para darte tan sólo los dos nombres
con que más te recuerdo, con que naces
más plenamente bella a mis palabras.*

*Todo sigue aquí igual. La maravilla
de esta enorme quietud me está calando
con el continuo don de estar amándote,
de estar cambiando el ser que tú sustentas
por el hecho de amarte, por pensarte
tan necesariamente en el poema,
tan absolutamente mía en la palabra,
honradamente fuera de mi vida
por un cruel montón de instituciones.*

*Amor mío, me duermo. Me están dando
las doce campanadas de cansancio
y sé que no te llegan. Amor mío:
si se puede querer y crees que existe
en el amor el tiempo,
yo no quiero que pienses en mi tiempo.*

Sólo quiero

*anegarte con él, que tú no sientas
en el amor la muerte que yo siento,
la eternidad de ser que me soporta,
la planta que me crece irremediable.*

Son las doce, amor mío. Me da el bronce en la frente.

*Tu recuerdo me lliga hasta más hondo,
me estremece con más cruel dulzura.*

*Reykjavik y tus manos
me han ido descargando
esta suave tormenta de deseos,
esta muerte dulcísima
en que vengo bogando hace siete años,
desde un día feliz en que tu nombre
me pareció dar ser a tantas cosas.*

Reykjavik.

No obstante, la sanción más cabal de esta peripecia se produjo con la publicación en nuestra revista de poesía *Aldonza*, 5 (marzo, 1965) del poema de Julio Ganzo, “Modo ritual”, a mí dedicado:

MODO RITUAL

*EL POETA se hallaba satisfecho
ante su inmensa presa, su mágico poema
que persiguió incansable, prisa a prisa;
el poema volátil del color
y del sonido y del recuerdo
y de la proyección futura.*

*En sus años tempranos una nórdica bella
de pálida epidermis, cabellos sulfurosos,
y pupilas como árticos crepúsculos
fue el faro de su rumbo
y junto a ella vivió los mínimos azules
cuando la brisa quema
y hay pájaros que piden más espacio.*

*Pero un tiempo olvidado,
de planos desiguales,
distanció los caminos divergentes
y cada cual se fue a su olivo
aspirando el aroma individual*

sin sospechas ni voces apremiantes.

*Resurgió la memoria del impacto lejano,
la pasión puso espuelas al afán de querer
revivir el pasado*

*y el poeta pletórico se encaminó a la isla
del Hielo, la romántica guarida
del ensueño lozano.*

*Allí buscó y buscó;
toda la prensa y todos los teléfonos
fueron sus camaradas de aventura;
pero la joven bella
de pálida epidermis, cabellos sulfurosos
y pupilas como árticos crepúsculos,
permaneció escondida
entregada de lleno a su destino,
a su meta distinta, inevitable.*

*El poeta volvió
compuso su poema
y quedó satisfecho;
él no pactó jamás con la materia
que hubiera sido, acaso,
un punto de placer sin permanencia;
su cima era la clave del poema,
el recóndito verbo que vibra en la poesía
y es capaz de marcar alguna estela
en las hojas perennes
del tiempo y de la gloria.*

Rakel: Oxford (Inglaterra), 1958 - Kouvola (Finlandia), 1959

Sí, ocurrió también en Oxford, Inglaterra, sólo que esta vez en 1958. Ante el óptimo resultado de mi verano anterior en que los buenos oficios de mi amigo bielorruso Víctor me habían conseguido el estupendo trabajo en el colegio de curas salesianos, repetí la suerte en el verano de 1958, con un programa parecido, si bien de algo menos duración. Programa parecido, digo, como no podía ser de otra manera. Los curas me volvieron a dar trabajo, y con el dinerillo que sacaba empecé a tomarme algo más en serio el pasarme por las librerías Blackwell's y Parker's, a ojear libros de poesía inglesa, sobre todo Antologías, y dejarme parte de mis ahorros en la adquisición de algunas de ellas.

No recuerdo ni dispongo de notas documentadas sobre cuándo exactamente nos encontramos en Oxford. Sí recuerdo distintamente que fue en casa de los Schevy, el matrimonio finlandés. Schevy, el marido, trabajaba para la compañía Esso y debo de creer que Rakel Wähl se hospedaba en su casa. Asimismo me parece rescatar de esta ausencia de detalles que todo ello fue hacia el final del verano y así poco antes de mi regreso a España. ¿Cómo era Rakel? Como una encarnación de la dulzura y un vivo paradigma de la armonía. Su pelo, de color entre castaño claro y rubio, ojos de suavísimo azul, emblema elocuente de alguno de los miles de lagos con que Finlandia se espejea y salpica. Así, el blanco de su piel y el azul de sus ojos cuidaban y justificaban la selección cromática de su enseña nacional. Conservo sentidamente una fotografía de su cara y comienzo de su torso, fechada el 20-4-59, con esta inscripción autógrafa en el reverso: “To Tomás, a greeting from the North! Rakel”. Eso es lo que esta mujer me ha significado a través, por encima y a lo largo de los años: albricias sosegadas y líricas desde el Norte. La foto, en blanco y negro, destaca el color oscuro del vestido que luce: sobrio, subido hasta el cuello; y un precioso gesto en el que invariablemente recuerdo cómo quedaba encofrado el mansísimo timbre como cantarín de la voz suya. Mujer hermosa y noble, y

todavía aún más para la memoria y para la preservación. Con este bagaje de motivos y de presunciones, Rakel constituyó mi más indiscutible excusa con la que apuntalar la cobertura justificativa de mi primer viaje a Finlandia, la Navidad de 1959, desde Inglaterra, y dentro de mi curso académico, tantas veces traído a la cita, de Assistant en la Grammar School de Market Harborough (Leicester).

En alguna otra página de estas Memorias, redactada bajo el impulso de este mismísimo viaje, he hablado del sistema deportivo y limpio, de amistad confiada, que ciertas personas se han dedicado, aun sin conocerse, con ocasión de ser yo nexos común y accidental entre ellas. Sólo, y brevísimamente, recordar ahora que aquel día de diciembre de 1959, aparece para sorpresa mía mi amiga Irja, la pelirroja (y a quien *en ese momento* no esperaba), la “musa hospitalaria” de mi dedicatoria del poema de Tesis Doctoral. Es estupendo, sí, pero... ¿qué ha ocurrido? Me dice que ha recibido recado de Rakel, informándole de una ligera e impensada variante en su programa. Amigas mías por separado y, repito, sin conocerse entre ellas, he aquí que por veredas independientes se aúpan a amigas “imaginadas” cada una de la otra también.

Consumidos los dos días preceptivos que ante la imposibilidad de estar con Rakel desde el principio se me regalan en Helsinki, el 25 de diciembre me encamino en tren a Kouvola. Rakel vive con sus padres, por toda familia, los cuales, quiero recordar, eran de edad más que provectora sin que por ello no estuviesen dotados de una humanidad enérgica y lúcida. El padre era ministro de la Iglesia, o sea, sacerdote de culto luterano, rechoncho y amable. Su vivienda podría llamarse típica de país nórdico: predominio de las maderas y tejados con pendiente casi en vertical. Estábamos, además en invierno. En el centro de un pasillo ancho, que servía de salón-recibidor, se hallaba instalada una gigantesca estufa alimentada por leña, y que hacía de caldera de suministro de la calefacción central a toda la casa. La chimenea de tiro atravesaba el techo y daba a este voluminoso artilugio el aspecto de una locomotora descarriada que hubiera venido a

reposar a la casa de Rakel. Sí, Rakel, la misma criatura dulce, educada, femenina, de gesto de lírica – aunque determinada – mansedumbre, me enseñó lo que sería mi cuarto durante ese par de días de que constaría mi visita a Kouvola...

Esa primera jornada de mi llegada estaba tocando a su fin. Los 135 kilómetros de distancia desde Helsinki por tren habían consumido todo el periodo de luz solar. Cuando alcancé Kouvola era casi de noche. Los padres de Rakel habían contado conmigo para la cena, una de esas cenas representativas del Norte, a base de fiambres fríos, limpiísimo todo, sobre mantel inmaculado y en piezas de vajilla relucientes. Una pequeña anécdota sobre la abultada (y lúdica) disparidad de formas comunicativas entre un meridional como yo, respecto de las cosas, y aquellas buenas y confiadas gentes del Norte. Recuerdo que en la mesa, junto con las consabidas viandas que constituyen esa mostración de los *buffets* fríos, había un bloque de queso que atentamente me pasaron para que de él me sirviera. Se le acompañaba en la misma tabla, de ese instrumento-paleta, con lengüeta afilada y como en escalón en su centro, con lo que se supone que mediante la acción de presionar desde delante hacia detrás de la paleta, se obtiene una tira, rebanada o loncha fina. Como digo, los módulos comunicativos de mi estilo con las cosas obviaron uso tan relamido y cívico de la paleta y la utilicé más bien como utensilio de corte, hundiendo uno de sus lados o cantos en el bloque de queso y desglosando una esquirra cuadrada sin más trámite. La única salida airosa para semejante vulneración de las proporciones, fue la risa, risa sin rencores, y que todos aprovechamos para determinar lo que era loncha y lo que era pedazo. Desde entonces, la expresión “*liuska juusto*” (tira o banda de queso) dispone de carta de naturaleza en mi léxico. El resto precario de la jornada se consumió en despedirnos hasta el día siguiente, y el intercambio de parabienes y expresiones votivas de acogida y beneplácito. Rakel se desglosa de sus padres y me acompaña ahora a mi cuarto para puntualizarme el emplazamiento y manejo del baño, indicarme las toallas de que puedo servirme y ese rango de instrucciones domésticas...

La casa había quedado en silencio. En el exterior, más de veinte grados bajo cero. Rakel, allí, por único testigo de mi humanidad, de todo lo que mi humanidad comportar pudiese, me volvió a parecer la mujer de la confianza, del apoyo, del compañerismo sin turbulencias, de la verdad repleta de lealtad. Con todo, la circunstancia emocional predominaba en el ensamblaje de mis capacidades... y le tomé la cabeza, mansamente, y la besé, sin que ella respondiera al beso, pero sin que lo rechazara. Luego la empujé cuidadosamente, hasta abatir su torso y encontrarnos sentados en la cama. Posé una de mis manos en uno de sus senos, abundoso y cálido, mientras con la otra, más por secuencia automática que por convicción, comencé a deslizar su vestido hombro abajo...

- Tomás, my hospitality does not include this.

Aquella bendición de mujer tenía necesariamente que estar en lo cierto, y por ello le volví a tomar la cabeza, le acaricié el pelo, besé sus mejillas con toda la hondura de mi acendramiento, y nos erguimos. Y no pasó más porque bastante era lo que había pasado.

Estando yo en Canadá, y a partir de 1963, Rakel me hizo saber un día, por carta, que se había casado, con un húngaro nacionalizado (¡es curioso!) canadiense. Albert Szabó. Esa época primera de mi estancia en Canadá tuvo lugar en la University of Western Ontario de London, Ontario. Desde allí, y a través de los pertinentes Consulados en Toronto, inicié mis aproximaciones burocráticas y documentales con algunos de los países, como Malí y Níger, que debían ocurrir en mi sueño de atravesar el Sahara por la ruta de Tanezrouft. Ah, sí, eso es cumplidamente otra historia. Desde que a mis doce o trece años leí *La Atlántida*, de Pierre Benoit, sospecho que germinó en los invernaderos de mi inquietud el deseo de visitar el desierto, y aun descartando mi imposible encuentro con Antinea, sí incorporar visceralmente a mi textura de vivencias el hecho de ver y de estar en la gran llanura sahariana... y de poderlo contar después. (Permítaseme un mención adelantada de futuro: sólo

en 1969 realicé tal proyectado viaje, y ello es materia de otras viñetas de esta obra).

Pero es que, además, Rakel y Albert (que era matemático) habían aceptado un trabajo como docentes (Rakel para impartir clases de lenguas extranjeras) en Navrongo, ciudad del Norte de Ghana, antigua Costa de Oro, en la época más boyante de Nkrumah, el autócrata progresista. ¡Cuán bella, insinuante e irrepetible casualidad! Conservo con reverencial unción, como reliquia en paño santo dos cartas de ellos, la primera fechada en Navrongo el 2-2-1964, y la segunda el 10-4-1964 en Mpraeso, ciudad ligeramente al N.O. de Accra, teniendo cerca, por arriba y al Este la Kujani Game Reserve y el Lago Volta, y al Oeste la ciudad importante de Kumasi, provista de aeropuerto. En la primera misiva Rakel consume el anverso del aerograma con noticias blandas sobre su economía profesional y doméstica, y Albert aprovecha las dos solapas del reverso con puntualizaciones técnicas, condensadas y lúcidas. El segundo aerograma, asimismo dirigido al mítico piso amueblado que yo ocupaba entonces en 939 Western Road, B-16, de London, Ontario, Canadá, es Albert el que escribe todo el anverso, insistiendo en consejos incontestables y nuevos sobre la travesía del Sahara. Ahora es Rakel la que rellena las solapas traseras. Su frase final y su despedida no pueden ser más cordialmente cómplices: “I hope we'll see you in Navrongo in June. Näkemiin [hasta la vista]”. Adorable mujer. Estupenda pareja.

El tiempo se fue tragando estaciones y sucesos. Llegó 1969 y yo y dos compañeros más hicimos el fabuloso viaje de la travesía del Sahara, hasta Niamey, por la “ruta de la sed y del terror” o así llamada “del Tanezrouft”, en el mes de julio. La siguiente comunicación de los Szabó vino en forma de fotografía de Rakel y su hijito Imre en sus brazos, en el extremo de una barca, en un lago finlandés, pues el lugar que reza junto a la fecha 7-8-69 es Viittakivi, Hauho. Probablemente la imagen más hermosa en fotografía de esta excepcional mujer: sonrisa compitiendo con la alegría de estar viva y

saludable bajo el sol bienhechor del Norte; su niño, como digo, sentado en sus rodillas y atraído hacia el pecho de ella; el pelo de Rakel, partido por el centro, dejado ir por lo que la foto parece recoger de brisa lacustre. Boca sonriente, abierta a todas las invitaciones que un alma generosa pudiera transformar en discurso amable. Es Albert el que escribe la mitad del reverso de la cartulina. Empieza así: “Muchas gracias por tu tarjeta de la Argelia. Esperamos que nos darás a entender alguna vez como pasó tu viaje” [Albert estaba aprendiendo español y su conocimiento le permitía escribir con esta soltura]. Así que yo les había enviado una tarjeta desde Argelia ¡Así que definitivamente tuvieron conocimiento de la culminación de nuestro viaje! Al final del texto escrito me preguntan si voy a estar en Madrid en tal y tal fecha. Sí, debí estar en las fechas a que aludían en la foto postal (Qué tiempos, en que la correspondencia me llegaba con un simple *Tomás Ramos Orea, Alcalá de Henares, España*) porque distintamente recuerdo que me visitaron en Alcalá de Henares, y que los llevé a hospedarse a un piso mío del barrio de Cuatro Caminos, en Madrid, extremo éste al que hace referencia una posterior foto postal, que muestra a Rakel formando parte de un coro de seis chicas cantando, todas tocadas de atuendos típicos regionales. La cartulina viene fechada en Viittakivi, Hauho, según parece, distrito cercano a Kouvola, con arreglo al Atlas *National_Geographic*; o Hanko, según un mapa de carreteras de Finlandia editado por Shell. Oh, ahora que repaso lo escrito por Albert en el reverso: “Here is a scene from an International Folk Music Concert we put on on March 1st. This is the Swiss-Swedish-Japanese song group”. ¡Claro, el único varón del grupo, que además toca una guitarra, es Albert, con la barba crecida! Esta postal, como digo, se remonta al 8-3-70 y me fue dirigida a Canadá donde me encontré.

Ahora en 1989 en que estoy escribiendo esto, y al cabo de 19 años de consuntiva fricción vital, de empaparse uno en tiempo, mi alma siempre acude a chocar con los pináculos líricos que la memoria de Rakel me ha proporcionado. ¡Cuán acertado estuve al dedicarle la traducción del poema de Bernard Spencer “Yachts on the Nile”

(“Balandros en el Nilo”) de mi Tesis Doctoral primera, la de Filología Inglesa, en 1961, con la siguiente inscripción: “Para Rakel Wähl, musa nórdica”. Porque a ella, a Rakel, le debo una de las cotas de aprehensión más genuinas, más imperecederas de mi Norte.

Oili : Helsinki, Navidad, 1959

Corría el curso académico 1959-1960. Desde aquel septiembre yo me hallaba en Market Harborough (Leicester) desempeñando mis funciones de Spanish Assistant en su Grammar School. Siempre he considerado ese curso (que por acuerdo conjunto de los gobiernos español y británico se nos ha venido haciendo asequible a los estudiosos de la Filología Inglesa) como un requisito tácito de nuestros *currícula*, de ningún modo exigible, pero sí aconsejable desde todos los puntos de vista de la racionalidad. Los sistemas educativos europeos de más solera lo tienen hace tiempo institucionalizado, y lo mismo los U.S.A., para estudiantes de Humanidades y más precisamente, de lenguas y culturas extranjeras. Lo suelen llamar “junior year abroad”, es decir, “curso tercero de carrera, en el extranjero”. La ausencia de dicha institucionalización en el rodaje de nuestras Universidades ha producido toda suerte de resultados: desde el estudiante que ha visto cómo su etapa universitaria se liquidaba, y al entrar en el mundo de la oferta y demanda de trabajo decía adiós definitivo a tales oportunidades de ilustración, hasta los que, como yo, esperamos a tener toda la Licenciatura terminada (y en mi caso, hasta los cursillos del Doctorado) para acometer con más libertad de miras la estancia del año académico de 10 meses como Assistant en un Centro preuniversitario del Reino Unido. Estar en Inglaterra ese curso de 1959-60 a mí me supuso una frondosa colección de justificaciones y de expectativas en busca de realización. Como digo, el momento relativamente tardío en que mi estancia se iba a desarrollar tenía como compensación una mayor perspectiva y una mejor amplitud de maniobra, sin la servidumbre de depender de fechas taxativas para la celebración de tal o cual examen. Mi único compromiso – superados ya en España los cursillos del Doctorado – era mi despegue en la confección de mi Tesis Doctoral, para lo cual un buen motor de ilusiones e incentivos había ya puesto en marcha los mecanismos de mi voluntad.

Esto, en cuanto a lo académico que era el sustrato configurador teórico de todo. Pero en la dimensión vivencial, pasar casi un año entero en la mayor de las Islas Británicas, en Inglaterra, y muy cerca de su centro topo-geográfico, despertaba en mis presupuestos de acción frondosos augurios; y vagos, aunque apremiantes, programas a realizar. La razón se debía a que durante los veranos de 1957 y 1958 Oxford había sido mi escenario de correrías de estudiante de Licenciatura, con todo lo que ello implica de subordinación y servidumbre respecto de la obligación imperativa de tener que progresar en el dominio del inglés *para* superar los exámenes que, como severos recordatorios de nuestra condición carente de autonomía, nos esperaban a nuestro regreso a Madrid. Aquellos dos veranos, tan historiados en mis papeles, y lo que es más, en los anales de mi alma, fueron los que me conectaron con el eterno femenino de Europa. Son flecos de una bufanda generosa que continúa arrojando el recuerdo y el ejemplo. Allí mi alma supo, por ejemplo, que la supuesta novia de mi entonces mejor amigo inglés se encaprichara de mi españolidad, supongo que representativa: Moira me ayudó a interpretar el juego de razón/sinrazón de las relaciones emocionales entre un elemento hispánico racial (yo) y una muestra de programación autónoma (ella). Hablo de 1958, y aquellas penetraciones, mitad genuflexión, mitad agolpamiento apresurado que celebrábamos en el jardín patio de su casa servirán de boya – entre sonriente y pensativa, pero siempre orientadora – para todas las navegaciones de la memoria mía. En aquellos años en que la teocracia franquista nos gobernaba por medio de los típicos ucases episcopales, doctrinados en la prepotencia del Concordato,... ¿cómo no iba a ser “el extranjero” de un país como Gran Bretaña cifra y compendio de apertura y revelación?

Y junto a Moira, antes y después y simultáneas, tantas y tantas otras, tan serena y pulcramente dibujadas en las cartas de navegación de mi conciencia. Aquel conocer a Ursula Klose, tan espontáneo y tan enraizado. Aquellos besos arrancados con furia cósmica, al tiempo, en la persona de Uschi Benner [Uschi: todavía

conservo tu foto, sonriente tú en la barandilla de un puente, y escrita por detrás: “Für Thomas” ¡Einem der nettesten spanischen Männern! Von dem deutschen Mädchen, Uschi. England 1958] ¿De verdad lo pensabas todo así, Uschi, rubia de pelo revuelto y bonita criatura, de besos glotones y quemantes? ¿De verdad creías que era tan gentil? Gracias, porque yo también lo he creído así siempre, y en la cúpula de mis taladros hacia el tiempo pasado has aparecido con iniciática frecuencia. También Oxford me regaló el encuentro de Rakel Wähl, finlandesa (en una bella fotografía de su precioso rostro reza en su reverso: “To Tomás, a greeting from the North! 20-4-59 Rakel”). Y también entrar en conocimiento con la discretísima Anne Van Bellinghen, belga, “musa fugaz” como digo en el poema “Lluvia de verano”, de Laurie Lee, en mi Tesis. Y con Marliese Brück, (“musa del Rhin”, de mi traducción del poema “November” (noviembre) también de Laurie Lee y también de mi Tesis Doctoral), cuyo marcado acento alemán al pronunciar inglés y su simpatía invasora siguieron perdurando a lo largo de los años, con encuentros posteriores en Barcelona... y ya casada y con familia, en New York (¿Te acuerdas, Marliese, de aquella tarde de Oxford en que te invité al campo, y al no poder resistir más el efecto que las dos pintas de sidra ingeridas le reclamaban a mi vejiga, en forma de libertad, te pedí que te adelantaras en tanto yo me procuraba tan inocente confort allí mismo, en medio?). Y más mujeres, algunas más mujeres en aquella comprobación de mis veinte y poco más de años, de que si el mundo no era bíblicamente bueno, tampoco era tan peor como nos había hecho creer la hipocresía acomodaticia del régimen, protagonizado por el alienígena maridaje entre Iglesia católica y poder fáctico español.

A todas vosotras, amigas, luminarias, musas mías, que representabais las más exóticas latitudes de mi alma, pues que hablabais lenguas portadoras de cosmovisiones tan portentosamente distintas... a todas vosotras, sabedlo, sí, sabedlo, os he seguido en solitario vuestra estela maridada, o desaparecida, o transformada, o desvincijada por la circunstancia, o enaltecida por la Rueda Fortuna... a todas vosotras os he cantado y glosado, repasado y convocado, en

mis poemas, en mis escritos postreros... vuestros nombres, arquetipos de las cosas, de vuestras cosas, de vosotras mismas, vuestros nombres, éidolons intrépidos en la duración infinita... durarán, sí, durarán tan largo como la historia del antes y del después de todos los tiempos...

Pero, ¿por dónde iba? Ah, sí, que Oxford en mis veranos 1957 y 1958 me había trabado a la complicidad emocional de criaturas que portaban magníficas y líricas cosmovisiones, y que mi estancia de aquel curso septiembre - 1959, julio - 1960 en Gran Bretaña me iba a permitir calibrar mis posibilidades de encarnadura fáctica, referenciada a concretas cubicaciones de piel palpitante y de alma inundadora, alojado todo ello en ninfas, y más que ninfas, mujeres. Gran Bretaña, aun geográficamente emplazada en latitudes más septentrionales y frías desde la divisoria mediterránea de la Península Ibérica, proporcionaba sin duda una rampa de lanzamiento hacia cualquier punto de Europa, por su señalada superioridad en desarrollo técnico con respecto de España. Hablo de 1959 y, por si fuera poco, el vector de mi catapultación apuntaba a cuadrantes norteños, nórdicos, pertenecientes al mundo escandinavo que para un español como yo, regido por el Concordato con la así llamada Santa Sede, preservaba entre sus presupuestos refrigerados un denso haz de sintonizaciones míticas.

Mis vertebraciones líricas apuntaron hacia Finlandia. Sí, aprovecharía la vacación navideña de 1959 para ir a Finlandia. Magnífico brote admirativo el que mereció mi programa cuando lo expuse ante mis compañeros de la Grammar School de Market Harborough. Había uno, Mr. Turner, profesor de dibujo, que sobre todos los demás era socarrón, calmoso, irónico y servicial: tan servicial que no pude impedir que el hombre graciosamente se echara sobre sus ocupaciones la de, en una agencia turística de Leicester, comprarme el billete combinado por mar y tierra hasta Helsinki. La opción más conveniente para mi economía era la del barco hasta Gotemburgo; tren hasta Estocolmo; de nuevo barco hasta Turku, y, de nuevo, tren a Helsinki. Conque Finlandia, definitivamente: mis amigas Irja y Rakel

(cualquiera que sea el orden cumple su cometido profundo) sé que están allí y que me puedo presentar a ellas y decirles: “Aquí estoy, porque he venido a vuestro país, a veros; y de paso a apuntarme la distinción de hacer una cala invernal en semejante latitud”.

Encontré a Londres con el pulso invernal de siempre: sobrecogedor, descolorido, gigantesco. El tren esperaba y hasta Tilbury, en las fauces internas del río Thames, prolongamos aquel principio de viaje. Y allí el “Baltika”, pequeño y cuidadosamente amarrado. Delante de mí, como una alta barrera, dos inmensos días de desplazamiento. Desencanto, acaso zozobra. Porque hasta entonces todo era vapor santo e ingenuo de promesas sin concertar. El primer tramo de travesía, de unas treinta horas, con su inevitable noche, atestiguó una de mis sintomáticas sesiones de mareo. El olor de camarote, de pintura, de guiso extraño, de mar, todo revuelto, me ha solido producir estados típicos de postración y vértigo. Destacan de entre los recuerdos esos chirriantes deslizamientos que los barcos efectúan a tenor del hondón acompasado de la superficie de las aguas. Esas caídas me han parecido siempre resbalones hacia la náusea y el mareo. No hay antídoto. La mejor defensa es tener 23 años, tumbarse donde sea cabeza colgante y tener fe en los recursos de la propia fisiología. Recuerdo asimismo los gestos, entre incrédulos y solidarios, que han puesto todos los empleados de barco que me han visto mareado. La travesía de Tilbury a Gotemburgo añadió a mi elenco la constatación de mi estado lamentable (tumbado boca arriba, cabeza abajo) por parte de una pacífica camarera que debió ofrecerme ayuda y consuelo con el más conciliador de sus ademanes, pero que se marchó ante la imposibilidad de que yo exteriorizase deseo o sugerencia alguna.

Esa primera travesía no me dejó en los cuévanos de mi imaginación más que unos cuantos rostros de mujeres posibles, nacidos para morir al brocal de una noche sin más borrasca que la de mi patológica condición de mareado. Luego, el arribo a Gotemburgo, Suecia. No recuerdo gran cosa, excepto que el puerto estaba erizado

de grúas. Y también lleno de hombres embutidos en buenas pellizas, que iban a cualquier sitio echando bocanadas de vaho. Cruzamos la ciudad veloz, como furtivamente, en el coche del amigo de Margareta (Ah, claro, Margareta, a quien había conocido en una convención universitaria de Leicester, resulta que había hecho el mismo viaje de barco hasta Gotemburgo, donde vivía), y yo fui todo el rato mirando por la ventanilla a las luces de los escaparates, a los letreros raros, a los demás coches. A todo esto yo me preguntaba si aquello era exactamente Suecia. En la estación, hasta donde me llevaron Margareta y su amigo, otro tren muy largo y bonito esperaba. Sin apreturas, sin gente de sobra. Esto de que algunos países no tengan más que siete u ocho millones de habitantes es un don cristalizable en muchas cosas; por ejemplo, que no se encuentran atestados ni los trenes ni el espacio vital. En cuanto a población, Londres puede considerarse equivalente a Suecia. Ecuación humana. Se desconoce ese aspecto de la avalancha.

El tren corría sin cesar. A un lado y a otro, pinos. Pinos. Extensos pinares. Y yo buscaba lagos, ojos de muchacha – que es lo mismo – y mentalmente repasaba mis libros de geografía para comprobar lo que iba viendo. Pinos interminables y agua helada. Helado todo, sí, en forma de estrella. Margareta, la chica sueca, rubia, alta, erguidísima y – ¿por qué no decirlo? – bella, estaba a años luz de distancia. Para siempre. Nacida para el nunca. El tren que me llevó de Gotemburgo a Estocolmo era bueno. Los lavabos, magníficos. Aprendo a manejar el dinero sueco. Precios altísimos, de disparate, al no poderse uno desprender de la incorregible manía de traducir todo inmediatamente a pesetas. Enormes extensiones de pinos altos. Y bajos. Aserraderos, maderas, maderitas. Fábricas. Puentes de hierro, sólidos. Tomo un mapa y no acierto a la primera a precisar donde estoy. Ya lo veo. La ruta de ferrocarril pasa por Falköping, Skövda, Gårdsjö hacia su destino final de Estocolmo. Estoy pasando por entre dos grandes lagos cuyo nombre todavía me brindaban mis generosas rutinas de escuela. El aire es muy limpio, muy claro. Sólo de cuando en cuando el sol brilla. Nadie me dice que estoy en Suecia, nadie me

recuerda nada. Estocolmo, la ciudad sobre el agua – Venecia del Norte – se empieza a percibir en el ámbito. Ya ha aparecido. Flanqueada por puentes, ríos, estuarios. Charcas amplísimas. Claridad. Nieve en pequeños lechos o montoncitos. Acabo de aprender a decir “gracias” y a distinguir el uniforme de los policías del de los guardias de circulación. Se conduce por la izquierda. Hay muchos rubios, pero también muchos morenos. Estocolmo me regala dos horas limpias para consumir en algo, hasta tomar el barco siguiente que me traslade a Finlandia. Echo a andar y me tropiezo con una jovencita que hacía el mismo viaje desde Inglaterra. Me dice que es finlandesa y que vive en la isla que hay entre Suecia y Finlandia, con nombre de mujer. Llego a perder la idea exacta de que mi punto de destino es Helsinki y no otro. Me fijo por última vez en unas cuantas cosas de Estocolmo. Los autobuses circulan rápidos y en ellos el conductor hace de cobrador. Amablemente me repite un nombre extraño dos, hasta tres veces. Yo lo retengo como puedo en la memoria para saber donde tengo que bajarme al llegar al puerto. En el nuevo barco la gente habla finlandés y yo no entiendo una sola palabra. Además, no sé como emplear las pocas que aprendí – medio en broma, medio en serio – en las lejanas y añoradas veladas de Oxford. No, no vienen a cuento de ninguna manera. Paso al comedor, siguiendo las instrucciones de a bordo para la cena, y aparece ante mí la típica mesa *buffet* colmada de alimentos y viandas que a un español le entran casi exclusivamente por los ojos, pero que al estómago le suelen producir muy poco disfrute: pescados ahumados y fríos en rodajas, lonchas, rajadas, filetitos; gelatinas, compotas, ensaladillas... todo frío y poco conciliador para cualquier racial que imagine automáticamente la templanza de cuerpo que un buen estofado, o un simple guiso caliente podrían proporcionarle. A partir de entonces mi experiencia ha dispuesto siempre en su primera línea de visualización esos pletóricos “smörgåsbord”, tan llamativos en presencia y tan defraudadores en sabor.

Día 22 de diciembre, 1959. Ya en territorio finlandés impulso por segunda vez el reloj hacia adelante, como si persiguiera una hora imposible y exótica. Despierto en Turku. Ahora todo es nieve. Sé que

esta ciudad fue la antigua capital de Finlandia. En sueco se llama Åbo. No sé más detalles. Piso nieve y me parece que los tres días que llevo viviendo desde que salí de Inglaterra han sido de noche. No hay más remedio que hacerse a este otro mundo. Me fijo, me oriento especialmente mirando hacia atrás, hacia Europa en el mapa de mi fantasía y veo cuán distante estoy de Europa misma. Me encamino hacia el tren para Helsinki. Subo. En el mismo compartimiento viajan dos muchachos finlandeses con unos atavíos un tanto extraños a mi retina, acostumbrada a una moda más occidental. Reparo en sus zapatos que son más bien botines de suela muy alta. Pienso en comprarme un gorro de piel – o pelo de animal – de esos que la gente lleva aquí, relucientes y muy eficaces por lo que se ve. Más tarde me entero de que son bastante caros y prefiero seguir con la cabeza al aire como toda mi vida. Veo desde el tren algunas carreteras y luego también más tarde a informarme de que son bastante medianas. Mejores, si me apuran casi, en invierno, ya que la nieve apisonada rellena los baches que reaparecen en verano por defecto de construcción inicial. El tren va rápido a veces. Otras, aburrido y lento. Nieve. La nieve es lo único que ahora aparece en gran cantidad. Se sigue la costumbre, que ya observé en Suecia, de pasar en el tren enormes cajones de alimentos, sobre todo, frutas y helados. Yo me compro uno, riquísimo. Casi todo lo de comer es muy caro en Finlandia. Los lavabos del tren están muy limpios. Son amplios y tienen papel toalla esponjoso, agua en abundancia. Una vez más me doy cuenta de que los billetes son, en un principio, comprobados y picados por un revisor. Luego, otro revisor o empleado con el rango que sea, los retira definitivamente. Aprendo a manejar rápidamente el dinero finlandés después de comprar un par de chucherías. Hasta entonces, es bonito, fácil y limpio, y da la sensación de evaporarse con una portentosa suavidad. Lo contrario que con la libra esterlina, que parece pesar y pegarse a los dedos. Por supuesto que en Finlandia se usa el sistema métrico decimal, y me siento ligado en ese aspecto – en la noción de pesas y medidas – a la más genuina tradición de Occidente. También en Suecia, por lo menos, me dio alegría

comprobar que los pesos estaban marcados en kilos; y en fracciones de diez los precios. Un detalle más, curioso: la ropa de cama en Suecia y Finlandia (pues territorios de dichos países eran el primero y el segundo barco, respectivamente), en forma de un amplio edredón, hace doblez a uno y otro costado, y lo que nosotros llamamos embozo, forma allí un gran pliegue hacia fuera y que ha de ser desdoblado por el durmiente.

El paisaje a ambos lados se limita a una mansa y callada masa de nieve. Yo siento de pronto como si fuera a descubrir una ciudad ya descubierta. Me preparo más y más. El tren casi se detiene y me engaña. No. Todavía no es Helsinki. De todas maneras estamos muy cerca y todo huele ya a proximidad. Me pregunto si los mensajes se pierden cuando saltan de una civilización a otra, y presiento el desencanto de que no haya nadie en la estación. No temo la soledad, sino el ruinoso fracaso de mi fantasía que es más duradero y atormentante que nada. Decididamente hemos llegado a Helsinki. Hasta en las expresiones de espera – ¿esperanza? – de algunos en el andén me parece que se delata como una calidez obstruida bajo la capa de hielo mudo que cubre todo. Mucha gente que llega, mira, se besa y se estremece me parecen amigos que me están esperando – a mí, precisamente a mi aspecto mediterráneo –, al balbucir de mis cortas y pintorescas frases aprendidas en las tardes – lejanas – de Oxford.

Surge una mujer, una muchacha amiga a quien yo no esperaba y que en un momento me explica lo que ha ocurrido. Se trata de que por conductos distintos yo había conocido a Irja, la pelirroja, la “musa hospitalaria” de mi traducción “Alba de abril” del poema de Laurie Lee para mi Tesis; y a Rakel, la de color castaño clarísimo: a ambas en Inglaterra, y que sin haberse llegado a conocer personalmente nunca, sí sabían a través del nexo mío las identidades y las direcciones de cada una. ¡Qué maravilla de solidaridad, pensé, y de juego limpio; qué lección de naturalidad la que esas dos criaturas me regalaron!: Bendita sea por siempre la fuente en que su alma aprendió tales maneras! Como digo, yo había concertado con Rakel, de la

forma que fuere y desde Inglaterra, que me esperase a mi llegada a Helsinki, y al no poder ella hacerlo por razones de fechas y de encuentros familiares que más tarde me aclararía, había conectado con Irja, sabedora de mi también amistad con ella, y le había traspasado el encargo de recibirme. Deportiva y ejemplar limpieza de actuación, sobre todo para el calibre de una mente hispánica en aquellas fechas. El caso es que mi alma saborea y asume, así, de golpe, tan exquisito ejemplo de humanidad, y hago lo posible por no estremecerme. Lo que ahora importa es el *alguien* y no el *quién* particular. Y como lo que me emociona es la novedad del aire y las caras de estas gentes, no me traumatiza en absoluto el cambio de recibidora y me hundo plácidamente en el calor del encuentro.

Helsinki es una ciudad algo destartalada que, sin embargo, ha sabido superar el obstáculo de la nieve. Al lado de los anuncios completamente ininteligibles para mí, veo con sorpresa otros muchos que mantienen idéntico deletreo gráfico latino y castellano para productos internacionales. Los autobuses son el principal medio de transporte y, lo mismo que en Estocolmo, el conductor hace de cobrador. Me fijo con cuidado en el papel dinero finlandés y me doy perfecta cuenta de que me gusta. El billete mayor que hasta ahora he visto es de 5.000 marcos. Los hay de 1.000, 500 y 100. Y unas monedas – que me enteré que eran nuevas – de 200 marcos, bonitas y además relucientes cuando cayeron en mis manos. El dinero moneda se compone de unidades de 50, 20, 10, 5, y 1 marcos. La verdad es que las de 1 marco tardan en hacérseme destacables. Pero veo que perfectamente existen, chiquititas y limpias. En general, el papel es de lo más manejable, y de color marrón suave. Los precios son (siempre en magnitudes comparativas) de fábula, y mi billete de autobús, de la ciudad a las afueras, por ejemplo, me cuesta 100 marcos, unas 22 pesetas. En el momento en que estoy pasando esta viñeta a limpio, año de 1990, el valor de cada marco finlandés se aproxima a las 30 pesetas, de manera que nuestra moneda se ha devaluado respecto de la finlandesa, fuerte todavía, un 25% más. Y un 350 % con el marco alemán; y un 100 % con la libra esterlina; y con el franco francés y

suizo también un 100 %; y un 350 % con el chelín austríaco y el florín holandés, etc, etc. Y aun así, hay papanatas que abogan por una devaluación en estos momentos de la peseta (?) Iba diciendo que... en lo referente al tráfico se conduce por la derecha. Encuentro difícil orientarme en las calles. Además de la igualdad que las informa, a casi todas, la nieve también cuenta en el sentido de destruir los posibles puntos de referencia. La circulación es un tanto anárquica y observo que la gente cruza las calles por donde quiere y puede. Si bien pocos, hay discos aquí y allá, siempre muy insuficientes. Un alma piadosa me revela que es costumbre tirar la nieve desde los tejados a la calle sin previo aviso o información. Una gracia. No tardo mucho en apuntarme la experiencia cuando una de aquellas tardes cae, un par de metros delante de mí, un montón de nieve retumbante y estrepitosa.

Donde pienso alojarme de momento, en el distrito universitario de Otaniemi, está en las afueras de Helsinki y hasta llegar allí se atraviesan los puentes y las extensiones lacustres de los barrios de Lauttasaari y de Tapiola, siempre sobre la abertura de la ciudad al mar. El agua está helada, aunque a veces se la ve en remansos, atravesada de mil cañas y juncos. Alarmanamente los coches patinan por las calles. Nadie parece hacer de ello un caso especial. Los autobuses me siguen pareciendo muy seguros y muy bien manejados. Llegamos a lo que va a ser mi residencia durante dos o tres días, y veo complacido que se trata de un pabellón universitario moderno y dotado de todo el confort imaginable. Como algo tradicional e infalible, casi todo el mundo se va a pasar las vacaciones de Navidad a un lugar fuera de Helsinki. Todo ha huido de su guarida usual. Y así me encuentro con que aquella ciudad estudiantil está medio deshabitada. Sólo estamos a 22 de diciembre, y al día siguiente no quedará nadie, y me gusta la idea por la tranquilidad que voy a sacar a cambio. Me pasaré el tiempo escribiendo – pensé –. Muy cerca del bloque donde vivo está el comedor. Hasta este momento he ido mirando ansiosamente los rostros de mujeres para ver si llevan pintado algún raro mensaje y sin sospechar. Mi imaginación entiende por perfecto y hondo lo remoto y difícil. Y por eso sueño con que la mujer

finlandesa, la muchacha de la “idílica Suomi” – como he aprendido a llamar a este país por mis libros de geografía y por mis referencias personales – deba guardar el don de un imposible más cercano.

Regreso al Centro de la ciudad con Irja, la pelirroja, y me fijo con más atención en los puentes que atravesé un par de horas antes. Son grandes, alguno de más de un kilómetro, y lo que hay debajo de ellos está helado. En la plaza céntrica de Paasikiven, o Paasikiven Ankio, hay un espacio acotado, lleno de pinos que unos hombres preparan y venden. Las cobradoras de autobús, cuando no es el conductor mismo, son jóvenes bastante bonitas que llevan las piernas arropadas en gruesas medias de lana y dicen “Kiitos” (¡gracias!) con un deje calmado y acariciante. Usan bolsos hermosos para llevar el dinero y una especie de sacabocados para picar o marcar los billetes.

De nuevo, y ya solo, vuelvo de la ciudad y me acerco al comedor de mi residencia. Veo atentamente la lista de platos y de precios y no entiendo más que la de precios. Empiezo a pensar en la gravedad de no saber algo más de finlandés, aunque no fuera más que para decir que me gusta mirar los ojos de la jovencita rubia que espera detrás del mostrador a que me decida. Opto por preguntar a un grupo de estudiantes qué son aquellos platos. Uno de ellos, en inglés, me explica que uno es pescado. El otro, carne. Luego señalo el plato de un estudiante que tenía la carne y le hago repetirme el nombre que hay escrito en la pizarra. Voy al mostrador y pronuncio la llamativa palabreja a la chica rubia de ojos azulitos, nombre imaginado. Ella lo vocea por un aparato y yo espero hasta que sale el plato humeante. Pago y me dice *kiitos*. Yo digo *kiitos*, también muy ufano de demostrar mi modestísimo léxico. El horario de comidas es, hora más o menos, el mismo del tipo inglés y en general de los países nórdicos. Igual que en Inglaterra, los bares y restaurantes apagan y encienden las luces varias veces seguidas para hacer saber al público que es hora de cerrar. Descubrí que algunos lugares estaban abiertos hasta las 12:30 de la madrugada, detalle que me hizo sentir más mediterráneo,

en contra del peso de la influencia anglosajona en tales aspectos de la vida.

23 de diciembre, 1959. Tengo que ver a mi ángel de la guarda, la pelirroja Irja. Visitamos un museo de pintura. Visitamos la biblioteca de estilo imperio de la Universidad, en el centro de Helsinki, a la que volvería en otras posteriores ocasiones, pero en la que ya y desde entonces recogí información bibliográfica para mi Tesis Doctoral en proceso. De vez en cuando, y en raptos súbitos, y sin saber por qué, se me despierta el deseo de aventura, de marcharme para otro lado a todo trance, a ver si el ideal que yo lo cifro siempre en la próxima mujer desconocida me facilita el maná que tanto ansío. La Nochebuena se me aparece ahora como un punto de mi vida que –sin querer– tendré que pasar solo, completamente solo, necesariamente solo. La invitación de Rakel, mi otra amiga, la que vive en Kouvola, a 135 kilómetros ligeramente al Nordeste de Helsinki, resulta que es para el 25 y no para el 24 como al principio todo el mundo creía. No quiero, ni mucho menos – como alguien me sugirió – hacer ningún contacto con la Embajada española. No quiero complicar las cosas fáciles. Prefiero enfrentarme a la tradición casi sagrada de pasar esa noche en compañía. Además, me digo, había que escribir esto.

Irja y yo nos despedimos hasta que yo vuelva de Kouvola y poder retomarme ella en mis, acaso, uno o dos días de permanencia en Finlandia, antes de regresar a Inglaterra, vía Hamburgo. Decido ir a un bailoteo aquella misma tarde del día 23. Voy, efectivamente, luego de enterarme de la clase de lugares que allí existen. Saco una entrada de caballero solo, puesto que iba solo, y entro. Lo primero que veo es la desproporción de chicos y chicas, y esto me aproxima espiritualmente, aunque con desagrado, al sistema de cosas que, por desgracia, impera en toda la Europa que yo al menos conozco. No nos hagamos ilusiones: El macho sigue y seguirá buscando a la hembra. Dicen – ilusión vana – que cuando acabó la guerra (y por eso tan socorrido de las muchas bajas entre los combatientes) la cosa era al revés, o sea: chicas en abundancia y pocos hombres! Consideración tal vez muy

sugestiva en otras circunstancias, pero inservible entonces para mis intereses. Los ritmos que la orquesta interpreta, y dentro del maremagnum de lo, en aquella época, actual, son clásicos: “Bésame mucho”, tangos y una serie de cosas melódicas y lentas que la gente baila como le da la gana, sin tener idea clara, sino como algo parecido a un sucedáneo de ejercicios gimnásticos de mantenimiento postbélico. Ahora bien, nada de *quick-step* británico o cosa que se le parezca. Las parejas se mueven, como digo, con cierto torpor amanerado, pero muy apretadas. Los chicos y chicas que no están bailando en un momento dado están de pie, apoyados en las paredes y observando muy serietitos a los bailarines. La orquesta y los parroquianos también se rigen por el sistema de dísticos o trípticos melódicos: Cuando se termina de interpretar la segunda o la tercera de las piezas que forman la secuencia, las muchachas se separan automáticamente de su pareja, movidas por un enérgico resorte, y se echan a las orillas del salón, sobre todo hacia un punto de concentración general, en donde son invitadas (“sacadas”) por un chico, distinto o no de con quien bailaran la anterior vez. Mejor dicho, casi siempre distinto...

Sin ningún problema, bailo con una chica, y con otra, y con otras más, hasta cuatro seguidas, poco menos que obligado a tal sistema de cambio que en un menester como éste a mi no me va, sobre todo cuando hay poco tiempo y no se pueden gastar los cartuchos en fuegos de artificio. Pero he aquí que por fin me encuentro agarrado a una – gesto blando, dulce, redondo – que no llegaba a sonreír completamente y que al final de la media sonrisa cerraba los ojillos. No es rubia sino *brunette* y no sé si en realidad me pesa o no. Tengo la manía de anhelar los cabellos de una rubia en donde hundir mis generosas manos hasta las muñecas en una ansiedad de tacto inútil y sin sentido. Y todo por puro diletantismo estético. Se deja atraer a la cada vez más soliviantada tabla de mi pecho. Se deja atraer así, desamarrada, confiadamente abandonada... “¿Inglés, francés, alemán...?” – voy alargando cada vez más desalentadamente la pregunta sobre su conocimiento de idiomas... – “Yo soy español” –

me atrevo absurdamente a puntualizar. Nueva media sonrisa y oclusión voluntaria de ojillos...

- Yo, Tomás... My name... Tomás... and you?

- Oili.

La velada había quedado sentenciada para la intimidad. No la dejé ir, y el bailar con ella dos o tres secuencias de orquesta seguidas descubrí que era el pasaporte correcto para considerarnos uno y otra pareja estable para el resto de la noche. Recuerdo que una amiga suya y su acompañante se nos acercaron al acabar la orquesta de interpretar su última melodía. Intercambiamos instrucciones lacónicas, más intuitivas que entendidas, entre los tres. Volví a exhibir mi más conciliador y amistoso gesto ante la nueva pareja, repitiendo mi nombre, recalcando mi país de origen:

- Spanish, spanisch, espagnol...

- Ah, espanjalainen... terve [bueno].

Sobraron explicaciones para hacernos todos entender. Por mi parte, les evidencí que me ponía en sus manos y que, bajo la tutela de Oili, me dejaba llevar a donde fuere. Y donde fuere, fue... previo recorrido nocturno en un coche, estacionado a la salida del bailongo, y que condujo – así lo llamaré – el amigo de mis amigas a través de un Helsinki glacial y amortajado en un sudario de hielo, con luces aquí y allá, oyendo el chasquido de la nieve no hollada aún, bajo las ruedas del vehículo... fue, digo, a un piso en un lugar desconocido, separado, remoto pero inmensamente lírico, maravillosamente, celestialmente dadivoso. Recuerdo que nos arrebujaamos Oili y yo bajo un formidable y anchuroso edredón que, en tanto durase nuestro consorcio de camaradería, tendríamos que gobernar sabiamente con nuestras extremidades acordadas, para librarnos de los mordiscos de aire gélido que el ámbito de la habitación tiraba a todo aquello que osara destaparse. Oili pareció hacer asignatura única y honda la de permanecer abrazada a mí, silente, cariñosa, anidada sobre mi pecho y bajo mi barbilla, mientras me dejaba pensar durante mis buenos ratos – los más – de insomnio en los secretos caminos de que se sirve la vida para crear sintonías en razón del juego confiado de dos

cualesquiera de sus criaturas. Oili fue, así, tan graciosa, tan desinteresadamente, la avanzadilla lírica incuestionable en mi cala anhelante hacia el Norte, como si toda la luz de él viniera. Ojalá mi bendición se perpetúe y alcance a todas las cosas y formas que tu realidad, Oili, generó en el ajetreo vital de transmigraciones y reverberaciones por el hecho de estar conmigo.

24 de diciembre, 1959. Después de salir del piso donde he estado con Oili, a una hora incierta de madrugada; coger un taxi; regresar a mi residencia y meterme en la cama, solo, me he levantado, por fin, tardísimo si puedo llamar levantarme a eso. Voy al comedor – última posibilidad y por corto rato de ver seres humanos en aquella ciudad universitaria – y constato que las mesas del centro están repletas de platos, fuentes, perolos, cacerolas, potes, jarras, cubiertos y utensilios culinarios, y viene, fiel, a mi cabeza la visión del barco finlandés que me llevó de Estocolmo a Turku. Sospecho emocionadamente, y por pura corazonada, que esto no me va a costar nada en absoluto. Nochebuena y liberalidad. El corazón humano no es tan malo, ¡qué va! Pregunto, mediante ademanes ejecutivos, que si podemos servirnos nosotros. Me dicen que sí. Y me sirvo despacio, abundantemente, y miro a la muchacha con cara de niña, rubia, que también me mira de vez en cuando. Lo como todo y repito, además de beberme dos grandes vasos de leche. Estoy sentado junto a una ventana. Nieva de manera lenta, y cuando hace viento los copos pegan contra el cristal quedando allí como una mancha blanquecina. Acabo de comer y pregunto que “¿cuánto?”, “¿kuinka paljon?”. La chiquita rubia sonríe feliz, sentidamente, y me señala la pizarra donde normalmente están los nombres de los platos con los precios. Lee: Hivää Joulua (Feliz Navidad). Yo digo entonces, “¿nada?”. Ella asiente instintivamente con la cabeza y me indica otra vez la pizarra. Yo me trago un salmo de gracias y de bendiciones a esa tierra que así me acoge sin preguntarme nada más que por mi condición de hombre.

Ilse : Hamburgo, Nochevieja, 1959-1960

Recuerdo, como en agolpamiento de voluntad semi-anestesiada, mi levantarme en el Hotel de Helsinki, mucho antes de amanecer, aquel 31 de diciembre de 1959 y aprestarme para coger el autobús que me llevara al aeropuerto. El panorama se ofrecía en un tono de lograda severidad: noche cerrada, todo rebosante de nieve endurecida y, digamos, de 20 a 25 grados bajo cero en el ambiente exterior. Extasiado, y desde la plataforma sin desbatar de mis 23 años, no me hartaba yo de considerar la fortaleza o ciega intrepidez del corazón mío que parecía estar librando, solo e inerme, una batalla contra todas las realidades del mundo, en Helsinki, como digo, un 31 de diciembre de 1959 y en las condiciones ambientales ya señaladas.

Mi estancia en Finlandia, por ser objeto de otras viñetas de esta historia del corazón, es lo que menos importa ahora. Baste con reseñar que, ya de regreso a Inglaterra donde pasaba yo el entero curso académico 1959-1960, había decidido hacer una escala – ¿sentimental? – en Hamburgo, para desde allí y en definitiva retirada, sin más dilaciones, alcanzar Londres por cualquier medio disponible y barato. A eso de las cinco de la madrugada uno se hacía la ilusión de presenciar el tímido receso de la oscuridad hacia conatos de tenues claridades que traería el alba en tales latitudes y en mencionadas fechas. El aeropuerto de entonces era otro distinto del actual Vantaa y distaba, emplazado al Este, unos 40 kilómetros de Helsinki: de ahí la onerosa servidumbre del transporte aéreo que exigía tener que levantarse a las 5:00 a.m., tomar el autobús a las 6:00, estar en el aeropuerto a las 7:30 para iniciar a las 9:00 un vuelo de unas dos horas y tres cuartos de duración, cual era mi caso con Hamburgo. Con todo, la experiencia destapaba para mí insospechados frascos de emotivos aromas. Alemania, la Alemania de siempre recobraba su pulso mediante un admirable empeño colectivo. El vuelo Helsinki - Hamburgo con las líneas aéreas Lufthansa fue un botón de muestra, una portentosa prueba de la recuperación...– no, cualquier cosa, menos “milagrosa” – de este espectacular país. Saboreé el vuelo porque todo

me invitaba a ello. Perfecto el trato de las azafatas, de ajustadísimo y disciplinado encanto. Recuerdo la sobriedad de su uniforme azul oscuro, a medio camino entre la ascesis indumentaria de un overol de desescombro de ruinas, y el *glamour* que en equiparable realidad pudieran ofrecer las potencias vencedoras. Porque, no se olvide, estábamos tan sólo a 14 años del arrasamiento de Alemania, como gran perdedora. Mi alma se preparaba a celebrar el primer protocolo de contacto con tan sugestivo país, transportado por la enseña voladora de Lufthansa. Como digo, unas dos horas y tres cuartos de vuelo en un cuatrimotor sólido, de hélices... La aproximación a Hamburgo y eventual aterrizaje en su aeropuerto, a 12 kilómetros del corazón de la ciudad y en su sector Norte, obligaron a mis pensamientos a detenerse y a dedicarme a las instancias inmediatas e inevitables: la comprobación de pertenencias, el pequeño discurrir por el pasillo hasta la puerta de salida y el proceso de descender por la escalera móvil y adosada al lateral del avión... Mi nombre... parece mi nombre, sí, es mi nombre. Una empleada de tierra de Lufthansa sostenía una cartulina en la mano, y con pausada eficacia, que deduje de su porte y del timbre de su voz, estaba diciendo mi nombre; bueno, supongo que lo habría estado pronunciando desde que bajara el primer pasajero. Era yo, sí, a ver, Mr. Tomás Ramos, sí, yo... Gracias... Se trata de un mensaje de Margot... Pero...

Claro que no lo he dicho. Había conocido a Margot Welbers en esa proverbial, frondosa e innominada cita que habían sido los veranos de Oxford, Inglaterra. Al que me refiero ahora es al de 1958, segundo de los que en sucesión pasé allí, soltándome en el dichoso inglés y familiarizándome con la bibliografía poética del neorromanticismo postbélico, tema sobre el que se basaría mi primera Tesis Doctoral, la de Letras, leída en 1961. Margot era una de esas envidiables mozas que portaba encima de su persona, hermoseándola, la gavilla de credenciales que, en sentido elogioso, podía predicarse de la raza germánica. Compacta, erguida y bonita, realista también, heredera de una situación de dificultad y estrechez, parecía pregonar con su solo ademán el precio que hay que pagar por los logros, por las

cosas de valor aquí en la tierra. Primero fue Oxford, donde ella paraba durante parte de mi estancia aquí. Mi conocer a Margot en Oxford coincidió a los pocos días con su traslado a Londres, con el fin de continuar su aprendizaje del inglés. Y fue en Londres donde, a mi regreso a España ya bien entrado el mes de septiembre de 1958, volví a encontrarla. Siempre tendrá el rango de valor en los archivos de mi memoria. Con un tipo así de mujer – me decía yo – un país no puede nunca fracasar. Tanto en Oxford como en Londres, en los acompañamientos que ella me permitió que le efectuara a sus sitios de hospedaje, me comentaba, entre otras cosas, que estudiaba inglés porque era ciudadana de un país ocupado, y precisamente Hamburgo estaba en zona inglesa. Y me lo decía sin rencores ni sinuosidades de intención, sino con la convicción de cosa comprobada que no admite la frivolidad de la porfía en contrario.

Creo que en todo aquel intermedio nos cruzamos dos, acaso tres cartas; en una de ellas me incluía la primera y consabida foto: debió ser muy probablemente por Navidades de ese mismo 1958. Es una foto como de carnet, cuadradita, que sólo recoge su cabeza, con un travieso sesgo y gesto de colegiala en espontánea insinuación; vestida con jersey y cuello blanco asomante, ocultado en su parte lateral y posterior por la frondosidad de una melena no del todo larga. Por debajo, la fotografía termina donde el preludio de la expansión de su busto inicia su mostración más palmaria. Esta foto me la debió enviar a instancias mías. Sin embargo, ya en carta posterior, correspondiente al verano de 1959, me hizo llegar otra fotografía, de figura entera, en atuendo de baño, sentada sobre la barandilla de un entarimado de madera, con una extensión de mar como fondo, y con esta inscripción en el reverso: “Juni 1959. Scharbentz / Ostsee”. Esta localidad marítima se encuentra en lo que ellos llaman Mar del Este y nosotros Mar Báltico o Mar del Norte, ligeramente al NO de Travemünde, siguiendo la línea de la costa a partir del estuario que el canal del Elba forma en Lübeck. Conservo las dos fotos porque en ellas he pretendido aprender las doctrinas no escritas y, al mismo tiempo, propiciadas por alguien cuya última y más impensada

intención hubiera sido esa: la de enseñar. Margot me enseñó no por lo que dijo, sino por lo que dejó que yo adivinara en los silencios suyos y en las precisiones con que normalmente ella iba matizando mi discurso de cuño inevitablemente hispánico, mediterráneo, romántico.

El caso es que desde Helsinki yo le había mandado un telegrama a Margot, y ahora, al pie de la escalerilla de descenso del avión:

- Yes, yes. It's me. I'm Mr. Ramos.

En su mensaje me decía que no podía recibirme en el aeropuerto por estar ella trabajando (claro, me dije, hasta la tarde se aprovecha a tope la jornada laboral); me daba la dirección de un hostel, y que la esperase, que me iría a recoger a tal hora... Eran sobre las 12:00 del mediodía. Cogí un taxi y le hice llevarme a la dirección que me había sugerido Margot, en la Adolfstrasse, junto a la sección grande del lago interior de Hamburgo, Aussenalster. Yo me precie de ver mucho en poco tiempo, es decir, muy intensamente. Y desde el aire, antes de aterrizar, desde la misma aproximación al aeropuerto mi diligente escrutar me había proporcionado la formidable evidencia de que Alemania se hallaba en proceso de reconstrucción: Todo funcionando, todo produciendo, todo en proceso respecto de un ulterior cometido. Lo que ví desde el taxi confirmó mi primera impresión. Así que, una vez instalado en el Hostal, lo mejor que se me ocurrió fue descansar sin prisas, asearme bien y pensarlo...

A la hora fijada llegó Margot. La encontré sugestiva, pero no por lo que ella irradiara naturalmente, sino por la carga de voluntad idealista que yo me empeñé en afectarle. Por supuesto, iba vestida mucho más formalmente que en las ocasiones de Inglaterra, en parte por la contingencia de festejar el Año Viejo; y más razonablemente aún, por la realidad del invierno. Bella estaba, eso sí; pero percibí una actitud de distanciamiento dentro del incuestionable esquema de la cortesía. Margot desempeñaba ahora un cometido específico: el de ser ciudadana alemana, sentirse pieza genuina en el resurgir de su nación, felicitarse orgullosamente de ello, y mostrar al mundo que su travesía

del desierto podía haber terminado definitivamente para, a partir de ahora, sentarse al convite de los elegidos. Claro que nada de esto decía mi amiga, aunque yo lo interpretase, no sé si caprichosa o fundamentamente. La verdad es que Margot distaba de ser la estudiante de inglés de hacía año y medio en Inglaterra: ahora se hallaba en su casa, en su país y en su ambiente, pertrechada de todas sus razones; y desde esa perspectiva su personalidad adquiriría proporciones más difíciles, más inasibles al mensaje errabundo de intimidad personal que un peregrino lírico como yo pudiera ofertarle.

Pero la situación estaba ensamblada y había que agotarla dignamente. Le dije que mi idea era marcharme al día siguiente, el día primero de año; que había venido sólo para verla y que, cumplida tan excepcional misión, Alemania, por el momento, quedaba vaciada de sentido para mí... Ella aceptó, creo que complacida, mi propuesta de regreso a Inglaterra al día siguiente y, a mi requerimiento, me sugirió la mejor forma de viajar. Nos dirigimos a la Hauptbahnhof, en el distrito de St. George, y cerca de la Hansaplatz. Hasta en cosas así Alemania me ha venido pareciendo siempre ejemplar: allí mismo en la Estación me despacharon un billete de tren para Hook of Holland, junto a Rotterdam, y el pasaje de barco desde allí a Harwich, en el condado de Essex. Los dos nos quitamos un peso de encima: yo, por no forzar (no he sabido, no lo he hecho nunca) las tirantas de la evidencia ecuaníme; Margot, por liquidar con justeza una situación que a todas luces le debió parecer sobrevenida.

A todo esto, Margot me había invitado a asistir con ella a la despedida del año, a un club de amigos. Me pareció correcto, y puesto que eran casi las 10 de la noche, hacia allá nos encaminamos. Desde el momento en que me encontré con el billete de regreso a... casa (que entonces era y sería hasta julio de 1960, Inglaterra), me percaté claramente de que el ritmo de mis interiorizaciones había adquirido una más transparente visualización, una sobriedad y un aplomo como correspondía a enfrentarse con lo evidente: yo estaba enamorado de Margot, y ella no lo estaba de mí. Mejor, yo estaba “infatuated”

respecto de Margot. Perdón por servirme de un término extraño. Todo se deba, acaso, a mi desconocer en castellano la palabra que denote a alguien “filled with a strong, unreasonable, but usually not long-lasting, feeling of love” (*Longman Dictionary of Contemporary English*), o sea, “colmado de un fuerte e inrazonado sentimiento de amor, normalmente no duradero”. Toda inclinación no correspondida debería ocupar el compartimiento de las aberraciones o desviaciones de la naturaleza: de ahí lo de “unreasonable”, o “gratuito”, “no fundado”. Verdaderamente, el pasaje de mi vida con Margot podría bien titularse: “Crónica de una obcecación gratuita”.

El Club de Margot y de sus amigos hervía con la exuberancia rotunda del espíritu germánico, en exacerbado contraste con el estado cada vez más empozado en melancolía de mi alma. La llegada de la media noche y del comienzo del Año Nuevo estuvo señalizada, por mi parte, con un brindis al lado de Margot, formando grupo con otros amigos alrededor de dos mesas juntas, y con emoción más bien contenida, hasta casi distante, pendiente de la tradicional fórmula de afectuosa cortesía, sobre todo en tan característica ocasión... En seguida, y sin que mi conciencia hubiera podido historiar el proceso, pasado el momento de los brindis, y al reclamo de una música propicia y sentimental, los elementos de nuestro grupo, tanto entre ellos mismos como afectados a otros de al lado, se fueron esparciendo, desglosando, consorciando, organizando en parejas, en módulos de uno y una, de una y uno..., como correspondía... En ese fugaz y amable revuelo que se forma en un conjunto antes de que sus miembros se emparejen... vi, por un lado, que alguien separaba a Margot y... ya estaban bailando..., y yo, como si a través de un túnel de ingravidez muelle me hubiera ido desplazando, ausente de todo, y hubiera arribado a una playa desde la cual sólo se pudiera contemplar la aurora de todas las posibles redenciones..., como si hubiera recaído graciosamente en mí el premio que el resto de la Humanidad por todos los siglos anteriores del tiempo se hubiese estado sorteando, y poniendo en ello su vida... yo – recuerdo – me encontré abrazado a una insospechada y exquisita criatura, cuya contigüidad rescató y

volvió a llenar de sentido las cárcavas de mi conciencia; criatura cuya infinita providencialidad trituró gloriosamente mis indicios, mis proclividades a quedarme surto y anestesiado en un remanso nihilista. Como digo, fue algo definitivamente inesperado, como si esta chica me hubiera estado vigilando segmento a segmento, escrutando mi proceso de amor hacia Margot, y de desamor de Margot hacia mí... Probablemente eran amigas; sí, además de por el hecho de concurrir al mismo sitio en virtud de la inevitable e idéntica celebración..., tenían que ser amigas, por el resorte interno de espontánea confabulación que sin heraldos aparentes ni vocingleras frivolidades se había asentado en el hondón de mi sentido... Comenzamos a bailar. Creo que estaba fulminada de curiosidad hacia mí, acaso “enamorada” de mí, y esperaba pacientemente a que yo me definiera respecto de ella; mejor, a que le pronunciara alguna fórmula ritual... De la doble lámina acoplada y superpuesta en vertical contigüidad que eran nuestros bultos, nuestros desplazamientos somáticos, nuestras calideces, el encofrado de nuestras voluntades y de nuestras dejaciones rampa abajo de la perplejidad emotiva... mi recién amiga levantó la cabeza, me miró con ojos donde se encerraban todas las llamadas y todas las soluciones y todos los acoples... y me dijo: “Ilse”. Ella conocía el nombre mío y me hacía saber el suyo solo, sin más preguntas, sin una sola palabra más, sin sólo una palabra más...

En este saliente categorial desde el que ahora escribo, a 29 años de memoria y a... quién sabe cuánta geografía en desgarró, percibo como si Ilse hubiera sido la mujer de mi vida, una hermosa y estallante intuición, una expresión de ecuménica solvencia, de resortes inteligibles que, sin embargo y estúpidamente, cual si correspondiera a un pródigo en precario, dejé desembocar sin arte ni parte en ese piélagos absurdo, cósmicamente reprobable, de la disolución de identidades, de la más calamitosa desintegración. A veces, en las simas de la propia introspección he percibido como si se me alzara un tímido alegato a mi conciencia pidiéndome cuentas de los *porqués* y de los *cómos*, y yo no hubiese podido responder razonablemente de aquel pedazo de crónica que mi hambre de absoluto protagonizó.

Necesitaría desandar, encapsularme en algún sofisticado ingenio de esos que nos refieren, y destemporalizarme, pero no para ganar duración sino para cambiarla con la parte correspondiente de ulterior segmentación temporal. Pero el amor no consiente ninguna de tales maniobras; el amor es condensación, condensación puntualísima, como si todos los picos de la Rosa de los Vientos se consorciaran en una cabeza de lanza puntiagudísima que se nos clavara y nos taladrara todas las virtualidades de nuestra existencia. Ilse, encarnación redentora, desempeñaba su cometido en esa historia mía de afectivos desplazamientos, de mi estar desamado de Margot, y aparecer triunfante, por el portón de las eternidades, una criatura que, de puro real, mi vocación romántica tiene ahora que reinventarse. Desde entonces supe que hay enfermedades del cuerpo y enfermedades de lo otro, de todo lo demás. Desviándome de un camino que se me mostraba y que con callada elocuencia me sugería una felicidad militante, por siempre junto al pretil del milagro (Ilse), mi mente enferma, en alianza con los tironazos que las fuerzas del mal me propiciaban, se hundió más y más en la contumacia de una vereda que no iba a ninguna parte. Obcecado como estaba con Margot, presencié el transcurrir de Ilse en un vector infinito de mi vida, del que, sin embargo, no he dejado de extraer motivos con los que seguir durando, a veces con existencia henchida, otras con sólo permanencia en la esperanza.

A Margot Welbers le dediqué la traducción que del poema de John Heath Stubbs apareció en mi primera Tesis Doctoral, de letras, de 1961, con estos términos: “A Margot Welbers, musa inexorable”. Ni la traducción del título del poema me convence ahora (en vez de “Poema para después del solsticio”, lo vertería mejor como “Poema solsticial” escuetamente), ni el término *inexorable* (“que no se deja vencer de los ruegos”, *Diccionario de la RAE*) lo encuentro ahora del todo ajustado ya que puede generar errores de interpretación. Yo no rogué nunca a Margot, como puede suponerse; muy al contrario, Margot me pareció inexorable consigo misma y con el juego posible de concesiones que a no dudar se nos presentan a cada cual en la

urdimbre propia de vivencias. La última estrofa de este intenso poema de Heath Stubbs es como sigue:

*Oh, no, amiga mía,
no fue nunca el amor el cometido nuestro!
Tuya es la libertad, déjame a mí el dolor,
y deja que aquella sombra discurra todavía sobre los campos
de nieve.*

De Ilse, ya dije, sólo supe la única y excepcional palabra de su nombre: Ilse, una sola palabra en la que mi alma, sin embargo, habrá leído por siempre, más allá de los tiempos, más allá de las claves, los resortes de eternidad desde que el niño hombre haya descubierto la memoria.

Jacqueline: Market Harborough, 1960, 1964

Fue en el verano de 1959, y mientras pasaba unos días en un chalet algo destartado que mi padre había adquirido de unos amigos en Suances (Santander), cuando me llegó la notificación oficial de que mi destino para desempeñar el cargo de Spanish Assistant en el Reino Unido de Gran Bretaña era Market Harborough, y más exactamente, su Grammar School... ¿Market... qué? ¿Dónde estaba eso? Por aquel entonces, la edición de 1952 de *The Oxford Atlas* seguía siendo el último grito en todo lo relativo a información sobre las Islas Británicas y la Commonwealth, y aunque algo tan simple como la localización de una ciudad con Instituto, como Market Harborough, se podría haber resuelto con la consulta en cualquier Atlas o Enciclopedia casera, el caso era dar empaque a dicha localización por los más exhaustivos y sofisticados medios a mi alcance. Un verdadero alarde de información. Las paredes de mi cuarto de nuestra antigua casa de la calle de Santiago, 13 en Alcalá de Henares, y también por aquel entonces, las tenía cubiertas casi completamente de mapas, mi gran afición, por no llamarlo pasión o adicción. Mi madre se refería a mi habitación como a un “portal de zapatero”. De mi primera visita a Inglaterra en 1953 me había traído (regalo de Reginald Dixon) el *Numbered Road Touring Map of England and Wales* (Nº 1, South East Countries), producido y editado por Geographic Ltd., de 167 Fleet St., London E.C. 4 al formidable precio de dos chelines. Y en mis sucesivos viajes, por eso de mantenerse uno al día, me hice con el *New Map* de las Islas Británicas, “Showing main roads with Ministry of Transport numbers”, asimismo editado por Geographic, de 167 Fleet St., y al precio ahora de tres chelines cada porción. Como digo, todo un despliegue demostrativo y visual... Aquí, aquí está Market Harborough... justo a mitad de camino entre Leicester, a 15 millas a lo largo de la carretera 6 por arriba, y Northampton, a 17 millas de carretera 508 por debajo, en el mismo centro de los Midlands de Inglaterra y asistido de todas las conexiones férreas que desde St. Pancras estiran sus cremalleras de raíles hasta el Norte.

Por aquel tiempo, curso 1959-1960, Market Harborough tendría unos 15.000 habitantes, y si bien mi experiencia con Gran Bretaña contaba ya con tres visitas anteriores en los años de 1953, 1957 y 1958, éstas se habían desarrollado en centros urbanos de cierta entidad: inmediaciones de Ipswich, Oxford y, por descontado, Londres. Market Harborough significaría esa primera y gran lección sobre la manera en que comunidades urbanas tan pequeñas mostraban un desarrollo cívico que, en cuanto a servicios públicos, para poder integrarlas en un esquema comparativo, a mí me hacía pensar ya en ciudades españolas de más de un millón de habitantes. En esa ecuación, válida y aplicable a Gran Bretaña, donde todas las ciudades procuran parecerse lo más posible al campo, y todo ámbito rural tiende al más alto grado de urbanización, Market Harborough con sus 15.000 moradores presentaba en 1959 un listado de servicios públicos de los que, por ejemplo, Alcalá de Henares, con el triple de habitantes, carecía por completo. En Market Harborough, además de esta Grammar School o Instituto con nivel de hasta preparación preuniversitaria, había otros centros de rango medio, como una Modern School, o escuela de Artes y Oficios; y una Public School, con requisitos menos exigentes de aceptación en cuanto al alumnado. Y había Biblioteca Pública; y un periódico, y agencias turísticas... y muchos etcéteras más. A todo esto, bien vale decir que Market Harborough pertenecía al Condado de Leicester, y que su Grammar School constituía un hermoso complejo de edificios, aulas, dependencias, laboratorios, gimnasio, campos extensísimos de césped, servicios y facilidades, como digo, que sólo a nivel de Universidad de gran capital española me hubiera a mí sido posible conocer de antemano. La Grammar School, bueno, “The Country Grammar School of King Edward VII”, pues tal y no otro era el nombre completo de la institución, estaba, según se ascendía desde el centro de la ciudad, a la izquierda de la carretera, y allí directamente fue donde me dirigí desde la estación de tren, sin más trámite...

Los 23 años a punto de ser cumplidos no podían dejar de ser las credenciales más seguras. En cuanto llegué me presentaron al pro-

fesor titular de español, Mr. Elwyn Thomas, galés para más señas, con el que conecté nada más liberar los primeros compases de bienvenida y de inevitable protocolo. Aquel año, aparte del preceptivo relevo de los Assistants de francés y de español, se incorporaron también nuevas adquisiciones en el profesorado: Austin Pearson, un chico espigado, muy inglés, muy elegantemente reservado, muy naturalmente lacónico que se hizo cargo de la asignatura de los deportes; y Judith Akester, una chica mona, vivaracha, de buen ver, al frente de la educación física femenina. Hubo también otros profesores con los que tuve menos relación.

Mi amistad con Elwyn Thomas me acarreó todas las vicisitudes imaginables, como corresponde a formar equipo con un tipo que, de puro ir con el corazón en bandolera, recibía, por un lado, los trastazos que la máquina hipócrita, acomodaticia y de conveniencias británica asestaba a cualquiera que no se mimetizase con sus procedimientos; y al mismo tiempo, y por otro, quedaba privado de las contraprestaciones más irrenunciables que el hecho de ser ciudadano británico lleva consigo, por la pueril manía de sentirse galés (y no inglés), como reclamando otra prosapia cultural y otro trato, inexistente en los baremos igualitarios de la praxis británica. Como digo, dejé que mi vida en Market Harborough corriera idéntica fortuna a la de mi inmediato “jefe”, protector, compinche y amigo Elwyn. La primera providencia fue llevarme a vivir a un inmueble, propiedad de un polaco, en donde Elwyn alquilaba una habitación. De casa, casa, lo que se dice casa, probablemente sólo dispondrían los profesores senior (léase: viejos) de la Grammar School. Los demás alquilaban habitaciones, secciones de vivienda, dependencias más o menos acogedoras, más o menos pudientes o suntuosas en edificios cuya propiedad correspondía a otros. El salario mensual, limpio, después de todos los descuentos habidos y por haber, era de £.33, cantidad que permitía *vivir*, así, sin más, a cualquiera que no fuese yo que, investido de un prodigioso sentido de la administración y de una no menos envidiable conciencia del cuidado que hay que dispensar a las cosas, pude a veces parecer que ganaba dos o tres sueldos.

La habitación en casa del señor Bolinsky era, igual que toda la vivienda, un ejemplo de sometimiento a las circunstancias, jaleadas y asumidas sin mohinez y sin depresiones por mis 23 años. La casa era “inglesa”, independiente, tipo hotelito desglosado de las edificaciones contiguas por un seto, una senda de cemento y una valla de tablas de madera acabadas en ángulo o semirrombo. Hecha de ladrillo rojizo, tirando a negruzco, disponía de una sala de estar común, y el resto de las habitaciones, como madrigueras, estaban ocupadas por un matrimonio polaco; otro joven polaco, solo; Elwyn Thomas, y yo. El cuarto de baño, inexistente: solo un habitáculo en el patio. El agua corriente para uso de lavados más o menos de tipo circunstancial se hallaba en la cocina. Y lo mismo para afeitarse: se calentaba uno un puchero o tetera de agua, y se subía uno la palangana a su habitación. En la Grammar School se podía uno duchar a plena satisfacción. Yo me había llevado un par de trajes enteros, de buen corte, a la medida, además de alguna otra ropa más batallera. Ocioso es decir que mi cuidado con las cosas y mi normal complacencia con la higiene y la compostura producía entre aquella buena gente una reacción cercana al pasmo, por la elegancia y la distinción que – siempre según ellos – imprimía yo en mi persona con semejantes vestimentas.

La habitación la tenía fregada, tanto el papel de las paredes, como el hule del suelo y las dos mitades de la ventana de guillotina. En una palabra, mis £.33 mensuales me permitían vivir, ahorrar y fomentar la falsa noción de que mi familia me suministraba dinero.

Mis clases no podían ser más que un éxito: de popularidad, de conocimientos, de participación. Elwyn me dejaba los mejores grupos, lo cual era bueno para él, pues tenía en mí un perfecto ejecutor de la mitad de su trabajo; y bueno – pensaba yo – para mí, pues de esa forma me fogueaba en la dura disciplina de hacerse uno entender, y de recibir de los escolares enseñanzas al mismo tiempo. También había un grupo muy selectivo de estudiantes que se preparaban para el ingreso en la Universidad, y a ellos les tuve

ocasión de impartir mis primeras clases de Literatura. A los 23 años recién cumplidos uno se siente esponja insaciable, inacabable, insumisa y siempre pidiendo más. Yo normalmente enseñaba sintaxis, conversación, traducción, gramática, algo de estilo y, excepcionalmente, como digo, literatura. A cambio, la Grammar School, me suministraba todo: un salario, una protección sanitaria, una cobertura institucional, una referencia amistosa respecto de todos los demás profesores, y un cierto status social que en aquellos años todavía se sentía en Inglaterra como la más irrenunciable de las posesiones.

Empezaron a gustarme un montón de aquellas criaturas escolares femeninas y yo empecé a gustar a otro montón de criaturas de la misma comunidad. Las cosas a veces coincidían, pero casi siempre, no. Pero nada importaba. Porque mi gran tema era la estructuración documental, la puesta a punto siquiera provisional de mi Tesis Doctoral sobre poesía neorromántica inglesa de después de la Segunda Gran Guerra. Lo demás era accesorio. Y de ahí mi aplicación en todos los frentes. En la Biblioteca Municipal obtuve a través del sistema de préstamos algunos títulos en cierta manera clásicos (p. ej., la *Theory of Literature* de Wellek y Warren, y cosas así), conocidísimos fuera de España pero de acceso no tan fácil para nosotros. Benemérita institución la Public Library de Market Harborough, allí en la misma plaza donde todo el tráfico convergía. Recuerdo que la bibliotecaria, al cuidado de los asuntos que a mí me incumbían, era de modales sosegados pero eficaces por su exactitud y su determinación. Cuando recibía algún libro que yo hubiera pedido, y a la notificación por escrito de la Biblioteca me presentaba yo allí de inmediato, llegaba ella, decidida y lacónica:

- “Here is your book, Mr. Ramos... ”, o “This is the book you requested, Mr. Ramos”.

Mis actividades librescas y académicas (las distingo de mi trabajo en la Grammar School) comprendieron pasajes de muy diversa naturaleza, que sólo como orquestada comparsa menciono aquí y que bien requerirían un relato por separado. Los más llamativos fueron las

dos visitas que hice a George S. Fraser en su domicilio de Leicester. No recuerdo bien cómo concerté todo aquello. Creo que fue alguien de la Grammar School que vivía en Leicester y que viajaba a diario quien me facilitó el teléfono. Le llamé, me presenté, le hice saber mi propósito, y me invitó a una reunión en su casa, con otros amigos literatos. Supongo que al ver él que yo era un joven ávido de conocimiento tan sólo, y de ninguna manera peligroso o inconveniente, la primera invitación me condujo a una segunda invitación semanas más tarde. En ellas se consumían cantidades notables de fluidos espirituosos, que acababan con la lengua de sus libadores estropajosa y como arrastrada. Por lo demás, estupendo ambiente de empedernidos diletantes, adictos, sobre todo, a la crítica... de la crítica. El más generoso, el más señor de todos, George S. Fraser. Gran conversador y gran consumidor de botellas de vino, repasó en honor a mí sus recuerdos y sus coincidencias vitales con los poetas objeto de mi estudio: Laurie Lee, Bernard Spencer, y John Heath Stubbs. Me regaló un interesante librito, *Post War Trends in English Literature*, publicado en Japón por la Hokuseido Press, s.a., aunque necesariamente en la década de los cuarenta, en que George S. Fraser trabajaba “overseas” para el British Council.

Otro de mis encuentros fue con Laurie Lee, en Londres, previo contacto epistolar. Conservo su carta de aquella ocasión de fecha 12 de enero, 1960 en la que me sugería vernos el día 30 de ese mismo mes, como así sucedió. Me citó en un pub de Sloane Square, y cuando llegué estaba ejecutando una mezcla de ginebra y creo que cerveza. De hablar calmo, reposado, me dió su parecer sobre las traducciones que ya había yo hecho de algunos de sus poemas, desenredando expresiones de fulgurante y rica imaginaria, que a mí me fascinaban y me colmaban las alforjas de erudición, de sugerencias y de ganas de seguir trabajando. Años después, cuando con motivo de publicar varias traducciones suyas, le escribí solicitando autorización para imprimir sus poemas, nos volvimos a comunicar.

Otro tema que, si bien no correspondía por entero al corazón de mi Tesis, sí mantenía con él relaciones de estrecha contigüidad, fue el de Dylan Thomas. En cuanto Elwyn conoció mis aptitudes (y sobre todo, mi disposición) de poeta, me dio a conocer el culto reverencial que él profesa a su paisano Dylan, al que llegó a conocer en persona en alguna ocasión en Londres. Elwyn hablaba galés; Dylan, no. Como la historia de nuestra traducción de *Under Milk Wood* ya aparece en la introducción que preludia dicho trabajo en la edición que preparé aquí en España, sólo voy a referirme a lo más relevante desde una atalaya de pintoresquismo exacerbado o costumbrismo grotesco. Los días que Elwyn y yo pasamos en el pueblecito de su madre, Pont Irwen, cerca de Newcastle Emlyn, condado de Carmarthen, estuvieron presididos por la conciencia de una extrañeza específica dentro de otra más general. Elwyn sólo disfrutaba con entrar en los bares atestados de humo y de hombrones rudos, y allí trasegar pinta tras pinta de cerveza que le dejaban el morro festoneado de espumilla después de cada trago. En un bosquecillo cercano a la casa de su madre, Elwyn y yo nos entretuvimos una mañana en combar troncos de arbolillos, como réplica a lo que nos parecía desprenderse de algún pasaje de Dylan. En esos ratos Elwyn me enseñó la corporeidad acústica de unas líneas de una canción en galés, sobre un pajarillo que cantaba feliz. Yo era incapaz de asumir, en inteligente interiorización, la fonética de tales vocablos; pero por pura habilidad mimética, de oído, repetía lo que Elwyn me enseñaba, y así llegué a darme maña para cantar por mi cuenta aquella estrofilla de canción que hacía las delicias de Elwyn; sobre todo, cuando me presentaba en alguno de los pubs, y yo, complaciente, accedía a interpretar ante tan cualificada audiencia pública de nativos de semblante hosco y de tan buenas tragaderas...

Pero volvamos a Market Harborough. En la School hacíamos jornada continuada, comiendo allí. Todo estaba ritualizado, fijado a normas de orden y de disciplina. Se entraba en fila al comedor, se sentaba uno en un sitio y no en otro; para servirse uno por segunda vez se esperaban instrucciones del encargado o responsable de cada mesa que, a su vez, recibía la luz verde de la propia cocina. Mis días en la

Grammar School eran plenos. Se comenzaba con una congregación de cánticos religiosos, a modo de acción de gracias, en el Gimnasio, y que no era obligatoria, pero que estaba mal visto no asistir a ella. Cada día actuaba un colegial distinto leyendo declamatoriamente algún salmo, al que los demás respondían con otra oración en voz alta o con cánticos, según encartara. Por supuesto, yo como extranjero, presuntamente católico, estaba exento, quiero decir que estaba libre de imputaciones siquiera mentales por parte de hasta los más exigentes. Otra cosa es que a mí me gustara asistir, como ejemplo, y ya de paso, para pasar revista al personal...

El personal comprendía chicos y chicas de hasta 18 años. Entre las chicas había de todo: las típicamente raídas, de gesto inquisidor y escrutador, que eran por suerte las menos. La mayoría de las *senior* tenían aspecto desenfadado, suelto, y un cuerpo como dispuesto en cualquier momento a bailar a las síncopas aullantes de Cliff Richard, o de ejecutar los ejercicios gimnásticos del curriculum. Todo esto del servicio religioso ocurría a eso de las nueve de la mañana. Yo pasaba el tiempo como quería: además de los dos o tres “periods” de 30 minutos que impartía diariamente, me integré en las demás actividades: comencé a practicar deporte, sobre todo atletismo, bajo la supervisión de Austin Pearson. Tomaba parte en los correteos “cross country” que como entrenamiento constituían el periodo gimnástico de algunas clases. Otras veces participaba en los ejercicios de educación física realizados “indoors”. Muchas, salía al enorme prado que servía de campo de fútbol y de pistas de atletismo, y trotaba a mis anchas. En seis meses de preparación, partiendo de casi cero, obtuve una capacidad física que me permitió acabar en el puesto 26 en la gran carrera de cinco kilómetros “cross country” con los mejores colegiales. Terminar clasificado dentro de la mejor mitad, la de por arriba, se consideró un éxito. En otras ocasiones corrí la milla en menos de seis minutos, bien se tratara de servir de liebre a buenos corredores o de competiciones propiamente dichas.

A eso de las cinco acababa la jornada y se marchaba uno a casa. Como digo, durante todo el día yo absorbía lecturas, pasaba a máquina la información que le iba mandando a España a mi director y ponente de Tesis, profesor Lorenzo, cumpliendo así mis deberes de estudioso y de candidato a un doctorado por la Universidad de Madrid. Y desde que Elwyn y yo nos comprometimos a la traducción de *Under Milk Wood* mi actividad intelectual se incrementó considerablemente. Pero eran 23 años rebosantes de empuje, pródigos de recursos, que podían con todo. Muchas tardes solíamos ir al “pub” Cherry Tree Inn, un poquito en las afueras de la ciudad, en el barrio o distrito de Little Bowden. Este “pub” inglés (en realidad, la traducción más exacta de *inn* sería *posada*) con su típico tejado “thatchy” en ángulo de 60 grados, se me hizo desde el mismo comienzo de frecuentarlo mi lugar favorito. Siempre iba con Elwyn porque, junto con otros numerosos sitios que en su capacidad de buen consumidor también favorecía, The Cherry Tree era asimismo de su predilección. Los dueños, Reginald Perks y su mujer tenían una preciosa criatura de hija, Angela... Angela asistía a la Grammar School y hacía, creo, su quinto año; o sea, que tenía 16, y que le faltaban dos para terminar su enseñanza media. La recuerdo: Rubia suave, ojos azulados clarísimos, de andar cimbreado en virtud del juego de un casi imperceptible vaivén que las cañas de sus piernas procuraban a su locomoción. Miraba con prudencia recatada y en la School me fijé en que huía de las aglomeraciones, de los sitios jaleosos. Una sutil pátina de nostalgia prestaba como una untura a su forma de fijarse en las cosas y de sonreír...

En el Cherry Tree yo solía pedir cerveza Lager, es decir, de la que se guardaba en el refrigerador, por ser una clase especial que había que servir fresca. El público en general consumía cerveza por pintas, de serpentín, a temperatura ambiente, y a mí me consideraban los mayores (prácticamente, todos los que me acompañaban en estos alternos eran mayores que yo) un ejemplo de espécimen hispánico, con mi dosis de excentricidad por eso de pedir cerveza fría. El juego favorito de estas veladas eran los “table skittles”, maderitos en forma

de seta puestos en pie (el *Longman Dictionary* lo define “bottle-shaped object”) que en número de nueve y formando un esquema romboidal se colocaban sobre una mesa, más bien a modo de cajón abierto, y había que intentar tumbarlos mediante el lanzamiento a tres o cuatro metros de distancia de tres pedazos de madera que se llamaban “cheeses” por la forma de queso plano que tenían. Lo mismo que en los bolos, había golpes aplicados de tal forma que con el primer lanzamiento se tumbaban *todos* los skittles, lo cual proporcionaba al jugador el título oficioso de “stacker”, o sea, “apilador”, acaparador al primer golpe, de la anotación máxima. Naturalmente en estos casos los skittles se volvían a colocar para que el jugador ejecutase sus dos restantes lanzamientos. Yo logré una notable habilidad y me acuerdo de un día en que al primer golpe derribé los palitos, y con los dos restantes *cheeses* tumbé otros ocho más. La señora Perks se apresuró a otorgarme pomposamente el calificativo de *stacker*; y hasta la joven y bella Angela recuerdo que salió de la trastienda para testimoniar la algarazara que mi habilidad había propiciado. Así pues, The Cherry Tree Inn fue la institución que sin altibajo alguno más frecuenté en mi tiempo libre. Otras veces, la señora Perks, rellena, con algo de mofletes, un puntito chillona, nos preparaba una succulenta bandeja de sandwiches, como emparedados en una gama variadísima, que nos satisfacía con creces las necesidades de cenar. El marido, Mr. Perks, o simplemente Reg (de Reginald) era el típico consorte complaciente, con el criterio ablandado por el peso de su mujer y de su hija.

Otro de mis pasatiempos fue jugar al ajedrez. Aquella buena gente, y como correspondía a una comunidad donde tenía representación un amplísimo espectro de actividades, contaba con un club de ajedrez que, ora se reunía en Market Harborough, ora en las dependencias de la vicaría de Lubenham, un pueblito pedáneo, a unos 3 kilómetros de Market Harborough y también en la misma raya limítrofe con el condado de Northampton. El Vicario era el gran animador del Club, del que yo llegué a formar parte como primer tablero, lo cual dará una idea del marcado carácter amateur de nuestro

grupo. Lo mismo que con el atletismo, cuando se parte de... bueno, de casi cero, los progresos que permite un pequeño esfuerzo continuado de unos cuantos meses son portentosos. Me hice enviar algunos libros de teoría de Ganzo, y sin grandes complicaciones me erigí en uno de los primeros jugadores del equipo en nuestros encuentros con clubes de la región. Juntamente con el Vicario de Lubenham, recuerdo a un personaje entrañable: Mr. Stan Cockerill, secretario del Club, el cual, un año más tarde, y con motivo de haberles yo enviado de regalo la copa que como trofeo al segundo puesto en el Torneo de Alcalá de Henares de 1961 me había correspondido, publicó en la *Gazette* de Market Harborough detalles sobre mi envío y sobre el recuerdo que yo tenía de mis experiencias entre ellos. Guardo los recortes de prensa, con gran cariño y aprecio como no podía ser menos.

A partir de enero de 1960 me cambio de casa. La familia Carr (que por cierto habían pasado varios años en Finlandia como empleado el padre en una empresa de ingeniería) me alquilaron una habitación que suponía una gran diferencia respecto de la “shabbiness” en el inmueble de Bolinsky. El edificio de mi nuevo alojamiento se encontraba justo en dirección contraria a mi anterior residencia. Mi integración en la vida de la Grammar School se fue consumando con intensidad creciente, hasta mi completa asimilación. Mis mejores amigos, además, por supuesto, de Elwyn, eran Austin Pearson, con quien participaba en todas sus actividades deportivas, y Don Rollinson. Este último era profesor de mecánica, soltero como Austin, y tenía un coche biplaza con asiento supletorio detrás para una emergencia, antiguo, descapotable, creo que un Bentley, que él mismo cuidaba y mantenía con todo el esmero del mundo. Don y yo solíamos ir algún que otro sábado al gran salón de baile Palais de Leicester, donde masas de gente giraban y giraban, acribillados intermitentemente por los destellos del gran globo de espejuelos en el centro irradiando chispazos de colorines. Alguna vez coincidimos Austin, Don, y yo, aunque Don y Austin protagonizaban una más o menos velada rivalidad, ya que Don estaba loco por Judith Akester, la cual estaba loca por Austin, el cual tenía los ojos puestos en otras

criaturas. Precisamente Judith vivía en casa de una señora joven, Valerie... no logro recordar su apellido, creo... sí,...creo que era... Kitson) divorciada o en vías de divorciarse que, de unos 30 años y de muy buen ver organizaba en su casa reuniones o “parties”, supongo que con el fin de hacer ver al personal que todavía podían considerarla “in the market”. Yo estuve muchas veces en su casa, bien solo, bien acompañado de Elwyn. Recuerdo que una noche, y por eso de la descolocación emocional que parecía existir entre todos nosotros (me refiero a los solteros) estábamos Judith, Valerie y yo en casa de esta última. El caso es que Judith y yo nos guardábamos el típico esmero circunstancial: ella hacia mí, porque yo era español, decidor, novedoso en altísimo grado entre las estructuras clasistas y conservadoras de un sitio como Market Harborough y sobre todo su School, con mucho el centro cultural más prestigioso de todo el condado con la sola excepción de la capital Leicester. “Señor Ramos”, como me llamaban aquellas mentes disciplinadas (fracasé en mi empeño de hacerles distinguir el uso de “el” adherido a apellidos que se mencionan cuando no están presentes), era, fue, uno de los revulsivos más genuinos con que aquellos prójimos tuvieron que habérselas. Y por lo tanto, Judith, ¿por qué no?, quería mojar su tostada en aquel chocolate. Y en cuanto a mi estado de ánimo por Judith era el que correspondía a alguien insaciable por acumular vivencias en el más deportivo sentido de la expresión. El caso es que aquella noche, después de una larga velada conversacional, Valerie dice que se retira a acostar por hallarse rendida, etc., no sin antes encarecerme que me quede, que estoy en mi casa... Judith, con gesto que dejaba permear cualquier cosa, se levanta y acompaña a Valerie hasta fuera de la habitación... no lo suficientemente lejos como para no permitirme oír a esta última decirle a Judith... “Well, now, you know, there are double beds in the house”, alejándose con la estela del consabido resoplido de risa. Judith se quedo conmigo, sí, sin que la inmadurez de la dialéctica estética que entre nosotros dos se cocía me permitiera más que un muy poco inspirado merodeo táctil de las morbidezas de Judith. Por supuesto, seguimos siendo tan amigos como siempre. Judith era, ¿como decirlo?...

demasiado lineal, demasiado primaria en su sana y vigorosa simplicidad para la mente de mis 23 años que se debatían entre ansias de gloria académico universitaria y unas nunca refrendadas expectativas sobre los más allá de cada momento.

Pero al hablar de Valerie se introduce por fuerza en mi relato un personaje, Mavis Kirby. Esta chica había hecho amistad con mi antecesora del curso anterior en el puesto de Assistant, una compañera de Facultad en Madrid, quien, sabedora de que también me había tocado Market Harborough, le había hablado de mí a su amiga. Y de ahí arranca todo. ¿Quién era Mavis? Antes de responder a eso, sí diré que ella y sus padres vivían (como dueños que eran precisamente) en la mitad más amplia del edificio de estilo gótico del cual Valerie ocupaba la parte pequeña. Eran, pues, vecinos. Mavis tendría mi edad, era delgada, algo difidente, algo “aloof” que en castellano traduciríamos por *distante*, pero con conciencia de serlo. Había hecho su segunda enseñanza pero no había acometido estudios superiores. Se dedicaba a tareas vagamente secretariales respecto de la hacienda de sus padres. Y ahora que menciono a sus padres debo señalar sin más dilación que constituían un modelo en vivo de ejemplares victorariamente conservadores. Adelantándome a la secuencia de los sucesos, debo decir que un día me invitaron a cenar, y toda la atención que desplegaron sobre mi persona estuvo frontalmente dirigida a saber cuál era mi fundamento social, cultural y económico, y cuáles eran mis propósitos y mis posibilidades en idénticos ámbitos. Es decir, un viaje indagatorio de kata-anábasis sobre mi individualidad, en función de mi presencia, de mi esencia y de mi potencia...

Mavis me encontró distinto, heterodoxo, entero, disparatado. Ella llevaba la batuta en todo. Unas veces iba a recogerme en el Jaguar de su padre, y otras lo hacía en un Austin, creo que modelo 100, de esos manejeros y suficientes que por entonces comenzaba a lanzar el mercado británico. Si dedico una reseña a Mavis dentro de esta viñeta sentimental (ofertada a otra muchacha, como se desvelará dentro de bien poco) es porque en su personalidad era portadora de una faceta

tan exasperante como fisiológicamente monográfica. Me solía llevar a distintos parajes de la campiña donde se podía dejar el coche y echarse uno en la hierba o recostarse en el tronco de algún árbol, limpio y amistoso. Los besos con aquella chica, si al principio tenían la misma cantidad de morbo novedoso y buceador de intimidades y delirios herméticos que con cualquier otra, al poco tiempo de su práctica me descubrieron algo que he dado en llamar faceta exasperante y autorrestrictiva en la singularidad de Mavis. La cosa era que ella encontraba en el besarme la clave última de todas sus aspiraciones conmigo. Jamás consintió que acompañara a la soldadura de nuestras bocas un recorrido táctil por sus formas, de todas maneras poco insinuantes y más bien de arquitectura apagada, anodina. La verdad, no es que a mí me resolviera nada: desde el mismo principio de nuestro trabar conocimiento Mavis quedó perfectamente fijada en el campo de mis posibilidades como algo que ninguna otra fémina con la que yo pudiera entrar en contacto sería capaz de ofrecerme: una ranciedad de trato, una distinción algo fastidiosa..., pero, ¡qué demonio!... ¿no estaba yo para aprender lo que me echaran? Y además, traído y llevado de domicilio a domicilio en coche... Don Rollinson que supo, para ensanchamiento de su puritano asombro, lo de mi amistad con Mavis, una vez llegó a decirme: “Hi, Tomás, I saw you yerterday with the Jaguar girl”. Así que Mavis era la “Jaguar girl” y yo el insólito racial mediterráneo, español, quijotesco, que servía de contrapunto a chica de tan remilgada y discriminante extracción. No recuerdo cuándo dejamos de vernos, pero dejamos de vernos, y debió de ser definitivo. Jamás sentí nostalgia de aquella mujer. Su experiencia fue de las que se guardan en cofre tal que no dejan transpirar aroma alguno. Nació, vivió y murió para mí.

Por otro lado, los “parties” menudeaban. Normalmente tenían lugar en casa de colegas ajenos a mi estrecho círculo de asiduos, ya que los más jóvenes o solteros no disponían de vivienda propia, sino de alguna habitación dentro de las dependencias de un inmueble propiedad de alguien. Yo prefería estrenar experiencias en casas de amigos de mis amigos. Elwyn se encargaba de hacerme el cartel.

Normalmente me presentaba como poeta, título avalado únicamente (además de mi natural disposición que supongo que se reflejaría en cualquiera de mis manifestaciones) por el librito *Coágulo* y por algún que otro poema publicado en revistillas circunstanciales. Los “parties”, ya se sabe, eran las solas ocasiones en que el carácter británico se despojaba de su flema de cartón piedra, y mediante los efectos del alcohol dispensado con liberalidad, a estos prójimos se les podía ver algo de su personalidad real que era – que es– una mezcla de frustración triunfalista y de incivildad disciplinada; todo ello adobado, eso sí, con una untura de hipocresía y de absoluta confianza en los valores de la civilización anglosajona, sobre todo teniéndome a mí como referencia en 1960. De mí, ¿qué podría decir? En las primeras reuniones me comporté muy comedido. Andando el tiempo, me fui soltando de amarras, y siempre a tenor de lo que las ocasiones deparaban. La noche de un sábado, recuerdo que la mujer de aquel pintor que nos había invitado, y que por cierto era una chica espontáneamente simpática y comunicativa, al sentirse, así, de buenas a primeras, apresada y besada por mí en la boca con cierta intención de babeo, se me quedó mirando entre sonriente, halagada y sorprendida y me dijo: ¡“Naughty Spaniard”!

En la School había un despacho para el Headmaster, Mr. J.W. Colley, J.P. [Justice of the Peace = Juez de Paz]; otro para el Deputy Headmaster, o segundo de a bordo, Mr. Dilworth; y una sala comunal de profesores para los demás. Pues bien, de todos esos “parties” de fin de semana, el lunes en la sala de profesores referida se daba cumplida cuenta, conforme a la más perfecta de las tradiciones de chismorrería de comunidad británica pequeña: Allí se desmenuzaban los más minúsculos resortes de la intimidad de unos y otras. Había algo tan insustituible en la idiosincrasia británica, que tan estomagante me resultaba a mí y con lo que difícilmente podía yo transigir: y ello era el deporte de despellejar en ausencia al Headmaster, Mr. Colley, y comportarse como mansurrones y sumisos corderitos en presencia suya. Pero bueno, a lo que voy: Un lunes, y por lo visto sabedores todos que el sábado anterior en un *party* había empezado yo a

besuquear a Miss. Tickle (profesora de Ciencia Doméstica en la School) al tiempo que mis manos no parecían encontrar más glotón solaz que sus abundosísimos senos, al verme entrar en la sala alguien dijo: “Thomas, I hear you’re getting daring at parties” [“te estás volviendo atrevido”]

En Market Harborough había personajillos altamente representativos: Estaba Bruce, el cara redonda pelirrojo, profesor de dibujo en la Modern School, pendenciero y violento con unas copas de más. Aunque era amigo de Elwyn, éste le tenía prevención por sus reacciones impredecibles. Debido al equipamiento musculoso de su cuerpo, achaparrado y algo zambo, se jactaba de poseer una notable fuerza física, y entre sus deportes figuraba el vanagloriarse de haberse acostado con un ciertamente abultado número de mujeres. Un día, en uno más de los consabidos *parties* terminó a tortazo limpio con otro de nuestros conocidos, Malcolm, de talante mucho más cívico, y a quien todos apoyamos en contra de las pretensiones vociferantes y violentas del pelirrojo, que no eran otras sino largarse del *party* llevándose a Mary, la novia de Malcolm, una muchacha dócil que acabó asustándose por no creerse capaz de suscitar tal revuelo. Andando el tiempo me llegó la noticia de que Bruce se había ido a Australia: “Lo mejor que podía haber hecho (dije yo): Con los canguros”.

En otro *party* conocí a Anne, una chica que no llegué a saber de dónde había salido: tenía la mirada algo extraviada, con un imperceptible conato de guiño fijo, que no llegaba a bizqueo, y que daba a su expresión un sesgo de travesura a lo “perversa ingenua”. Parece que se entendía bien con Eric, el profesor de Química de la School, por lo que en justa reciprocidad, la mujer de éste, Lynda, tuvo el desafortunado gusto de seguirle la corriente por algún tiempo al cara de luna de Bruce. El caso es que Anne, ponderada por Eric a mí sin ningún tipo de recato, coincidió conmigo en un par de *parties*, y un día, para turbación de la señora Carr que se hallaba en el jardín, Anne vino a buscarme a casa. Pasamos la tarde juntos, y aunque mi

habitación se hallaba en una sección terminal de la vivienda, en el primer piso, tuve buen cuidado de atrancarla para evitar sorpresas. Recuerdo que Anne miraba a las cosas y a mí de manera algo ausente, como sirviendo a un designio mecánico, en que las cosas se sucedían irremisiblemente. Estuvimos toda la tarde juntos y yo, en previsión, ya me había preparado, comprando en un *pub* que había enfrente, al otro lado de la carretera, unos botellines de Cherry Bee, que a Anne le encantaba. La cosa es que a la mañana siguiente, en la sala de profesores, todo el mundo parecía conocer mi haber estado con Anne, y por todo comentario, en señal de beneplácito y efusión, va Eric y me dice: “Oh, boy, she loves *it*”...

Mi relación con el otro sexo se iba organizando y afianzando por momentos, apuntándose resultados de lo más contradictorios. Un día contacté con una niña que había sido amiga de la anterior Assistant, y que ya no estaba en la School. Lo mismo que en el caso de Mavis, esta chica, cuyo nombre no logro fijar, aunque sí su fisonomía –rubilla, graciosa, dulce, dada a suspensiones de su gesto como pensativas– me conocía, como digo, de referencias. Vivía en una localidad cercana a Market Harborough y una tarde cogí un autobús y me planté a verla. Indudablemente yo representaba lo más exótico de lo europeo continental y que a algunos británicos les fuera dado conocer. Probablemente hablamos de arte, de literatura, de amistad común con mi compañera de la Universidad de Madrid que había hecho de Assistant el curso anterior, y de esas cosas tan cargantemente asexuadas. Pero lo que nunca olvidaré es el juego, una vez más, que con esta criatura se produjo respecto de los límites claros e inexorables que casi todas las chicas jóvenes que conocí tenían fijados en su conducta. Era como decir: “Hasta aquí, perfecto. A partir de ahí, ni siquiera pensar en ello”. El caso es que era ya de noche y con la convicción intuitiva que prestaba la circunstancia la aparté un poco del paseo y junto a un árbol frondoso comencé a besarla. Lo hice por cumplimentar un interés, por justificar una fijación de cortesía que yo supuse que a ella le resultaría halagadora. Y así fue. En el negociado del beso, en el que las jóvenes parecían bordar su gestión,

todo fue de maravilla. Pero cuando deslicé mis manos por debajo de su jersey, detecté el broche de sujetador, lo solté y comencé a estrujarle concienzudamente los senos tiernos, pequeños y cálidos..., pasados unos instantes de indecisión y perplejidad, dió un respingo, se recompuso el desarreglo que mi tacto le había causado en su vestimenta de fuera y de dentro, y con una mirada mitad cómplice, mitad aprendida, me soltó: “You shouldn't do *that*”. “Shouldn't I ?” ¡-pensé entonces y he seguido pensando- !...

En realidad, las clases, de un lado; y de otro, los bailes de confraternidad y de sociabilidad que se celebraban en el Gimnasio eran mis mejores ocasiones para tejer mi tela de complicidades emocionales con algunas de las chicas. Había quienes tenían montada una suerte de puja entre ellas por enseñarme a dominar ciertos pasos de baile, sobre todo los correspondientes a un tipo de “quick step” corrido que remataba en una suerte de piroeta, con frenazo y giro que me resultó difícil y que acabé amaestrando. Entre el equipo o ajuar que me llevé de casa había un traje verde oscuro, hecho a medida, de cuadradillo diminuto, casi imperceptible, con el que, y entre aquella caterva de ciudadanía más bien descuidada, me daba la prestancia de todo un Príncipe de Gales. “You look very smart in your suit” era lo que solían decirme, o “what a lovely suit you're wearing”.

Creo que fue bailando como conocí a Teresa Winzleska. Parecía como si aquella chica, y en función de esos resortes que procedían de su genealogía muy, muy de detrás, hubiera visto en mí la mitad de su naranja. Parecía como si a través de esos caracteres de intimismo y fe en la naturalidad, comunes a ciertos pueblos y a ciertas culturas, Teresa hubiese querido conectar con lo español, olvidando que tanto ella como yo estábamos inmersos en el “way of life” de un segmento histórico en pura sincronía y en una especificación geográfica insustituible, inevitable. Parecía que Teresa deseaba conectar conmigo por lo que a ella le hubiera gustado ser como polaca y no por lo que en realidad era como inglesa... Parecía..., parecían tantas cosas y a mí me daba tan poco tiempo a pensar, que a duras

penas me mantenía a flote haciendo cosas, viviendo cosas. Un día Teresa me llevó a su casa, me presentó a su madre, y luego nos quedamos solos en el cuarto de la televisión, así como con el conocimiento cómplice de todos y de todo... Teresa – lo recordaré siempre – acercó una silla como de mimbre a la silla mía. Me dijo que no salía con nadie, y a mi posible indiscreta pregunta me contestó: “I ’ve nobody to go with”. Lo cual no dejó de extrañarme y de preocuparme en un raptó de solidaridad. Pero yo no respondí a sus claras sugerencias de intimismo. Puedo decir que Teresa era bonita pero había algo en ella que me inhibía, que me reprimía el descolgarme por el lado de la emoción visceral. Me lo he pensado más de una vez, y acaso fuera porque juntaba ligerísimamente las piernas al andar, a la altura de las rodillas; y su cara, una vez más, graciosa y bonita, mostraba un no sé qué de sumisión, de raza perseguida, proscrita, esclava. Y supongo que yo me encontraba en el trance de esperar actitudes autónomas, enérgicas, arrogantes... ¡qué se yo! Me intenté justificar con eso..., con que había algo en sus andares que me inhibía..., y cercené a Teresa, acaso, en su pretendido ensayo de hermanar nuestros dos temperamentos.

Otro día invité al cine a una chica del último curso que nos caía muy bien a todos por su buenísimo humor y su espontánea disponibilidad. Tenía las tetas muy grandes y sin mediar maniobra por parte mía me llevó a la última fila. Aquella chica, me pareció entender, tenía problemas familiares de falta de afecto y puedo asegurar que aquella tarde, mientras estuvimos juntos, y el resto de mi residir en Market Harborough, cuando quiera que nos encontrásemos, por todos los medios que mis recursos de simpatía y naturalidad me propiciaban, procuré testimoniarle mi afecto y mi complacencia en saber que podía contar con ella. Qué lástima haber olvidado su nombre, aun a pesar de estar escribiendo estas cosas sobre ella a los casi ¡30 años de conocernos !

En otra ocasión me ocurrió algo sorprendente. Una amiga mía también de Madrid y compañera de clase me había hablado de

una chavalilla de Leeds, cuyo nombre sí aparece en mis registros documentales: Patricia Dufton. El caso es que conecté con ella desde Market Harborough y concertamos un encuentro. Me fui, naturalmente, a Leeds, y por indicación de Patricia, directamente a su casa. Su padre parecía un señor acaudalado y... muy señor; quiero decir, muy conservador, a lo gran patrón, dispensador de favores, beneficios y prebendas. Nos llevó a su hija y a mí al centro de Leeds en un coche enorme que quiero creer que se trataba de un Rolls Royce antiguo pero imponente. ¿Qué ocurrió con Patricia? No recuerdo. En la pirámide de cosas, unas documentadas y fechadas; otras, dejadas al flujo espontáneo de la memoria, lo que ocurriera con Patricia sigue siendo un blanco en mis registros de ahora. No recuerdo si llegué a hacer noche en Leeds o no. Lo que sí recuerdo es que yo debí contestarle una carta algo particular y en clave metafórica que Patricia no sólo no entendió sino que malversó en sus posibles lecturas. También recuerdo la mañana en que, llegado yo a la sala de profesores de la School, no di tiempo a que Elwyn se acomodara y le dí a leer una carta de Patricia en que, como colofón de una letanía de repudios, terminaba “¡damned you!”, dirigido, claro está, a mí. Elwyn se quedó pasmado, y el único antídoto que mi alma me dispensa en circunstancias tales es la risa. Me reí y dí por liquidado otro apartado de mi vida sentimental. Sigo sin recordar qué ocurriría entre nosotros pero, al tiempo que lamento enormemente no conservar aquellos documentos epistolares, lo que sí hago es seguir preguntándome por qué serán así las mujeres...

Bien entrado el tercer trimestre se celebraba cada año en la School la “International Evening”, nombre que procedía con mayor propiedad de las contribuciones artísticas a cargo de los colectivos que estudiaban lenguas vivas o modernas: español y francés. Ocioso decir que el francés era la opción por excelencia, con mucha mayor dotación de profesorado y mayor grado de obligatoriedad (si bien tácita) que el español, que, reconozcámoslo, en aquellos tiempos y para Gran Bretaña estaba considerado como lengua hablada por bastantes personas en el mundo pero poco influyentes. Con el motivo

de la dichosa “Soirée” yo accedí a colaborar en nombre del Departamento de español, con esa fatídica mezclanza de tópicos costumbristas, de fuerte colorido y de baja... exquisitez. ¿Que qué hice? Pues nada menos que escribir un cuadrito dramático en que se mostraba a un grupo de jugadores de cartas, en un establecimiento lleno de carteles de toros y de mujeres sevillanas con peineta. ¿Sigo? Bien. Después de un diálogo de coloquialismos sobre el juego y sobre las fiestas, uno de los contertulios se arrancaba con eso de “cordobesa, cordobesa / dime por qué llevas, llevas / cinta negra en el sombrero / y la carita de pena”. Había un chaval, respecto de cuyo equilibrio mental corrían serias razones como para ponerlo en duda, pero que tenía una portentosa voz: voz de berrendo, voz de cantaor, voz de fogonero, de pregonero: caudalosa, estentórea, salvaje. Se llamaba Orton (jamás lo olvidaré) y como no estudiaba español, los ensayos para que por lo menos malpronunciara las palabras de la copla adquirían el calibre de épicos. Estoy seguro que yo, por saber de antemano de qué iba la cosa, era el único que entendía aquel raudal de voz, que de buenas a primeras se arrancaba con desarrollos imprevisibles. Estoy viendo al bueno de Orton con un sombrero cordobés y con unos pantalones ajustados con faja. Como digo, toda una empanada de tipismo en el más recriminable sentido del término. El día de la fiesta llegó y cada grupo hizo lo que de él se esperaba: Las clases de francés pusieron en escena piezas de Moliere y de alguien más, sofisticadas y repletas de rigor dramático y académico. El Departamento de Inglés representó *Tobias and the Angel*, de James Bridie; y el colectivo de estudiantes de español, capitaneados, como autor, por quien esto escribe, con sus zapateados, con los trajes medio agitanados que lucieron algunas de las chicas, trituraron con su jerga semi-inteligible todo atisbo de proporción, de cordura, de civilidad, de “finesse”. Y sin embargo, y con todo, y a pesar de los pesares, ¡que tremendo éxito, que portentoso poder de convocatoria tuvo el cuadrito que los chicos y chicas representaron! Después de aquello todas las estudiantes de la School querían vestirse de gitanas, todos los muchachos querían aprender a

beber vino en bota, cantar flamenquerías y torear cornúpetas. Aquello fue cataclismal de puro hermoso.

Es ahora, y sólo ahora, después de haber dado rienda suelta al bolígrafo a través de varias páginas; después de haberme ensordecido con la algarabía de tanta ocurrencia, de tanto divertimento anecdótico, cuando, agradecido y expectante, creo percibir en mi espíritu síntomas de disposición, indicios de acicalamiento devoto, pudoroso, anhelante... para encararme con el tema, con mi gran tema. Supe que se llamaba Jacqueline porque se lo pregunté. No hacía español, bueno, no estoy seguro; por lo menos no estaba en las clases que yo impartía, y por eso mi coincidir con ella se producía necesariamente en las zonas francas de la School: En el Salón de Actos o Gimnasio en el rato de congregación religiosa y solidaria antes de empezar las clases; en el campo de deportes; en el comedor; por algún pasillo... Supe también que viajaba a diario de Husbands Bosworth, un pueblito donde vivía con sus padres, a unos 10 kilómetros de Market Harborough. Jacqueline creo que pertenecía a la 4th. Form (es decir, a la segunda y última del nivel intermedio); así que debía de tener diez y seis años todo lo más. ¿Cómo era? Un fino, típico y acabado producto inglés: Proporcionada, de elegantísima y frágil esbeltez, gesto satinado, escorzo de sonrisa por sus labios con sólo mediar un saludo; pelo sin llegar a rubio, digamos que de color claro, con mechoncitos cortos en forma de llamita pegada a la cabeza, unas veces; otras, la recuerdo, con melena corta, un poco levantada por detrás, quizá sólo recogida. Cuando en el habitáculo de mi alma mi memoria la recrea, queda en mí, como la condición más inquebrantable y menos sustituible suya, su delgado y armonioso bulto, siempre pasando, siempre dejando para los ojos míos la estela de su sonrisa. No sé, ya digo, no sé si estudiaba español o simplemente no pertenecía a las clases bajo mi tutela. Ahora creo recordar que como deferencia a mí Elwyn me había encomendado aquellos grupos con especial propensión hacia los idiomas, o cuyo conocimiento del español hubiera experimentado un sustancial adelanto. Y Jacqueline simplemente no estaba en mis clases. A Jacqueline sólo era razonable

encontrarla en los momentos cumbre, como pinacular recompensa, como graciosísimo y providencial regalo. Recuerdo que en el partido de cricket disputado entre alumnos y profesores, a mí me tocó jugar con estos últimos, y si defendiendo los *wickets* o palitos fui ciertamente poco hábil, también es verdad que por la mañana, como interceptor y lanzador de bolas a los compañeros de equipo desarrollé una estupenda labor, por mi rapidez, mis buenos reflejos y la potencia de mi brazo. Al día siguiente, mientras entrábamos al comedor, no me faltó el parabién de Jacqueline: “Thomas, you were the best fielder yesterday”, refiriéndose al periodo en que ejercí mi actividad de interceptar, recoger y lanzar las bolas a mis compañeros que montaban guardia junto a los *wickets* enemigos. Y el día de la espectacular carrera de cross country, cuando con los bofes reventados y cegado por el pundonor llegaba yo a la meta situada en el campo de deportes, a lo largo del pasillo entre dos hileras de espectadores vociferantes, desde que hice el último giro a la derecha, de entrada desde la calle, impulsado por la inercia, dejándome ir, y más que viendo, adivinando el final, escuchando vagamente los gritos de solidaridad... como compensación a todo aquel terrible sacrificio de los casi cinco kilómetros trocha arriba, pendiente abajo, con el corazón sacudiendo los costillares..., como justificación, sentido, solución al acertijo vital de haber hecho lo que acababa de hacer, *necesitaba* que Jacqueline estuviese allí..., y por eso la fui creando, inventando de pura necesidad, para mi fundamentación... “Well done, Thomas”, escuché que una voz, entre todas las demás posibles voces del mundo, me decía, excitada, ruborosa, violentada de emoción. Era Jacqueline. Su sonrisa y su aplauso tenían marchamo de eternidad, han sembrado mi memoria de vivísimas imágenes con el único asunto de su rostro, de su aquiescencia, de su palabra y su gesto y su acción dirigidas a mí, a mí, sí, tan sólo a mí...

Cuando de regreso de Islandia en el verano de 1964, y puesto que Londres me servía de catapulta para reintegrarme por aire a España, volví a tocar en Inglaterra, un confuso aunque elocuente rumor de anticipaciones me empujó a visitar Market Harborough. Allí

encontré a Don Rollinson y a Elwyn Thomás, además de darme una vuelta por la School, a la sazón de vacaciones y por lo tanto desprovista de estudiantes, anestesiada por esa quietud sonora de las cosas naturales: pájaros, roce de las frondas de los robles copudos, etc. Esa misma noche, y ya que al día siguiente tomaba el tren para Londres, como broche mítico de mi estancia en Market Harborough, le participé a Elwyn mi intención de acercarme a Husbands Bosworth e intentar ver a Jacqueline. ¿Vivía allí todavía? ¿Estaría allí entonces? De poco servían las preguntas. Elwyn aprobó mi iniciativa – ¿qué podía hacer? –, me despedí de él y tomé un taxi para el pueblo de Jacqueline. Preguntar en un pueblo por alguien cuya dirección se desconoce es entrar obligadamente en el *pub* más concurrido. Al término de mi pregunta: “¿Sabía alguien, por favor, si la familia Stanyon vivía allí aún”, y de ser ello así..., dónde?”..., al término de mi pregunta, digo, los circundantes comenzaban a cobrar una fecunda impresión de que se hallaban frente a una experiencia vital, religiosa, de vida o de muerte para un espíritu – el mío –. Me dicen que sí, que creen que sí... que la casa... El corazón, rompiendo todas las barreras de la aceleración. Nos largamos el taxista y yo. La casa era la última de la calle. El taxista espera. Yo llamo. Abre la puerta una señora a quien con el gesto más solidario y conciliador explico con mal controlada y vehemente turbación quien soy, al tiempo que pregunto que si sigue viviendo allí Jacqueline, y que si está en casa. Oh, verdades celestiales, demasiado..., demasiado para estar vivo y para poder relatarlo... Me dice la señora que pase a una salita y que espere...Yo entré, pero dudo que esperara, porque todas las capas del tiempo se descolocaban en mi conciencia y los tirones de mis deseos confusos, en tropel torpísimo y al tiempo bienaventurado, propiciaban aquel estado de mi ánimo en el que yo desconocía si esperaba o venía ya de regreso de una eternidad...

Tuve que encontrarme ya totalmente de vuelta en España, después de mi viaje a Islandia y después de mi visita a Jacqueline en su pueblito de Husbands Bosworth, para pensar en ella con la limpidez inapable de la distancia, con la testimonialidad absorbente de la

ausencia. Nos escribimos varias veces. Ella me envió dos fotografías preciosas que tengo aquí, que conservo aquí, que estoy mirando ahora mismo, aquí, enfrente de mí. Una de ellas es sólo de su cabeza, mística porcelana, en una carpetita de cartulina doblada; la otra, también en blanco y negro, sentada Jacqueline en lo que parece ser una habitación de su casa, tal vez de su lugar de trabajo, en postura recatada, de primoroso pudor, manos enlazadas como por descuido en el regazo, y por cúpula su sonrisa. En el reverso hay una inscripción autógrafa: “1964. To Tomás from Jacqueline”. Siempre sentí fascinación por captar el primer trance real, la original estructura de nuestro encuentro, de mi fijarme en ella, de adueñarme de ese único gesto al que llamamos prístino y previo a todo... Me seducía la hipótesis de que fue en un escorzo de suave sesgo, cuando ella doblaba por un pasillo, antes de entrar en... Quise por todos los medios fijar mediante el ingenuo instrumento del poema aquella instancia purísima, vista, sorprendida de anverso-reverso en una espontánea pirueta giratoria desde mi acaso también perspectiva de bisagra. Y le escribí el díptico de sonetos titulado “Al recordarte medio de espaldas, mirando ahora tu retrato. Para Jacqueline Stanyon, amiga ausente”, publicados en *Aldonza*, 6 (abril, 1965). El primer soneto, fechado en Inglaterra, 1964, supongo que lo ensamblaría, siquiera mentalmente, allí, bajo la calidez inmediata de mi encuentro con Jacqueline; el segundo, fechado en Canadá, 1965. Transcribo sólo el primer cuarteto absoluto, suficiente para percibir la clave:

*Es hermosa sin duda. La cabeza
– manantial de pudor, tibia redoma –
como un nudo de gracia donde asoma
la ternura y declina la aspereza...*

Todos estos días pasados y los quizás aún por venir de este año 1989 en que estoy escribiendo este fragmento... hoy mismo, sí, hoy... este módulo de concreta sincronía que se llama *hoy*, y en el que convergen todas las direcciones que hayan podido y puedan tomar los vivires pronosticables de todas las criaturas posibles, reales o ficticias,

sí, hoy sigo pensando en ella, en Jacqueline Stanyon. Sobre mi mesa de trabajo, profusión de mapas, revistas, tarjetas, fotografías... y entre todas esas cosas la memoria mía pasando y repasando estos vectores, a modo de argamasa, de pretexto, de última razón para seguir consumiendo, devorando esencias. Entre las joyas documentales que conservo de la Grammar School de Market Harborough están dos fotografías de todo el conjunto de alumnos y profesorado, una de 1959, y otra de 1962, que se hacían en abril de cada curso académico. Me falta, sin embargo (y a tales alturas me es inviable precisar por qué) la correspondiente a 1960 en la que tendría que aparecer yo. Pero ello no importa, ya que (y para mi cometido de ahora) todas las criaturas con las que mi memoria celebra relación, de una u otra forma, están fijadas entre un extremo y otro de ese segmento de los tres años de recorrido que las fotos testimonian. Desenrollo las cartulinas rectangulares de hasta casi un metro de largas y las muchachas allí retratadas despliegan su grata testimonialidad, su cordial anecdótico. Aquí, Rita Smith, la rubilla aplicada y despierta, con la que todos me atribuían una especial corriente de intimismo, y que no era otra cosa sino el deleite que me proporcionaba dar fe de los progresos de aquella guapa chiquilla en el estudio del español. Venía todos los días al colegio desde Kilworth, otro pueblito al S.O. de Market Harborough. Aquí la preciosa Sylvia Loveday, morena y de mirar meloso, desbordante de insinuaciones. La puse de protagonista femenino en el cuadrado costumbrista de la “Soirée” internacional. Le hice un poema titulado con su nombre “Sylvia”, y que publiqué en el número 1 de nuestra primera revista complutense de poesía *Llanura*, en abril, 1962. En mi visita a Market Harborough de 1964 recuerdo que Elwyn me llevó a unos almacenes comerciales, donde ella estaba empleada. Me saludó circunspecta y madura y me dijo que no le chocaría nada si en otro tiempo (se refería, claro, al curso 1959-1960) hubiera yo pensado que era algo frívola. Le dije que no; que guardaba de ella un recuerdo encantador y que le deseaba con toda la fuerza que mi alma fuese capaz de otorgarme, la mayor y más duradera de las felicidades. Y aquí Rosemary Rhodes, la rubia espigada, bonita,

antipática e insinuante. Y aquí la otra Rosemary, la que me profesaba una verdadera veneración porque no se explicaba cómo tenía tanta paciencia, tanto ardor y tanto y tan infatigable entusiasmo cuando les hablaba a estudiantes malos como ella de los primores de mi idioma español. A esta Rosemary (su apellido parece irremediablemente centrifugado) también la ví durante mi visita de 1964, mientras paseaba con Elwyn por la calle principal de Market Harborough. Sí, Rosemary me reconoció, nos abrazamos con cariño y hasta con un punto de pasión, pues yo permití que mis besos bajaran hasta su cuello, mientras ella, ruborizada, lloraba y reía de emocionada sorpresa. Sí, Rosemary: una gran chica, el curso de cuyo noviazgo iba a presentar – según Elwyn – vías de agua por haberse encontrado conmigo de nuevo. Aquí Flora Perry, una de las mayores y de las más sabidas y tenidas por bonitas. Su cabeza era una orquesta de bucles suaves. Yo le caía simpático, y aunque no era alumna de español, siempre hablaba conmigo, entre difidente, distante y halagada... Pasando una lupa a un centímetro por encima de esas fotografías, docenas de rostros pertenecientes a otras tantas colegialas me han traído fácilmente a la tertulia del alma infinidad de pasajes y de trizas de recuerdos, cascadas de jirones del alma, dulces, agris dulces, amargos del todo... Y cuando aireo las hojas de los varios ejemplares de la revista *Harborian* de la School, constato que los tres números correspondientes a 1958-1959-1960 contienen trabajos y reportajes escritos por criaturas asiduas y afines a mí en su mayor parte durante mi curso de estancia, y algunos de cuyos artículos me entretuve en traducir por hacerme una idea de “cómo sonarían” en español las cosas que decían, bien en prosa o en verso... No, no puedo enumerar más nombres. Vulneraría el propósito que me he trazado de mencionar sólo unos cuantos de entre los muchísimos más a los que no puedo remediar ofrecerles cobijo en los almacenes del recuerdo. Y si miro las fotos de los equipos femeninos de *hockey*, donde en tamaño grande, fijas están en retrato nada menos que dos grupos de nueve adolescentes deportiva y excepcionalmente representativas... Pero no. Basta. Basta de una vez por todas. Me ha sido tan fácil, tan incruento,

con la ayuda cómplice del corazón mío, vacacional y somero, descubrir nombres y nombres...

Pero fijaos bien, amigos y confidentes que me leáis; recordad bien esto, hermanos confesantes que acaso queráis aprovechar esta sintonía de emoción ascética para auscultaros la autenticidad de vuestras interiorizaciones afectivas... Ella por ningún lado aparece. Sencilla, mágicamente no está: Ni en los equipos esos de fustigar una bola con la madera curva; ni en los muestrarios de pompas y vanidades que son las revistas de este tipo de instituciones... Ni aun en las fotografías comunales de todos los miembros de la School he podido, he logrado encontrarla. Cual si se tratara de los “Heraldos” de Rubén, a todas las demás las anuncian, menos a Ella. ¿Lo oís, de verdad? Ella no está, Ella no aparece. Portentosamente parece existir para ser poseída por quien más la piense, por quien más la asuma en un acto intransferible de fe, de imposible propagación. Tal vez es que yo, después de haberla buscado con mi más honesto rigor, y no haberla encontrado, *no* quiero encontrarla ya; no puedo encontrarla porque no es posible que la clave proteica de su perfil esté en parte alguna sino en mi cambiante decisión de imaginarla. Por siempre sea así.

Rosemary : New York, septiembre y diciembre, 1961

Corría el verano de 1961. Tras la obtención de mi doctorado en Filosofía y Letras, en la Universidad Central de Madrid, en mayo, y de una apresurada contratación por teléfono a cargo de los responsables de la M.S.U. (o sea, Michigan State University, Universidad del Estado de Michigan) para que en septiembre me incorporara a su Departamento de Lenguas Extranjeras, me hallaba en forma óptima, dejando que el acontecer de las cosas colmase mis expectativas de la manera que más me conviniera. La experiencia americana se alzaba delante de mí y me invitaba a contender con ella durante un lapso de tiempo a determinar: de momento, eso sí, mi compromiso máximo de dos años improrrogables en U.S.A. se afectaba a los términos literales del Exchange Visiting Program Visa. Luego, ya veríamos (y en efecto, veremos en su lugar y momento oportunos).

Mis padres se habían enrolado en una excursión a distintas partes de la zona Este de U.S.A (ciudad de New York, sobre todo), y de la provincia de Ontario en Canadá, que acogía el plato fuerte turístico de las algo cargantes cataratas de Niágara, etc. Mis padres, intencional y emocionalmente, habían aplicado su excursión a la oportunidad de ver el sitio donde yo iba a trabajar, cosa que ocurrió felizmente y a su debido tiempo, pero a la que aquí no nos vamos a referir, ya que la incumbencia de esta viñeta sobre mi espíritu trashumante tiene lugar únicamente en New York. El plan era lineal: Yo formaba parte de la excursión hasta mi llegada a East Lansing, sede de la M.S.U., momento a partir del cual mis padres se volverían a New York a reintegrarse al grupo antes del regreso a España.

De momento en nuestro caso el avión lo hace casi todo. Tres cuartos de hora largos antes de aterrizar en New York de noche comienzan los despistes y engaños que propicia el colosalismo. Se vuela durante cientos de kilómetros por encima de un inacabable enjambre de ámbitos urbanizados, y el “debemos de estar llegando”, o el “ya, de un momento a otro hacemos la aproximación final”, se

prolonga más y más ante nuestra incredulidad creciente. La excursión se hospeda, y yo con ellos, en el Hotel President, en la Calle 48, entre la 7ª y la 8ª Avenidas, a tres manzanas de la Times Square, en pleno Broadway. Desde entonces acá he tenido tiempo de revisar y de laminar mi criterio sobre esta tierra y sobre estas gentes, fruto todo ello de lo que llegarían a ser diez cursos de residencia repartidos entre U.S.A. y Canadá (cuya provincia Ontario, lugar donde yo estuve, es un apéndice de los U.S.A.). Baste decir que sin dicha experiencia yo no sería el mismo ni por asomo; que me gratifico de haberme dejado allí la piel de mis años más pletóricos como son de los 25 a los 35; que en el continente norteamericano he tenido el privilegio de conocer a tres o cuatro de las personas más entrañablemente granadas y ejemplares y que con más clarividencia me marcaron para siempre las características de la hombría de bien. Por todo ello, haz y envés de la misma realidad, me considero uno de los pocos mortales que en un momento dado estuve en disposición de decir que América no era lo suficientemente atractiva para mis exigencias y necesidades, y me marché. De esto, y desde hoy, un día de 1990, hace ya casi veinte años, y mientras que en todo este tiempo he visitado treinta o cuarenta países nuevos, no he vuelto a poner pie en territorio norteamericano (¿Se podría considerar rotura de esta aseveración una escala que efectué en Anchorage, Alaska, de camino a Tokyo? Creo que no). Los gigantes, como los santos, como toda cosa humana que crea haberse acercado a unas metas teóricas, maximalistas, del orden que fuere, tienen sus puntos flacos, más pueriles y desconcertantes cuanto mayor es la prepotencia que encarnan sus portadores. Y el fallo pueril que, a mi mejor entender, patentan con sin igual sinrazón los U.S.A. (y Canadá, ya hemos dicho, como excrecencia continuada) es la de ser, o fingir ser, incapaces de asumir el rechazo o indiferencia que cualquier mortal, yo en este caso, esgrima respecto de su forma de vida y de su sistema de medios en su marcha, en su tendencia hacia la felicidad. Todo lo que digo entraña un acusadísimo riesgo – atizado por mentes perezosas y/o maliciosas – de ser malentendido, puesto que, de entrada, he confesado que en América me he dejado la piel. Curioso

destino – he discurrido yo muchas veces – el de este portentoso país, denostado estúpidamente por todos aquellos que carecen de valor y voluntad para ponerse a la altura que la exigencia norteamericana les demanda; y al mismo tiempo, lastimoso país que execra a los pocos extranjeros que le hemos asimilado, querido y sufrido, mediante el trabajo y el esfuerzo heroicos, pero que por el hecho de haber dicho “basta”, nos hemos hecho, como digo, acreedores a la ojeriza del gran patrón prepotente. No he visto que los sociólogos profesionales, ni que los comentaristas políticos profesionales, ni los viajeros intelectuales o intelectualoides, ni los analistas tipólogos, ni mucho menos los historiadores de oficio, se hayan referido a ésta que es para mí la más diamantina y contumaz faceta del norteamericano: su petulancia, su incapacidad de aceptar que quienes defendemos sus valores; quienes hemos colaborado, colaboramos y seguiremos colaborando en la fijación justa de sus excelencias, tenemos el legítimo e irrenunciable derecho de poder dar por terminada esa alianza y derivar por cauces de distinto estilo. El día que los americanos del Norte asuman con integridad y sin pueril despecho que algunos hayamos trabajado lo suficiente para estar en condiciones de decirles que América no es lo suficientemente atractiva como para vivir en ella, y que preferimos Europa, o Asia, o cualquiera otra parte del mundo donde dé la casualidad que le haya tocado hallarse nuestra casa, ese día, si es que llega, América, los U.S.A., habrán alcanzado su verdadera mayoría de edad.

¿Pero a santo de qué venía toda esta disquisición? Lo único que había previsto decir es que mi primera visita a los U.S.A., y además entrando por el portón del Atlántico que es New York, arrojó el grueso de impresiones supongo que inevitables, pero de las que hay que partir si se quiere ahondar en las posteriores sutilezas. Lo sorprendente en América empieza siendo el sistema de supuestos rasados a la misma altura, de manera muy general, para todo el mundo y por los que la sociedad aparentemente se rige allí. La transacción, la comunicación personal se evita a toda costa por anti-económica, por poco operativa. A Vd. le dan por sabido poco menos que todo, y cuando así no fuere, una profusión de avisos, señales,

instrumentaciones despersonalizadas le ponen a uno en la pista de la exactitud. El español (y no digamos, las razas que se consideren vástagos de nuestra cultura y de nuestra cosmovisión) está acostumbrado a esgrimir y a consumir una gestión “persona a persona” para cualquier acto que tenga que llevar a cabo. El pragmatismo americano, a través de su aprendizaje telúrico con el libro del éxito en una mano y con la acción en la otra, se ha preocupado de inventariar por adelantado lo que una mente en tal o cual circunstancia puede requerir. Llegar a New York y preguntar la serie de cosas que uno tiene que seguir, o que cumplimentar, sólo para salir del aeropuerto es cuestión ociosa, ya que los carteles e indicaciones cubren *suficientemente* todas las consultas que puedan afectarse razonablemente a la situación del que acaba de arribar y desconoce todo. Claro que para dar con la información aplicable exactamente a la coyuntura de cada cual, acaso necesite uno una jornada de trabajo.

A un hispano se le hace muy cuesta arriba asumir que la cantidad pueda transformarse a la larga, y mediante unos módulos de disciplina, de sumisión fiel a modelos probados, en calidad. Es éste un principio que suele aparecer en los tratados de difícil especificación y que más bien se solapa en sus contenidos, como pueden ser: La Sociología; la Filosofía del Derecho; el Derecho Político, y hasta el Derecho Natural, por no traer a colación disciplinas de enrevesado y alienígena cuño, como geopolítica, geobiopatología, etc. Otro fenómeno chocante para una mente mediterránea es la inversión que en los U.S.A. se opera entre libertad y libertades: cada norteamericano se despoja de una buena parte de sus libertades para formar con ellas un inmenso banco común, del que a su vez retira sus efectivos transformados en Libertad con mayúscula. Así, mientras el norteamericano se siente constreñido, pero miembro prepotente de un colectivo o sociedad libre, al hispano le ocurre lo contrario: príncipe autónomo, ahíto de libertades como espécimen individual y separado; y muestra gregaria y despersonalizada como componente de su propia comunidad. Por aquel entonces (1961) yo me refería a la “americanización” como máquina apisonadora. Y el caso es que la

razón teórica la habíamos aprendido en nuestros manuales de Economía y Filosofía políticas a los 17 años: Para producir más, para multiplicar eficacias hay que convencionalizar y uniformar. Por eso, estar en América diez cursos y no haber claudicado ante su “way of living” comporta, entre varias, alguna alternativa de especulación mental: Una, que a uno no le gusta dicho sistema; otra, que a uno le ha pillado con la mentalidad suficientemente cuajada como para autoamputársela, como para prescindir de ella y dejar paso libre, y por las buenas, a otra; una tercera, que la obligación exigente de ciertas personas es vivir y hacer como si nada pasara, y sin dar nada por hecho; y que el curso de los acontecimientos se vaya encargando de tamizar. A Norteamérica hay que ir a volcarse, a vaciarse en trabajo y en ejecuciones positivas, sin falsos prejuicios ni limitaciones de antemano; y una vez que se haya puesto uno a su altura..., una vez que a fuerza de pundonor y sacrificio haya uno asimilado los supuestos totales por los que se rige esta nación..., entonces decidir lo que más convenga. En mi caso, ya lo he dicho: Dar por terminada mi aventura americana cuando América pareció llegar a la conclusión de que éramos nosotros y sólo nosotros los que estábamos sujetos de por vida a recibir enseñanzas e instrucciones; y yo un buen día me encontré cansado de instruir, de enseñar y de ilustrar a un país que había dejado de enseñarme, instruirme e ilustrarme a mí, y lo que es peor, se sentía incapaz, radicalmente inhabilitado para reconocerlo. Y ése es el gran pecado (con penitencia aparejada) de Norteamérica: sólo los que la hemos digerido estamos capacitados para hablar de ella y para difundir lo que de excelente y positivo tenga su sistema, cuando, al mismo tiempo, la propia petulancia de Norteamérica no nos permite hablar.

Pero otra vez me he tomado un desvío, acaso demasiado moroso, aunque todas las sendas me conduzcan irremisiblemente a Rosemary. Sigo pasando por alto los típicos encuentros de un europeo (español, para más señas) con la realidad: La primera noche en el Hotel President llego a mi habitación, me acuesto y no se me ocurre echar la cadena por dentro. No hay que olvidar que en cuestiones de orden público en España primaba el sistema castrense del General

Franco, por entonces en todo su normal apogeo. No echo la cadena, digo, y a la mañana siguiente, venciendo el forcejeo del sueño ante lo que me pareció el estímulo del ruido de algo o alguien que habría mi puerta..., me tiro de la cama... demasiado tarde, sólo para comprobar que el dinero que, espontánea y acriticamente, había dejado encima de una mesita del cuarto se había ido con el que tan limpiamente (cualquiera entre las docenas de empleados del Hotel con derecho a llave de las habitaciones), y lo más seguro para una comprobación rutinaria de orden doméstico, había abierto la puerta, me había visto en la cama adormilado..., y reparando en lo que había allí, inerme, encima de la mesa o cómoda, había echado mano de ello sin más. Intachable desde el punto de vista técnico; irreprochable desde una consideración de responsabilidades por parte del Hotel. Estaba claro: Detrás de la puerta se hallaba expuesto el código minucioso de avisos, recomendaciones y consejos para todas las eventualidades imaginables e imaginadas, y en un lugar destacado y llamativo del Bando de régimen interno el artículo a la recomendación insoslayable de echarse uno la cadena por dentro de la habitación. Paso por alto el impacto subitáneo de las facetas privativamente americanas en un espíritu entre algodones de idealismo como era el que a mí me alentaba, porque irán plasmándose en el goteo innumerable que forma el curso de estos relatos emocionales.

Creo que fue en la misma segunda noche cuando entro en contacto con Marliese Brück y Bill Aguele. Marliese, mi amiga alemana, historiada sentimentalmente en otros lugares de esta obra, se había trasladado a New York definitivamente, a trabajar, y se había hecho novia de Bill Aguele, un muchachón de ascendencia italiana, ingeniero industrial, pulido, extrovertido y amable. Quedamos por teléfono en que me vienen a recoger: Ellos son los anfitriones y yo el recién llegado. No hay reparos en ese adelanto de cortesía. A la hora fijada me encuentran en el Hotel President y me llevan a donde han dejado el coche. Marliese es la misma magnífica mujer de siempre, sí, de siempre: de cariñosa sonrisa y de melosidad en su habla que sigue barnizada de la tenue untura de su acento alemán, adhesivo,

conciliador, abierto al acto de asentir. ¿Y Bill? Un encanto de hombre: Generoso y enérgico, sabedor del mundo en que a todos nos había tocado habitar. Llegamos al coche y resulta que allí estaba una amiga de Marliese, también alemana, que había (igual que Marliese) podríamos decir que... emigrado a América. Se había quedado en el coche para más comodidad, para más seguridad...

- Rosemary, this is my Spanish friend, Tomás.

Rosemary era espigada, de correcta estatura, preciosamente enarcada (pude verlo cuando bajó del coche) como mimbre tensado, en curvatura suave. Rubilla, muy atractiva, con una graciosísima y proporcionada boca en la que acaso por cuestión de milímetros de saliente sus dientes delanteros eran proclives a aparecer a las tres cuartas partes de recorrido de sonrisa. No bien acabado de presentar a Rosemary, mi alma, en su altar provisional, de urgencia, que había levantado para mi encuentro con Marliese, dedicó un espontáneo ritual votivo a esta categoría egregia de mujeres que hermocean su feminidad aún más si cabe dispensando a otros afectos suyos las dádivas de una compañía tan grata y tan inesperada como Rosemary lo fue para mí. ¡Qué bella credencial ser amiga de Marliese! Porque ésa es la consigna de las buenas amigas: Conectarle a uno con otras amigas, sin reticencias ni despechos.

Fuimos de un sitio para otro, en parte al estilo “pub crawling” como creo que dicen los británicos; en parte en plan de “sight-seeing night trip” de New York, hasta acabar en el Greenwich Village. A cada tramo de velada Rosemary me parecía más verdadera; empatizar con ella fue cosa sencillísima, porque yo podía sintonizar con cualquiera que fuese el acorde de su hablar conmigo, de su esperar a que yo hablara, de la comprobación de todos los extremos que respecto de mí le hubiera contado anticipadamente Marliese. Rosemary – ahora que en los sitios cerrados nos habíamos aliviado todos de la impedimenta de abrigo: quién, del ropón de piel; quién, de la pelliza, etc. –, Rosemary portaba, ni ofrecido ni recatado, un doble alcor por su pecho, ahondado muellemente en su mitad por la comba que su jersey de lana congruamente le consentía. Oh, sí, es una

criatura atractiva, y cada lapso de permanencia, junto a ella, al lado de su gesto de mujer cobijada en mi estrenada suficiencia, en lo frondoso de mis relatos de viaje..., cada segmento de duración medido en minutos, en cuartos de hora..., se iba transformando en una olorosa fragua de complicidad en la que forjé algunas de mis artesanías mentales...

Es la hora de recogerse y a quien decide Bill dejar primero es a Rosemary. No recuerdo dónde vivía entonces: mi carencia referencial en mi segundo día de estar en New York era hasta escandalosa. Me dejé llevar, ¡que remedio! En el asiento de atrás, Rosemary y yo habíamos despreciado la mitad justa del espacio en aras de una más perentoria contigüidad. La llevaba retenida de las manos con mi mano derecha, y todo el otro brazo mío jugaba a servir de almohada, de báscula, de bufanda, de elemento persuasivo y testimonial de mi presencia allí... Pero habíamos llegado. El silencio se había hecho unánime en los bastantes minutos últimos del trayecto. El turno de palabras había abierto el portón de las premoniciones y de las musitaciones, expectantes, imperativas, decisorias. Ni siquiera nos miramos. Echamos a rodar, mediante el suavísimo impulso de nuestras conciencias propiciadas, los invisibles cojinetes de nuestros torsos y de nuestros cuellos y de nuestros hombros..., y me encontré navegando esplendorosamente en los piélagos fantásticos de un beso de agónica ternura, apretando, sorbiendo, recorriendo, baremando los labios de aquella reveladora muchacha. Recuerdo como si fuese ahora, como si fuese mañana, recuerdo y alzo, y redescubro y confirmo, y gimo en la mismidad del trance... que me abaté sobre su boca con voluntad de no regresar ya nunca más a la cordura, a los parámetros de la realidad, y en el viaje fabuloso, abismal, que se me deparaba besando a Rosemary, los flancos de mi alma, desleídos de júbilo, ebrios de libertades, erigían las innúmeras formas de la palabra *amor* para que me chocase con ellas, para que me confundiera con ellas y me hiciera yo también amor. Amor, sí, amor... Total, letal asignatura, advenida, afincada en la menuda pero infinita sincronía de dos bultos animados, en la calidez de un encuentro fortuito. Mi alma pedía goce,

riesgo, derivación a lo absoluto y aquella criatura cuya tangencialidad con mi destino hubiera podido compararse a la increíblemente minúscula magnitud comportada por el choque de una vírgula infinitesimal contra un emporio de orbes..., sí, aquella criatura, allí, en la mitad de la mitad de un asiento trasero de coche me propiciaba sin embargo la inventariación de toda una genealogía de la palabra amor...

Cuando nuestros labios se liberaron de su soldadura, todavía con un resto de estertor tembloroso y ensalivado, nos dio tiempo a mirarnos y a reconocernos. A todo esto, Marliese y Bill no habían dicho ni palabra. Estaban delante, pacientes, esperando a que diéramos por terminada la celebración de nuestro ritual y con una expresión de comprensiva incumbencia. Salimos del coche, hicimos un intercambio rápido de direcciones y Rosemary se dirigió a su portal. Embriagado, abrunado de gozosas responsabilidades, yo me metí en el coche sin mirarla. La bondad extendida de Bill y Marliese hizo el resto : Me regresaron al Hotel President y allí me despedí de ellos, a los que no vería hasta seis o siete años más tarde, también en New York, ya matrimonidados y con una ricura de niña.

Las Navidades de ese mismo 1961, que yo me las presentaba lineales, terminaron por resultarme con torceduras, aunque, a fin de cuentas, y en razonable compensación, estimulantes. Ocurrió que había conocido en mi primer trimestre en Michigan State University a un muchacho mejicano, Modesto, con el que hice esa amistad incuestionable y válida para las expectativas de fines que entonces me pudieren ocupar. Iría a pasar las Navidades a Méjico. La hija de unos vecinos míos de Alcalá de Henares se había establecido con su marido (que era veterinario) indefinidamente en Méjico, D.F. Mi aparición en Méjico habría merecido las bendiciones cruzadas tanto de Modesto como de Mari Carmen (que así se llamaba y se llama mi antigua vecina) y de Mariano, su marido. Pero en aquella época viajar a Méjico con pasaporte español no era nada fácil, y menos aún con mi pretensión cándida de complimentar los requisitos oficinescos con una rapidez proporcionada a la ejemplar inocuidad de mi viaje turístico y a

lo comedido de su duración. No escatimé gestiones: Me personé en el Consulado mejicano de Detroit, sólo para tener el disgusto de ser recibido a regañadientes por un cara de indio puposo que dijo ser el Cónsul y que debió de aprovechar la realidad de mis 25 años incontaminados e incautos para vomitarme, en clave de terminantes impedimentos burocráticos, toda la bilis no metabolizada aún en razón de las excursiones de Hernán Cortés y sus muchachos, supongo. ¡Hijo de la gran puta! (el Cónsul, quiero decir). No dejó mi magín de discurrir, por cierto, sobre el curioso trato que recibe la gente honrada que pierde una guerra civil: Palos en casa, de un lado; y estúpida incomprensión, de otro, por parte de los que dicen representar a los países en contra (teóricamente) de las fuerzas que contribuyeron a nuestro aplastamiento...

Total, no hay viaje a Méjico y en compensación dirijo mis pretensiones vacacionales, ya muy mermadas, a la gran urbe. Unos días, sólo unos días, quizás una semana o menos para patear los órganos neurálgicos de la ciudad, a mi manera de lobo solitario, sin más ayuda que la intuitiva y escasa cobertura de mi “corazón por bandolera”. Unas fechas antes, además, había tenido noticias de Rosemary, en forma de postal y en términos de resumida afectividad. Me hacía saber su nueva dirección y me preguntaba si alguna vez nos volveríamos a ver, etc. Esa finísima dialéctica estética que, con tanta frecuencia, forma la urdimbre de nuestras decisiones y de nuestros atisbos, me adelantaba que sólo hay un punto álgido, preñado de carisma y fervor, en las relaciones humanas, y que detrás de él, después de él, la realidad de la vida impone su proboscidia planta de chatedad, de cotidianidad, de sucedáneo. ¿Sería así con Rosemary? ¡Para qué adelantar acontecimientos!...

Volví a hospedarme en el Hotel President, esta vez teniendo bien presente hacer uso reglamentario de la cadena cerrojo desde dentro de la habitación. Consumí los primeros dos días o tres en ejercer de turista consumado, a pie. El calibre de las caminatas que uno era capaz de acometer con 25 años ciertamente pertenece ahora a

la recreación literaria, y en modo alguno a cualquier intento, siquiera de lejos, de reproducción fáctica. Sencillamente uno llegaba a la fácil y verificable conclusión de que en seis o siete horas de andar había cubierto entre 20 y 25 kilómetros. Bajar toda la calle 48 hasta toparse con el Edificio de Naciones Unidas, merodear por él, llegar hasta su final enfrente de la calle 42, subir por ella hasta la Public Library, alcanzar luego Times Square, recorrerla, para de ahí reencontrarme con la calle 48 y llegar al Hotel, era uno de los itinerarios convencionales, en mi caso. Este recorrido no era, ni mucho menos, lineal, sino dentado, sinuoso: Ida y vuelta, arranque y retroceso, comprobación, desestima... y otra vez marcha hacia adelante... Otra ruta alternativa consistía en subir toda la Octava Avenida, bordear el costado entero de Central Park, atravesarlo en dirección a la Quinta, hasta salir enfrente de la calle 72, recorrer completamente el flanco del Parque que da a la Quinta Avenida y subir en dirección al Hotel por cualquier perpendicular. Alternadas o combinadas, estas opciones de excursión, con los inevitables parones (aquí a mirar esta librería, aquí a mirar los precios de este escaparate, más allá a comprobar el gótico de la Catedral de San Patricio, etc., etc.) constituían formidables pruebas de resistencia y de absorción en fragmentos de la mastodóntica empanada norteamericana.

No sé por qué lo hice, pero fue sólo el día antes de regresar a East Lansing cuando, previo telefonazo, concerté visitar a Rosemary. Se hospedaba en el Hotel América, creo que en la calle 44, aunque de todos modos, sí distingo claramente que pegado a Times Square. Me acicalé lo que pude y tras una breve ponderación de oportunidad y conveniencia decidí regalarle bombones. Me hice con una soberbia caja por el nada despreciable precio de \$ 8.50, y me dirigí a su Hotel. Me azoraba la idea de ver a Rosemary: La espontánea fragancia del encuentro tres meses antes, propiciado por los oficios dadivosos de Marliese, temía que no pudiera repetirse. Me atraía, sí, pero no podía esperar que mis palabras, mi actitud de europeo desembarcado temporal y provisionalmente en América, se injertaran en el sistema de valores en que la cosmovisión de Rosemary se debía hallar

instalada. Con todo ese pesar y esa ruleta de especulaciones, llegué al Hotel América, me anunciaron a Rosemary por teléfono y subí a su cuarto. Llamé y me abrió: Vestía de negro, algo más pálida, todavía muy bella, muy imaginadamente atractiva. Nos besamos en las mejillas protocolariamente. Pronto la realidad vital de Rosemary comenzó a erguir ante mí sus pantallas ocultas y a interponerlas entre nosotros. Había venido a los U.S.A. para quedarse, como “landed immigrant” y estaba destinada a ser un trozo más de carne picada en la trituradora del país. La trayectoria mental de sus previsiones de futuro apuntaban a eso: A quedarse y a incorporarse, como un insecto más, al enjambre ensordecedor y colmador del “way of life” de los U.S.A. De momento vivía en este Hotel América, económico sin llegar a lo mezquino, en régimen de mensualidad (algo a lo que yo me acostumbraría durante los seis últimos años académicos en Canadá y luego ya, indefinidamente, en España) y su situación era la típica de quien ha llegado a un sitio, ha hecho pie, se va afianzando y termina por echar el ancla. Con tales previsiones de vida, Rosemary tenía necesidades perentorias de albergarse bajo la institución matrimonial, bajo cualquier égida optativa del país anfitrión...

Todo esto recorrió en apresurado tropel la carne de mi alma, el volumen de aire de mis pocas palabras que mediaron entre mi entrada, mi besarle las mejillas a Rosemary y mi alargarle la caja de bombones.

- Oh, a box of chocolates... How nice of you!

Nos besamos, sí; nos besamos largamente, en clave de despedida, hasta que sus labios duplicaron su grosor y promovieron un afluir de sangre visible hasta la mismísima demarcación de las comisuras. Ahora, sí podía amarla, y la amé; la amé a muerte, porque sabía que estaba perdida; y por eso volqué todos mis contenedores de agonía atesorada, de eternidades irredentas. La besé para quedarme en ella, para perpetuarme en su nombre, en la estela de su levisimo aroma diluido... Oh, sí, ahora sí podía amarla... y cómo, cuánto la amé, mi niña, mi reina, mi pequeña Rosemary Schöne... mi extraviada y al mismo tiempo certísima razón de ser y de amar. Te amé, te amé, todo

un compendio de sabiduría, toda una radiante eclosión de la palabra amor.

Al día siguiente regresaba a East Lansing, y esa misma noche, en el Hotel President, en el consabido rapto de soledad pletórica, de endiosada y edulcorada amargura, escribí este poema, este poema que... me gusta; que cuando lo he leído me ha invitado a tentar los límites de mi alma crecida, aupada a entropías de eternidad... Este poema se incluyó en mi tercer libro *Amor verdadero* (Alcalá de Henares, 1964):

Rosemary

*Lánguida y núbil niña que esperabas sola
el arribo cualquiera de mi voz no anunciada,
de mi mano perdida y mis besos sin labio.
Fugaz muchacha que viviste, inerte,
al borde de un hermoso desencanto.
Te amé como a ninguna, desesperadamente,
con la absurda entereza que nos hace absolutos,
que me sabe a suicidio.
Yo te debo el hallazgo, el don casi impagable
de una noche amantísima que acompañaron todos
tus cabellos ya mustios de esperar a mis dientes.
No volveré ya nunca a recoger tus manos,
a sentir por tus manos la caricia aprendida,
la caricia ignorada, lo que llamamos muerte.
Porque tu compromiso fue tan sólo la marcha.*

(New York)

A través de mis ulteriores contactos con Marliese y Bill supe que Rosemary se había casado con un norteamericano. Otra vez, y tantas más, el emparejamiento de anfitrión nativo y elemento femenino germánico. Mi alma siempre se ha dolido de que sean así las mujeres, tan dependientes, tan sumisas a lo que la tradición ha ido formando por rutina. Menos mal – para ella, para mí, para el mundo –, menos

mal que Rosemary quedó a salvo para siempre, en el tráfago de las eternidades, convertida en poema, en poema mío.

Ulla: Ferry de Norrtälje a Turku [Suecia - Finlandia], 1962

Suecia. Jamás nombre alguno de país encerrara tales y tan formidables componentes de mística y de exotismo a partir de la segunda mitad de la década de los cincuenta para alguien que, como yo, había hecho de la gran aventura del espíritu la más trabada de sus vocaciones, el más ineluctable de sus destinos. Suecia. La luz, la redención que se nos antojaba que venía del Norte, tenía en Suecia su arranque y la imposición de su marca de origen. En una época en que nos gobernaba el Concordato que con la así llamada Santa Sede había suscrito el Estado español, lo único que nos llegaba eran brechas, escorzos de esa luz que nosotros traducíamos, acaso infundadamente, por todo aquello de lo que, en un ambiente de libertades, más faltos andábamos entonces: Libertad. No era menos cierto que las noticias, los datos vivenciales sobre Suecia se nos antojaban fabulosos desde España, distorsionados gratuitamente por la propensión natural que despliega, en lo que a soñar con pan se refiere, el que hambre tiene; magnificados en nuestro fuero interno por el tan humano resorte contrastivo de suplir con contenidos tal vez inexistentes las propias carencias. Digámoslo ya de frente: La mujer nórdica encapsulaba para la mente del racial ibérico de aquellos tiempos la última Thule de las permisividades convivenciales, el más suntuoso y redentor de los Valhalas, la más mítica y apasionada de las teleologías. Los primeros atisbos de aquel mundo idealizado por nuestra fantasía los solíamos captar en algún país intermedio que actuara de “Treff Punkt”, “meeting point” o lugar de encuentro, neutral, equidistante, y que en mi caso, por la naturaleza de mis estudios de Filología Inglesa, no podía ser otro que Gran Bretaña, en su entidad territorial de Inglaterra. Los veranos de 1957 y 1958, transcurridos en Oxford, y el entero año académico de rodaje, 1959-1960 que, como Spanish Assistant, residí en Market Harborough (Leicester), con idas y vueltas referenciales a Londres y a otros lugares, proporcionaron a mi alma la madurez argumental; a mis ojos el escorzo de un portentoso panorama ulterior; y a mi voluntad, el yunque donde temprar sus filos y enaltecer sus menesteres...

No fue casualidad que mi primer viaje a Escandinavia, con destino final en Finlandia, lo llevara a cabo desde Inglaterra, nada menos que en diciembre de 1959, aprovechando las vacaciones de Navidad. De ello he dejado constancia en otro lugar de estas Memorias, y no es cosa de reiterarse. Mi segundo viaje a Escandinavia, en coche, verano de 1962, partió desde Alemania, Düsseldorf concretamente, a donde me había trasladado yo en avión desde Madrid para visitar a unos paisanos míos de Alcalá de Henares. No se olvide que el año 1964, y estando a la sazón de Ministro de Información y Turismo don Manuel Fraga Iribarne, el gobierno franquista apostó fuerte por el ideograma aquel de “25 años de PAZ”, y que, según tengo entendido, las mentes ágiles del equipo de humoristas de *La Codorniz*, en la desmenuzación hermenéutica que hicieron de dicho logograma lo tradujeron a “*Para Alemania Zumbando*”. Es la realidad que mucho compatriota nuestro sirvió de peón bracero en el enderezamiento industrial del coloso disciplinado teutón. En Düsseldorf se encontraban por aquel entonces varios amiguetes míos, trabajando como obreros voluntariosos candidatos a la especialización, y con ellos me pasé dos o tres días antes de aprestarme al asalto del Norte...

Düsseldorf era ya una ciudad activa, pujante, y rica. El solaz más entrañable que me podía permitir era recalar por la noche en alguna taberna restaurante del barro viejo, calles Bolkerstrasse, Hafenstrasse y Bergerstrasse, donde indefectiblemente se comía un pollo asado al horno, riquísimo, ayudado con tragos de sabrosa cerveza. Sabido es que el ritual consistía en comer el pollo como uno quisiera, ya que estos establecimientos disponen de unas fuentes corridas o abrevaderos con numerosos grifos, donde los clientes podíamos contrarrestar con largueza la falta de protocolo en el proceso de comer el pollo con las manos. La pena fue que mi alemán era por aquel entonces casi inexistente, y el conocimiento del inglés entre el estamento burgués de la vecindad era escasísimo. Otra noche asistí a un típico bailoteo en una cervecería que disponía de un espacio central

amplio y de un entarimado en alto donde se instalaba la orquesta. Uno de mis amigos me informó que tal señora que estaba por allí sentada, de muy buen ver, era la mujer de uno de los músicos, y que estaba seguro de que no le importaría bailar conmigo. Bailé con ella dos boleros rápidos y sólo mediamos unos cuantos *bitte* y otros cuantos *danke*, por medio de los cuales, no obstante, percibí que la población española afincada entonces en Alemania como fuerza de trabajo no generaba, en principio, animadversión alguna, y que todo se reduciría a que cada cual, como individuo, se encargara de comportarse con dignidad y honradez.

Aquel contingente humano de tan interesantes quilates, como lo era el pueblo alemán – y sin contar las rotundas y a la vez cordiales mujeres con quienes uno tenía ocasión de encontrarse en todas partes: Transportes públicos, calles, sitios de esparcimiento – me acicateó en mi empeño de aprender algo de alemán para disponer de acciones comunicativas con más de cien millones de habitantes de la Europa Central. Si, por una parte, mi conocimiento del inglés, desde el foro neutral de Gran Bretaña, me había permitido asomarme a los mundos de tantas otras nacionalidades y empatizar con ellas, mi desconocimiento del alemán parecía como negarme, como retirarme del menú de mis apetencias algunos de los más sabrosos platos. El futuro me daría la razón, como quedará expuesto en otros y variados lugares de estas confesiones. Sirva decir desde este momento que la huella del expansionismo germánico en la Europa centro oriental se refleja en la competencia –siquiera básica – que de la lengua alemana conservan contingentes polacos, húngaros, yugoslavos, rumanos, checos, búlgaros, turcos, rusos, y hasta albanos, extremos que se verían comprobados en mis viajes por todos estos países a que corresponden las nacionalidades mencionadas.

Entre Bielefeld y Hannover experimento por primera y, hasta la fecha, única vez en mi vida un accidente singular, automovilísticamente hablando, como lo fue el quedar reducido a añicos de cristal el parabrisas del Opel Kapitán que conducía,

resultado del impacto de una piedra balín lanzado por otro coche que me rebasó a unos 180 kilómetros por hora. Todo el panorama de la visión se convierte en un sistema de puntos, de vidrios diminutos y soldados, como una pantalla de infinitos chispazos, formando entre todos un biombo de triturada opacidad. La avería, absolutamente a cuenta de mi bolsillo, me supuso cuatro horas de retraso y cuatro mil pesetas de gasto. No se olvide que estamos en 1962. Con todo, llegué a Hamburgo para hacer noche, sin que faltara la visita consabida a las calles Reeperbahn y Grosse Freiheit del barrio de St. Pauli, atestadas de putas, de marinería y de turistas, indolentes o activos.

Desde Hamburgo, la ruta hacia Suecia, a través de Dinamarca, por tierra, no admitía mucha opción: Flensburg, Kolding, Fredericia y el ferry a Odense, en la Isla Fyn[er]; luego, desde Nyborg a Kors[er], el segundo ferry, para ya en la isla principal Seeland llegar por la noche a Copenhague. Tampoco estaba desprovisto Copenhague de mitificación: Paraíso de la permisividad sexual, y esas historias tan abultadas de boberías en las que, detalle arriba o abajo, se enfatizaba siempre en caracterizar la atracción que despertaba Dinamarca para un español por los grados de presunta o supuesta naturalidad alojados en el hecho de que una señora, así, por las buenas, exteriorizase su simpatía hacia algún mediterráneo mediante su consentimiento a yacer con él, poco menos que con el beneplácito, o hasta la presencia, de su marido. Y aquello con lo que estos países nórdicos no dejaron de ilustrarme desde la primera cala que en ellos efectué fue el enorme sentido de la realidad social que acompaña a cada uno de sus habitantes. Es como si lo social les impregnase tan a fondo..., quiero decir, la responsabilidad de cada uno, el cuidado asignado a cada uno respecto de la incumbencia de su país..., que no les quedara mucho tiempo para más. Porque lo primero que hay que tener en cuenta es que ese más de millón y cuarto de kilómetros cuadrados que totalizan eso que entendemos por Escandinavia (Dinamarca, Suecia, Noruega, Finlandia, Islandia) están poblados por menos de 25 millones de prójimos, lo que se traduce por el hecho de que cada uno toque a una alta cuota de cuidados y de responsabilidades con el fin de mantener

ordenada y limpia su respectiva nación. La participación que cada individuo lleva de “lo social” es una de las más altas del planeta. A un meridional acostumbrado a exigir por principio que todo esté hecho y muy bien hecho, pero sin que a nadie se le ocurra encargárselo hacerlo a él, estas gentes escandinavas le pueden parecer opacas, poco proclives a la francachela. Y no es eso. Son dados a la francachela en su ámbito privado porque, como decimos, su ámbito público está ocupado con las prestaciones que cada cual se obliga a satisfacer al país para que éste, como entidad supraindividual, funcione y les dé cobertura a todos. Después de su cuantiosa contribución a la “cosa pública” (“res publica”, República) de su país un nórdico no dispone más que de su estricto ámbito privado, casero (familiar o individual) para el ejercicio de su solaz y para las expansiones que su conciencia íntima le permita. Y eso es lo que a uno le parece Escandinavia: Territorio o territorios donde casi nunca pasa nada en la calle. Sólo pasan los distintos medios de automoción (autobuses, coches, motos, bicicletas) y las personas: Con orden, con disciplina asumida y sumiso y digno civismo. La nota de controlada estridencia recuerdo que la ví en colectivos de inmigrantes: Por curiosidad me paré a charlar con un grupo de tres, justificando preguntarles el emplazamiento de la Sirenita del puerto: Uno era griego; otro, turco; y otro, yugoslavo. Y si ellos por la pigmentación de su fisonomía delataban su prosapia mediterránea, yo hubiera fácilmente ilustrado asimismo un ejemplo de inconformismo montaraz, pues al llegar al sitio donde, a pocos metros del paseo, enfrente del puerto propiamente dicho, se halla la Sirenita sobre una roca grande, que a su vez descansa en otra rodeada de algunas más de menor tamaño, mi juvenil incontinencia me llevó a saltar de roca en roca, acercarme y poder así acariciar fácticamente la extremidad ictiomórfica y las formas femeninas de tan bello y mítico emblema. Justo aviso a mi imprudencia fue un enorme y subitáneo refluo, producido por un barco en movimiento, que hizo subir el agua hasta materializarme una situación de aislado, para, a los pocos segundos y con el repliegue en bajar, dejarme de nuevo despejados

los vados que el salto de pedrusco a pedrusco permitían a los animosos, jóvenes, románticos y, ¡ay!, poco convencionales visitantes.

Llegué a Copenhague de noche y por esa propensión natural al desenfado y a la laxitud de conciencia recuerdo que desde el Paseo de Langelinie, por el cual se accede al emplazamiento de Den Lille Havfrue (La Pequeña Ondina, o Sirenita), me dejé como llevar por el coche a lo largo de las Øster Voldgade, Norre Voldgade y H.C. Andersens hasta la misma entrada del Tivoli: Pasé un rato sin gran convicción, merodeé por alguna de las instalaciones y cómo estaría de reventado por el trajín de todo el día que decidí retirarme del escenario de actividades hasta la siguiente jornada, no sin antes intentar comer algo. Cuál no sería mi desagrado al comprobar que no había nada abierto. También se aprenden sobre la marcha facetas desagradables de realidad tan simple como pueda ser desear comer algo que le caiga bien a uno. Por allí no había lo que se dice absolutamente nada abierto, nada que reflejara el más somero signo de estar en condiciones de servirle a uno un bocadillo caliente de jamón y queso, por ejemplo; un plato combinado..., una sopa y una carne... ¡yo qué sé! Por esas distorsiones que provoca el espíritu del mal en sus ratos de aburrimiento nihilista, dí con un local mitad tienda, mitad cervecería, algo lóbrego, estrecho, con unas vitrinas semiopacas. Allí no había más que un pequeño repertorio de arenques, tal vez boquerones, acaso anchoas, quizá filetillos de caballa o de atún. Ante la carencia de opción probé alguno de aquellos comistrajos. ¿Bastará decir que estuve vomitando parte de la noche? ¿Servirá como dato el hecho de que si hasta entonces el sabor ahumado de esos productos del mar no me entusiasmaban, a partir de entonces los aborrecí y sigo aborreciendo? Con decir que fue la peor noche, la noche más triste, con mucho, de todas las noches que en mis nutridos viajes por Escandinavia pasé, creo que está dicho todo.

Al día siguiente se me volvió a ofrecer todo un mundo de expectativas redentoras. Llegué a Helsingør y desde allí el saltito en ferry a Hålsinborg, en Suecia. Sí, Suecia otra vez. Lo que ví de Suecia

en 1959, en diciembre, fue noche. Ahora todo era tersura de ámbito, limpidez de dimensiones, transparencia cromática, rostros que se me antojaban por fuerza bellos, pelos rubios y pelos morenos, y azulísimos ojos de mujer. En 1959 me había dejado conducir: Barco, tren, avión, etc. Ahora era yo el que gobernaba mi discurrir por la suave y opulenta dimensión de este país, en coche, conduciendo por la izquierda... La ruta, hasta Estocolmo, no tiene pérdida: Jönköping, un buen tramo de carretera hasta Ödeshög acariciando el costado S.E. del lago Vättern; luego, Linköping; después, Norrköping, un poco más adelante Nyköping... Södertälje... y ya Estocolmo. A lo largo de ésta y supongo que de otras rutas, chicos y chicas adolescentes, no mayores de 14 años, ofrecen a la venta canastillos de fresas y frambuesas a los automovilistas. Mi alma quiere entender todo ello como una continua provocación lírica...

En aquella mi segunda aproximación al Norte por antonomasia mis inquietudes me impulsaron de nuevo hasta Finlandia. En las viñetas correspondientes a las criaturas que en su caso fueren, y en algunas más pendientes de tratamiento, ésa mi segunda entrada en Finlandia debe quedar cumplidamente reseñada. Sólo apuntar ahora que en el ferry que, en travesía nocturna me llevó de Norrtälje a Turku, estuve buena parte de esa noche hablando en cubierta con una preciosa chiquilla de 17 años, compendio de consorciados atributos nórdicos. Me dijo que uno de sus progenitores era sueco; finlandés el otro. Como siempre, el idioma inglés servía de vehículo mediador entre elementos tan diferenciados en clave socio-cosmovisiva como lo eran un español y una muchacha de primoroso e iniciático acabado expresándome pequeños interludios sobre las cuestiones inevitables: País de origen, vacación, estudios, viajes, etc. Me dijo que se llamaba Ulla y en la holgura acompasada del gemido del barco, y teniendo a las formas numerosas y desdibujadas de islas e islas (archipiélago Åland, a medio camino entre Estocolmo y Turku) por acompañantes discretos a distancia, le tomaba las manos mientras ella me dejaba encallar mis ojos en los suyos, con un ademán medio incrédulo, medio abierto a la esperanza. Sí, no se olvide que estamos en 1962 y que

aquellas razzias sentimentales celtíberas sobre territorio escandinavo no eran moneda de uso corriente. Eran altos tiempos, heroicas edades en que “lo español” se abría paso como podía mediante las actividades y el ejemplo vivo que instrumentábamos unos cuantos adelantados para quienes nuestros arreos eran los mapas de carretera y las rutas aéreas, y nuestro descanso el consolidar cabezas de playa en los piélagos emocionales de aquellas inconmensurables criaturas en exotismo, rareza e irrepetibilidad. Mi discurso solía versar sobre alguna referencia ajena a nuestros mundos privativos de interlocutores, como por ejemplo, Inglaterra, o ya en mi caso, los U.S.A. Desde una plataforma común y neutral (Inglaterra, U.S.A., como digo) entrábamos a hablar de nuestras respectivas comunidades nacionales: Finlandia, Suecia, España. Siempre se acompañaba uno del consabido pirueteo con las palabras a medio aprender en los propios idiomas; y siempre, siempre, en mi caso, con la indagación sobre si mi compañera de turno conocía, siquiera remotamente, alguna melodía española o hispánica, o el nombre de algún artista que hubiera rebasado las lindes de nuestro territorio, por eso de que las ondas de radio cubren grandes magnitudes de espacios... Baste decir que por aquel entonces Manolo Escobar había botado su “Porrompompero” y que la navegación de tan temperamental y racial melodía había resultado un éxito por todos los mares conocidos. El último cuadro de mi “show” personal incluía indefectiblemente el ponerme a cantar ésa y cualquier otra creación española para solaz de mi compañía. Así con Ulla. Es cierto: Lo oí decir a no sé qué personaje de ficción: “Suelda a dos personas por medio de una melodía y difícilmente podrán ya conocer el olvido total y mutuo”. Así con Ulla. La recordaré porque bajo la solemnidad de la noche nórdica, en aquella travesía de Norrtälje a Turku, estuve canturreándole cuantas melodías estuvo ella propicia a escucharme. Ulla. Mi timonel, mi Norte, mi vigía, mi Estrella Polar de aquella mitad de singladura lírica nocturna.

De regreso de Finlandia y ya en Estocolmo (Stockholm) me dejo arrastrar algo irreflexivamente por algún que otro paraíso de apariencialidad. A la entrada desde Norrtälje me abordan dos

jovencitas luminosas. Las subo al coche. Inicio con una y otra, por partes, los inevitables merodeos por la piel, los besos buceadores en profundidades enteléquicas. Me piden el anillo de oro con iniciales de mi dedo anular, y se lo doy, sabiendo que jamás volvería a verlo. Desde aquel día no he querido portar ni en las manos ni en ningún otro lugar del cuerpo adorno, presea ni amuleto alguno. En definitiva, ¡gracias! a aquellas dos golfillas por haberme ayudado en mi afán de esencialidades. Una noche – y esto podría ser el primer dato plenamente afín al contenido argumental último de otra viñeta, tal y como lo declarará su título –, una noche, digo, había dado yo con mis pasos rijosos en la célebre Kungsgatan (Calle del Rey), en una de las zonas más concurridas y, sobre todo, más frecuentadas por chicas de alterne. Desde la atalaya en que estoy relatando este hacecillo de íntimos fastos pertenecientes a la historia del corazón mío, no puedo por menos de admirarme del portentoso radar que animaba mis instintivos impulsos; del vaho enardecedor por el que se guiaba mi alma cuando se trataba de procurarme “juntamiento con hembra placentera”. Pero lo que ocurrió en la Kungsgatan fue que acertaron a pasar por allí dos muchachos que se quedaron mirando a cortas intermitencias la matrícula alemana de mi coche y a mí, como diciendo: “Coche alemán; conductor no alemán”. El caso es que fuimos todos, los tres, al piso de Berit, hermana de Rolf (de los dos, el rubio) y allí encontré alojamiento y amistad, lo que sería materia de otro capítulo. Ahora solo me toca seguir el resto del viaje durante algunas páginas...

El último día de estancia en Estocolmo me lo pasé parcialmente en Skansen, el museo al aire libre. Está emplazado sobre una colina, en una península accesible desde el “down town” por las arterias Narvavägen y Strandvägen y el puente Djurgårds a modo de istmo o cuello de botella en uno de los numerosos y anchos brazos de agua del lago Mälaren en su salida hacia el mar. En el museo se pueden ver réplicas de la vida en las granjas. Cuenta con casi todo: Restaurante, zoológico, parque infantil. Pero es probable que todo eso, con el tiempo ya cumplido, no signifique ni un superficial arañazo en

la memoria mía. Más que probable, es seguro. Pero el Parque Skansen seguirá manteniendo vivo en mí el acicate del recuerdo porque con ocasión de estar yo allí y de coincidir con uno de los bailes verbeneros que se celebraban de noche, sobre una estupenda plataforma de madera, a modo de amplísima tarima vallada, ví la mayor concentración de mujeres bellas, bellas hasta la exasperación, más allá de las homologaciones cinematográficas, inasequibles a las capacidades de asunción de un mediterráneo como yo que sentía mi alma anegada en estertores de impotencia. Eran casi todo mujeres las que llenaban el espacio acotado de la pista de baile; las menos, bailaban con muchachos; otras, entre ellas; y quiénes, solas. Me acerqué, obnubilado, confuso, lloroso de frustración, encandilado de esperanza, desbordado por aquella pleamar espontánea de belleza nórdica, genuina, con su prístina marca, extracto, síntesis de pedigree. Me acerqué más, siempre más. Observé que en Suecia las mujeres son en un buen porcentaje, rubias, claras; rubias como el oro de la cruz que se estampa en su enseña nacional; de ojos azulados, como el color que completa el diseño de dicha enseña. El oro del pelo y el berilio azulado de sus ojos es una corporeizada imagen universal de aplicación lata a la mujer sueca. Pero lo que no tenía yo tan asumido es que la mujer morena sueca es lo más genuinamente moreno que imaginarse pueda uno. Quiero decir que su morenía esplendorosa, de apagón brillante, de cósmico y radiosísimo “black out”, parece serlo más, en contraste con la tez del rostro que no abandona su antonomástica albura. Me acerqué más. Aquello no eran mujeres: Eran productos quiméricos, perfecciones en abstracto, devenidas encarnaciones por mor de un trance de antropomorfismo provisional, momentáneo, mirífico. ¡Hosanna! Les pedí a dos chicas que bailaran conmigo y accedieron, creo que por cortesía. Entre nosotros había una natural barrera de hielo. Ninguna de las dos hablaba más que unas palabras de inglés; y yo no hablaba sueco. Allí palpé dolorosamente otra evidencia: La de que hay que dar por bien empleado el aprendizaje de una lengua, tan sólo (y tanto) para poder entenderse con una mujer hermosa y acaso providencial. El aura de las palabras,

el calor de los conceptos hubiera podido ser la mejor fragua para derretir algo de esa barrera gélida. Además, las chicas que allí estaban desempeñaban muy bien su cometido de parroquianas animadoras de la verbena, y no me pareció que se encontrasen muy proclives a vascular hacia las posiciones tan primarias de alguien como yo que bien pude decir: Llegué, ví y, aunque enardecido, me apabullé.

Mi regreso a mi base de Düsseldorf fue maquinal, si bien distendido, atento, poroso a cualquier novedad. Llegué a Copenhague por la misma ruta convencional que la vez anterior, pero a partir de ahí, en vez de dirigirme al ferry de Kors[r, me dirigí a la Isla Falster a través del imponente puente Storstrom, de casi cuatro kilómetros, que la conecta a la de Seeland. Confieso que desde mi niñez los puentes han generado en mi ánimo algo contiguo a la fascinación. Había visto la fotografía de una perspectiva en escorzo de este puente en la portada interior del volumen II de la *Geografía Universal* del Instituto Gallach de Barcelona, 1952, es decir, cuando yo era un chaval de 16 años. De mayor, tendría ocasión de comprobar siempre semejante mezcla de arrobó y pasmo con el puente Salazar (luego, “25 de abril”) sobre el Tajo, en Lisboa; con el de Niteroi, como atando el cuello de la gigantesca bolsa que forma la Bahía de Guanabara a Río de Janeiro, etc., etc. “Die Brück” como paradigmáticamente, con palabra alemana, se conoce a Storstrom, efectivamente impresiona. Aquel día de julio de 1962 policías uniformados en impermeables, vigilaban como supongo que ocurriría siempre, la locomoción en el acceso a los primeros tramos de travesía. Estaba nublado, envuelto todo en ese polvillo de agua ceniciento, plomizo, presagiente. Distinguí a duras penas la estructura del puente: Bloques cuadrangulares de hormigón sobresaliendo, distanciados entre sí, varios metros por encima del agua, irguiéndose en el centro de cada uno de ellos, y como empotrada, una pieza rectangular rematada en ambos de sus dos extremos por una suerte como de conos o campanas sobre los que descansan los diferentes cuerpos estructurales, ensanchándose conforme van alcanzando la superficie exterior que soporta el tráfico rodado. El puente conecta las localidades de Vordingborg en la Isla

Seeland y de Orehoved en la Isla Falster. El policía de tráfico, al ver la matrícula alemana de mi vehículo, me recordó cortésmente: ¡Achtung. Warten Sie, bitte. Das Licht!, señalándome el juego de semáforos allá arriba, enfrente, gobernando toda opción circulatoria. Comencé a conducir a la velocidad marcada. No puedo recordar si se me ocurrió hacer un cálculo de la altura que mediaría entre el asiento de mi coche y la superficie del agua: Acaso un edificio de quince pisos, más de cuarenta metros, seguro. De cualquier forma sobrecogía por la hermosura huraña, por la tenebrosa belleza de la circunstancia. A un lado y a otro de las ventanillas, mar. Se conduce por encima del agua y no de un agua habitualmente luminosa y clara como la del estuario del Tajo o la de la Bahía de Guanabara; sino agua de un mar ceñudo, “awe inspiring” hasta en verano, sombrío en la configuración de las márgenes de visibilidad que permitía la línea cerrada del horizonte. Impresionante, inolvidable, sobrecogedor. Desde Orehoved se alcanza el saliente más meridional de la isla en Gedser, desde donde arranca el ferry que en unas tres horas aproximadamente le lleva a uno a Travemünde, pegando a Lübeck, en la entonces RFA...

El resto de mi viaje de vuelta, sin grandes cosas reseñables. Excepcionalmente debo anotar que mi amiga Marliese Brück, mi “musa del Rhin”, se matrimoniaba uno de esos días en su ciudad natal Wiesbaden; y que yo, por una jugarreta de mis paisanos de Düsseldorf, y por mi innata, patológica y siempre en aumento capacidad optimista, confiada y crédula de que “to er mundo e güeno”, me ví desprovisto de fondos de manera tan total y terrible como para no poder asistir a la boda, y en compensación tener que regresar a casa, a Alcalá de Henares, con el billete de tren de tercera más barato y más dietético que pude comprar.

Leila : Forssa (Finlandia), 1962, 1963

Hoy, un día de julio de 1990 decido abrir con las palabras un estuario en el mar de lo que comenzó a acaecer en 1962... Creo que el verdadero protagonismo lo ejerce aquí mi fervorosa voluntad de instalarme en un ambiente, lejano si medido con parámetros convencionales; inmediatez, si convocado mediante el acicate de la vivencialidad. La historia del corazón de muchos de nosotros, me refiero a los alojados en la generación mía, dispone de un recambio muy reducido de claves. La mayoría de las cosas se nos daban pensadas y diseñadas conforme a un finalismo oficial; y lo que quedaba, dentro de un espectro teórico de actuación, casi siempre se hacía acompañar de requisitos inviables. Es significativo que mi primer viaje a Finlandia, en la Navidad de 1959, lo realizara desde Inglaterra, quiero decir, durante, desde dentro de mi estancia de un entero año académico en un país que me sirvió con toda naturalidad de rampa de despegue. Sería curioso dimensionar los grados de cortedad y sumisión que le inspiran a uno los contextos sumisos y cortos. Si geográficamente Finlandia distaba sólo un poco más de España que de Inglaterra, en un plano de posibilismo especulativo y personal, mirar a Finlandia desde España se me presentaba en 1959 como algo inalcanzable, remotísimo, como perteneciente a la última Thule de algún continente tenebroso y frío. Porque una cosa había sido conectar a nivel de conversación y de encuentro rápido, vacacional, con algunas muchachas finlandesas y otra cosa muy distinta emprender viaje desde España. Estaba claro que, como hasta tiempos muy recientes, los españoles nos teníamos que servir de una catapulta intermedia: Aquellos de los que se dice que por los albores de los años sesenta asistieron a Congresos en la URSS, tomaron París como trampolín. Para quienes como yo mirábamos al Norte como una enfervorizada teleología de exotismo y promesas, no existía mejor plataforma de lanzamiento que Inglaterra, y en concreto, y por excelencia, Londres.

Mi viaje de 1963 a Finlandia era el tercero de los cinco que hasta ahora he hecho a este singular país. Se instala, así, en el centro de la secuencia, pero muy vencido del lado de los años iniciales en los que se produce el agolpamiento, ya que mis primeras cuatro visitas se efectuaron entre 1959 y 1965, y hube de esperar hasta 1985, nada menos que “veinte años después” para realizar la, por el momento, quinta y última visita a la “idílica Suomi”. Como digo, mi experiencia de 1963 contaba con los precedentes de 1959 y de 1962, ambos reseñados en algún lugar de estos relatos, conforme a la especificidad de las motivaciones que a cada uno le correspondiese. Sólo, y a modo de mínima orientación, señalar que mi primera entrada en el Norte, a través de Suecia, hasta llegar a Finlandia en las Navidades de 1959, se planeó, se dinamizó y se llevó a cabo desde Inglaterra, durante mi curso entero de permanencia como Profesor Ayudante en la Grammar School de Market Harborough (Leicester). La brecha en el lirismo por antonomasia de la Escandinavia mítica y entrevista se había consumado, y las perforaciones en aquellas latitudes de un Septentrión poético y ensoñado tomaron carta de naturaleza.

Pero estoy en 1963 y éste mi tercer viaje a la Suomi de los incontables lagos aspira a instrumentar una dimensión y un empaque distintos de mis dos primeras campañas con las que, sin embargo, debo contar como referencia insustituible. Todo debe servir para modular una historia de mis vivencialidades distinta. Cuando 1959, en Navidad, mi primera vez, casi siempre fue de noche. Mi segundo viaje, el de 1962, tuvo su centro de gravitación en Alemania, y aunque conseguí empujar la proa anhelante de mis inquietudes hasta Finlandia, no obstante, y como digo, las aras del ritual de las aventuras de mi alma quedaron levantadas con más voluntad de permanencia en otros lugares, en otros países. Y por eso, 1963 tenía por fuerza que concentrar en su ejecución el colmo de emociones que yo solo y a mí mismo pudiera dispensarme. Y esta vez arranqué desde España y puesto que era verano, mes de julio, tenía que regresar a España antes de volverme a Norteamérica para seguir desempeñando mi docencia e investigación en el Hispanismo.

En el centro de todo siempre se halla uno mismo más empedernidamente soñador que nunca. Sí, cuando estamos en los aeropuertos se nos figura todo aire, una amplia luminosidad que enciende el hogar de los recuerdos y los empuja las más veces – ¡ay!– insensatamente, hacia el mismísimo borde del absurdo. Delimitando sueños con las cosas que he visto y que me han dolido no saldría más que un imperfecto rompecabezas. O si hiciera un haz con el conjunto de sitios que va hollando mi pensamiento tendríamos un cubilete de dados de colores. Y por eso se conservan algunas cosas enteramente inútiles al propósito de dar un mapa a mi imaginación. Donde se da un milagro puede haber un jardín de ellos plantado por la mano del destino desde siempre. Y volar es uno de ellos. Como siempre y como nunca. La tierra y el aire no dejan de compaginar un verbo que sigue sin catalogarse en las buenas gramáticas para tormento de todos los viajeros con aficiones de filólogos. Hay una superación, una locura de contigüidades – verso y prosa – que le hace a uno arrancar reflexiones y conjeturas torturantes. Es verdad también que hay un lenguaje secreto que habla de cambios, de fracciones, de subidas, de billetes y de pagos que solamente podremos camuflar y nunca intervenir definitivamente en la aduana de nuestro capricho. Y lo sufrimos como justo contraste con la maravilla.

Hice todo el vuelo con las líneas escandinavas SAS (Scandinavian Air System). Aventura, pudor de una primera declaración de amor, y luego confuso amontonamiento de detalles en el leve pecado de la memoria. El mito nórdico de lo rubio y fugaz comienza en los aviones de las compañías escandinavas. Porque hay sonrisas que llenan y que nos hacen navegar abiertamente en un mar de aguas tranquilas y azuladas. Sonrisas, que no lagos, por todas partes. Y yo ya sabía de sonrisas y de aires y quizá de mujeres que nacieron sonriendo o queriendo aprender. Pero las corrientes milagrosas donde las azafatas de mi viaje se dejaron empapar el alma quisiera yo saber dónde están para recetar el maravilloso bálsamo a todos los que padezcan de dureza de gestos. Ellas, mujeres, pusieron

música de fondo a todo el panorama de mi lírica peregrinación. Bondad, no sé. Pero dichosa la muerte que venga detrás de un sueño de color de aurora, que haremos punto y aparte en las muertes de la vida. Imaginaos, amigos, un par de divinidades griegas e intocables, con esa geometría de límites que no se pueda contener en la más flexible conciencia. Y por eso se van: Para que nos encontremos en la irrealidad vivida de una muerte certísima. Se mueven por el pasillo, y la suave palabra providente de cada una las va guiando ya hasta nuestro asiento. Y pesan todavía como una caricia; atan como un tentáculo de rosas rompible tan sólo al golpe del beso. Pasan y pasan segando y sembrando flores, criaturas luminosas de exterminio y bendición, de resurrección y muerte en sus palabras a siete kilómetros de altitud.

Hacemos escala técnica primero en Barcelona; luego en Stuttgart, y por último en Copenhague. Nos engaña la geografía como una mujer de lejos. Finlandia, decididamente, es una superficie llagada con miles de ampollas que se hacen agua al toque amplio del sol. En estos años sesenta de mi inclinación por Escandinavia, lo de viajar hacia el Este, siquiera Nordeste, me produce una estabilización de la balanza, de mi cupo geográfico en Europa. América por un lado, y Finlandia por otro comportan el equilibrio justo marcado por el fiel en el Mediterráneo. No hay duda: Nos proyectamos, verificados, hacia casa; nos arrastra y nos determina la exactitud de una lección y una aventura bien aprendidas. En julio, en este singular país que es Finlandia siempre es de día. Me faltaba esa perspectiva ocasional para enriquecer el caudal de mis reflexiones. Cuando vine por primera vez, en Navidades, casi siempre era de noche. Y el año anterior de 1962 no me dio tiempo ni para sentir la mordedura de la luz cegadora, porque sólo hubo lugar para la acción, sin puntos ni comas. Adelante, como fuera, corriendo como loco, a golpe de acelerador y freno hacia donde creía que manaba el torrente de luz más intenso: El infinito de la fantasía.

Helsinki, a las once de la noche y con claridad. El sinsabor de la pérdida de una orientación, de un Norte anímico estuvo a punto de desarreglarme y destemplarme los nervios, aunque sólo sea cosa de horas; de echar el ancla y esperar a que el mar se vaya rindiendo al ingenio y a la perseverancia de la voluntad. Helsinki (o sea, toda Finlandia) ha experimentado un alza fabulosa en los precios. Resulta que a primeros de este año de 1963 los fineses hicieron la misma “fineza” con su marco que la “galanura” de los galos con su franco hace tiempo: Eliminar ceros, limar diferencias y hacer ciento (es decir, uno) lo que antes estaba bailando entre las diez primeras decenas. Linda gracia que hace resentirse al bolsillo más optimista. Se sigue conduciendo a lo loco y no hay quien ate cabos con las direcciones. Las calles, adoquín puro para que duren con el frío, hacen trepidar a los coches, a las varillas o palancas del cambio de marchas y a las puertas que no ajusten bien. El asunto de los precios me preocupa a medias, casi de manera anecdótica. Se trata de dedicar algunos \$ más de los originalmente programados. El Norte de Europa que yo conocí para mis merodeos y calas estéticas era una magnífica esponja de mis ahorros durante el siempre recién acabado curso académico de mis Universidades norteamericanas. Venía a España con las alforjas repletas, y los motivos líricos de mis fervorosas romerías a las Thules septentrionales se encargaban de dejar reducido a replegado pellejo el bulto repleto y orondo de la rebosante cornucopia o calcetín de mis citados ahorros. ¿Que costaban más las cosas? Bueno. Se trataba de desprenderse uno de algunas cuantas más estampitas de crédito que el Tío Sam había instrumentado como medio de pago.

Me alquilé un coche, un VW, el típico escarabajo que entonces se tenía por el utilitario más sufrido y versátil del mercado, y así, con la reflexión sobre el valor del dinero (que en mi caso se arreglaba mediante una mayor liberalidad en la disposición de los medios que previamente me había facilitado el Tío Sam) y mi decisión de alquilarme un VW dí por superadas las cuestiones de la subida de los precios y de la dureza del adoquinado de algunas calzadas finlandesas. ¿Por dónde empezar? Dos mapas me van a ayudar eficazmente: El de

la gasolina Shell y el de la propia conciencia. Porque, ¿puede haber orden en lo que no tiene principio puesto por mi mano? Temo que en el atropello disculpable de contarles a mis lectores las experiencias vividas me deje huecos, recargue los brochazos, las pinceladas de la descripción o de la imaginación. En suma, donde no debiera, es posible que haga una vulgar carretera repleta de badenes y desniveles en vez de la arteria de comunicación que tengo delante de mi cabeza y que necesita del asfalto de la pluma y de la paciencia para llegar a ser. Es tan vago eso de contar con un montón de direcciones y llamar a las puertas de la propia promesa o del recuerdo voluntarioso. En cualquier caso, uno es el valiente que se lanza a las cosas. Lo difícil, pensaba yo, es venir a Finlandia.

Amigos: Después de cada parrafada que voy enhebrando como puedo, yo quisiera conversar con cada uno de vosotros; matizar, recapitular, insistir sobre puntos gratos, condenar y desterrar de la conciencia los tramos del pasado adusto y desagradable. Así, mi caminar sería sobre seguro, con el paso bien guardado por la solidez de mi espíritu. Amigos: Estoy solo en la brecha y tengo que continuar sin escudero y sin Dulcinea determinada, enconándome aún más el pensamiento por esas escisiones emocionales, mentales y contradictorias que me arrastran por todos los caminos. Estoy en dirección Noroeste, rumbo a Forssa, a 110 kilómetros de Helsinki, en la carretera principal a Pori, en busca de Leila Haakana. ¿Leila? Todo había empezado el verano anterior. Curiosidades, sutilezas, maniobras con el timón del destino que hace pegar bandazos y cambiar de dirección incesante a la nave cargada de eternidad que llevamos cada uno dentro. Un puro golpe de azar, un arrebató ante una gratuita y hermosísima provocación, un cerco al corazón mío, un intercambio de direcciones, una correspondencia más o menos sistemática, pero siempre existente y cuando menos, latente. Leila desde Finlandia; yo desde los U.S.A. durante mi segundo año de profesar en la Universidad del Estado de Michigan en East Lansing. Leila se había destacado como una cifra, como una luminaria en el Norte de mi mapa de Europa, faro que señalizaba los piélagos más remotos de todos los

recorridos pensados y por pensar. Leila no hablaba más que finlandés; si acaso, entendía por mimetismo intuitivo algunas palabras de inglés si yo se las decía, y me ayudaba yo con la inmediatez encapsulada de semia y kinesia al mismo tiempo. Y sin embargo nos habíamos escrito. Hasta me había mandado una preciosa foto en blanco y negro, de 8'5 x 5'5 en cuyo reverso rezaba: “Tomassille / Leilalta” que, por poco entendedor que uno fuera dejaba colegir algo como: “Para Tomás, de Leila”. Leila por aquella época no debía tener más de 16 años e intentar describirla me acarrea la confesión de medias verdades. Era bonita porque yo la encontraba bonita. La fotografía recoge un rostro de adolescente y una sonrisa cuya calidez y bondadosa simplicidad prevalece sobre cualesquiera pronósticos agoreros que el Norte gélido pudiese a uno inspirarle. Rasgos finísimos, de una corrección milagrosa; si acaso, dejando que la mente imaginativa, por vía de pura especulación diletante y estética pudiera recomponer algún punto de prosapia mongoloide allá, siglos atrás, muchos siglos atrás, por un leve de estiramiento en las comisuras más esquinadas de los ojos. El pelo, como una alfombra de mechones en forma de llamita por la frente, la baja mejilla y el cuello. Viste en la foto una prenda de color oscuro con escote redondo, dejando ver únicamente un bellissimo istmo conectando cabeza y tronco. A uno o dos dedos de donde el pelo termina de cubrir el cuello cuelga hasta más abajo del pecho de lo que la foto permite, un collar de cuentas oscuras y brillantes; y en el centro, cruzado por la raya del vestido, el suave vallecillo de la garganta flanqueado por los dos levísimos montantes. Oh, sí, una preciosidad de proporciones y de expresión, y de euritmia. Como digo, estaba yo en M.S.U. y cuando me llegó la foto con la carta correspondiente acertaba a hallarse allí conmigo, en mi despacho, un colega vecino de Departamento, el Profesor Lazlo Borbas, húngaro nacionalizado y experto en Literatura francesa: No pudo reservarse un comentario, comprensivo y bondadoso como era: “Well, Thomas, you seem to pick them up right from the cradle” (“Parece que las escoges recién salidas de la cuna”)...

Leila no era la única que había encendido en mi voluntad una llamaradita de estímulo para hacerme aprender finlandés. Sin embargo, pronto ví que la batalla estaba perdida, aun sin empezar a librarla. Finlandia contaba (y cuenta) con unos cinco millones de habitantes y la mayoría de los ciudadanos al nivel de cultura de la segunda enseñanza se toman el inglés como su lengua subsidiaria. Mis amistades comportaban el mayor refrendo de esa regla, y también la más absoluta de las excepciones. Leila era un espécimen rural, cuya educación no perforaría tal vez el nivel de la segunda enseñanza, y cuyo cometido en el engranaje del diseño nacional finlandés no iría más allá de ser una buena madre de familia en ambientes locales. ¡Quién hubiera podido saberlo!

¿Cómo nos habíamos estado escribiendo durante el curso 1962-1963? No lo sé. No conservo carta alguna de Leila. Quiero recordar que sus comunicaciones eran recipientes de silencio que, con buen criterio, esperaba – como así era – que yo los rellenase a mi antojo. Quiero creer que me mandaba tarjetas de Finlandia con una o dos palabras equivalentes a “recuerdos”, “amor”, o cosas así. El término *rakastaa* (querer, amar), de fonética pegadiza, se hacía reconocible aun bajo cualquiera de sus innumerables flexiones y en todo caso se daba uno cuenta de en qué dirección se movía el mensaje. Como digo, carezco de datos para precisar la magnitud de nuestro tráfico epistolar aunque sospecho que yo sustituí con mi vocación de exotismo e idealismo libres las carencias que nuestro “language barrier” significaba. No es maravilla, así, que en el número 6 de nuestra primera revista complutense de poesía *Llanura*, correspondiente al mes de septiembre de 1962 sacara yo un díptico de sonetos con el título “Leila”. Entre otras esperables imágenes de exótico ambiente y de emocional vivencia, llamo a Leila “fidelísimo trino de mi halago” y “puntualísima amiga junto al lago”. A poco conduciría siquiera pretender hablar en este contexto que nos ocupa del valor literario de tales poemas que, cautelarmente, yo calificaría de discretos. Pero lo que sí denotan es el enganche lírico inmediato que yo experimenté. Probablemente trazara el esbozo configurativo de los

endecasílabos durante el mismo viaje, “a pie de musa” o, todo lo más, inmediatamente después de regresar de Finlandia aquel 1962, ya en Alcalá de Henares y a punto de dar a la imprenta el mencionado número de *Llanura* del mes de septiembre. Hubo, así, motivación fuerte y elemental necesidad de liberar dicha tensión lírica por medio del poema. Hubo todo un curso de 1962-1963 que yo fui llenando de pronósticos halagüeños y de futuribles alentadores. Y todo ello en función exclusiva de mi encuentro casual con Leila el verano de 1962; encuentro volandero y contingencial que, sin embargo, me había arrancado ese díptico de sonetos como adelanto de futuras realizaciones; como adivinación de esencialidades entrevistas; como “wishful thinking”, previsión optimista y gratuita, en una palabra.

También, mientras miraba y remiraba la foto de Leila discurría mi mente con reflexiones sobre la madurez de conciencia de los nórdicos que permitía que una criatura de 15 años como Leila se hubiera encaramado a las más altas cotas de ocupación y cuidado por parte de un hombre de 26; y la madurez de constitución sazónada de ciertas mujeres de las zonas tropicales, que entre 10 y 15 años pueden dar por terminada la fijación por entero de la historia de su feminidad. Por lo visto yo disponía de una dirección de Leila en Helsinki, donde compartía piso con su amiga Eila. Y allí me dirigí. Pero Leila ya no estaba en Helsinki. Me había dicho por carta que estaría hasta el 14 de julio, pero por razones imprevistas se había tenido que ir a Forssa, a su pueblo, un día antes. De lo que no cabía duda es de que mi visita posible había sido tema principalísimo en los círculos amistosos de Leila. Su amiga Eila, que sí que estaba en el piso, me dió a entender algo así: Que Leila contaba conmigo; que me esperaba y que suponía que yo iba a venir a verla; que estaba ya en su pueblo, en Forssa, y que allí es donde debía yo encaminarme.

Amigos: Más que nunca necesitaría ese remanso de la conversación y el cambio de sugerencias; ese pozo donde ver reposar, amansada, el agua de las impresiones y dejar que sea útil, porque torrentosa y turbia no vale más que para descabalar las lindes del

pensamiento y de la ejecución. Y hacia Forssa me encaminé, pasando por el pueblecito de Takkula y la ciudad de Karkkila, casi justo esta última a mitad de camino. Llego a Forssa sin dejar nunca la carretera de Helsinki, atravieso la Rajakatu, continúo por la Valtatie, como si procediera en dirección a Pori, tuerzo a la derecha en la Murroukatu, dejo atrás la Talsoilankatu, y giro a la izquierda en la Turuntie, calle donde vive Leila. Avanzo, comiéndome el paisaje con los ojos doloridos por la codicia exaltada; avanzo más, comprobando, dejándome encharcar, inundar, desbordar por el nudo de recato y glorioso triunfalismo que me había empujado hasta allí... y..., Leila estaba en la puerta de su casa, sacudiendo una alfombrilla, cuando yo llegué. Así de total y de simple, como deben ser los milagros. Leila, según supe luego, no sabía que yo iba a venir a Finlandia; por lo menos, que iba a venir en tal o cual fecha concreta. Leila me vio, dio un gritito, encogió los hombros de sorpresa pura y no dijo ni palabra. Hondura y exactitud del encuentro que bien quisiera yo complimentar con este testimonio, con este insuficiente balbuceo. Porque está claro que uno no desearía pasar de aquí; está claro que lo demás es descender, vivir de los primores pasados; es decir, no producir nada. La cima total de mi viaje la coloco allí, en cuestión de veinte metros. Es tan gloriosamente, tan irrepetiblemente fantástico. A ver si lo explico. Yo no sabía bien donde vivía Leila. Me lo dijeron en una tienda de allí cerca. Y llegué de la forma que he relatado. Había alguien en la puerta, en los primeros peldaños de la escalera. La casa era como de campo. A mí me parecía Leila. Pero, por otra parte, no me parecía merecer esa cercanía, esa contigüidad comulgante del milagro. Imaginaos que en una búsqueda lírica como la mía, en un rastreo vivencial, no haya excepcionalmente idas ni vueltas; los “¡ay!, pues si acaba de irse” y los “¡hace un momento, si lo hubiera sabido!”. No. Nada. Insisto en que allí estaba ella evitando esas contingencias de tan problemático devenir. Yo la llamé, sin más. Dije en voz alta, sin llegar a gritar: ¡Leila! Y Leila hizo todo lo que ya he contado.

Leila a partir de entonces se convirtió en un ser inconcebible, repleto de encantamiento. Mientras yo esperaba, allí afuera, junto al

coche, ella pasó a su casa, soltó la alfombrilla que estaba sacudiendo, y con una sonrisa transida de emotividad, larga, que la encapsulaba toda, con las palmas de las manos adelantadas y hacia arriba..., avanzó a mí, como afectada, como sumisa ante el brutal, sorpresivo y redentor golpe de mi estar allí. No hablaba: Todo era un encogerse, un sonreír, un dar saltitos y un mirarme a hurtadillas, al tiempo que musitaba una improvisada y pobrísima, aunque generosa, koiné de términos mitad en finlandés, mitad en inglés. Lo primero que hicimos fue dirigirnos al Hotel Tammi, en la calle Kaupakatu, no lejos del río Loimijoki, y tomar habitación. Lo que hicimos aquella criatura y yo durante los tres días que permanecí en Forssa seguirá testimoniando por los siglos de los siglos la búsqueda agónica de absoluto con la que mi alma daba impulso a mi razón de ser. Allí, en aquel pueblecito, yo solo representaba un universo de capacidades; aun lejos del centro de gravedad de mis atribuciones, allí, en Forssa, yo desplegaba una increíble y polivalente función: Leila me veía como nuncio de unos sentires y de unos decires absolutamente inimaginables, pues si llegar a Finlandia implicaba exotismo para la realización mía, disponer de un español que había sajado más de 3.500 kilómetros de ámbito telúrico para hacer el ofertorio de su celtiberismo ardoroso a ella, a Leila..., eso debía parecerle imposible de fabular. Leila no hablaba casi: Hacía pequeños gestos como de desalentada fatalidad, se escurría hacia abajo como si quisiera ser engullida un poco por su jersey, y se acercaba a mí esperando de mi humanidad la solución, la pauta, el signo liberador respecto de lo que, ficticia o realmente, pudiera significar problema. A cada momento me decía “solly” [“sorry”], como inculpándose de algo tan inevitable y tan ajeno a nuestras responsabilidades como el hecho de que ni ella hablara inglés, ni yo finlandés...

Con todo, Leila debió diseñar con una disponibilidad maravillosa y espontánea el programa de estar conmigo los tres días que permanecí en Forssa. La dejaba por la noche en su casa, yo me retiraba a mi hotel, y la recogía por la mañana. Leila, con una exquisita y cándida adivinación de adolescente sospechó el encanto que en mí producía ese gratísimo consorcio del campo y de la

urbanización. Leila me llevaba a restaurantes o simples casas rurales donde daban comidas, merenderos escondidos y cuya localización sólo podía conocer algún duendecillo del lugar como ella. Nos metíamos en el coche y Leila golosamente me hacía el regalo de conducirme siempre, por algún camino distinto, a algún sitio donde pudiéramos tomar cualquier cosa, estar sentados, pasear. En sesiones así es donde y cuando mi alma se empapaba de la campiña finlandesa, del enorme cuidado que menos de cinco millones de personas deben poner para mantener aseado un país relativamente grande, el sexto en extensión de Europa, exactamente. Las mesas rústicas, hechas de troncos de árboles limpios y nobles; así como los bancos, los utensilios de uso corriente: Todos mostrándose como elementos conformes de un orden propio, de un civismo y de una responsabilidad social. Leila adivinó, como digo, la profunda atracción que despertaba en mí ese montaje natural e improvisado de estar con ella en las arboledas, en los boscajes, y sentirme henchido de humanidad, de pluralidad, aun en razón de tan sólo nosotros dos como protagonistas. Cada uno de los tres días que estuvimos juntos me enseñó sitios más y más a nuestra medida, más depurados de presuntas impurezas, más cargados de recoleta y lírica confidencialidad. Las comidas que hacíamos a cualquier hora, los refrescos providenciales y samaritanos que nos deteníamos a sorber sobre banco y mesa rústicos de merendero que, acaso, ante la solicitud de Leila, abría para nosotros.

En 1985, o sea, veintidós años después de esto que estoy relatando, y en mi, hasta la fecha, quinto viaje a Finlandia, trasladándome en autobús desde Turku a Riihimäki, impulsado por motivaciones de distinta condición, al pasar sin detenerme por Forssa, pensé: ¿Qué habrá sido de Leila; de aquel “fidelísimo trino de mi halago”; de aquella “puntualísima amiga junto al lago”? Porque de una cosa sí puedo estar seguro, y ello es de que la amé, y de que aún, a mi manera, acaso la siga amando.

Liisa y Siru: Lappeenranta (Finlandia), 1963

En julio de 1963 emprendía yo el tercero de mis viajes a Finlandia. Me precedían dos visitas, la de 1959 y la de 1962, para buscar en este tercer intento un logro que compendiasse todo lo que en las anteriores ocasiones hubiera quedado falto de dibujo, escorado por carencia de ejecución. Mi viaje a Finlandia de 1963 entrañaba la significativa novedad de que lo comenzaba, de que lo acometía directamente desde España, trasladándome en avión hasta Helsinki, y tomando dicha visita como un asunto de intención privativa y profunda. Porque era el caso que mi viaje de 1959, durante las Navidades, lo había llevado a cabo desde Inglaterra, aprovechando mi curso académico de residencia en Market Harborough (Leicester) como Spanish Assistant de su Grammar School. Inglaterra me había permitido mirar a Finlandia como un destino de telúrico exotismo menos inalcanzable, puesto que en 1959 mirar a Finlandia desde España sin que mediara un rodaje preparatorio, era como encararse con una fabulosa penúltima Thule, y más, en pleno invierno. Mi segundo viaje, en el inmediato año anterior de 1962, había tenido como centro de despegue y de repliegue Alemania, concretamente Düsseldorf, ciudad a la que volé desde Madrid y desde la cual me trasladé en coche hasta Finlandia a través de otros países escandinavos, al tiempo que echaba sobre mi conciencia y sobre la historia de mis visceraciones otros encuentros con mujeres que en algún lugar, y conforme a algún clima de estas memorias mías, recibirán o han recibido ya su refrendo de esencialidad por medio de mi palabra...

Sin embargo, este viaje de 1963 me lo había preparado con la codicia beoda del que se sabe en deuda con su propio destino, y ni siquiera cree que puede esperar a que el tiempo se manifieste en sus plazos, en sus instancias inmóviles que, no obstante, impiden misteriosamente que las cosas nos ocurran con simultaneidad. Con este viaje de 1963 pensaba yo dirimir cualesquiera diferencias valorativas, cualesquiera insuficiencias de mis viajes anteriores. Pretendía ser un viaje a la medida exigente de mis posibilidades, y había colocado el

listón muy alto. 1963 había sido el año de mi forzosa despedida de la Michigan State University, y en septiembre comenzaba a profesar en la University of Western Ontario, de London, en Canadá. Así que mis ocupaciones durante aquel verano sólo incluían responsabilidades académicas y/o asignaciones curriculares de menor calibre que las que me habían correspondido los dos años anteriores, por ser mi nuevo destino un centro de menos desarrollo (por lo menos en la época a la que me refiero) que M.S.U. Además, en Canadá arrancaba de cero, y el rodaje intensivo anterior me podía permitir, en caso de emergencia, vivir cómodamente de las rentas.

Por aquellos años habitaba yo con mis padres nuestra casa de la calle de Santiago, nº 13, en Alcalá de Henares. Eran los tiempos dorados del correo, en que con sólo mi nombre y el de la ciudad los envíos llegaban con puntualidad artesanal, portando una complicidad confidente en las entregas que, dos veces al día el cartero efectuaba anunciándose mediante un pitido enérgico de silbato que hacía que me echara yo escaleras abajo, con el corazón en vilo al escuchar mi nombre voceado, tratando de imaginar de qué punto lírico de la Rosa de los Vientos me llegaba el místico acicate en forma de aventura, de nombre de mujer...

Un día de julio de 1963, con los bolsillos interiores de mis pantalones atiborrados de billetes de \$ U.S.A. (como queriendo desprenderme de todos ellos en un solo envite, puesto que el curso siguiente mi salario se satisfaría en \$ canadienses, cálculo – dígame desde ahora mismo – irrelevante e impropio, por otra parte), me subí en un avión de las SAS y me planté en Helsinki. Allí lo primero que hice fue alquilarme un coche, un Volkswagen exactamente. Provisto de un mapa de carreteras del país que la Shell proporcionaba gratis; provisto de un repertorio de direcciones, teléfonos y nombres; y sobre todo, pertrechado de una encendida voluntad de peripecia lírica, comencé a materializar el diseño de mis intenciones. Y es el caso que el capítulo o viñeta que ocupa el espacio de ahora en este *Mujeres, lugares, fechas...*, lo justifican dos criaturas que el destino me puso a

flor de espontáneo y limpio azar. Pero antes que de ellas tengo que hablar de otras muchas cosas...

Había yo verificado lo más acuciante del argumento de mis motivaciones líricas en Finlandia para entonces y mi viaje parecía encontrarse en la fase sumisa de la parábola en que ésta se doblega hacia su fin. En Forssa mi alma se había reencontrado con Leila, y supe que la vida puede proporcionar gemebundas dulzuras y altísimas claves de regeneración de la propia eternidad; en Turku, Tuula me había espolado mis ansias místicas de seguir siendo; en Hiidenvesi, en casa de mi amiga Irja, la “musa hospitalaria” de la dedicatoria de mi traducción del poema “April Rise” (“Surgir de abril”) de Laurie Lee para mi Tesis Doctoral, había conocido a una criatura, Irma, sobrina de Irja, que más hubiera valido no hubiese aparecido delante de mi destino, de tan hondamente como dejó sembradas en mi ánimo las semillas de una planta conocida y a la que desde siempre temo. Con unos cabellos de pura idolatría no levantó en mi alma huracanes ni ventiscas de desasosiego, sino más bien un muro infinito de tristeza y desprendimiento de querencias humanas. Haberle dicho “te amo” me habría sonado a pura fantasía, como aquella medalla de plata sobre su pecho, mientras se solazaba en la orilla del lago, jugando, a pocos metros de mi piel. Y no dije más que unas palabras hondas y mansas, y desprendidas como el pozo artesiano de la sinceridad desnuda: “Aunque no te vuelva a ver, no importa. Los dos nos merecemos pensarnos y glorificarnos en nuestra respectiva y ausente soledad”. No estará de más decir que había yo conocido a Irja unos años atrás en Londres, a través de amistades comunes. Irja era hija de un médico bastante notable, y hermana de médico también, especialista en técnicas radiológicas que trabajaba en la Universidad de Turku como catedrático. Irja había tenido conmigo la sin par deferencia de darme el número de teléfono de la residencia de verano, a la que me estoy refiriendo, propiedad de su padre, y que con el nombre de Hiidenniemi se hallaba en la región lacustre de Hiidenvesi, en el centro del triángulo formado por Helsinki, Karkkila y Lohja, justo entre Nummela y Vihti. Me constaba que ese teléfono sólo era

patrimonio de un círculo restringidísimo de familiares y afectos. Por eso, lo de “musa hospitalaria” de la dedicatoria en mi Tesis Doctoral se ajustaba a Derecho y a mi hondo y cordial beneplácito.

Mi alma se había anegado en desengaños. Había mirado y consultado yo las direcciones y las fechas y las horas del día y las distancias y las prestaciones de mi coche y las que mi disposición estaba en condiciones de facilitarme. Decidí visitar a una mujer desconocida. Lo de siempre y lo de nunca. Había estado en Madrid un verano y era amiga de otra amiga mía. Hablaron de mí. Me sabían viajero. Y entonces, “cuando venga Tomás a Finlandia que no deje de acercarse por casa”... Y sí, acercarme a Riihimäki fue lo que hice, pues en la ruta última de mi previsión kilométrica Riihimäki sólo distaba unos 60 kilómetros al N.E. de Hiidenvesi. En la dirección de Riihimäki no había nadie pues la familia de mi amiga había ya ocupado la casa de verano, cuyas señas también tenía yo, por lo menos en el papel. Una aventura tan penosa como la que más es la de encontrar ciertas localidades, sobre todo cuando esta casa de campo de mi amiga Tytti todavía no tenía instalado teléfono. ¡Qué limpia la dirección de una carta que copiamos a máquina con el cuidado de un párvulo o con las bonitas letras mayúsculas de imprenta, fruto de un escrupuloso deletreo! Dura prueba la de contactar con aquella mujer, que quedó largamente compensada con una de las estancias más hondamente apacibles y bienaventuradas de mi vida. Se trataba nada menos que de llegar al punto Rehakka, Janakkala, Tapionranta, correspondiendo el primero de los nombres a la casa de campo en sí; el segundo, a la aldea propiamente dicha, a unos 15 kilómetros al Norte de Riihimäki, y justo debajo del pueblecito Turenki; y por último, correspondiendo lo de Tapionranta al distrito lacustre. Como se puede ver, todo de artesanía individualizada. La oscuridad tenue se iba echando encima y yo sin dar con el camino. Señores, ¡qué camino! Más de uno de vosotros puede llamarme tonto y torpe. Bien: Me aguanto y quede todo en el cajón de las presunciones porque no puedo traer a nadie al toque mágico de la varita para que vea aquí. A las once de la noche llego al sitio presunto. Silencio, pero luz. Parece que hay vida. Yo, en

el coche sin atreverme a errar otra vez, a hacer una salida en falso y preguntar sí es allí donde... Una mujer solícita, atenta y comprensiva, llena de bondad llega a mí. Ella es quien debe ser y yo lo mismo. Una tarjeta mía y su respuesta a España que no hubo tiempo de ver, por desgracia. Lo lamento, por la hora que es. “Pero, venga, hombre; sal del coche de una vez y pasa”. El padre de Tytti había estado en Madrid y sostiene que las once y pico de la noche es la mejor hora para hacer cualquier cosa. ¡Menos mal !...

Saliendo de la carretera principal se va a otras secundarias de tierra, caminos vecinales de tercera. Salpicaduras de agua por todas partes, casitas que aparecen curiosas al subir un repecho o que acechan al viajero en cada curva. Dulce oscuridad que se resiste a vestirse por completo de luto. Luna y sol. Al sol le llaman *aurinko*, y a la luna *kuu*, en perfecta conjugación de horas y de cometidos. Por esos vericuetos se llega a otros, y de allí a otros por obra y arte de una geografía encantadora y dedálica... Tytti es una gran persona. Me dice que me lleva a cenar sin más dilaciones, pero para abrirme las ganas me sugiere que me vaya con su tío a la sauna, y de allí al lago que está lamiendo, quietecito, la casa. Sauna y lago. Otro histórico binomio con el que hay que contar sobre todas las cosas al hacer la historia de Finlandia. Con el cuerpo chorreando vapor y ardores, con los ojos medio ardiendo con una antorcha en mitad de la pupila, se zambulle uno en la frescura del agua del lago, siempre fiel y siempre el mismo, como un segundo personaje en el reparto de la vida finlandesa. El lago Rehakka, que así se llama también, es noble. Juguetea mansamente con las aguas sin llegar a encrespase, y las caricias de los botes que le despiertan y le duermen las devuelve con magníficos peces, algunos de los más suculentos y crecidos llamados *kuhas*, y que ya en el plato, con un pedazo de pan de agujeritos y un buen vaso de leche hacen pensar en el pasaje evangélico, conmovedor por su generosidad...

Las dos mañanas que, correspondientemente, siguieron a las dos noches que hice en Rehakka, juntamente con Tytti y con dos sobrinos suyos, rubiales, despejados, vivaces y festivos ante la visita

de alguien como yo, me apliqué a la recogida de grosellas silvestres, encarnadas y negras, riquísimas. Aquella hermandad entre el biotopo natural y el hombre; aquel respeto y conocimiento mutuo entre las instancias de la civilización y el medio ambiente en sus ritmos originales, no dejaron de conmoverme, pues acaso el medio rural finlandés constituya uno de los más enaltecidos ejemplos de equilibrio y responsabilidad telúrica e inteligente llevado a cabo por sus humanos pobladores. Conservo una preciosa foto, sacada por Tytti, de su dos sobrinos Matti y Olli, y yo, sentados en un pequeño promontorio, y en la que se ve a los chavales descalzos, medida naturista recomendada para activar la circulación de los pies y – diría yo – hasta para recordarle a uno que hay que tener los pies en la tierra, físicamente puestas en contacto nuestra piel y la tierra, como la más directa ejecución de un esquema semiótico de intenciones.

He corrido tan deprisa con el pensamiento que las cosas se van quedando en el camino, apenas despuntadas, con la marca aún fresca del diente que no basta para llevar al paladar lo agrio o lo dulzón del regusto. Cada vez que rompo caprichosamente mi relación me parece más inhumano el perseguirla. Los cabos no se dejan atar con la armonía, continuidad y fijación que yo desearía, y al final de todo este negocio me temo que me van a quedar en las manos del recuerdo trozos, tramos tan significativos por lo menos como los que vengo apuntando. Si hay algo que desde entonces me arrastre hacia Finlandia con sus llamadas líricas, de puridad edénica, ello sería Rehakka, inmerso en la casi idílica contemplación de la quietud y del descanso. Tytti se había superado en los dos días que yo estuve allí. A ella me tendré que referir en alguna otra latitud de estas memorias.

Amigos: Dejo que adivinéis lo que hay de brutalmente vivencial en estas rupturas del hilo invisible y juguetón de nuestros destinos. En estos trances de sentirme inmerso en la espiritual aventura, no he podido nunca hacer nada sino seguir, dirigir más concienzudamente que nunca la proa al azul inabarcable, al piélago

por donde navegara el corazón vapuleado ya tan certeramente por tanto vendaval emotivo.

De Riihimäki me dirijo hacia el Sur, hacia Järvenpää, por cumplir con una cita simbólica, con unos nombres, más que con personas reales. Dentro de las casi infinitas probabilidades que existían para que mis emplazadas no acudieran siempre quedaba el mínimo y torturante hueco de la duda por el que mi corazón escapaba y me conducía a la verificación de la palabra, pronunciada unos días antes en medio de

la gran Plaza de Helsinki. No, no se llevó el viento el “flatus vocis”, y allí fui yo, a Järvenpää. En el punto de la cita, una chavalilla con cara de susto me aborda apresuradamente y me dice que la entrevista larga y pensada es imposible. Que su amiga no puede, no quiere, no sabe, no entiende... no... Ahí van los ocho marcos que les había prestado yo en Helsinki para que tomaran el autobús...

Kouvola es mi próxima parada, porque me quiero dirigir hacia el Este, vía Lahti, ligeramente al N.E., a unos 65 kilómetros de Järvenpää; desde allí a Kouvola para hacer noche, y a la mañana siguiente, hacia el Este, como digo... hasta donde pudiera. Me había entrado curiosidad por llegar a un punto de la carretera general entre Imatra y Savonlinna, justo a medio camino entre las aldeas de Siinpele y Parikkala, donde tanto dicha carretera general a Joensuu, como una línea de ferrocarril de esa zona del S.E. de Finlandia parecían entrar en contacto con el territorio soviético. La impresión que produce el grafismo cartográfico de los mapas turísticos de carretera como el que yo tengo, es imponente, de verdadero apabullamiento, como corresponde a una masa ocre de territorio de la URSS, a modo de marea telúrica, que rodea, abraza, pone sitio, empuja y se propone aplastar por machacamiento desde el Este a la pequeña Finlandia contra el Golfo de Botnia, y erradicarla por empotramiento contra el colgante bípedo de Suecia y Noruega, a modo como de cono o manguito de señalización eólica para Euro-Asia. Porque un vistazo a la evolución de las fronteras de la idílica Suomi nos ilustra sobre la

avalancha eslava de gigantesco agobio vecinal que supuso la accesión de la URSS a los territorios de Petsamo y la parte occidental de la Península de los Pescadores en el Océano Glacial; la franja de Karelia; el distrito de Kuolajarvi; una faja de tierras situadas al Norte del Lago Ladoga; la ciudad y bahía de Viipuri (Viborg). A mitad de distancia entre esta última ciudad y la parte de territorio finlandés que se halla, teniéndolo naturalmente enfrente, en el mismo paralelo que el vértice más septentrional del lago Ladoga, puede decirse que allí, allí exactamente, el territorio soviético araña la carretera y el ferrocarril de Finlandia. Y allí es donde precisamente se me había a mí despertado la curiosidad de ir. Según la versión oficialista de la máquina conformadora de criterio del Estado español, los soviéticos por aquellas fechas seguían siendo considerados como anticristos, y a mí se me figuraba una experiencia inusitada y fantástica si, debido a la contigüidad geográfica, pudiera ver... ¡yo qué sé!..., por lo menos a uno de ellos...

Y para todo eso, primero tenía que llegar a Kouvola, preparado como estaba a encerrarme en un hotel, a tumbarme parte del día, a lavar un par de cosillas rápidamente, y a hilvanar algunos detalles de esto que estoy escribiendo y que, amigos míos, preferiría llamar carta abierta para quitarme el peso de lo que pudiera acarrear una confesión. Kouvola, no obstante, no podía dejar de traerme raptos de memoria, ora mansos, ora encrespados, de Rakel Wähl, la “musa nórdica” de la dedicatoria de mi traducción del poema “Yachts on the Nile” (“Balandros por el Nilo”), de Bernard Spencer, para mi Tesis Doctoral. Y puesto que esta mujer conforma la entidad de una entera viñeta de esta obra mía, no debo recargar aquí el relato con contenido reiterativo. Pero, ¿cómo no traer a mi recuerdo, a la más viva y dolorosa de mis incumbencias el hecho de que Rakel ya se había casado y ni siquiera vivía en Finlandia? Si sus padres vivían o no en Kouvola es un dato que, por no existir sobre él rastro alguno, tuvo que ser obviado del panorama de mis posibles actuaciones. Kouvola era, fue, entonces para mí un nombre, un cuenco de recuerdos y un nudo de catapultaciones. Quiero que me imaginéis llegando, viendo,

reposando y escribiendo, sin entrar en las actividades normales ni de la ciudad ni de sus gentes. Una ciudad que me proporcionó sosiego, un par de comidas sobrias y nutritivas y el cupo propicio de paciencia para redactar un haz de cuartillas, en razón de cuyo contenido soy ahora capaz de esta lírica y agonística recapitulación...

Si tuviese que hacer un alto, una separación – arbitraria, sí, como todo lo que sea seccionar continuidades naturales – sería mi salida de Kouvola hacia el Este lo que me brindara esa oportunidad. Porque hasta ese momento y en la medida que fuere, había podido yo contar con un nombre, con un dato escrito, con el resguardo oral de una carta, de un recuerdo, de un “me dijo mi hermana que a lo mejor venías”. Se acabó ya todo. Me sacudo la servidumbre de estas ataduras, de estas apoyaturas a veces atosigantes, y con una ducha de agua limpiísima me digo a mí mismo que estoy solo con todos los rumbos de la Rosa de los Vientos en mis manos para provocar la exaltación de una geografía providente y propiciar la oferta milagrosa de un país al que me acerco con la mejor fe romántica. Encaramado en mi Rocinante de metálicos miembros, encapsulado muellemente en el pequeño mundo de mi coche y en el amor de las cosas para con los hombres, parto, pues, con las horas de la mañana zumbando alegremente en mi tiempo futuro. Camino largo y hondo al que sólo sustenta la pasión de la pura pasión. El *porqué* está a punto de zozobrar y parece que únicamente nos queda la sola acción, la sola inercia de algo anterior y que no nos atrevemos a repudiar. ¡Qué días tan intensos los que fluyen con un montón de cosas y de sueños en la superficie de las horas! Nos pesan, nos abruma, nos colman, nos rebasan con un gravamen que lo vamos dejando a regañadientes por los caminos del instinto. Si ahora cojo esto, quizá no tenga sitio para aquello otro que puede ser mejor. He aquí la lucha sorda que va tejiendo tupidamente la alfombra por donde los pies se arrastran o discurren, se encadenan o se desembarazan mientras buscan las sendas ignotas de lo que entendemos en cada momento por felicidad. Y se sigue porque no hay más remedio; así, simplemente, como lo digo. Cuántas veces me repito que las cosas que encontramos no pueden ni

deben ser las perfectas ni las maravillosas, pero que hay que tomarlas por el peligro de tener que aceptar otras peores. Bastante bondad es que las cosas no nos hagan daño. Yo me conformaría con no cambiar este sistema de injusticia aparente que, bien mirado en su raíz, podría ser hasta benévolo y protector.

En el Motel donde hago noche sigo al galope con los acontecimientos. En esta lucha cruenta que me he propuesto contra el tiempo y la acumulación, no sé aún quién lleva las de ganar. Ya he perdido el rastro de mis relatos últimos y debo acostumbrarme a una orientación improvisada, pues mi bajel ha plegado las velas y se deja llevar de la muelle anarquía de las ondas de un piélago desconocido. Día nuevo, sí. ¡Cómo me quema esta luz inundadora desde todos los rincones! No puedo, no quiero ya escaparme de su manotazo de alerta. Y la mole de esas chimeneas que bruñen en mil brasas el golpe del sol; y la lengua esa de agua que parece que mana de mis mismísimos pies son los compañeros que mejor me podrían afianzar en el mundo. Sobre la tierra no me queda nada que mirar como no sea esa orgía de claridad que me ha estado amenazando con privarme de la discreta intimidad de la noche. Y es la claridad la que me ata; es esta luz dominante y cegadora la que al mismo tiempo me impone el ritmo de acción y de pensamiento. Aquí se alcanza el punto terminal de una secuencia. Día nuevo, como si hubiera estrenado un calendario o la memoria me renaciera para contar los árboles, las piedras, el nombre de las cosas. Una compacta obstinación me bloquea el recuerdo con blanda laxitud. Quiero creer que todo es absolutamente nuevo, que voy a hacer borrón y cuenta nueva. Ya me es insuficiente el cuévano de cosas que me traje para este viaje, y en la pérdida irremediable de lastre y lastre veo que me voy dejando asuntos que quizás hubieran merecido el templado amor de una palabra en sazón.

En Kaipiainen, a unos 25 kilómetros de Kouvola, dos muchachas con macuto, me hacen autostop y me dicen que si las puedo llevar hasta Lappeenranta, a unos sesenta kilómetros por la misma carretera. Me dicen que son enfermeras, que han terminado sus

vacaciones y que regresan a casa. Lo que no me dicen, pero lo veo yo, es que son absolutamente atractivas y complementarias. Una de ellas, rubia, la más comunicativa, se llama Siru; la otra, morena, más espigada y más alta, también más recatada, se llama Liisa. Puesto que les informé de que era español y que venía de Helsinki y alrededores, de visitar a una serie de amistades y cosas así, me preguntaron que a dónde iba... Hay respuestas que pueden servir de clave en un río de devenires a un nudo de resurrecciones. Les hablé de mi pretensión vaga, turística, porosa de acercarme, tal vez hasta Joensuu..., de recorrer algo de la parte S.E. de Finlandia, donde se da la concentración más acusada de lagos de todo el país... Como digo, una respuesta vaga y holgada, como corresponde a una actividad emocional en cese, en receso, en fase de repliegue. Hablan un poco de inglés, y me piden autorización para parlamentar entre ellas en finlandés, en unos intercambios de discurso ora sopesados, ora picardeados por el guiñito brillante de alguna de ellas. Sospecho que hablan de mí y de las posibilidades que nuestro espontáneo encuentro pueda significarles en el espectro de sus emociones vacacionales que están finalizando. Mi alma hace acopio de disponibilidad, de voluntad ubicua, y les digo que si no tienen nada mejor que hacer me pueden acompañar el resto del día en Lappeenranta. Vuelven a parlamentar en finlandés y me dice Siru – la rubia, la más comunicativa y que se encargaba de canalizarme el producto final del cambio de impresiones entre ellas dos – que tendrían mucho gusto en acompañarme y en estar conmigo el resto del día; que a la mañana siguiente ellas reanudan el trabajo pero que hoy... (por la fecha en que nos encontrábamos) me lo podían dedicar...

¿Tendré que decir que en el transcurso del viaje hubo tiempo suficiente para crear entre nuestras almas en acecho lírico como un atisbo de complicidad emotiva? Me sentí naufrago rebotado y desorientado por la contemplación, no de uno, sino de dos barcos que en mi busca vinieran al mismo tiempo y desde dos direcciones antipódicas. Siru me gustaba por el encanto vivaz, extrovertido, sonriente y mordaz que a veces ponía en su expresión. Era quien

llevaba la voz cantante y la que se había sentado, por esas opciones indiferentes del improvisado azar, en la parte delantera del coche, a mi lado. Liisa, la morena, de vez en cuando reclamaba la atención mía con alguna puntualización templada, y en ese momento en que yo, con las manos en el volante, giraba el torso para acompañar el acto de escucharla al de mirarle el rostro, me apercibía gozosa y dolorosamente de que era una joven preciosa, con piel de nuez clara y un gesto acompasado y concorde de sus ojos y de sus labios mientras me estaba mirando que me obligaba a reestructurar en aquellas secuencias, por coyunturales que pudieren ser, toda la historia axiológica del corazón mío. Me habían encontrado vacío, estragado de tantos cariños, y las dependencias y compartimentos del cofre de mi alma se hallaban vacantes, comenzando tímidamente una decoración mínima con el fin de cubrir las desnudeces que el desencanto y el desamor, la melancolía y la nostalgia habían instalado en mi espíritu. Mis ímpetus románticos, que partían de la indigencia, se habían multiplicado por... muchas cantidades desde el momento en que encontré a Siru y Liisa hasta nuestra llegada a Lappeenranta. Todo se fue ya decidiendo conforme a un plan escueto pero frondoso de motivos:

Les rogué que me llevaran a un Hotel recomendable donde pudiera descansar un rato y cambiarme, y que a la hora que más les conviniera a ellas, que me vinieran a recoger y nos fuéramos a cenar al sitio que ellas creyesen más adecuado, sin escatimar gastos. Insistí con enérgica e inequívoca cortesía que yo les invitaba y que no debían preocuparse por el asunto del gasto...

Me dejaron en un hotel céntrico y se despidieron hasta la hora de la cena. Discurrió mi mente sobre el juego a que el destino nos somete, como peones, en sus designios y enredos, tan imparables como insospechados. Las chicas éstas, las dos, me gustaban; se habían cruzado en mi camino para recordarme lo humildes que hay que ser en estas ocurrencias del corazón; que no es honrado oponer resistencia a tales embates del azar generoso. Así que me bañé, descansé, tomé unas cuantas notas de viaje y esperé lo mejor de las cosas últimamente

acaecidas. A la hora prevista se presentaron Siru y Liisa. Titubeó Siru al decirme que habían pensado... bueno, que el Kasino les parecía el sitio mejor para ir a cenar... pero que quizá resultaba un poco caro... que ellas no querían... ¿Os imagináis, amigos, qué no diría yo, teniendo como tenía las alforjas de mis pronósticos llenas de optimismo y de avidez de llenarlas de realizaciones colmadas de armonía? ¡Sería por dinero, y por ganas, y por encrespamiento romántico. Sería por...! De todo, de todo estaba yo nadando en la abundancia; pero más que nada me obsesionaba que las cosas resultasen a la altura preeminentísima que el corazón mío había colocado el listón de sus complacencias y de sus responsabilidades.

Nos encaminamos, así, hacia el Kasino, en la calle Kirkkokatu, casi haciendo esquina con la Aionkatu, y permitiendo ver desde sus dependencias la orilla del lago Saimaa. La entrada al restaurante ya produjo un aura de ondas de anillada espectación. Yo estaba radiante, suficiente, con la prestancia que le concede a uno saber que se encuentra en estado de gracia, en estado de poder hacer frente al destino, y mirarle a la cara, y apostar igual de fuerte que él. Liisa y Siru resplandecían: Siru vestía una blusa blanca y una falda verde clara; se había esponjado un poco el pelo rubio y destilaba limpidez de sol reflejado en purísimo lago. Liisa parecía transfigurada: Llevaba un vestido marrón tenue de una pieza, y se había desceñido asimismo algo su melenita morena. Las dos me embriagaban. Y a las dos empecé a quererlas al mismo tiempo. Me di maña para acercarles la silla, a una y a otra, al sentarse a la mesa. El maître, percatándose acaso del calibre significativo de mi encuentro a aquellas dos bandas, me preguntó que de dónde era yo. Acto seguido, con ceremoniosa reverencia, nos colocó la bandera española en el centro de la mesa. Yo me erguí, me levanté quiero decir, y sabedor de que éramos el centro de atención de los concurrentes, hice una inclinación sostenida y reiterada de más de media circunferencia.

La cena, en su justificación material, digamos que no pudo ser mejor, porque se alcanzaron con creces los límites que ofertaba la

hostelería finlandesa: El pescado más fresco y sabroso, la carne más sazónada y tierna, el espumoso de más alta calidad... ¿qué eran, comparados a mis ansias – una vez más, todavía una siempre penúltima vez más – de eternidad enardecida? Llegó la música de orquesta y tuve que bailar, quise bailar con una y con otra. Si las vibraciones vivaces de Siru encandilaban mis ya crecidos ardores, el lirismo pausado e inquietante de Liisa daba pábulo a la propensión vocacionalmente romántica de mi destino. Siru, por ser de estatura media, al bailar iniciaba una suave enarcación como trepadora, aupándose el rostro hasta mi mejilla y procurándose una contigüidad templada para el haz de nuestros torsos. Sentía yo su vocación de acercamiento, sus instancias de tangencialidad con el pecho mío, y cada tramo motriz que yo iniciara con la presión de mis brazos, con el repasar de mi cara, era compaginado por ella con un inequívoco desplazamiento en dirección a las márgenes, ya adyacentes, de mi piel. Liisa más bien parecía que me estaba esperando; esperando a que yo, mediante la intencionada atracción de la ponderada báscula de mis brazos le instara a la supresión más absoluta de distancias. Era sólo un poquito menos alta que yo y nuestras mejillas disponían de una amplia lámina de coincidencia. Con los labios de una y de otra dejé, como sonámbulamente, que se detuvieran los míos, mientras nuestros ojos quedaban atascados, absortos en el milagroso misterio que se aloja en toda revelación. Supe entonces que me había enamorado de ambas.

Hoy, 13 de agosto de 1989, relejendo unos apuntes de Literatura sobre la obra de Gil Vicente, concretamente sobre su *Comedia de El Viudo*, viene a mi conciencia el tema del amor compartido; del equilibrio indeciso, aunque pletórico, entre el amador y las dos hermanas de la comedia; sólo que aquí, en mi historia, se trataba de amigas. Liisa y Siru, Siru y Liisa fueron dos excelentes muchachas, y como tales se comportaron. Me ahorraron, juntas, el infinito cúmulo de complicaciones que una sólo, por separado, hubiera supuesto. Este tremendo aforismo de “la espina entre las dos rosas” va cobrando en mí una actualidad, una realidad tan intensa que temo hacer de él el lema invariable de mis actuaciones. Delicioso y sutil

mundo el de las enfermeras que yo lo creo más cerca de la noción de humanidad y naturaleza que cualquier otra manifestación de los hombres. Y además, todo nació como nace lo que luego flotará por encima de nuestras memorias para que estiremos los brazos y esforcemos los dedos por asir el humo de lo pasado. Nació de la obligación pura de que se produzca el destello dentro de la oscuridad y de que en el desierto más abrasador aparezca el oasis.

Al día siguiente de estar con Siru y con Liisa, hoy, he vuelto a empezar. Una etapa a solas me está devolviendo el centramiento y la autonomía de espíritu que ya empezaban a enajenarse de mis límites. He conseguido, por lo menos, llegar a ese mar en que el tiempo, como factor vital, se ha desvanecido. Me guío por la noción de hambre, cansancio, tedio, urgencia para orientarme en el mapa cartesiano de la vida. Hay una red de incompatibilidades que me inunda y me amenaza con ahogarme y lo único que en apariencia me produce es capacidad de adaptación a lo desconocido. Un poco más de compromiso con el orden y con la prevención no sé qué tal me hubieran ido en este viaje. Con todo, los frutos que se hayan descolgado, a nadie sino a mí se los debe mi paladar de catador insistente. Aquí hay que agarrar a las cosas con arranque y fortaleza de hombre decidido; lo demás está visto que es perder terreno.

Tiras de agua que lamen a pocos metros de uno el borde de la carretera. Se imagina, se sueña. Pero la realidad tiene siempre tan brutal eficacia que no se sule con nada. Viraje brusco, buscando el Oeste, en Särkisalmi, por el que prescindo de dirigirme mucho más al N.O. Viro, viro, a través de Savonlinna y Mikkeli, siempre hacia Helsinki que va a ser la esclusa, la catapulta que haga estallar el pistón de la cabeza de mi alma. Ciudad medio dormida, medio continuamente desvelada por la amenaza sonriente de un aire que se enrarece con aromas desconocidos. Un mundo en el que se citan los horizontes de dos criterios, de dos historicidades. Ya no sé qué opinar de tanta incoherencia como se le ocurre a mi fantástico sino. Quiero, necesito creer que el vendaval es bueno y que mi barco llegará antes

que ninguno con las velas reforzadas de pronta espontaneidad. Va acercándose la hora de hacer punto final en Finlandia. La vez que más me ha calado este país. Es un esfuerzo cotidiano – y lo digo para quienes sigan de cerca las labores de la aventura – eliminar la mitad de la potencia normal de cada uno en su propio y habitual biotopo en un momento dado, y trasladar su frente de operaciones a un lugar donde la rareza del medio hace erizarse de obstáculos el suelo que pisamos. Honda pasión por la tierra es la que me hace seguir la cala comenzada, no recuerdo cuándo, y en la que el único premio consiste en el hallazgo de nuevas aventuras. El soplo humano alienta hasta en las motas de arena más mínimas; persigue, emprende, brota y desaparece para dejarnos el estupor y el ¡ah! a flor de piel por la boca misma.

Las palabras que no valen son las de despedida. No creo en ellas. Yo sólo doy crédito a las prórrogas, como si el más allá fuera cuestión de un momento, eternamente renovable. Si me acuesto, me golpea la necesidad de escribir. Si escribo, lo hago con la sospecha de andar equivocando de nuevo los papeles. Así están las cosas. Memorias, confesiones, o relatos visionarios es o puede ser esto que estoy lamentablemente empeñado en expresar, en una lucha tan sin sentido que ya ha empezado a dolerme el aliento de mi última melancolía. Soledad y tristeza..., eso es todo lo que se me viene a manos llenas ante la extática realidad de esta quietud que amenaza tragarse hasta la mismísima existencia. Aquí, junto a este lago adulto y hondo, se recuestan las casas y las vidas como para no querer saber nada de los compromisos de la verticalidad. Emoción de la mañana larga, desgredada mil veces a la indecisa y leve claridad inundante. Por los amplios marjales de estas tierras se esconden secretos aseguibles a la pura curiosidad, tocables al golpe de la insistencia sonámbula.

Sin nombre (olvidado): Trondheim (Noruega), verano, 1963

Mi viaje a Escandinavia de 1963, el tercero que ya aventuraba, alcanzó asimismo la cota más distante: Finlandia. De ello ya he hablado al referirme a las “mujeres” protagonistas de las viñetas correspondientes; y aunque como mero dato inicial respecto de otros desarrollos argumentales tenga que volver a hacerlo, en el caso de ahora mi acción arranca de Estocolmo. Debo decir que mi “Escandinavia, 1963” estuvo impulsada por la amplitud de logros. La concepción del recorrido fue, igualmente, más esmerada y con más capacidades logísticas que las dos visitas anteriores, en 1959 y en 1962. La de 1959 partió de Inglaterra, tuvo como límite restrictivo natural el rigor del invierno dentro de Finlandia, a la vez que mis pretensiones de medio alcance hubieron de desarrollarse compartidas con mi escala sentimental en Hamburgo, y en un tramo de tiempo más bien corto, todo bajo la advocación de la experimentalidad. El siguiente viaje de 1962, si bien con ciertos finalismos acaparadores de diversas geografías (no en vano arañé la suave corteza de Alemania, Dinamarca, Suecia y Finlandia) tuvo también su principal contrapeso en su propia concepción, que fue lanzarlo desde Düsseldorf, imposibilitado como estaba yo de impedir que algunos factores de pintoresquismo y desorden dejaran su marca frustrante, de desagrado, en más de una peripecia del viaje.

Así, puse todo mi pundonor en realizar la proyección ambiciosa que había diseñado para aquel verano de 1963. Hice más acopio de dólares que de costumbre, teniendo siempre como modelo de modelos el estilo de viaje que tan magistralmente ejecuta el héroe de *La vuelta al mundo en ochenta días*. Cuántas veces mi mente ha recreado, entre incrédula y emuladora, aquel bolso alargado y hondo, de doble asa, repleto de fajos de billetes de £ de abultada denominación que le permitía a Mr. Phileas Fogg, mediante alquiler o compra de servicios, actuar dentro de un cuadro de, prácticamente, ilimitadas posibilidades. Claro que mi caso no era ni siquiera parecido, pero mi voluntad de acercarme lo más posible a ese insuperable

paradigma de operatividad creo que merece una instancia de aprobación. Concebí el viaje con estrategia simple y directa: Llegar en avión a los sitios claves, centros de operaciones, y alquilar allí el medio de transporte que fuere. Así lo hice en Finlandia desde Helsinki; así lo hice en Suecia desde Estocolmo. En Finlandia me había alquilado un VW tipo antiguo, pero en Estocolmo la empresa de coches de alquiler que me recomendaron sólo disponía en ese momento de un modelo posterior de VW, algo así como el antecesor de los modernos Passat; un coche medio, suficientemente espacioso y manejable para mis necesidades. Con ese asunto sometí a mi sistema nervioso a una prueba de las más decisivas, pues no es lo mismo llegar con muchos kilómetros previos, en caliente, por carretera a un país en que se conduce por la izquierda, que subirse a un coche y arrancar desde el mismísimo corazón de la ciudad de Estocolmo, conduciendo también por la izquierda. Tuve que envejecer y consumir los mejores árboles de neuronas de mi sistema neuro vegetativo desde que salí del garaje de la empresa de alquiler de coches hasta que me ví en las afueras de la ciudad, rumbo al Oeste, hacia Örebro, y eventualmente Noruega...

En Södertälje, al entroncarme con la carretera nacional E3 que duraría hasta Örebro, di por concluido mi rodaje más perentorio y me dediqué a disfrutar con tranquilidad del buen logro de mi concentración, de mi maña y de mis reflejos. Llegué sin novedad a Örebro a lo largo de la E3 para tomar la E18 hasta la frontera con Noruega. Pero, ¿de qué frontera estoy hablando? Hay gratificaciones para cuya medición no se dispone de artilugio alguno, porque ninguno de ellos a buen seguro recogería las sutilezas de signo vivencial que ciertas realidades incorporan. Resulta que va uno por una carretera sueca y cuando se está consciente de la inminencia, de la cercanía del país vecino y se espera todo un aparato de controles, de barreras, torretas, garitas y oficinas de intervención con guardias uniformados y armados, con lo único con que, incrédulamente, se encuentra uno es con una banda de chapa rígida, a modo de pancarta pendiendo y sujeta por dos postes erectos sobre dos pivotes sustentadores, uno a cada

lado de la calzada, y que cruzándola de parte a parte te dice que estás en Noruega, y que el tráfico rodado se rige por la derecha. Apabullante y emotivo. La confederación de vecindad y de buenas relaciones sabíamos que era moneda de curso legal en la comunidad de países escandinavos, pero este consorcio se aprecia más estrechamente materializado entre Suecia y Noruega que entre otras cualesquiera dos naciones del grupo. Por entonces, Suecia e Islandia mantenían la circulación por la izquierda, que la primera abandonaría, para derechizarse, a finales de la misma década de los sesenta...

Cruzada la tan singular frontera, recuerdo que me detuve en Askim para una comida algo tardía, y tuve la fortuna de caer en una especie de cafetería donde me sirvieron una tortilla y un vaso de leche. Con el tiempo se nos haría usual, por verídico, oír eso de que en una sola ciudad española de tamaño medio, como por ejemplo Granada, se pueden encontrar más sitios abiertos al público donde se expiden bebidas alcohólicas que en toda Escandinavia, reconduciéndole a uno a la desproporción de equivalencia igualitaria (en lo referente a las prestaciones de que hablamos) entre un contingente de unos 300.000 habitantes y otro de unos 25.000.000, como dijimos que contaría la totalidad de los cinco países nórdicos... Esa misma jornada llegué a Oslo y me hospedé en el Hotel Belvedere, en la Karl Johans Gate, no lejos de la Universidad, a su vez en una como gran plaza abierta, rodeada rectangularmente por los flancos del edificio. El hotel era más bien regular tirando a malillo, como muy de paso para turistas solos, marineros, etc. Me pareció conveniente porque había sitio donde estacionar el coche, allí mismo a la puerta. En la habitación, encima del armario, encontré una novelucha en español (!), de autor extranjero, que alguien se había dejado. Con el tiempo se me centrifugó su título...

Aquella noche me dediqué a escudriñar algún sitio que pudiera ofrecerme “material” femenino. Sólo una escaramuza con una chica algo histérica que se me subió en el coche pero que no estaba en disposición de compartir intimidades; y el encuentro espontáneo con

un noruego parlanchín, a la salida de la única “boite” con música que pude encontrar en el Oslo de entonces. Como nota de curiosidad volví a ver a este muchacho, ya casado, en Narvik, dos años más tarde, durante mi anábasis nortea con Berit. Me había dejado el hombre una tarjeta y se emocionó cuando le buscamos para invitarle en Narvik. Era algo simplón, y a tenor de las posibilidades que el ambiente de Oslo ofrecía para la aventura espiritual improvisada, no me choca que la criatura se viera abocada a la sociedad marital.

Pero yo no quería estar en las ciudades. Lo mío era embriagarme en el ámbito tangible de aquellas tierras. Y así, al día siguiente salí de Oslo y tiré para Trondheim. En el propio viaje radicaba la vida y ésta no se podía concebir sin aquél. Y en cuanto a lo de viajar solo es una de las más concentradas complacencias que uno puede administrarse. Puse rumbo, como digo, hacia arriba, hacia Trondheim, sin plan perfilado aunque, eso sí, sabiendo que desde allí iniciaría mi repliegue, cortando en línea recta hasta Sundsvall, en la costa oriental de Suecia, y desde allí, de nuevo, a Estocolmo. En el cruce de Dombås recojo a una chica de Trondheim que hacía auto-stop. Le invito a una comida por el camino y ya en Trondheim, ante mi insistente capricho de bañarme en el Mar del Norte (o Mar de Noruega, en el caso) me lleva a un pequeñísimo fjordo, un conato de fjordo, donde desde unas rocas me zambullí en un agua inhóspita, fría e indiferente. La chica – imposible recordar su nombre – me dijo que podía pasar la noche en su casa, que a sus padres no les importaba...

Al otro día salí de Trondheim, y puesto que Noruega se estrecha más y más conforme su territorio se aúpa hacia el Norte, ya en Trondheim la vejiga que parece formar el país se estrangula sensiblemente, de forma que la frontera sueca está a unos 110 kilómetros; frontera que crucé por Enafors con la misma experiencia de libérrima holgura y, eso sí, con la admonición de que de nuevo había que conducir por la izquierda. La carretera era algo más sinuosa y se me hizo el camino un tanto penitencial. Faltaban todavía bastantes kilómetros para Sundsvall, estaba rendido de cansancio,

había consumido toda la claridad de la jornada, comenzaba a lloviznar y sentí que el coche escoraba del lado izquierdo... ¡Pinchazo! Se me hacía muy injusto que tantas pequeñas cosas desafortunadas pudieran compactar un infortunio abultado. Arrimé el coche sin grandes entusiasmos hacia el borde de la calzada y procedí a cambiar la rueda. Como milagrosamente, percibo por esa vibración sutil preñada de inmediateces la presencia de alguien a mi espalda. Era un señor, de noble sonrisa, calmoso y amplio. Dice que cuando pasaba él con su coche a su casa, un poco más detrás, me ha visto... y, bueno, que si me puede ayudar. Habrá alguna propagación que permanezca indemne en el seno sin márgenes de los tiempos, en la que, sin embargo, haya quedado reflejada la impronta de mi reconocimiento a aquel caballero que, obvio es decirlo, sin conocernos, me ayudó a montar la rueda de repuesto. Aquello me confortó sobremanera, sobre todo porque, además, mi bienhechor me llevó a su casa para que me lavara y me preguntó si necesitaba algo. ¿Cómo le dí las gracias? No recuerdo. Le dije que no, que no necesitaba nada más; que lo único que quería era llegar a Sundsvall, y que ya no tenía problemas. Me despedí y seguí mi ruta. Pero estaba tan absolutamente reventado que no creí prudencial conducir un kilómetro más. Estacioné el coche en un camino, bajo unos árboles y me tumbé como pude, arropado dentro del coche con las prendas que llevaba al efecto. No creo que durmiera en absoluto, pero sí descansé algo; y teniendo el palio del empíreo sueco por techumbre se me llenó y vació la cabeza muchas veces de quiméricas, unas; y otras, razonables cuestiones. Pensé en que aquella obsesión que se había apoderado de mi albedrío respecto de Escandinavia tendría que terminar, iba a terminar; pero no tenía interés en ni siquiera pronosticar cuándo. Si antes terminaba la intoxicación, antes podría comenzar a recuperarme. Lo que sí tenía claro es que mi alma estaba en condiciones de ingerir aún cantidades significativas de esa cicuta emocional y suave que conocíamos como Escandinavia...

Unas cuantas horas más tarde ya estaba el ámbito repleto de higiénica claridad. Conduje hasta llegar a un pequeño lago. Me bajé

en bañador, y después de lavarme la boca en una orilla me chapucé audazmente, braceando con furia, para quitarme con ese golpe de mano y por sorpresa los miasmas del sueño. Unas chicas jóvenes que jugaban en la margen a unos metros de donde yo me encontraba suspendieron sus menesteres, me miraron, respondieron a mi saludo y se sonrieron. Braceé, como digo, furiosamente y una vez tonificado, me sequé con energía y subí al coche. El día estaba empapado en claror: oro y azul, siempre reales o entrevistos los colores de la enseña nacional sueca, marchamo de místico cromatismo, pelo y ojos de las muchachas. En Sundsvall me arreglan el pinchazo de la rueda y en la estación de servicio me aborda un hombre regordete, me pregunta de dónde soy y esas cosas, que hacia dónde me dirijo y que si le puedo llevar a Estocolmo. Claro que puedo. Resulta ser un compañero de viaje hablador: Había estado por lo visto bastantes años viviendo en los U.S.A. y habla un inglés de oído bastante defectuoso gramaticalmente, pero enormemente expresivo. Cambio impresiones con él sobre una variedad de cosas. Llego a la conclusión que ya tenía barruntada desde hacía mucho tiempo: y es que ser nacional de alguno de estos países escandinavos conlleva más trabajo y más responsabilidad (o más gasto) que en otras partes. Siempre vamos a lo mismo: Mantener un país grande como Suecia (el cuarto en extensión de Europa) limpio, cívico, ordenado y eficiente, con menos de nueve millones de habitantes supone ciertos sacrificios. Creo que tal razonamiento haría echarse para atrás a más de un español para quien el Estado debe hacer todo, y el individuo nada, como si el Estado no lo fuéramos todos, poquito a poquito...

Llegamos a Estocolmo y entrego el coche. Voy a saludar a Berit y a su familia. Desde allí mismo confirmo mi billete de vuelta y cierro la fecha. Al día siguiente estoy en España .

**Susan : Michigan State University, East Lansing (Michigan,
U.S.A. 1962 - 63)**

No quiero disponerme a la botadura del relato de mis dos cursos académicos en la Michigan State University (Universidad del Estado de Michigan) de East Lansing, Michigan, U.S.A. sin una aclaración de mera depuración profiláctica para el mejor entendimiento de todos nosotros. Y es que dudo de si el nombre del personaje femenino que justifica el título de esta viñeta opera en calidad de “primus inter pares”, o no; o que acaso le corresponda a ella con justicia la cuota de eminencia por la que su nombre, y no otro, comporta la responsabilidad del encabezamiento del capítulo. La coherencia y el mérito que tuviere lo que pretendo dejar expuesto, espero que le permitan al lector juzgar por sí solo.

¿Sabríamos situarnos en 1961? En mayo de ese año había rematado yo el primero de mis dos doctorados, el de Filosofía y Letras, especialidad de Filología Inglesa, en la Universidad Central de Madrid (el otro, el segundo, vendría por el campo del Derecho, y lo conseguiría en la Universidad de Granada diez y nueve años más tarde, en 1980). Mi alma rebotaba de satisfacción y justo orgullo. ¡Doctor universitario a los 24 años! El mundo se me ofrecía ahí fuera, para que empezara a engullirlo, aunque el mundo, en honor a la verdad, me propició otras cosas más digestivas y menos quiméricas que el permitir que yo lo engullera. Me ofreció la posibilidad de trabajar en el extranjero, entrar en los U.S.A. por la puerta grande y dejarme volcar mi desmedido entusiasmo y mi capacidad operativa.

Sucedió que por aquel entonces, el Director del Departamento de Lenguas Extranjeras de la M.S.U. (Universidad del Estado de Michigan), profesor Stanley R. Townsend, había venido a Europa en viaje académico. Su visita a España, además de cualesquiera otras motivaciones, la justificaba su cometido de reclutar a alguien que, estando en posesión del título de Doctor, tuviera la capacidad de explicar Literatura española a nivel de post-graduado y

que, además, claro, hablara inglés. ¿Cómo? ¿Qué es lo que estoy diciendo y oyendo? ¿Entiendo bien? ¿Doctor, para explicar Literatura española, y hablando inglés... ? El tiempo ha confirmado lo que entonces hubiera parecido petulante sospechar, a saber: Que no había en toda la Universidad española, subráyese bien, *en toda la Universidad española* nadie, excepto yo, en quien concurrieran estas tres... llamémoslas... particularidades, además de una cuarta, la de poder y querer salir de España. A través del profesor don Emilio Lorenzo, del Departamento de Filología Inglesa de la Universidad Central de Madrid, se me hizo saber que mis servicios se requerían fundamentalmente para explicar el curso que aparecía en el Syllabus de la M.S.U. como “Literatura española: 1700-1850” y que pertenecía, como digo, al rango de los post-graduados; o sea, nivel posterior a haber obtenido el título de B.A. al cabo de cuatro años de estudios universitarios. ¿Literatura española, se me dirá? ¡Pero si yo acababa de obtener mi doctorado en Filología Inglesa, con una Tesis sobre poesía neorromántica! Sí, muy cierto. Pero no era menos cierto que la especialidad de Filología Inglesa que en mi tiempo componía subsección dentro de la carrera de Filosofía y Letras, incluía dos años de Literatura española, más otros dos que pertenecían a los también dos primeros años comunes. Jamás olvidaré, entre los no menos meritorios Maldonado de Guevara, Carballo Picazo, Balbín Lucas, Tamayo y Rubio, etc., el estilo imponente y como desasido de toda incumbencia terrenal, de don Joaquín de Entrambasaguas y Peña. Las pocas veces que daba la clase (solía mandar colaboradores, asimismo estimables pero, claro, otra cosa), me dejaron, sin embargo, un poso de ideas claras de las que todavía hoy disfruto...

Así que se trataba de explicar la Literatura española 1700 - 1850, que se pudiera contener en un curso. Y a ello me apliqué, desde el mismo momento en que se me confirmó, por teléfono, un día de últimos de mayo, 1961, en conversación tenida con el segundo de a bordo del Departamento de Lenguas Extranjeras (Department of Foreign Languages), Profesor Howell, que me contrataban para iniciar mis funciones en septiembre. Mi maestro, profesor Lorenzo, se alegró

mucho cuando le anuncié que, por los oficios de su recomendación, me habían ofrecido el puesto de Instructor para el curso 1961-1962, de momento; y a mi consulta sobre la estrategia bibliográfica para la preparación de la materia, recuerdo muy bien que, entre otras sugerencias, me señaló a Menéndez y Pelayo como una de las “autoridades serias”. ¡Y qué razón tenía! Lo asombroso de la primera lección (¡¡magistral?!) que pensaba impartir en tal o cual fecha de septiembre, es que empecé a prepararla tres meses antes concienzuda, agónicamente, como arriesgando con ella la virtualidad de seguir viviendo. Me hice con todos los grandes manuales de Literatura española que había en el mercado. Conseguí que un compañero me prestara la sexta y última edición del Hurtado - Palencia, del año 1949, que incorporaba unos esquemas sinópticos de gran valor. Escribí una, dos, hasta seis veces lo que iba a constituir el contenido de mi primera disertación... La cosa no era para menos, puesto que mi conciencia estaba muy apercebida de que en ese momento yo era el único, sí, el único universitario español que, por disposición personal y por cualificaciones objetivas y mensurables, podía ir a M.S.U. a desempeñar ese trabajo. No, no era para menos mi ilusión de ganar unas 35.000 pesetas limpias al mes, cuando los sueldos en España para una ocupación equiparable, no llegaban a 10.000 pesetas.

Aquel verano, recuerdo, fue un trasunto glorioso en que mis paisanos de Alcalá de Henares colaboraron decisivamente en la exaltación de mis expectativas; en que la Rueda Fortuna se detenía enfrente de cualquier lugar que yo eligiera para colocarme. En el campeonato local de ajedrez acabé clasificado en segundo lugar, y hasta me atreví a jugar un torneo de baloncesto, formando un equipo “Compluto” con una baraja de amigos. Los trofeos correspondientes a ambas modalidades (debo decir que en baloncesto acabamos los últimos) me tocó recibirlos al final de una velada artística que se celebró en el Teatro Salón Cervantes, amenizada por el entonces muy prometedor locutor-presentador Jose María Benedicto, el cual hizo un cordial panegírico de mi personalidad, y anunció “urbi et omnibus”

que ese mismo septiembre me marchaba a profesar en el Estado de Michigan.

Y me marché. Aproveché una excursión a New York de médicos españoles en la que iban mis padres, y así llegamos todos por primera vez a América. En mi articulillo “De Alcalá a U.S.A., con vuelta” que me publicó, casi dos años después, el 21 de agosto de 1963, nuestro semanario local entonces llamado *Nuevo Alcalá*, digo que “media hora larga antes de aterrizar en New York comienzan los despistes y engaños del colosalismo”. Y es que, en efecto, muchísimo antes de tomar tierra se vuela y vuela sobre área urbana nunca interrumpida, compacta, como si no existiera el campo, una inacabable extensión de luces. En el aeropuerto nos espera el alcaláino Yubero, asentado desde hace años en el encofrado de vida yanqui. Mi primer alojamiento, dentro de la excursión de mis padres, es cerca de Broadway, en el Hotel President, que en otra ocasión repetiría. La fecha señalada para presentarme en M.S.U. llega y mis padres y yo tomamos el avión a Lansing. Mis padres tenían mucho interés en ver el lugar en el que presumiblemente iba yo a trabajar durante un curso con toda seguridad; y luego, ya veríamos. Siempre recordaré la estupenda impresión que se llevaron de todo aquello. Hay que hacerse a la idea de que el contraste entre la España de 1961 y la ambientación de un sitio como la M.S.U. era abismal. El recinto de la Universidad era un parque repleto de robles gigantescos, con edificios dentro. Por aquel entonces M.S.U. pertenecía a la categoría del grupo de las “big ten”, o sea, una de las diez universidades más concurridas de todo el país, con una población de 28.000 estudiantes. El Kellogg Center, que incorporaba hotel para invitados y residentes de corta duración, databa de 1957, así que tenía sólo cuatro años. Siempre seguiré recordando a mi padre decir que, dentro de la funcionalidad y sobriedad que tenían necesariamente que acompañar a un centro de tales características, nunca había conocido unas instalaciones que mejor funcionaran; nunca había visto una adecuación más acabada entre la necesidad y el modo de satisfacerla. Más que limpieza, había olor a desinfección, de tan esmeriladamente pulcro como todo aparecía, estaba y operaba.

Nunca dejaré de ponderar esa primera demostración de la praxis U.S.A., y a ella habré de remitirme ya a lo largo de toda mi vida cuando de eficacia y racionalización se hable. Aquel “campus” epitomaba en grado sumo todas las excelencias que la sociedad U.S.A. había atesorado para que constituyeran el patrimonio más envidiado y menos discutido de su forma de ser, de su “way of life”. La frontera más obvia de dicho “campus” lo constituía la carretera principal nº 43 a Lansing, o Grand River Avenue cuando flanqueaba el lado Norte del “campus”, enclavado, como se sabe, en East Lansing.

Estando cenando con mis padres esa primera noche en la cafetería comedor del Kellogg Center, apareció el profesor Stanley R. Townsend, Jefe del Departamento de Lenguas Extranjeras. Lo que de él pude apreciar siguió teniendo sentido ya siempre a partir de entonces, como para quedar en mi escala de valores como una de las personas más valiosas, más ecuanímes y de más esmerada humanidad cordial con que jamás me haya tropezado. Mis padres se marcharon al día siguiente, no sin antes echar un buen vistazo al Morris Hall, edificio donde estaba emplazado el Departamento de Lenguas Extranjeras (Department of Foreign Languages), y por ende, mi despacho, que iba a compartir con otro colega, hispanista norteamericano. Sucinto – como inevitablemente fue el merodeo que, guiados por el profesor Townsend, hicimos por el Departamento – nos bastó sin embargo para percatarnos de lo que era una estructura académica genuina y una configuración de convivencia y actividades multidisciplinarias. Entremezclados y repartidos en los espacios que a modo de madrigueras abrían a los pasillos radiales, y hasta recoletos, nos encontrábamos los profesores pertenecientes a áreas lingüísticas tan diversas y distantes entre sí como la Filología China, la Eslava, la Germánica, la Hispánica, la Clásica, etc., etc. Un sistema de vasos comunicantes me iba a permitir en el futuro próximo acomodarme en la gran baraja de especialidades filológicas y sentirme rueda, correa de transmisión, engranaje relevante de todo el organismo. El profesor Townsend, docente e investigador él mismo de Filología Germánica, nos llevó a mis padres y a mí al aeropuerto de Lansing para

despedirles y hacer que yo me despidiera de ellos. Esa misma noche el claustro de profesores me invitó a una cena de mesa redonda para ocho plazas, donde fui presentado a otros profesores, esposas respectivas y personal diverso del Departamento. Permítaseme decir, a todo esto, que aún no había cumplido los 25 años, y que mi alma sentía estar pasando la prueba, la gran prueba de la altura de las circunstancias.

Me encontraron vivienda en un apartamento recién hecho, dentro de una casa de aspecto algo destartado en el número 410 de Grove St., justo enfrente del Campus. Era el típico alojamiento de una habitación grande que tenía de todo: Cama que podía transformarse en doble con sólo desplegar extendida su otra cama, la de debajo; un mostrador con dos hornillos de cocina eléctrica; una nevera; un closet amplio para ropa y trastos, y un cuarto de baño completo. Como digo, a la medida de mis necesidades. Uno de los lados del mostrador se ensanchaba en rebaje hacia afuera, a modo de escalón panel, formando una amplia repisa que servía de espléndida mesa. La dueña, que vivía un poco más arriba de la calle, venía una vez a la semana a limpiar el apartamento y a cambiarme la ropa de la cama y las toallas. U.S.A. proporciona un ejemplo de simplicidad y de buen servicio a todo aquel que pague sus impuestos y que no se salga de los límites que la ley señala como transitables. Y si eso es así, muy en general, en un ambiente universitario como en el que yo me encontraba inmerso, tal principio se destacaba con una primacía indiscutible.

Hice saber a los profesores Townsend y Howell que la Administración me satisfaría el salario por mes vencido, y que necesitaba algún dinero para adelantar el alquiler del apartamento, y que ya me había reclamado su dueña discretamente. No olvidaré la sonrisa comprensiva y solvente que protagonizó el profesor Howell al sacarse del bolsillo 200 ó 300 dólares y decirme que los tomara sin más hasta que cobrase mi primera mensualidad. En cosas así, el americano liberal y bonachón no tiene rival; y Mr. Howell, hispanista veterano, discípulo que había sido de don Américo Castro, podía con

justicia blasonar de temperamento holgado y comprensivo. Los primeros días fueron un adentrarme en conocer los secretos del trabajo y de la subsistencia. Morris Hall era un edificio de exterior antiguo pero totalmente acondicionado por dentro. El despacho de las dos secretarías comunicaba, por un lateral, con el del profesor Townsend; y por el otro lado con la sala comunal donde se hallaban los casilleros del correo de todo el profesorado, y unas cuantas mesas circundando la sala, pegadas a sus paredes, para ocupación de quien primero llegase de entre los estudiantes graduados y profesores auxiliares que no dispusieran de despacho propio o compartido. El laboratorio de idiomas, del que más tarde haría uso tan provechoso como divertido, era para la época que nos ocupa una maravilla de técnica acabada. Con todo, la revelación más significativa la constituyó la Biblioteca de la Universidad. Por aquel entonces albergaba más de un millón de volúmenes y aquello era una locura, sobre todo para alguien como yo que, venido de la típica educación universitaria memorística y “de apuntes”, encontraba en aquellas oportunidades de tener a mi disposición directa más de un millón de libros, la Meca de todas las apetencias, la materialización de todos los *desiderata*. No era fácil asimilar aquella orgía de títulos, de volúmenes, de grosores y formatos. Este, y éste..., y éste también, y aquél. Allí estaba todo, o por lo menos, casi todo. Y desde luego, muchos de aquellos títulos míticos que reiteradamente aparecían en la letra pequeña de las notas de pie de página, en aquellas relaciones bibliográficas irreales, inaprehensibles excepto como relleno del trocito de línea impresa que fuere, y para hacernos ocupar la atención a los espíritus curiosos unos cuantos segundos. Allí estaba el *Iriarte y su época*, de Emilio Cotarelo y Mori; y toda la *B.A.E.*; y las *Antologías* de Del Río; y las *Historia de la Literatura...* de Cejador, y de Amador de los Ríos, amén de las colecciones y series al uso, quiero decir al uso de poder sólo leerlas en las consabidas referencias bibliográficas tan inútiles como inalcanzables.

Y así llegó el día de mi primera lección de mi curso post-graduado: Había hecho yo acopio de todo lo que decían los grandes

manuales: Hurtado-Palencia; Valbuena Prat; Angel del Río, etc., con refuerzos de Menendez y Pelayo, Amador de los Ríos, Julio Cejador, y mis propias sugerencias que servían de argamasa humanizada y aliviadora de la doctrina libresca que les estaba suministrando. Todos los componentes de aquel curso llegaron a ser buenos y leales amigos míos: De todos ellos podría contar cosas y de hecho, acaso, más adelante surja razón para referirme a ellos. Pero sí quiero detenerme en dos: La una, Mrs. Perkins, señora puertorriqueña, casada con norteamericano, representaba la típica personalidad bonachona e “easy going” [condescendiente y de trato amable] de quien encontraba en el matricularse en estos cursos la mejor arma contra el tedio. A Mrs. Perkins le gustaba escuchar, y disfrutaba con las frecuentes citas poéticas que yo solía intercalar como comparsa distensora del resto más indigesto de la disertación. El otro, Bartolomeo Martello, italiano llegado a América hacía años, y que se encontraba en la típica travesía del desierto del emigrante mediterráneo: Casado con americana, divorciado y sometido a la financiación obligatoria de las cargas familiares, a Martello sólo le sostenía su afilado humor cáustico, y una lasitud senequista que envolvía en el uso coloquial que hacía del castellano. Ambos, Mrs. Perkins (de nombre Hilda) y Martello eran mis más valiosos apoyos durante la clase, asintiendo y entibando el maderamen de mis estructuras locucionales y fraseológicas, y erigiéndose en coautores de lo que yo decía, sabedores (pues yo pienso que lo tenían que saber) de la andanada de agradecimiento que mi corazón no paraba de lanzarles. Aquella primera lección, lo que expuse a mi clase post-graduada en tres horas con un descanso de 15 minutos en medio, fue el resultado de exprimir tres meses de preparación y de pensar en ello, de escribir y de tachar; de adelantar y de volver sobre mis pasos. Al poco tiempo me daría cuenta de que respecto de estos asuntos opera muy oportunamente el principio de progresión geométrica inversa o “law of diminishing returns” (ley de los rendimientos decrecientes), y es que si a la primera lección se le dedican tres meses, a la segunda sólo se le dedican tres semanas; a la tercera, tres días... y así sucesivamente. Al cabo de un intenso y corto

rodaje uno se da cuenta de que lo absurdo sería invertir más tiempo del que la recta proporción aconseja. Además, las tablas se van ganando en progresión fulminante, y difícilmente uno al principio está en condiciones de pronosticar el desarrollo positivo, en tiempo y forma, de sus capacidades.

La primera chica que conocí en M.S.U. y perteneciente al alumnado, fue Irma Bielefeld. Solía ir una o dos veces por semana al despacho que compartía yo con el colega hispanista antes aludido, Donald Yates, hombre de gran valía, de personalidad impulsiva en lo interno, si bien de formas cautelosas y agazapadas en sus procedimientos y pronunciamientos. Irma seguía con el profesor Yates un curso de los llamados “reading courses”, de lectura; o sea, que el alumno se matriculaba en una opción consistente en preparar por su cuenta tal o cual número de lecturas que comportara el curso en cuestión, recibir instrucciones en régimen semi particular del profesor encargado (ya que estas consultas o comentarios sobre lo leído se realizaban en ratos a convenir y en el despacho correspondiente), y al final hacerse acreedor de una calificación por el hecho de exponer alguno de los temas o de presentar un trabajo. El sistema docente extranjero (quiero decir, del “extranjero” que para mí entonces tenía relevancia) se me había evidenciado ya dos años antes durante mi curso de estancia 1959-1960 en la Grammar School de Market Harborough (Leicester, Inglaterra), centro preuniversitario, en que ya con suficiencia se ponían en práctica en clase los principios racionales de la lectura y desmenuzamiento de los textos literarios que fueren. Pasar del sistema de copiar unos refritos de apuntes dictados por el profesor en el aula, memorizarlos y procurar verterlos en el examen lo más mezquinamente fieles a su espuria fuente, tenía muy poco que ver con el hecho de verse uno en la necesidad de manejar y leer las obras objeto de comentario papagayístico según nuestra modalidad. Los alumnos de preuniversitario comentaban los textos literarios bajo la tutoría sugerente del instructor, y nunca creí en mis tempranas luces que pudiese existir otro método para enterarse de lo que contenían y decían las obras originales. La variedad de oferta en M.S.U. incluía

este tipo de “reading course” que Irma había escogido sobre materias de Literatura española...

La primera vez que entró en nuestro despacho supe que aquella chica tenía algo especial. Yates nos presentó e inmediatamente, por medio de unas sonrisas y de unos comentarios de circunstancias creamos una cabeza de playa entre su atractivo recato y mi desmedida disponibilidad. Coincidimos más veces y me pude dar cuenta de que no era guapa en la acepción clamorosa o de evidencia indiscutible. Rubia, con la melena lisa semi larga, rematada en un borde levantado hacia fuera, daba a su andar una cadencia algo distorsionada, de íntimo y leve forcejeo. Nuestro coincidir se fue frecuentando: Primero, en el Morris Hall; luego, en el Student's Union Building, una especie de edificio destinado a servicios y esparcimientos comunales, con la típica cafetería ruidosa y concurrida. Irma me contó que su padre había emigrado a los U.S.A. después de la Guerra, y que ella se había encontrado allí, sin mucha o ninguna opción, pero que no le gustaba aquello en general: “I don't like it here”, fueron sus palabras. Poseía firmeza de sentimientos y una claridad comunicativa envidiables. Yo no me sentía enamorado de ella, pero me dejé llevar. A las “coke dates”, o sea, las citas no protocolarias con la excusa de tomar un refresco en cualquier dependencia universitaria siguieron las salidas a algún restaurante de los alrededores.

Yo no tuve coche en los dos años que pasé en M.S.U., y lo considero un acierto. Los taxis andaban por todas partes, fáciles de llamar desde cualquier lado, y el autobús conectaba el Campus, en East Lansing, con la capital del Estado, Lansing, a pocos kilómetros de carretera, y con frecuencias también de pocos minutos. Irma vio en mí, qué duda cabe, a un elemento que se distinguía naturalmente de la gran masa uniforme de actitudes y comportamientos. Irma calaba en las cosas y se hacía cargo del juego de implicaciones que acompañaban a cada lance vivencial. Recuerdo que llevaba un abrigo de piel vuelta, como de gamuza, sobrio pero bonito, de buen corte, al

que su andar cansino, aunque enérgico, imprimía una oscilación de contenida atipicidad. Un día cualquiera llegaron los besos. Irma conocía el compromiso que se artillaba detrás, y después, de cada tramo vivencial. Y a mí me daba miedo el obrar inducido por el típico espejismo del primer encuentro, de la primera mujer, de la inicial instancia. Irma y yo nos comunicábamos sin recato a través de mi casillero de correspondencia del Departamento en Morris Hall. Allí dejaba ella sus recados, con toda naturalidad. Una vez fuimos a una fiesta juntos, que se celebraba en uno de los Halls del Campus. Irma se vistió de cierta etiqueta y aunque pareció bonita a los ojos de los demás, a mí no me impresionó. Saqué la conclusión de que era un tipo de mujer válido para la ponderación de cuestiones delicadas respecto de las que un toque de claridad y de firmeza inequívocas significaran la superación del escollo. Y lo peor del caso es que ella, Irma, se estaba enamorando de mí; y aun sin decirme nada, me apuntaba desde su mudo y discreto testimonio las fronteras de mi responsabilidad y de mi hombría de bien. El día de la fiesta recuerdo que llevaba un vestido como de gasa o seda azul. Dijeron que estaba muy hermosa pero a mí – repito – no me impresionó. En otros lugares he hablado de la falta de coincidencia entre las valoraciones estéticas mías y las que parecían regir para aquella gente U.S.A. en los años sesenta en lo tocante a cánones de vestimenta. La Sra. Perkins también asistió a la fiesta. Yo conocía por signos externos y por una sutil retícula de evidencias que Mrs. Perkins propiciaba mi ajuste sentimental con Irma, pero...

Un día Irma me dijo que su padre venía de... ¿de dónde?, creo que de New York, a pasar con ella la jornada, y que estaría con él hasta muy tarde, hasta el momento en que él se marchaba de East Lansing, y que no nos podíamos ver porque tenía que regresar a la Residencia en el límite de la hora permitida sin penalización para recogerse. Le dije que, alegando la visita de su padre, pidiera permiso para pasar la noche fuera y se quedara conmigo. Lo hizo con toda normalidad. Cuando despidió a su padre nos reunimos, nos fuimos a tomar algo en algún lugar de comida italiana y nos marchamos a casa. Extraje la segunda cama de mi mueble, la de debajo y entonces pude

comprobar el magnífico espacio de l'90 x l'80 que formaban los dos lechos unidos. Yo he sido siempre muy pudoroso a la hora de desvestirme, sobre todo porque no usaba pijama. Me retiré hacia un extremo del apartamento, me quedé con la camisa puesta, y me metí en la cama. Irma se quitó el vestido, se quedó en combinación y se acomodó acurrucada en la cama de junto a la pared, dejándome a mí la de fuera y una vez que extendimos las sábanas y mantas que mi casera me ponía de reserva cada semana. Nos dijimos buenas noches y dimos por acabada la sesión.

Hay que mencionar aquí que ya en el mes de octubre comenzó a nevar copiosamente. Salir a la calle suponía el pequeño trámite de echarse encima la impedimenta del calzado protector y del abrigo extra, amén de gorro o gafas en su caso. Irma llevaba unas botas estupendas, forradas de piel gruesa de cabritillo, que le daban a su andar un toque de gracioso y hasta armonioso arrastre proboscideo. Un día nos dejamos caer en mi apartamento y tras besarnos sentados en la cama empecé a ahuecar los sucesivos niveles de protección térmica que me separaban el tacto de su piel hasta hacer que mis manos se encontraran con sus senos. Ella sólo me miró. No dijimos palabra. Al día siguiente encontré en mi casillero de correspondencia una nota manuscrita de Irma en la que me decía que puesto que “me había permitido poner mi mano sobre sus senos desnudos” (“since I allowed you to place your hand on my bare breasts”, creo que fue la exacta expresión, y perdóneseme si al cabo de casi 30 años la memoria me es remisa en algún punto) las cosas se habían hecho más difíciles para los dos a partir de ese momento. El escrito de Irma me volvió a evidenciar que se trataba de una mujer de una pieza (“she was really every inch of a woman”), con la que no cabían descargas de fogueo. Lo único que sucedía es que yo no estaba a la altura de *su* circunstancia. Fingir con ella, ni me hubiera sido hacedero, ni venía a cuento tampoco. Así que opté porque la cosa se fuera enfriando, sobre todo y más que nada porque desde las trincheras de sus avanzadillas, el corazón mío había divisado la aparición de nuevos argumentos...

La vida continuaba. Yo sólo hacía estudiar, preparar mis clases y absorber, asimilar, incorporar información con la que mantenerme a flote con mis responsabilidades docentes. Raro era el día en que no dejaba un libro leído. La fuerza de mis 25 años recién cumplidos me permitía sostener todos los frentes sin ceder un palmo de terreno. Seguían las melopeas interminables que me producía el sumergirme en la Biblioteca Universitaria. Quería leer este libro, y éste otro, y ése, y ése, y aquél, y aquél también. Lo que digo: Un sofoco continuo, un vértigo, un delirio de centrifugacidades y un esfuerzo por asirse uno al trozo de realidad de que en cada caso se tratase. Pero la verdad era que mi status se iba afianzando más y más cada vez, en progresión acrecida. En un Claustro de Departamento el Dr. Townsend hizo una vez un inciso elogioso sobre mí, y aunque la reunión era para miembros con rango de Assistant Professor para arriba, yo, que ese primer curso ostentaba el nivel de Instructor, fui considerado por el Dr. Townsend como un caso “excepcional” y por tanto invitado a permanecer, con voz y voto, en cualesquiera reuniones del citado calibre.

Mi primera Nochebuena en América, y mi segunda fuera de casa (la primera absoluta había sido la de 1959, en Helsinki y Hamburgo) estaba inminente, y el azar me hizo ver como posible un bonito plan que el mismo azar se encargó de echar por tierra. Había conocido yo en M.S.U. a un muchacho mejicano, llegado a los U.S.A. con la sola finalidad de aprender algo de inglés y soltarse en la vida de la competitividad. Su padre, por lo visto, era un adinerado propietario de restaurantes en Méjico, D.F., y había conocido a mi entonces colega, Dr. Donald Yates, cuyo despacho, como he dicho más de una vez, compartía yo; de forma que Yates era algo así como el protector de Modesto (tal era el nombre del joven mejicano), y me lo había presentado. Modesto y yo nos hicimos amigos, sin compromiso alguno, ya que yo estaba zambullido de lleno en el mantenimiento de mi *status* académico, pues lo primero que se percibe al llegar a los U.S.A es el alto grado de competencia que prima en toda situación laboral y el estupendo efecto regenerativo que produce saber que a

uno lo pueden poner de patas en la calle en cuanto que no rinda lo pronosticado. Modesto, ya digo, estaba encantado de ser amigo de un profesor Doctor de M.S.U. “in full standing”, y es el caso que me había insistido durante algunas semanas que me fuera con él a Méjico a pasar las Navidades, puesto que él se iba a casa, seguro; que su padre me había invitado al conocer mi amistad con él, etc. Me pareció la idea atractiva. Así, pensé, visitaría a Mari Carmen, la hija de nuestros vecinos de Alcalá de Henares que llevaba viviendo algunos años ya en Méjico, D.F. Había un problema: Y era que para entrar en Méjico, a un españolito normal le pedían una serie de requisitos de difícil, por no decir imposible, cumplimentación. Recordemos que España (mejor dicho, el gobierno de Franco) no mantenía relaciones diplomáticas con Méjico y que, independientemente de las transacciones comerciales que nunca han entendido de ideologías, el tráfgo de personas estaba sometido a un régimen especial. Lo intentaré compendiar de la mejor manera...

Con el señuelo comprensible de que una visita personal ayudaría a resolver cualquier trámite que por correo no procediere, me cogí mi autobús y me planté en el Consulado mejicano de Detroit. Allí un cara de indio, picado de pústulas virulentas, me espetó una serie de impertinencias que en síntesis venían a decir que a los “gringos” los toleraban porque no tenían más remedio, pero que a los españoles... se podían permitir el lujo de cerrarles las puertas. Supongo que si así lo dijo es porque así lo sentiría. El caso es que regresé a East Lansing con la convicción de que en esas circunstancias alguien normal como yo no podía ir de turista a Méjico. A todo esto mi pasaporte estuvo rodando de un lado para otro, pues Modesto se lo había llevado en la creencia de que en Méjico le era posible expeditar la gestión que fuere. Pura bobería. Le pedí por teléfono que me lo devolviese a toda prisa, y una vez en mi poder me fui a New York a pasar una semana. Omito el tema central de los días aquellos de New York porque ha quedado atendido en la viñeta correspondiente a otro cuadrante espiritual de estas Memorias...

No obstante, no puedo obviar el relato de algunas pequeñas peripecias que se enmarcan con toda naturalidad en el sistema de cosas que le suelen ocurrir a un español hiper-sublimado como yo al tomar el pulso de cerca a la metrópolis mastodónica norteamericana. Como informé, elegí para hospedarme el Hotel President, cerca de Times Square (Broadway) que ya conocía. Desde allí se aseguraba el acceso fácil a todos los puntos de interés. Una tarde me dediqué a mirar tenderetes de revistas de “sexo”. Los había por todas partes y en abundancia tal que saltaban a la vista. La rutina de su contenido me aburrió, creo que para el resto de mi vida. No recuerdo haberme asomado más, nunca, adrede, desde entonces, a revista alguna de pornografía directa. Pero lo que sí empezó a barruntar mi conciencia fue la curiosidad de tirarme a una negrita. Me encaminé hacia una sección de bares al efecto, de donde salían y a donde entraban cuerpecitos hechos un puro tiznajo de carbón. No sé si por pura autocondescendencia, o por un sentido innecesario de inseguridad, el caso es que pregunté algo a un negrito que andaba por allí de un lado para otro; no sé, debí preguntarle que si aquellas negritas estaban allí para alterne, alguna simpleza que pudiera haber obviado mediante mis propios y más directos oficios. Acto seguido recuerdo que me encontré con una chica a la que propuse un rato de compañía, y una vez en la calle se me planta el negro al que había preguntado y me pide dos \$ por haber servido de intermediario. Menos mal que en estos casos la inocencia ignorante es el mejor escudo. En otras circunstancias de visión más experimentada no me hubiese atrevido a dar un bufido al “agente”, negarme a sus pretensiones y echar a andar con mi pareja, sin más. No olvidaré la cara de estupor, más bien bonachón, que puso el negro, haciendo el gesto del tornillo en la sien con sus dedos índices. Tanta ignorancia debió ver en mi conducta que me dejó por imposible. Tiempo más tarde me informaron de que por una transgresión así alguien puede ganarse un pinchazo navajero fácilmente. A todo esto la negrita me dijo que me cobraba \$20 y nos encaminamos a un hotel, en taxi. Al final de la carrera y al darme el taxista el cambio que incluía cincuenta centavos de \$, me dijo: “Here

you are, you're going to need it". En la recepción del Hotel se me aclararon las palabras del taxista, ya que el precio de la habitación era \$5.50. Mi encuentro íntimo con aquella negrita fue un completo fracaso: Nuestros biorritmos emocionales iban cada uno por su sitio; casi más propiamente decir que no existieron. Y no es que no tuviera ella ganas en absoluto de agrandar; era que mi dinámica eyaculatoria superaba en "precocidad" y anticipación a las previsiones más catastrofistas.

Otra de las tardes me picó la curiosidad de ver qué se hacía en esos locales que se anunciaban mediante los luminosos en perpetuo *flash* de "Girls, girls, girls". Pasé, compré en taquilla la cantidad mínima que le daba a uno derecho a acceder al local propiamente dicho. Allí, de pie y en fila se hallaban las girls a las que uno sacaba a bailar ("just pick up one girl", fue lo primero que me dijeron) a cambio de dejarse cortar la mayor parte de la tira. El baile que las tales prójimas permitían estaba claro que no podía ser ni más mecánico ni más desamorado. Y no es que uno hubiese entrado en un sitio así en clave de romance. Durante los escasos compases compartidos sí le daba tiempo a la "girl" de turno susurrarte lo bien que lo pasaría uno si accediera, mediante el pago de tanto y de cuánto, al servicio de reservado que – luego me enteré – tenía su límite máximo en una masturbación manual, en virtud del afloje de cantidades cada vez más crecidas. Bien. Sabido lo de que para aprender hay que perder, y también lo de que por mala que sea la experiencia, pasar por ella una vez, siquiera una sola vez, es bueno... , en aquella única sesión comencé y acabé mi conocimiento de los tales lugares diseñados, como hemos visto en las películas, para hombres que pasan temporadas largas en el frente, o en el mar, o en la prisión, y que de regreso a la vida civil pagan lo que sea porque les sea permitido ver de cerca a una mujer. Chicas, chicas, chicas..., mujeres, mujeres, mujeres... cuyo protagonismo en el concierto del mal se ponía de manifiesto al compaginar su manera de costearse la vida, y el limbo del que personajillos como yo parecíamos venir. Decir que tales mujeres eran perversas entrañaba automáticamente que los demás

éramos unos imbéciles guiñapos, y... , la verdad, ni lo uno ni lo otro. La lección me sigue sirviendo todavía, así que no creo que la relación producto/precio me fuera desfavorable... Bueno, y todo esto venía a cuento de que... han pasado casi treinta años, y no he visitado Méjico *todavía*, subrayando la progresiva enervación del término *todavía*, que apunta a que no lo visitaré nunca.

Recuerdo que durante aquel curso 1961-1962 se produjo la así llamada “crisis de los misiles de Cuba”. Había un muchacho en una de mis clases de Lengua que hacía gala de una belicosidad tan sólo comparable al calibre de su papanatez. Curiosamente el tiempo me dio la razón. Digo que me dio la razón en el sentido de que lo que entonces creí de casi imposible realización ha resultado de esa manera, a saber: Que las dos primeras potencias mundiales no iban a desencadenar una guerra total por la cabezonería de una de ellas (la URSS, en este caso) de complacer al barbudo mandatario cubano. Lo de siempre: Hubo las inevitables escaramuzas dialécticas, se enseñaron los dientes con el asunto del bloqueo y de la inspección de los barcos en dirección a Cuba, y al final todos se la envainaron de la manera que menos goteara. Por pura intuición, hice bien en no hacer ni caso. Me pareció que nadie iba a ser tan tonto como para destruirse, así por las buenas.

Cualquier cosa o detalle que recuerde de aquellos primeros dos cursos en tierras norteamericanas se acomodan a partir de mis 25 años recién cumplidos. Y con decir esto creo que se entiende todo. Comerse el mundo y tener tiempo para todo lo demás puede dar una buena idea de la disposición mental, de las capacidades que tal singularidad comporta. Así que la vacación navideña de 1961 la pasé en tierras U.S.A. y para enero de 1962 consideré que la parte más penitencial de mi travesía de desierto la había superado. Necesito recordar, necesito recordarlo ahora, al cabo de tantos años, las sesiones de estudio que yo me regalaba; cómo aquel encuentro con la Biblioteca de M.S.U. me impulsó, poco más o menos, a tener que leer un libro cada día: Unas veces como requisito para la preparación de

mis clases en estricto sentido; otras veces, las más, porque mi alma descubría que ésa era la manera de compensar los pasados vacíos, los empachos teóricos y fantasmagóricos de memorieta sin acceso a los textos, a los libros, a las fuentes. Puedo decir que comenzar 1962 fue ponerme en el comienzo de un tramo decisivo de mi vida académica, en extensión y en profundidad. Pasado el rodaje intensivo del primer trimestre ví acrecentarse mis fuerzas, disponerse para cualesquiera retos de la vida americana. Y eso hice justamente: Dejarme adentrar en todas las manifestaciones, en todas las actividades que significasen un reto para mi espíritu. Mi curso graduado de Literatura española: 1700 - 1850 me proporcionaba cancha académica. Seguía preparándome las clases, llevándolas escritas en su totalidad. Todos los matriculados en dicho curso habían conectado conmigo a la perfección, correspondiéndoles, acaso, un grado de preeminencia a la Sra. Perkins, a Bartolomeo Martello (como ya indiqué), y también a otros, como George P. Mansour, Zidia Stewart, etc. Mis 25 años eran el mejor escudo en contra y a favor de mis ocurrencias extemporáneas, de mis genialidades sin domeñar, de mis incontinencias rebosantes de pintoresquismo.

A todo esto la Universidad del Estado de Michigan me obsequiaba con sorpresas y gratificaciones, una después de otra. Los cursos eran trimestrales y regía el sistema o modalidad de créditos; o sea, que al principio de cada trimestre se habilitaba una cancha de baloncesto para proceder a la correspondiente matriculación. Había coordinadores, encargados de que los diferentes grupos no arrojasen diferencias abultadas en número de estudiantes, lo cual se reflejaba en pizarrones visibles desde todos los sitios. Pronto aprendí que en U.S.A. todo estaba sujeto a la ley de la oferta/demanda y que aun en las realidades más improbables de imaginar la competitividad y el aprecio de los demás desempeñaba un primerísimo cometido. Pronto se me hizo palpable que los grupos de Lengua española que (además del de Literatura) impartía yo arrojaban uno de los mayores índices de solicitud de todo el *syllabus*. En U.S.A. eso se le hace a uno patente desde el principio: Hay competencia, certamen, puja en toda actividad;

cada individuo tiene que contar con un alto grado de incumbencia respecto de los demás; la interacción, los otros, el prójimo, otorgan a cada cual buena parte de su fuerza, la fuerza del pueblo, la democracia, en el sentido más acaparador de implicaciones buenas o torcidas. El caso era que mi popularidad, sobre bases dignas, iba en aumento y que mis clases estaban entre las más requeridas. Por aquel entonces la Dirección del Departamento (me refiero a los comienzos de comienzos de cada año natural) comunicaba a cada uno de los miembros del “staff” el status académico y salarial correspondiente al curso próximo. Mi gran satisfacción fue comprobar que mi trabajo ya me había proporcionado todos estos reconocimientos: Uno, que me renovasen el contrato; dos, que me subiesen el sueldo; tres, que me ascendieran de categoría, ya que de Instructor pasé a Assistant Professor para el curso 1962-1963, todo lo cual puede entenderse como tres ascensos simultáneos. Casi a la par de hacerme saber este listado de buenas nuevas, el Departamento me propuso para formar parte de los Comités Asesores de Estudios Graduados, asignándome algún estudiante bajo mi tutela y coordinación académica, en lo tocante a sus estudios hispánicos. Aquello era responsabilidad, cuya no defraudación sólo podía venir por la vía del trabajo y del pundonor; del más enérgico, realista y profesional de los entusiasmos. No puedo precisar si ya entonces (me vuelvo a referir al primer trimestre natural de 1962) o algo después, una chica de mi clase de Literatura me pasó la noticia de que a resultas de una encuesta, mi nombre se había barajado como uno de entre los más mañosos y brillantes conferenciantes. Aquello era el colmo de las satisfacciones. ¡¡Uno de los mejores charlistas y expositores académicos de todo el Campus!!

Creo que fue a partir de ese primer trimestre natural de 1962 cuando me enrolé en el Club de Ajedrez de Lansing. Yo era un jugador aficionado de bajo nivel en términos absolutos de competición. Tan sólo contaba con el muy volandero repaso que de teoría hice con ocasión de mi curso de trabajo como Spanish Assistant, 1959-1960, en Market Harborough (Leicester, Inglaterra). Pero la estupenda organización con que este tipo de cosas se rige en

los U.S.A. me hizo adherirme con todo mi ardor, añadiendo a mi actividad general la faceta ajedrecística. Desde entonces, la repisa, a manera de mesa mostrador del mueble central de mi apartamento tenía un tablero de ajedrez con las piezas dispuestas, bien en su estatismo de antes de comenzar la partida, bien representando alguna específica posición. Mis progresos no se hicieron esperar: Formo parte del equipo de la Universidad con el que nos proclamamos campeones del Torneo de East Lansing, primavera de 1962. Hubo un periodo en que coexistieron dos Clubs: el de Lansing y el de East Lansing, que rivalizaban en organización de encuentros y en calidad de sus miembros componentes. Yo tuve la fortuna de no querer elegir (y de que me lo permitieran) cuando la elección acarrearba prescindir de alguna de las opciones. Y así, pertencí a los dos Clubs; y los dos contaban conmigo, según para qué confrontaciones. Resumiendo: Tomé parte en los Torneos de Ypsilanti (Huron Valley), 1962 y 1963, terminando en los puestos 18 y 10, de 41 y de 43 jugadores respectivamente; en el Torneo Michigan Amateur, 1962, acabé el 9 de 43; y en el Torneo de Primavera de East Lansing, 1963, acabé el 5, de 42, lo cual me hizo acreedor de un trofeo. Todos estos datos y otros más obran celosamente en mis carpetas, y sólo diré que el ajedrez añadió una vivencia más, intensísima, a mi estancia de dos años en M.S.U. Con motivo del ajedrez, viajé con mis compañeros de equipo a Grand Rapids, Ann Arbor, Saginaw, Kalamazoo, Muskegon, Flint, etc. El ajedrez volvió a poner en jaque mi vida, incrementando en una buena dosis la dinámica de mi existencia, mi conciencia, mi razón de ser. Cuando perdía, los berrinches dejaban en mi personalidad una marca que se traslucía entre compañeros y asistentes a mis clases; entre extraños y conocidos del estamento de los servicios de cafetería, restaurante, etc. Cuando llegaba a clase un lunes ya leían en mi gesto el resultado de mi encuentro de ajedrez durante el recién acabado fin de semana. Mi número ELO 1871 concentra guarismalmente en su singular elocuencia la cota más alta que alcanzara mi habilidad en este desquiciante juego-ciencia.

Todos los estudiantes de M.S.U. venían registrados en una guía telefónica. El sistema usual de alojamiento era el de las residencias, de un lado; de otro, las fraternidades y las sororidades (“fraternities” y “sororities”). Se decía que el teléfono de M.S.U. era el sistema más moderno del mundo, “World's most modern telephone system”, como rezaba en la cubierta de la dicha guía telefónica. Comencé a salir con las chicas de mi entorno, alumnas o no de mis clases. Comencé a publicar una serie de ocho artículos en el semanario *Nuevo Alcalá* de Alcalá de Henares, bajo la rúbrica “Un alcalaíno en la Universidad del Estado de Michigan: La mujer americana”. Esa misma primavera de 1962 botamos la primera revista alcalaína complutense de poesía *Llanura*, cuyo número 1 correspondió a abril. Aquello era la locura, la más cabal y enardeciente locura, concentrándose en ella mi tramo de creación poética más intenso y sostenido; mi más frondosa y acaparadora época de poeta, de estudioso, de degustador de esencias. Porque en M.S.U. fue donde hilvané necesariamente mi infraestructura duradera como lector crítico de literatura; donde sistematicé los principios (más o menos sólidos, más o menos desmoronables) de jugador de ajedrez; donde me asomé a la tersa tirantez, vibrante tirantez de vivir en perpetua competición, en incesante deseo de superación, en lucha con un escalafón ubicuo de méritos y de reconocimientos. Ese tremendo primer semestre de 1962 me zambulló de lleno en el mundo, combinando arte, sexo, compulsión, sublimaciones; o sea, vida a raudales, vida en atragantamientos, en hartazgos más bien frecuentes que espaciados. Como dije, el semanario *Nuevo Alcalá* empieza a publicar una serie mía de artículos sobre “La mujer americana”. El número VI, “La mirada” se lo dedico a Lynn Connor, una rubia espigadita y más bien menuda, hermana de una estudiante de un curso mío de gramática española. Estaba divorciada, y en compañía de su referida hermana, con quien vivía, y que era más joven que ella, me había invitado a su piso a tomar el té. Sentí como de cortesía dedicar uno de mis escritos a alguien con quien no pensaba articular ninguna escaramuza amorosa. La viñeta siguiente, VII “El cabello” se lo dediqué a Patricia Polzin.

Patricia era una encantadora niña de Saginaw y que se había matriculado en uno de mis cursos trimestrales...

Me interesa subrayar el carácter eminentemente suelto y plural que tenían las opciones del estudiantado de M.S.U: La relación instructor/alumno matriculado estaba vaciada de cualquier contenido que no fuera la pura contingencia administrativa, que en el peor de los casos sólo se prolongaría durante las diez semanas de duración del trimestre. El sistema de créditos facilitaba a los estudios una demanda independiente e ilimitada, ya que la oferta, aunque teóricamente restringida, en la práctica estaba diseñada para cubrir todas las expectativas y previsiones del estudiantado. Así, entre Patricia y yo, igual que entre otras muchas, muchas, chavalas que pertenecían a mis clases (no a mí), alumnas de mis cursos (no alumnas mías), entre Patricia y yo no se daba más nexo que el puramente circunstancial y administrativo. Salir con una chica, lo que se llama en inglés “to date a girl”, en su aspecto puntual, y “to take someone out”, acaso en su acepción más continuada, eran las cosas más sencillas y gratificantes dentro de aquel frondosísimo emporio. Lo normal era tener con quien fuere una “coke date”, o sea, un encuentro “casual”, no preparado de antemano ni protocolario, en cualquiera de los establecimientos del Campus o de sus cercanías, y tomar un refresco sin alcohol. En esa primera aproximación se solía hablar de lo más obvio: De dónde era uno y lo que hacía en M.S.U., y el tiempo que pensaba quedarse, y los sitios fuera de los U.S.A. que uno hubiera conocido, etc., etc. Hay que observar que aquellos años de la “Administración Kennedy” presenciaron el auge más significativo de los estudios universitarios estadounidenses en lo que a importación de profesorado extranjero se refiere. La limitación venía señalada por el término de dos años que imponía el “Exchange Visitor's Programme Visa”, o sea, visado y permiso de trabajo para dos años bajo la modalidad del Programa de Intercambio de Visitantes. Tal era mi caso que, a falta de alguna circunstancia que entrañara “hardship” (extrema necesidad o emergencia), que no era tal, bien conocía yo, mi estancia en los U.S.A., así, de momento, y a falta de cualquier trámite extraordinario,

estaba limitada a los dos años del citado Exchange. La expansión educacional U.S.A. a nivel universitario impulsó al país a la contratación de mucho europeo que, en la medida que fuere y siempre por determinar, europeizamos América, en una época en que las diferencias en desarrollo técnico entre, por ejemplo, U.S.A. y España eran más abultadas que las que en 1990 puedan apreciarse. Así que mi conversación, el acervo de temas míos a compartir con aquellas chicas de 18 a 25 años era fuente de avenencias, de empatías y de motivos amistosos. Recuerdo y recordaré siempre que a Patricia me encantaba besarla. Tenía unos labios tiernos, templaditos, que olían a alma, es decir, a una inodoración de carne de espíritu. Solía decirme que a ella también le gustaba besarse largamente conmigo porque había descubierto algo que yo libremente traduje como “mecanismo o intencionalidades de estilo” que yo hacía desempeñar en mis besos; lo cual no dejó de proporcionarme alguna satisfacción. Conservo una percepción de irremisibilidad agridulce al no poder fijar en mi conciencia la exactitud de su silueta: Recuerdo, eso sí, que era de estatura mediana, pelo castaño claro en controlado alboroto; largas y conciliadoras pestañas; bonita, realmente, justamente bonita de formas; pero sobre todo, sus labios blandos y cálidos que gustaban de soldarse a los míos por largos tramos temporales, en catábasis extática.

El poema con el que contribuí al nº 1 de *Llanura* (abril, 1962) fue una creación efectuada según la técnica o estilo (o manera) automática. El fino y acendrado poeta alcalaíno Luis de Blas, que ya el 3 de ese mismo abril de 1962 me había dedicado la bellísima composición “Carta en primavera al poeta Tomás Ramos Orea” en *Nuevo Alcalá*, tuvo ocasión de dedicarme otro poema, aún más meritorio si cabe, en impecable factura de cuartetos rimados, “Poema del retoño”, como contestación mitad cordial, mitad lúdica y crítica a las alusiones que un patriarca de la crónica alcalaína y buen amigo nuestro, Luis Madrona, había hecho al primer número de *Llanura*, a los poetas que formábamos la nómina inicial, y a las composiciones vertidas en dicha primera entrega. En cualquier caso, éstas y otras

manifestaciones decían a las claras que las cosas marchaban y que a partir de esas fechas no podía ofrecérseme un programa más conjuntado ni más tentador: Vivir, amar, escribir, poner por escrito lo vivido y amado. Mis reseñas poéticas y vivenciales de lo amado solían aparecer bastantes meses después, acaso más de un año pasada la realidad factual que las propiciarán. En diversas ocasiones mis poemas, aunque con cuño y motivación concretísimos, aparecían desprovistos de dedicatoria. Hubo mujeres, empero, que aun empapando durante algún tiempo los páramos de mi afecto, de la incumbencia de mi alma, no registraron su nombre bajo título alguno de poema mío. Se trataba de un juego de estímulos sincrónicos y de efectos espaciados, aderezado todo por la ambrosía de mi quehacer poético. Mi poema “He querido decirte”, de *Llanura*, 9 (diciembre, 1962), fue dedicado a S[usan] F[ries], nombre que presta el mayor aval de autorización a esta crónica del alma, y por quien escanciaré más cantidad de substancia de la memoria mía. En este poema decía que no miré nunca a mi amada “porque el viento/ parecía esconder no sé qué cosa”. En el número siguiente (enero, 1963) mi poema “De la presencia y el recuerdo” compuesto de un díptico de sonetos, está igualmente inscrito para S.F. En el número 11 (febrero, 1963) otro díptico de sonetos míos lleva por título “Hannelore”:

*Calladamente, así, como si fueras
desconocido olor en mis jardines
ensanchaste a la sangre los confines
con la sola piedad de tus riberas...*

Este primer cuarteto abunda en elocuencia de tema y de tono; a pie de página hice estampar el algo impertinente dato de “U.S.A.”, para que no hubiera duda de que “la cosa” se había originado y efectuado en dicha parte del mundo.

¿Quién era Hannelore? No la recuerdo bien, en bulto táctil y perecedero; quiero decir, en dimensión configurada a la manera de una reproducción fotográfica; creo que se apellidaba Sternberg, o algo así;

seguro que un nombre alemán porque hablaba alemán naturalmente; era, eso sí que lo recuerdo bien, una preciosidad de criatura, aliñada con un exquisito comedimiento y con una irónica feminidad. De parecido chasis al de Patricia Polzin, era Hannelore, sin embargo, más tensa, de conformación psicósomática más compacta, más como si la temprana reciedumbre de su criterio prestase dicha característica a su arcilla mortal. Creí quererla, tal vez la quise; acaso me enamoré de ella. Cuando nos besábamos me parecía que ponía ella a funcionar un secreto mecanismo de otro no menos secreto inédito que su alma me había concedido a mí, español de corazón asimismo en bandolera; quizá por ese destino de cumplimentar, de impulsar en campo neutral la empatía entre elemento femenino germánico y racial español... No recuerdo cómo desapareció del escenario de mis trajines. Sólo quiero rescatar que me fue muy grato pensar que la quería.

El nº 12 de *Llanura* (marzo, 1963) reproduce mi poema “Veinte versos”, Para L[inda] T[hunfords]. Son veinte endecasílabos blancos enérgicos, directos, de innecesaria interpretación, por su código unívoco, inequívoco:

*Puedo amarte en la mueca desbordada
por la curva rosada de tu labio
y coger una a una las espinas
de tu verde rosal para besarlas...*

Y claro que hubiera *podido*, pues si no, no lo hubiese dicho. Aquella chica era una bellísima rubia clara, en el confín de lo albino. Parecía enteramente una artista de la cinematografía. Su paso por la galería de mis vivencias fue relampagueante, voraz, intensísimo. Quiero recordar que nos conocimos siendo ella alumna de una de mis clases, y que ello debió de ocurrir muy, muy al principio de 1963. Lástima que no conserve los impresos de matriculados en cada clase y en cada trimestre. Eran unas hojas cuadradas, informatizadas, de color amarillo, tipo papel cebolla especial para tales menesteres. La coincidencia de azarosa atracción entre Linda y yo fue el mayor

refrendo de cómo se manifestaba lo exótico; mediante qué niveles de excepcionalidad se nos hacía perceptible este consorcio, siquiera fugaz, de producto U.S.A. y de espécimen carpetovetónico. Porque en Linda había un mucho de exótico, y también de gélido, de distante, de conservado en formol protocolario. El brevísimo curso de nuestro coincidir la salvó para siempre de mi olvido y ella fue quien evitó lo que, de no haber sido así, hubiera significado una amputación para la memoria mía. “Veinte versos” es un buen poema, y con eso dejo todo dicho por ahora. *Llanura* n° 13 (abril, 1963) incluye mi creación “Tú pareces” dedicado a S.[usan] F.[ries]. Reservo para más adelante el tratamiento monográfico a esta criatura. Sólo como clave de mi estado anímico, he aquí el primero de los cuatro serventesios alejandrinos:

*Tú pareces acequia de huerto campesino
desenredando albas de azul sabiduría,
ilesa entre las horas, tendida en mi camino,
morena al sol más claro, soñada novia mía.*

Llanura n° 14 (mayo, 1963) incorpora mi “Poema al retrato de una desconocida”, Para S[ally] G[reen]:

*Bendita por la luz y por la sombra
más allá de una foto...*

reza un fragmento de secuencia central del poema. Jamás conocí a Sally Green. Guardo de ella su fotografía en el diario de East Lansing, con motivo de su elección “Vet Queen”, o sea, “Reina de los Veteranos”, o también, y acaso, “Reina de los estudiantes de Veterinaria”. Con ese homenaje a alguien desconocido, excepto por su rostro en reproducción de foto de periódico, quería extender mi cortesía, la cortesía del corazón mío, a ese rostro bello, serenísimo, de emblemático distanciamiento, de peregrina asepsia que se aloja en el paradigma expresivo de tanta joven U.S.A. La melena corta, de diseño flamígero en ordenada sumisión, el cuello en esbeltez enarcada, mirada límpida haciendo reposar su parábola intencional en cotas sabidas e indiscutibles; bella, bella en su calma y varada dinámica.

En ese punto de encuentro de todas las acepciones y de todas las aseidades que un espíritu como el mío pueda concederse, Sally Green significó la muestra, el patrón viviente de más inconmensurable validez por el que sin conocer, pudiéramos “reconocer”, después de momentáneamente olvidado, ese primer esqueje de gesto, esa primera propensión entrópica y placental de ademán en arquetipo. *Llanura* n° 15 (junio, 1963) contiene mi soneto “Martha”, para M[artha] S[teiner]. ¿Oímos su clave? Aquí van los dos últimos tercetos:

*Esa cita incendiada en un presagio,
ese oscuro rompiente, orilla tibia,
que es a mi corazón como un naufragio.*

*Ese colmo de horas, gozo y duelo,
que llenan desde tí mi vida anfibia
por el agua y la tierra de tu cielo.*

Romántico, ¿No es verdad? Martha era una criatura a quien la fortuna había regalado una figura y un modo de hablar deportivos, juguetones. Nos besábamos allí donde nos encontrásemos y después de un mohín como de rehusamiento se engolfaba en el ritual de los besos con redoblada alegría, con picardía estrenada a cada lance. A mí me encantaba dedicarle ocurrencias lingüísticas, dichos cariñosos, ya digo, allí donde nos encontrásemos. Una vez, recuerdo, antes de tomar el ascensor en el edificio Morris Hall, sede del Departamento de Lenguas Extranjeras, hice un amago como de hablarle, ayudándome de la facecia de algún apelativo cariñoso. Ella se adelantó a mi intención, diciéndose a sí misma y a mí mismo... “Martha... tita, Martha... tita”. Resulta que a ella le hacía una especial gracia que yo le llamase *Martita*, *Martita*, pero no había captado el juego desinencial de los diminutivos y ahora ella era la que me regalaba su nombre... Martha era preciosa: Altita, estrechita pero con una proporción de atributos que acaparaba el más entusiasta de mis asentimientos. Besarla era conjugar la cercanía, la unimismación y el transpase, de tan maravilloso como era el desplegado esquema que su cuerpo

instrumentaba. Oh, sí, qué chica más sonriente, más festiva, más curiosa por los registros sin clasificar de mi alma. Tú también pudiste ser, no ya una de las mujeres de mi vida, sino *la* mujer de mi vida.

En el Departamento yo representaba lo racial, lo puro “Castilian”, una especie de “maverick”, por libre; lo no “Castilian” era lo mejicano y demás. Había mucho elemento hispánico allí: El muchacho aquél chileno que preparaba su Tesis Doctoral; el Dr. Carlos Terán, peruano, “Full Professor” y buen conocedor de las cuestiones literarias de todo el mundo iberoamericano: Por iniciativa suya y para uso de su curso graduado se recopiló una muy útil bibliografía de y sobre Rubén Darío, que aún conservo como comienzo obligado de cualquier pretensión erudita. La Sra. Stewart, Zidia de soltera, brasileña de Bahía y afincada en los U.S.A. por matrimonio, era alumna de mis cursos graduados. Formé parte de su Comité de M.A. y de la Comisión que la examinó de la prueba oral del mismo grado. Una foto suya, tomada en un parque, junto a un riachuelo, reza en el reverso: “Para Tomás. Zidia”. Lo que más se daba entre este elemento social universitario era la mujer entusiasta que con ocasión de la estupenda escala propiciatoria de mi persona, aprovechaba, por ejemplo, para descubrir que su propensión por la cultura española había ganado decisivamente en intensidad y en claridad. Pero ya digo que las posibilidades económicas de un país como U.S.A. permitían sin ningún trauma que, prácticamente, cualquiera pudiese cambiar de opinión, “change his/her mind” en lo tocante a estudiar tal o cual rama; o una vez comenzada ésta, derivar hacia otra especialidad. Otra entusiasta de primer orden era la Sra. McKnight, para nosotros Stella, pues se trataba de una chica de mi edad, a quien la losa de su matrimonio (a pesar de las liberalidades permisivas que vinieren al caso) le impedía engolfarse más concienzudamente en el esquema que yo, como profesor, vividor, estudioso y todo lo demás, le ofrecía como el más visible componente de mi amistad. Stella, muy conscientemente, se hizo una fotografía de acabado retoque, que me regaló, que conservo y que dice así en su reverso: “A Tomás: Admirable amigo y magnífica inspiración a todas

mis aspiraciones en los estudios hispánicos. Siempre. Stella”. Bella mujer, con un corte parecido a lo Audrey Hepburn, la estoy mirando ahora, aquí y ahora mismo, en la foto citada. Flequillo hasta más abajo de la mitad de la frente, ojos amplios como remansados en un suave asombro, labios carnosos, aún más primantes sobre la estructura de cuello de garza, con curvatura de ánfora. Bella mujer, repito, tan lejana en mis mercaderías amorosas; tan cercana, tan acuciantemente contigua en mi mundo espiritual y académico.

Mi pequeña maraña de amistades incluía una variedad de personajes y personajillos que se resiste a su relación en elenco. De entre los profesores: John Ramsey, de francés y español, socarrón y bienintencionado quien, al coincidir un día con él en los lavabos, me dijo estos aforismos: “If you shake *it* more than twice, you're already playing with *it*”; y también: “No matter how much you shake *it*, the last drop will always fall in”. La Dra. Ruth Kilchenmann, suiza de origen pero que por haber residido durante largo tiempo en distintos países (seis o siete, entre ellos, Perú) hablaba el idioma de cada uno de ellos y, por lo tanto, el español. Era la típica mujer matriarcal, fuerte, de diamantina voluntad, más americana que los americanos en cuestiones de pundonor y de profesionalidad. Lo mismo se la veía palear nieve para dejar expedito el acceso de su casa (vivía también en la Grove St.) que disertar sobre temas supuestamente intrincados de Filología Germánica. Todavía, al cabo de tanto tiempo, me sigo intercambiando con ella noticias en el tiempo proverbial de la Navidad.

Los alumnos, a todo esto (y acaso con la única excepción de un muchacho difícil y contestatario, un tal John Cullen, que así se llamaba, y con el que tuve unos diferendos de criterio, limados por la habilidosísima y conciliadora gestión del profesor Townsend, Head o Director del Departamento a la sazón, como sabemos), los alumnos, digo, a todo esto, me adoraban. Yo volcaba en ellos, sin economías, las alforjas de mi disciplina, de mi entusiasmo, de mi sabiduría en aumento y no sólo de mi erudición, de la representatividad de lo

hispanico español continental como más enérgico contrapunto y conformada complementación del resto de lo español hispanico. Mis clases de Literatura eran popularísimas: Solían asistir a ellas chicos y chicas, acompañando sencillamente en régimen de amigo/a o novio/a, al alumno/a propiamente dicho. La mayoría de los oyentes espontáneos no tenían idea de español pero, según decían, parecían entender mi mensaje por el juego intuitivo que desplegaban respecto de mis explicaciones. Todo lo que exponía, lo exponía con garra, sabedor de una ilimitada autoridad, de una superioridad inalcanzable aun para los más iniciados: “You're so well prepared”, me decían. Les fascinaba escucharme y no poder seguir en su totalidad el mazo de sugerencias, información, especulaciones, citas, que les daba servido en mis clases, formando todo una tupida red de materia literaria e/o histórica, pues también tuve a mi cargo un curso de Historia de la Civilización española, en el que, en algunas clases, más que nada sobre Historia Antigua, llegué a demostraciones eruditas de verdadero alarde.

Entre mis amistades de la calle, con el que, acaso, más intimé fue con el cubano don José Diéguez, huido de la quema de Fidel Castro. Este Diéguez era hombre culto, ameno y razonable. Se había devorado en su primera juventud rimeros y rimeros de novelas de Galdós, Palacio Valdés y otros escritores pertenecientes en cronología al bisel compartido de los siglos XIX y XX. Vivía, como todos los refugiados cubanos, un poco de las subvenciones que el Tío Sam había previsto para los exiliados del régimen castrista. Yo pasaba en su casa buenos ratos, con él y con su mujer, Merceditas. Sus dos chicas, colegialas, sin embargo se habían dejado engolosinar por la inmediatez persuasiva de la forma de vida americana, y asimilaban vertiginosamente lo que de estúpido, alienador y desenraizante tienen las maneras yanquis. Diéguez había salido de Cuba con la fundada certidumbre – según decía – de que “la cosa” duraría poco. ¿Qué habrá sido de él?, me pregunto.

Había otro cubano, algo más joven, llamado Flores, o Morales (no puedo precisar), más decididor, más chancero, pero asimismo culto y portador (en mayor grado que cualquier otro elemento individual del colectivo hispánico) de modos y decires cercanísimos a lo más granado y más genuino de *lo español* de siempre.

Estaba también aquel colombiano rechoncho, con la carita redonda, y que vestía pajarita casi todo el tiempo, aunque llevara las camisas algo mugrientas. Era cordial, enfollonador, amigo de dar festejos en su casa. Había conseguido un M.Sc. en Matemáticas y estaba el hombre satisfecho, creo que con razón. Entre la colonia de hispánicos, los colombianos gozaban de cierta notoriedad en ser mañosos en arreglar maquinarias descompuestas; en conducir verdaderos trastos de coches en vía de desintegración, algo parecido a lo que en España entendemos por “ingenieros del alambre y de la chapuza”, del “tente mientras cobro”, para ir tirando. No es de extrañar que otro colombiano del grupo, simpático, por otra parte, pretendiera venderme una lata de Chevrolet que tenía (“el carrito”, decía él); como digo, “puritita” chatarra.

También conocí en Lansing a un médico almeriense, José López Cano, buen tipo, que estaba pasando su travesía penitencial del desierto por motivos familiares. Curioso: Once años más tarde y en su propia Almería tuve ocasión de volver a verle, ya instalado emocional y profesionalmente. Me alegré mucho de que le fueran bien las cosas.

Otro personaje que acabó siéndome entrañable y casi imprescindible fue Mr. Johnson, un taxista cuyos servicios (ocioso es decirlo, por azar) comencé a frecuentar y ya no los dejaría en mi entera estancia de dos cursos académicos. Se convirtió en mi confidente y ya conocía la percalina del material femenino que llevaba a, y recogía de, mi apartamento. Era sentencioso, con esa lacónica sabiduría del que sabe poco; o mejor dicho, lo justo, pero lo sabe bien. Un día, hablándome de una medida enérgica que había tenido que

tomar contra el descaro agresivo de un mozalbete irrespetuoso, me dijo muy “highly opinionated” que (refiriéndose al muchacho en cuestión) “next time he'll give it a second thought”; o sea, que la próxima vez que el mozalbete le propusiera un desaguizado, lo pensaría dos veces.

Otro día. Mrs. Perkins me invitó al piso que ocupaba con su marido que era norteamericano canadiense, para que le conociera yo. Mr. Perkins era uno de esos tipos donde el sentido común y la proporción parecían haber echado el ancla; uno de esos personajes equilibrados, templados y de buen natural. En aquella ocasión abrió una botella de coñac Carlos I alegando que yo sabría apreciar su gesto. ¡Y tanto! Me contó que siempre que venía a España (y acababa de regresar hacia poco) compraba una botella de Carlos I en la “duty free shop” del aeropuerto. Años más tarde, estando yo profesando en Canadá y habiéndose él igualmente trasladado a una Universidad de su país de origen (era Full Professor en Business Administration, or Accounting Business, o algo de eso) coincidimos en su casa por una segunda invitación que me hizo su mujer Hilda (puertorriqueña, no se olvide), sabedora de que me hallaba yo en Queen's University, de Kingston, Ontario. Sublime y memorable detalle el que volvió a tener Mr. Perkins conmigo al abrir *otra* botella de Carlos I, empleando las mismas palabras del anterior ritual: Que lo hacía gustoso con alguien que, como yo, sabría apreciarlo. Desde entonces intenté aprender la lección (tal vez con poco éxito por malformaciones de temperamento y de espíritu, tanto congénitas como adquiridas) de que la mejor virtud es aquella que viene impuesta por la necesidad y, probablemente, no al contrario. Mr. Perkins a la vez que generoso era coherente y lógico, y de ahí mi admiración.

Mis actividades “sociales” o de sociabilidad (como creo que mejor se traduciría “socializing”) dejaron escasos palillos por tocar. Para que no me tildaran de poco poroso o de poco dispuesto a probar lo nuevo fui al gran Estadio de M.S.U. a presenciar un partido de American Foot-Ball. No me gustó, ni poco ni mucho. Lo he dejado

dicho en algún lugar de una serie de crónicas sobre la vida americana. Todo juego que sufre interrupciones cada... pocos segundos definitivamente no me gusta. Lo considero una retahila de estrangulamientos. Igual que el baloncesto. Aquella fue mi primera vez de presenciar una cosa así. Tres años más tarde, y por compromiso en que me jugaba no herir susceptibilidades con vistas a una propiciación amorosa, presencié con mi amigo nicaragüense Lorenzo Gironés mi segundo y último partido en la University of Western Ontario de London, Ontario, Canadá.

Un día en que me hallaba solo en el despacho de Morris Hall me llama una de las secretarias y me pregunta si quiero actuar de traductor-intérprete jurado (en la modalidad simultánea consecutiva) en un juicio en la Audiencia de Lansing..., que tenía en el teléfono al Prosecutor (Fiscal) de dicha Audiencia y que habían contactado al Departamento de Lenguas Modernas para tal fin..., y que en caso afirmativo para que la persona en cuestión se considerase “subpoenaed” en espera del requerimiento oficial escrito. Yo dije que sí, por ignorancia, por curiosidad y porque mi nombre apareciese en algún anal, por pequeño que fuera, de servicios al Tío Sam. Efectivamente se me señaló por escrito el día en que debía asistir en calidad de intérprete. Se trataba de una riña entre mejicanos, y el fiscal (“Prosecutor”) había interesado los servicios de un traductor. Así que, de golpe, sin más preparativos me ví convertido, siquiera fuese para dos sesiones, en un intérprete inglés/español - español/inglés. Mi actuación mereció los elogios encendidos de algunas personas del público, así como de Su Señoría el Juez que me felicitó y me dio las gracias. La traducción *de* y *a* ambas lenguas versó sobre aspectos muy concretos de hora, lugar, compañía, objetos con los que se llevó a cabo la agresión y las lesiones, etc. La traducción inmediatamente consecutiva en tales casos conviene hacerla despacio, seguida y sin titubeos; o sea, que una vez comenzada no se dé pie de ninguna manera a inferir que uno pueda abrigar la más mínima duda sobre el sentido y la expresión de lo traducido. Con todo, quiero resaltar dos aspectos de la entera experiencia como lo más señalado y, en verdad,

como lo que mejor recuerdo hoy. El primero es el grado de consensuación que preside este tipo de asuntos legales entre el abogado defensor y el fiscal. Antes de comenzar la vista nos fuimos a tomar café nosotros tres, el fiscal, el abogado y yo... y yo me quedé pasmado del grado de arreglo anticipado que se negocia y que se logra en estas cuestiones. Allí se acordó lo que cada cual tenía que hacer, con la más absoluta de las seguridades y sin dar cancha a sorpresa alguna. Lo cual me ilustró suficientemente el principio de que los problemas legales se resuelven en su casi totalidad mediante el hecho (ya de por sí penitencial) de instrumentar remedios... legales. El mero hecho de hacer intervenir a un abogado, por una parte, y al Ministerio Fiscal, por otra, garantiza, por lo menos, un resultado que para el encausado devendría catastrófico de cualquier otra manera. El segundo asunto que quiero resaltar es la sorprendente disfunción que, al menos para la percepción mía, ofrecen algunos aspectos institucionales en los U.S.A. En un país en el que algunos servicios técnicos personales se pagaban de maravilla, lo que la Habilitación de la Audiencia me pagó a mí por mis servicios de traducción apenas cubrió los gastos de taxi. Luego recapacité y deduje que, acaso, y tratándose de sociedad tan competitiva, si cuando me comprometí con el Ministerio Fiscal a servir de intérprete hubiera *exigido* una contraprestación concreta y abultada, probablemente las cosas hubiesen ido de otra forma. Aprendí mi lección y en cualquier caso me di por contento.

En Detroit estuve varias veces por cuestiones diversas, alguna (como la de mi frustrado visado para Méjico) ya relatada; y otras, por relatar. Pensé y pienso que hay que tener muchas ganas o mucha necesidad para vivir en un lugar así. En aquella época era la cuarta o la quinta ciudad de U.S.A. por número de habitantes, después de New York, Chicago, Los Angeles y, acaso, Philadelphia. Está separada de Canadá y de la ciudad de Windsor (Ontario) por el brazo de agua que conecta el Lake St. Clair con su hermano mayor el Lake Erie. Lo bueno de las ciudades americanas grandes es que su trazado urbanístico comprende núcleos o barrios autosuficientes, ciudades

dentro de ciudades en las que se ofrecen los mismos servicios y prestaciones que en cualquier otro lugar, más o menos céntrico, de la urbe. Estar en un espacio cualquiera de una concentración urbana U.S.A. es tener las mismas tiendas, los mismos supermercados, las mismas calles... etc., que en cualquier otra ciudad. La conformidad, ya se sabe, implica mejor praxis en la dinámica del aprovechamiento y de la producción pero hace polvo el entorno cosmopolita de sus moradores. Con todo, Detroit tenía como ventajas la contigüidad de Canadá, conectándose los dos países a través de un túnel y de un puente.

En Chicago estuve dos veces: La primera, acompañando a mi colega Ruth Kilchenmann; mientras ella atendía asuntos profesionales yo me dediqué a recorrer las calles, a ver cosas y a entrar en sitios en las tres o cuatro horas de que dispuse. Puesto que no había visto ninguno, pasé a un “striptease”. Ni mucho menos degradante (como a los flácidos de turno les gustaría que fuese), ni mucho menos recomendable; sencillamente aburrido, por mecánico. Me quedé con la cara de una morenita café oscuro que mostró dos de los más bonitos, abundosos y perfectos senos que jamás haya visto, y al salir y reparar que estaba sentada en el local, me quise aproximar y hablarle, con algún pretexto estúpido. Lo que digo: Máquinas. Por el hecho de ser cliente de aquel establecimiento no me hizo ni caso, y al insinuarme yo de nuevo me dijo que o me iba yo de allí o se iba ella. Reflexioné sobre el lance y llegué a la conclusión de que la cultura U.S.A. es el mejor rompeolas donde se estrella la bobaliconería sublimada. Pues, ¿qué podía esperar yo de una chica así? ¿“Romance”, como se dice en inglés; es decir, romanticismo compartido, correspondida espiritualidad? Jamás he visto como en los U.S.A. una complacencia más arrogante, rayana en la estupidez, en separar las personas sus cometidos funcionales; sobre todo con el fin de destacar la singularidad y/o atipicidad de ciertas actividades y no confundirlas, por anecdóticas o meramente instrumentales, con el resto de capacidades más dignas o más socialmente acreditadas que pudieren asimismo concurrir en el individuo o individuo en cuestión. En el

gesto de la morenita leí: “No creas que porque me encuentras trabajando en un tugurio de esta naturaleza, eso te da derecho ni siquiera a inferir rebaja en mis cualificaciones humanas... etc”. También se estilaba mucho un tipo de establecimientos que daban a la calle, formados por garitos o cuartos oscuros donde por medio de monedas se accionaba una proyección pornográfica. La calaña de los sujetos que hacían el gasto en los tales locales era, de por sí, elocuente: Raídos, naufragados, con un ademán de esperanza distorsionada, sin afeitado, con una lubricidad malparada, espectros a autoconsumirse. Los cuartitos oscuros individuales (yo pasé a ver uno de ellos) donde tenía lugar la proyección olían, como era de esperar al “acre olor orgánico” del poeta; a semen, a frustración, a fracaso impenitente y doloroso.

Un día de 1962 ví la película “Viridiana” en el Campus de la M.S.U. ¡Vaya película!, me dije; probablemente la primera gran película española que se podía codear con el todopoderoso cine U.S.A. También las películas de Brigitte Bardot estaban en la boca de la intelectualidad “avant-garde” [vanguardista]; películas, por otra parte, de nulo contenido erótico objetivo, o contenido de algo que no se diera en el cine americano; ahora bien, era propensión generalizada entre los que se creían cultos rendir alabanza a ciertos productos europeos que no podían venir sino de Francia.

A finales del curso 1961-1962 me compré un traje de verano en Lansing, color marrón oscuro, por \$ 100 justos que causó impresión por su prestancia, corte y calidad evidente. El público no podía calibrar, por si fuera poco, que lo más admirable del tema había sido mi ver el traje, probármelo y salir de la tienda con él puesto. Un portento de coincidencia; una de esas ocasiones en que se conjugan todos los componentes de una buena oportunidad. Es cierto que con pequeños altibajos mis casi últimos treinta años me han comportado unas muy parecidas características fisionómicas y anatómicas en constitución y chasis. El traje no pudo tener un final más desgraciado, en España: Una empleada de hogar en casa de mis padres dejó la

plancha caliente encima y le hizo un tremendo boquete achicharrado en la delantera del pantalón. Hubo que tirarlo. Siniestro total. Me compré un tocadiscos precioso, Magnavox: Precioso por su sencillez, por su sobriedad. Luego descubrí que era de fabricación inglesa. Curioso: La corriente de casi todos los chismes de entonces en los U.S.A. era de 125 v. Cuando el aparato llegó a España, después de mis años de Canadá, hubo que pertrecharle de transformador para hacerle funcionar. La pequeña, pequeñísima discoteca que aún conservo la componen en su mayoría discos comprados por \$ 1 de buena música clásica. Para eso, los U.S.A. eran fantásticos. Y lo mismo para camisas “Arrow” que no he vuelto a encontrar nunca jamás: Una combinación de fibra y algodón que han hecho de ellas las prendas más cómodas y más manejables de toda mi vestimenta. Todavía conservo algunas, de hace casi ¡30 años!, y a punto de hacerse pedazos. La orquesta de Cleveland solía ir frecuentemente a interpretar conciertos. En M.S.U. he tenido ocasión de escuchar buena música y de presenciar buen ballet, a precios asequibles del todo.

Antes de regresar de vacaciones a España el verano de 1963 me compré en una tienda de deportes de Lansing un par de zapatillas de atletismo Adidas (made in West Germany). Con decir que todavía me duran (escribo esto el día 16 de marzo 1990) está dicho casi todo. Lo que justifica el “casi” es que cuando correteaba con ellas por las arboledas de junto al río Henares de mi pueblo, aquello parecía lo nunca visto. Supongo que por aquellas fechas de 1963 ese artículo sólo lo usarían algunos pocos, poquísimos, atletas de élite en España. Y en la relación de adquisiciones oportunas y multivalentes están también unas cajas rectangulares paralelepípedas de botellas de cerveza Stroh's. Estas cajas, de cartón piedra, tienen las providenciales medidas como para que me hayan podido servir y me sigan sirviendo de “file cabinet” o archivadores móviles, donde, además, mantengo las cosas, chismes y papeles de más inmediato e insoslayable uso; tienen en los laterales unas aberturas para meter los dedos y transportarlas con toda la comodidad que el caso permita. Como digo, las conservo

casi en igual estado que cuando las adquirí llenas de botellas de cerveza.

Cierto día de mi primer curso me hallaba en el despacho que compartía con, dijéramos, el titular y primer usuario del mismo, Profesor Donald Yates (ya citado) y pasó a rendirle cuentas de las últimas lecturas de un “reading course” correspondiente a unas novelas del siglo XIX español una jovencita a quien oí que Donald llamaba Mary. Como yo estaba allí y Donald me rogó que me quedase, me pude fijar mejor en la tal Mary. Tenía el pelito suavemente encrespado como en melenita; morena muy, muy clara; labios gordezuelos que alumbraban una sonrisa de continuo, si bien algo como melancólica, distante, pensativa, de íntima y querida mortificación. No se me olvidará nunca que en aquella sesión comprobatoria de la lectura que correspondiere... hablaron de *El sombrero de tres picos* de Pedro Antonio de Alarcón, y que Donald Yates, con su conocida dinamicidad docente le subrayó a Mary lo que, según la lectura más válida, constituía la moraleja de la obra, etc., etc. Mary solía llevar falditas abombadas que permitían con toda naturalidad apreciar sus piernas, graciosas y correctas, con una suave prominencia de abultamiento en las pantorrillas, como si fuera el resultado de un desarrollo atlético de los músculos gemelos. Donald Yates me la presentó entonces y se refirió más tarde a Mary, en su ausencia, como una estupenda alumna, receptiva, brillante, trabajadora, discreta. Al cabo de vernos allí en mi despacho, con motivo de las entrevistas para su “reading course” con Yates, socializamos rápidamente, mediante encuentros en la Student Union y sobre todo porque, como se esperaba, Mary se matriculó en dos cursos míos y también, como se esperaba, destacó de inmediato. Se inició entre nosotros la inevitable complicidad emocional. Ella disponía de una magnífica proclividad a disfrutar con mis giros idiomáticos y con las expresiones idiolécticas de España que más en boga estuvieran. Le enseñé a decir que algo estaba “de cancamacola”, expresión que logró fascinarla, y que yo me permitía aplicar en acepción extensiva a alguno de sus atributos. Un día en clase estaban haciendo un pequeño

“test” de repaso de gramática y sintaxis y había llevado un vestido excepcionalmente aéreo, como de muselina cercana a la transparencia; y como además era ya muy entrada la primavera y hacía calor, una blusa jubón, sucinta y sin mangas dejaba al descubierto, con mucho, la mayor cantidad de piel que yo hubiera visto de Mary. Se había colocado en la última fila y yo, en uno de esos arranques irreflexivos que tanto le pueden llenar a uno de gloria, como colmarle de problemas, le pasé toda la mano por el cuello hasta percibir el tope de los mentones, y le dije: “Hoy estás guapa de cancamacola”. A lo cual ella se sonrió con asentimiento madurado, y siguió escribiendo su examen. Como digo, era una estupenda estudiante de mis asignaturas de español.

Las cosas comenzaron a adensarse. A las “coke dates” siguieron invitaciones en toda regla a cenar en Lansing. Luego vinieron los besos. Un día me dió un disgusto de muerte. Veníamos de Lansing, en taxi y durante todo el camino nos habíamos estado besando: A mis besos ella retiraba de vez en cuando la cabeza, me miraba con un mohín de doloroso concernimiento, y se abandonaba acto seguido. Un poco antes de llegar al Campus, a la altura de su Residencia, se me echó a llorar con incontenible amargura, aunque de forma controlada, como meditada, consciente. Lloraba de manera tal que no me atreví a perturbar la exquisita confidencialidad del rito que a sí misma se estaba dedicando. Hice un ademán como de querer saber... pero no me dejó. Me regaló una postrera sonrisa, se enjugó parte de las lágrimas, me besó fugitivamente y se marchó.

Pero continuaron las salidas y las cenas en Lansing y hasta recuerdo que fuimos a ver la película de Marlon Brando “The Ugly American”... Y llegó mi apartamento y la vivencia compulsiva de verme encima de la cama, encima de Mary, vestidos los dos, en el curso de un acuciante y gemidor restregamiento... hasta dar libertad incontrolada a los juguetones bichitos pobladores de mis glándulas reproductoras. ¿Qué había sido aquello? Mudos los dos, como sopesando la brecha que se nos había abierto en la pared del Arcano.

Aquello fue un fabuloso descubrimiento que tanto nos curaba como nos dejaba aún más vulnerados.

Otro día en que después de habernos dirigido a mi apartamento y haber celebrado en secreta y furtiva complicidad las tan singulares nupcias, a Mary le entró un pequeño raptó de histeria y se volvió a echar a llorar, esta vez con recursos expresivos suficientes como para decirme, para echarme en cara el hecho de que por unos cuantos \$ que me costaba la invitación, lograba el fin perseguido y deseado, sin tenerme que ir de putas o algo por el estilo. Yo me quedé desencuadrado, triturado, sobre todo porque esa forma de pensar, aun tratándose de Mary, abría las puertas de la estancia donde más o menos ocultamente toda mujer guarda su tesoro de estupidez y de sinrazón. ¿De modo que me echaba en cara el hecho de que me comportara principescamente con ella? ¿En qué demonios estaría pensando? El tema me puso a cavilar, pero la realidad fue que nos seguimos viendo. Dócilmente, como una recua de dos, después de cenar nos encaminábamos a mi apartamento, me ponía encima de ella y mediante unos agónicos movimientos de trepada en hondón y retroceso lograba el orgasmo. En una de estas sesiones ya me había confesado definitivamente que su puritanismo y su formación religiosa, de familia, no le permitían más... pero que le gustaba, que yo le gustaba y que ella lo necesitaba: “I like it. I like you. I need it”, fue la lacónica y elocuente letanía, en esta secuencia de conceptos, la que me regaló como cifra y compendio de la historia de su alma...

Aquella combinación, aquel alienígena maridaje de puritanismo y romanticismo a ultranza que Mary encarnaba, yo suponía que se tendría que descompensar del lado de lo peor, del tirón de las raíces, de la llamada oscurantista del ecosistema de su vida. Como digo, aquel entrecruce de tendencias encontradas, encapsulado todo en un encofrado “sui generis” de espiritualidad hicieron mella en mi alma, y mi alma escoró peligrosamente, por piedad, por curiosidad malsana, por la petulancia que presta el saberse en posesión de disponibilidades emocionales sin límite..., por todo ello, y acaso por

algo que nunca entenderé, mi alma conoció un intenso grado de afección hacia esta criatura. Recuerdo que estando yo concentrado en Ypsilanti disputando el segundo Torneo de ajedrez la llamé para hacerla sabedora del curso de la agonística tensión que me empapaba en semejante situación. Llamé a su cuarto y a una hora en que el 99% de las jóvenes estaban fuera, simplemente fuera de la Residencia. Mary estaba allí como virgen prudente (pues me había dicho que era virgen), guardando con primorosísimo celo la vela del recato y de la vigilancia. Aquella conversación telefónica estuvo cargada de densidades no expresadas, advenidas, intuitivamente incorporadas, en gravosa y feliz asunción...

Me regaló un día un disco de Johnny Mathis, en boga por aquel entonces, y del que me había oído de vez en cuando canturrear alguno de sus éxitos: “Toma”, me dijo, “puesto que te gustan sus canciones”. A expensas de su receptividad y capacidad de asombro, y a expensas de mi bolsillo, le estuve enviando una rosa roja diaria creo que durante casi un mes seguido. Ella me dijo que yo “had become a legend” en la Residencia y que allí no conocían nada igual según testimonio de la persona más vieja. Aquel lance tuvo su correspondiente anticlimax cuando en un momento de lasitud conversadora y, sobre todo, de flojedad imaginativa, le comenté a un colega mío, así, como en abstracto, como afectándolo al argumento de una supuesta novela, lo del envío de una rosa roja diariamente a alguna mujer, y él me dijo sin interesarse mucho: “Está muy bien, pero, ¿y cuándo se para, cuando se deja de enviársela?”. Las cosas comenzaron fatalmente a enfriarse porque Mary parecía cada vez más afectada de su síndrome puritano, y yo no me encontraba en disposición de hacer cargar a mi conciencia con una mochila así, repleta de problemas, a mis 26 años y con todo por hacer. No obstante, Mary vino a España, a Madrid, el verano de 1963, pero no pareció resistir el tufillo de lubricidad que yo – harto de contemplaciones, supongo – debía exhalar, por lo visto. Y de esa forma nos despedimos: Sin traumas, sin reclamaciones, sin reproches. Ya lo dije: Una de las mejores alumnas de mis cursos (que no mía) de hispanismo.

Mi segundo curso en M.S.U., en general, alumbró mayor cantidad de acontecimientos que ningún otro. ¿Dije que me habían ascendido a Assistant Professor? Pues sí, me ascendieron, con reconocimientos muy positivos por mi labor. Mi nueva tarjeta o carnet de identidad universitario reflejaba ya mi rango, y también reflejaba que la expiración provisional de mi contrato ocurriría en julio, 1963. La foto de mi citado carnet reproducía mi cabeza a cepillo, con ademán codicioso y de acaparador entusiasmo. Ese curso el inquilino primero del despacho, Donald Yates, lo pasaba en Argentina conociendo a Borges y otros temas muy de su predilección. Así que me quedé de depositario del “office” y de todo lo que en él había: Libros preciosos, antologías espléndidas, interesantísimas revistas. Y hablando de revistas, no se olvide que en Morris Hall, sede de nuestro Departamento, se publicaba (y creo que se sigue publicando), a cargo del de Inglés, *The Centennial Review: A Magazine of the Liberal Arts*, trimestral y bien acreditada en los medios académicos. También editaba el Department of English, en reproducción fotocopiada que repartía gratis, una revista o boletín mensual, *The Good Writer*, lleno de sugerencias y preceptos sobre cómo mejorar la gramática, la sintaxis y el estilo.

Ese curso 1962-1963, con dos colegas más (un Assistant Instructor y otro Assistant Professor) con los que compartía el despacho de Yates, confeccioné un bonito e interesante libro de texto *La conversación al día: Aspectos de la Civilización Hispánica*, para la editorial Macmillan, y que salió en 1964, hallándome yo en Canadá ya para entonces. Mis cursos iban en alza y ahora se trataban de dos seminarios trimestrales: Uno, sobre Gustavo Adolfo Bécquer; y otro, sobre Menéndez y Pelayo, ambos de Licenciatura y Doctorado. Aquello rozó el apoteosis, por la aceptación que tuvieron y por el altísimo tenor de interés que logré transvasar a mis amigos respecto de las figuras (tan incomparables) de uno y otro escritor. Asimismo, las muestras de adhesión y de asentimiento que recibía en mis cursos “under- graduate” eran muy notables. Uno de los primeros entusiastas

de mi labor fue un alumno negrito, Frank, a quien yo llamaba Paco. Era despierto, atento y pronunciaba muy bien el castellano. Había también chicas, mujeres preciosas que, por razones institucionales y familiares de calibre insalvable, me dedicaban un fervor entusiasmado y una ejemplar lealtad sin traspasar los límites que a todos nos imponía la experiencia solidaria de ser miembros conformes de la comunidad universitaria, cada cual en el desempeño de su cometido. Había en mi clase de literatura de 4º curso una chica esplendorosa cuyo estado de gravidez se iba haciendo patente en idéntica proporción a la veneración y arrobó que el paso del tiempo parecían propiciarle e inspirarle respecto de mis clases. Se llamaba Diane Laidlaw y además de bonita, joven, discreta y estupenda estudiante, estaba preñada con una de las preñeces más agraciadas que yo haya jamás visto (por la sumisa curvatura; por el componente de resignación feliz que semejante circunstancia le transvasaba al rostro, etc.). Se sentaba en primera fila y no me quitaba ojo, y sus silencios eran como los libros que yo me encargaba de leer con los textos que más le convenían a mi alma. Un viernes observé que no había asistido a clase. Era la primera vez que percibía su ausencia. El lunes siguiente estaba allí de nuevo. Ah, claro, pero qué bruto soy, me dije. Me acerqué a ella y sólo le inicié... “So...”, y ella me contestó sonriente y ligerísimamente ruborizada: “Ha sido una niñita”. No volvimos nunca más a cruzar palabra. Había dado a luz un jueves, un día después de asistir a clase en miércoles, y, como digo, el lunes siguiente estaba otra vez en clase: Cuatro días en total desde dejar de vernos hasta volver a vernos. ¿Cómo no haberla querido?

No obstante la mayor parte de mi tiempo, digamos desde la primavera de 1962 hasta el momento de abandonar M.S.U. a las puertas del verano de 1963, la mayor parte de este tiempo, digo, lo tuve acaparado en régimen de habituación por la referencia sexual y afectiva (ya que no amorosa) con un conjunto de tres amigas, cuyos espaciados relevos sin traumas lograron propiciar esto que ahora intento expresar y expresarme, en homenaje de recuerdo y de cordial reconocimiento, y en la seguridad de que en tanto duró nuestra

afección yo les dediqué mis resortes y mis capacidades de hombría de bien, exteriorizadas en las mil y una manifestaciones esperables: Invitaciones a todos aquellos sitios cuyo acceso significara tener que dar dinero; ayuda y consejo académico cuando me lo pedían; contrapunto renovador en razón de lo que mi personalidad europea pudiera representar respecto de su cosmovisión americana, provinciana, incontrastada... La primera de este grupito fue Bárbara Rainey. De altura media, rostro agradable, rellenita, senos generosos y un gracioso mohín permanente como de interés inquisitivo e inquieto. La segunda fue Cathy Crawford, de cara redondita, también pechugona, magnífica estudiante, con sentido del humor cercano a los predios míos y con un entusiasmo desmedido por todas mis cosas. Guapa, guapa, no era; era atractiva y entrañable. La tercera fue Susan Walkers, más agresivamente americana que las dos anteriores, con buenos sentimientos aunque con resabios temperamentales muy “a la americana”; muy de dar por sentado la bondad dogmática e incontestable de los valores del Tío Sam. Empecé a follarlas originalmente en este orden descrito de presentación, si bien al cabo de poco tiempo la relación mía con ellas tres se hizo intermitentemente espontánea e indiferentemente, permutablemente transferible. Las tres, Bárbara, Cathy y Susan eran alumnas de mis clases; las tres eran muy buenas estudiantes; las tres eran amigas entre sí y las tres eran amigas mías. Este juego solidario y equidistante de simpatías y afectos fue el responsable de nuestra configuración poliédricamente armoniosa de todos para todos, y, más que nada, uno para todas y todas para uno. Mi amistad con ellas tres acaso fue la primera construcción duradera de mi vida, efectuada con materiales tan teóricamente endeblés y perecederos como son los afectos y los ámbitos emocionales. Eran tres criaturas generosas entre sí y generosas conmigo...

Por sus oficios, conocí a otras chicas, de entre las que destacaría a Chandra Kas y a Mary Ann Levine. Chandra era una morena, espigadita, no muy alta, de perfil aquilino y bello; creo que era de prosapia checa, en su segunda generación americana. También

estaba en alguna de mis clases, creo que en la de Civilización española. Solía vestir en tonos oscuros que hacían destacar lo más agraciado de sus facciones. Si por medio de la palabra escrita quisiera yo comunicar el grado de confiada, limpia y deportiva amistad que existía entre todas estas chicas, recuerdo una noche de viernes en que me había llevado Cathy a un “party”. Chandra, a quien yo todavía no conocía, también había asistido. El caso es que, al regresar a casa después de la fiesta, todos en un “station wagon” grande de otro conocido nuestro, hicimos Chandra y yo por caer juntos y nos vinimos besando todo el trayecto, impelidos por un resorte espontáneo que simultáneamente nos creció a los dos en nuestras conciencias. Cathy, al despedirnos, sólo me hizo la observación cariñosa de que se alegraba mucho de que, ya que a ella no le había hecho mucho caso durante toda la velada, por lo menos me había gustado su amiga Chandra. La verdad es que siempre he hecho gala de una portentosa propensión de engolosinarme con las amigas de mis amigas. Mary Ann Levine, de piel, era la más morena de todas, como antillana, aunque de Chicago y de ascendencia absolutamente blanca...

Como digo, durante una buena temporada estuve follando indiscriminadamente con las tres, una a una, Bárbara, Cathy, y Susan. Pero era tanta y tan trabada nuestra conciencia de interrelación amistosa, que un día se invitaron a mi apartamento Bárbara, Cathy y Mary Ann porque, dijeron, “querían estar conmigo las tres”. Compré toda suerte de vituallas para la sesión y dejé cargado el tocadiscos automático con música suficiente para dos horas sin tener que tropezarlo. Lo pasamos bien. Sólo pude cumplimentar sexualmente a Bárbara y a Cathy. Mary Ann no pudo sobrepasar una última y estrecha franja de inhibición en presencia de sus amigas. Cuando después de una ronda de caricias compartidas con las tres, el tramo final de mi propensión emotiva apuntaba inequívocamente hacia una de ellas, las otras dos, sin perder un punto de naturalidad, se salían a charlar al porche ...

La primera vez que conocí sexualmente a Susan Walkers fue el 29 de septiembre de 1962, día en que cumplía yo 26 años. Había llegado yo de España para ese nuevo curso haría un par de semanas, con un pelado semi a cepillo que a Susan le hizo gracia. No por ello dejó de sugerirme que me peinara con raya en un lado; hasta hizo las primeras pruebas allí mismo, en mi apartamento, y lo único que puedo añadir es que desde mis 26 años me peino con raya. ¡Qué no haremos por las mujeres, ¿verdad?! Susan era algo violenta, algo alocada; le gustaba forcejear en el lecho, exhalar entrecortamientos como de invitación, de hostigación al orgasmo. La primera vez que estuvimos juntos me dijo que yo tenía un buen cuerpo, un cuerpo atlético: “Oh, boy, you have a body”, fueron sus palabras. Acaso fue la más intensa, pero la más inestable también, de todas mis amigas “menores”. Otro día, en la Facultad, y al tiempo que se excusaba de haber hecho precipitadamente una valoración injusta y objetivamente equivocada de mi sistema y criterio calificador (Susan esperaba una nota aún más alta de la que yo le dí), me dedicó el alentador piropo de que – como digo, después de las consiguientes comprobaciones – había llegado a la conclusión de que yo era un magnífico profesor y un “fair marker”. Menos mal. La última vez que estuvo conmigo en mi apartamento de Grove St. llevaba un jersey blanco “pull over” y me dijo que había observado en mí grandes oscilaciones de actitud; que unas veces parecía no prestarle atención alguna cuando, por ejemplo, nos veíamos en la Facultad, y otras (como entonces era el caso) me comportaba como un animal, con mis manos “all over her body”. Recuerdo que por ser la última vez follamos con crudeza, casi, casi, con violencia, sin que faltara la ternura y el rosario de parlamentaciones líricas con que yo adobaba tales situaciones. La sigo recordando con cariño y con reconocimiento.

Las invitaciones de Bárbara y de Cathy a casa de sus respectivas familias no se hicieron esperar. Primero fue Bárbara, a Detroit. Sus padres eran mayores y pronto me enteré (por la madre) de que Bárbara había sido adoptada. El Sr. Rainey me regaló un “tape

recorder” (aparato magnetofónico), antiguo y voluminoso pero que funcionaba a la perfección. No lo pude aceptar por la imposibilidad de trasladarlo, y porque no quería engrosar mi patrimonio con un chisme más que, después de los primeros e innecesarios usos a que la novedad impulsa, no sabe uno qué hacer con él y hay que dar dinero al equipo de recogida de material inservible para que se lo lleven. De cualquier forma, un gesto. Yo hice buenas migas con los padres de Bárbara. Yo me llevaba excepcionalmente bien con los “mayores” de mis amistades. Estuve allí dos medios días y una sola noche, la de un sábado. Bárbara se coló en mi habitación, con ese tipo de camisoncito, con lacitos, faldicorto y transparente. Yo hacía como si no entendiera algunas cosas; era estupendo hacerse el tonto y dejarse querer. Bárbara me repetía que estaba encantada con los atributos de mi virilidad y que yo le hacía muy feliz con “eso” (así se refería ella a “mi cosa”). Creí de cortesía, y sin que me faltara un punto de sentida intención, dedicarle algo poético mío y así apareció mi soneto “Tu voz”, “Para Bárbara Rainey” en un *Nuevo Alcalá* de por aquellas calendas de 1963. Así rezaban los primeros versos :

*Atalaya en el curso de mi paso,
pan que como en tu mano aparecida,
estrella guiadora de mi huida,
pozo para la sed en que me abraso.
De tí viene la voz. Tu voz, acaso...*

Porque es muy cierto que no quiero olvidar la voz de Bárbara; en frases cortas, cada una de las cuales esperaba ser asumida por el interlocutor para dejar paso a la siguiente; voz cantarina, con un soniquete como de cariñosa reconvención. Un día acababa yo de entrar en Morris Hall y ví que venía acompañada de Mr. Howell. Me paró y me recordó que aquella beca de tal y cual característica (claro, ¡a mí se me había olvidado!)... pues que se la acababan de conceder. “I made it, *Thómas* [No conseguí que acentuara mi nombre correctamente] Aren’t you proud of me”? Pues sí, ¿por qué no?; sí que me sentía orgulloso de haberle impulsado a Bárbara decididamente en sus estudios, en su aperturismo cosmovisivo. Me lo dijo con un amago

de caricia, poniendo su morrito como en gesto de desplante cariñoso y provocador de asentimiento. Bárbara era una enamorada de la curiosidad. Creo que sostenía en su más prístina conformación placental una curiosidad congénita hacia cosas y personas. Más adelante me participó que se había enamorado de un hindú, para confesarme, todavía un poco más adelante, que había sido un fracaso: “She had had a crush on him” (expresión que viene a querer decir que alguien siente un flechazo repentino e intenso por alguien), y que en proporción al síndrome de atracción, así había sido de dura la caída...

Después tocó el turno a Cathy Crawford que me invitó a casa de sus padres en Pontiac, un aldeaño de Detroit asimismo. Su madre era decidora, parlanchina, típicamente madraza. Su padre tenía poca envergadura: Parecía una ardilla, bastante más viejo que su mujer y, al decir de Cathy, un buen negociante que había conseguido amasar una fortunita. Yo, desde aquel entonces, comprobé para complacencia de mis hobbies sociológicos que la mayoría de los americanos U.S.A. son ricos si, mirado desde prácticamente cualquier otro país de la tierra, se pusiera uno a contar lo que ganan, lo que tienen y lo que podrían obtener por la venta de su patrimonio. Pero un análisis más real le permite a uno cerciorarse de que también la práctica totalidad de americanos U.S.A. son igual de pobres; que hacen las mismas cosas; que se divierten con, y que disfrutan de, las mismas cosas. El padre de Cathy parecía no estar más que a lo suyo. Cathy me hizo una pintoresca semblanza de él, subrayando su característica de rácano; que tenía más dinero del que aparentaba pero que lo que mejor sabía hacer era “how to keep it” (cómo conservarlo). Dio la casualidad que en el día que estuve en casa de Cathy su padre había adquirido un coche nuevo – ¿Oldsmobile, acaso?: No me acuerdo – equipado con una especie como de marcha superdirecta que había arrancado un “wow” de admiración de la madre. Cathy no me había hablado nunca de si tenía más hermanos o no, pero allí en su casa, y fugazmente (tan fugazmente que tampoco recuerdo si me dijeron el nombre) me señaló Cathy a una hermana suya, que no se parecía en nada a Cathy, y cuyo chasis mortal me incendió a primera vista. Ni siquiera recuerdo si

Cathy nos llegó a presentar. Lo que sí recuerdo es que la tal hermana no pareció impresionarse ni poco ni mucho por mi presencia: No me hizo el más mínimo caso; siguió haciendo lo que hacía, salió de su casa y no volvimos a coincidir durante el resto de mi estancia con los Crawford. Luego me dijo Cathy que su hermana “was going out with a guy”. Colegí de todo ello que ambas eran caracteres distintos...

De vuelta en M.S.U. Cathy y otra amiga, Nancy (a quien, para tormento mío, no logro recordar; quiero decir, que no logro hacer coincidir en su realidad perfil, estructura y nombre, aunque sí recuerdo que era muy sumisa, muy tierna, clara sin llegar a lo rubio, alta; que estuve besándola y magreándola [“making out”] en mi apartamento un día en que había ido a visitarme y a merendar con Cathy)... Nancy y Cathy, o Cathy y Nancy, que tanto montaba entonces, estuvieron recopilando para mí un glosario, prontuario o listado de modismos, típicamente universitarios, relativos a la vida y a la actividad de la gente joven, incluyendo las variedades sexuales y escatológicas como componentes de primacía. Benditas sean las dos por haberme regalado aquel precioso trabajo que conservo como oro en paño...

Mi tiempo con Cathy llegó también a su fin. Me informó que salía con un hombre al que, por las explicaciones, no dudé en catalogar de raro y de poco convincente para las necesidades psicossomáticas de Cathy. Ella no sabía si estaba o no enamorada de él. Yo siempre creí que semejante affaire le traería problemas, y así fue. Al mes o así desde la última vez que nos habíamos visto me fue a buscar, a decirme que se había quedado embarazada y que si le podía prestar \$400 para interrumpir su embarazo en Chicago. Lo primero que se me ocurrió fue decirle que por qué no le pedía asistencia, ayuda, cobertura o lo que demonios fuera, al autor del desaguizado... Al momento pensé en la donosura con que Mr. Howell se había sacado del bolsillo los \$ con los que aguanté hasta mi primera paga; pensé que Cathy me había asimismo dado a mí más de lo que probablemente yo le había dado a ella... pensé... bueno, no pensé en nada. Recuerdo que le dije: “Espérame aquí mismo en Morris Hall.

Estoy de vuelta dentro de veinte minutos”. Y en efecto, a los veinte minutos le traje los \$ 400 sin más credenciales y sin más protocolo. Volvió a pasar casi otro mes, ya muy en puertas de regresar yo de vacaciones a España, y Cathy se presentó en mi apartamento para decirme que todo había ido bien en su aborto. La encontré muy desmejorada en contraste con, digamos, sólo un año antes cuando yo la conocí. Sus senos, otrora conos compactos, abundosos e insumisos, se habían venido abajo, y todo el deterioro se reflejaba dondequiera pudiese uno hacer descansar la vista. Todavía estando yo en Canadá nos escribimos un par de veces, ella para contarme que aunque ya trabajaba y disponía de un sueldo, ahora, al vivir fuera de la casa de sus padres y tener que hacer frente a los gastos que lleva consigo el propio mantenimiento, se estaba empezando a enterar de lo que era bueno...

A Mary Ann Levine la ví en Chicago, en mi segunda visita a la primera cosmópolis del Lago Michigan, con ocasión del Congreso anual de la Modern Language Association, en diciembre de 1963, recién estrenado mi nuevo puesto en la University of Western Ontario. Vivía con su familia en Evanston, distrito urbano que formaba continuación con el de la ciudad de Chicago propiamente dicha; algunas de las calles limítrofes tenían cada una de las aceras perteneciente a una o a otra ciudad; al menos así me lo dijeron. Mary Ann se puso muy contenta de que, al estar yo en Chicago, me hubiera puesto al habla con ella y me rogaba que dedicase una de las noches a visitar a su familia y a cenar con todos ellos. Así lo hice. Me puse mis mejores galas, compré el ramo de rosas más persuasivo (por lo hermosamente abundoso) y me planté en su casa. Mary Ann estaba hecha una mujer, con novio formal con el que pensaba matrimoniarse en breve. Su madre, al recibir mi ramo de rosas ejecutó todas las gesticulaciones y pronunció todas las fórmulas de agradecimiento y complacencia que el reglamento social y estereotipado U.S.A. reclamaba para el caso. Mary Ann hizo de mi persona y de mis capacidades encendidos elogios que en algún rincón de mi alma

espero que estén todavía guardando su rescoldo de gratitud hacia tan encantadora criatura...

No he vuelto a ver más ni a Mary Ann, ni a Chicago; ciudad que, por otra parte, no me dice nada que no me puedan decir montones de ciudades americanas. Antes de despedirnos de Chicago, por lo menos en lo que se refiere a esta viñeta, una anécdota. Habíamos hecho el viaje en coche, desde London, Ontario, mi amigo malagueño Luis Lozano, y yo. Al llegar a Chicago nos dirigimos hacia el hotel que teníamos reservado, y la mejor referencia de que disponíamos era la calle o plaza Madison. Recuerdo que nos detuvimos para repostar en una estación de servicio allí, del centro de la ciudad, y así dejar el coche en el aparcamiento del hotel listo para salir sin dilaciones el día de la clausura del Congreso. El caso es que, de resultas de la inercia invasora de la fonética castellana que Luis y yo veníamos empleando en todo un viaje de conversación, se nos pasó un poco por alto el matiz irreductible y exclusivo que algunas realidades adquieren sobre todo en personajes tarugos sin imaginación. El caso fue que el muy castrojo del empleado de la gasolinera juraba no tener idea de donde podía estar la calle o plaza Madison [*ˈmædisn*], aunque con toda seguridad nosotros insistíamos en que estaba allí mismo. Acuciado, espoleado por la imperiosa suscitación de nuestra insistencia, parece que le estoy viendo hacer un gesto de contrariedad inexpresiva y decir: “Oh, you mean *mædisn*?” ¡La madre que te parió!, soltamos a la vez Luis y yo. Aquella demostración de torpor y de castración imaginativa es una de las cotas del lado negativo de las gentes U.S.A. ¿Que sería – nos hemos preguntado desde siempre – qué sería si en España sólo entendiéramos las cosas bien pronunciadas y no esa jerga de “sombreggos”, “couguíos” (correos) y tántas y tan pintorescas dicciones, esperables de quienes se intentan expresar en una lengua foránea? ¡Por el amor de Dios, un poco de imaginación, señores adoquines, y menos confianza en el sistema omnímodo de soluciones que os presta vuestra sociedad!

A todo esto mi vida en la Universidad estaba tocando fondo. Todos o la mayor parte de los resortes convivenciales me eran ahora conocidos y los valoraba, los asumía, a veces gozándolos, otras veces sufriendolos, pero siempre contribuyendo a la gravidez de mi experiencia en alza, de mi capacidad de absorber vivencias, conocimientos, instancias cada vez más superiores de excelencia y de responsabilidad. Algo que a partir de entonces comenzó a contar bastante en mi vida, siquiera fuere como apuntamiento teórico, fue la presencia de hispanoamericanos en las filas de la sociedad competitiva U.S.A. La llegada de Castro al poder supuso medio millón de cubanos de exilio (o de salida de pura conveniencia, que no voy a polemizar sobre este extremo) en los dos primeros años. La gente culta, con estudios, solía encontrar trabajo. Sin salir de M.S.U. yo adquirí un conocimiento de casi todos los países de habla hispánica a través de sus representantes más o menos representativos. Aquel guatemalteco, Gómez creo que se llamaba, era un tipo inteligente y rijoso. Como tantos otros, estaba preparando su Ph.D. en M.S.U. mientras se ayudaban en el pago de sus estudios con puestos de “graduate student”, impartiendo clases de conversación. El listado de rangos universitario funcionariales U.S.A. tal y como lo aprendí en M.S.U. incluía todas estas categorías: Full Professor; Associate Professor; Assistant Professor; Instructor; Assistant Instructor; Lecturer; Graduate Student Assistant. Normalmente el estar en posesión del doctorado le suponía a uno entrar de Instructor, como fue el caso mío, y de ahí, según méritos, rendimiento y valoración colectiva, le iban ascendiendo a uno... o echándole. Los hispánicos representaban los grados más inferiores del escalafón, excepto alguien tan cualificado como el peruano Carlos Terán que llevaba en los U.S.A. toda su vida. Los mejicanos abundaban por doquier. Los incultos y los no del todo iniciados confundían lo español con lo mejicano. A mí una vez en Correos, al ir a franquear una carta me preguntó el empleado que se disponía a pegar la etiqueta, si España estaba en Europa. Lo prometo, ¡por mi honor y por la salvación de mi alma! Y no fue sino hasta mucho más tarde, hasta 1978 en que, ya metido en la cuarentena,

inicié una serie ininterrumpida de viajes a la América hispana o Iberoamérica, puesto que mi primer país hollado y disfrutado fue Brasil. Viajando en las presentes latitudes de edad por los países que vertebran la América Hispana siempre mi memoria se ha retrotraído hasta M.S.U. como elemento de sutura por medio del cual se han venido soldando, de manera y con estilo variables, mis vivencias a medio enhebrar sobre la realidad hispánica tal y como la intuí en M.S.U. y los refrendos y certificaciones que en el yunque de la experiencia contrastada mi alma ha ido adquiriendo en estos viajes recientes.

Un día en que fui invitado por la Asociación de Español de un Colegio de Segunda Enseñanza de Lansing a asistir a una disertación sobre temas del Nuevo Mundo tuve oportunidad de conocer al, creo, primer dominicano fuera de España y que, además, era sacerdote. Su inglés era muy endeble pero lo compensaba con una naturalidad muy expansiva y cordial, y después de pronunciar su charla en castellano contestó, en inglés como pudo a algunas de las preguntas. Ante cierto tono de catastrofismo que había expresado al referirse a motivos de la época de Colón, etc., sobre trato recibido de los españoles por los nativos, alguien del público, deseando captar algo práctico a lo que poder atenerse, preguntó si habría problemas en ese momento actual de 1963 de viajar a la República Dominicana. Con un abrir de ojos en progresivo asombro... “Any”, fue la respuesta del cura. Pocos entendieron lo que quería decir, excepto yo y una señora que se apresuró a explicar a la audiencia: “He means *none*”, fácilmente deducible por el gesto de displicente y contrariada, hasta jocosa, negación que había hecho el cura ante la pregunta de si había problemas para poder viajar con seguridad a su país. Andando el tiempo la República Dominicana llegó a ser, está siendo, un lugar al que he dedicado bastantes visitas.

Cuando definitivamente supe que mi estancia en M.S.U. – obsérvese que no digo los U.S.A. aunque es obvio que la restricción se refería a todo su territorio – no podía prolongarse más allá de los dos

años en aquel tiempo reglamentariamente permitidos por la modalidad del Exchange Visiting Programme Visa, mi conciencia fue exigiéndose recapitulaciones y recogida de velas cada vez más apremiantes, más condensadas. En el terreno laboral, y sabedor de que en el vecino Canadá había necesidad de profesorado de hispanismo, previos contactos telefónicos diligentes, fáciles y escuetos, cogí el tren un fin de semana y me planté en las Universidades de Waterloo y de Western Ontario, en las ciudades de Waterloo y London respectivamente. Fue como pasar de un macrocosmos a unas urbanizaciones de juguete. La primera de ellas, Waterloo, comenzaba un desarrollo de los estudios hispánicos y recuerdo que su entonces director, Jim McKinley, me invitó, así, espontáneamente, a hablar a los alumnos de su clase sobre un tema de la novela española del siglo XIX que ellos estaban viendo. Se trataba de esta manera estratégica de aprovechar mi visita carente de protocolos para hacerme una prueba, una prueba en toda regla, adobada, por si fuera poco, con las especies de la espontaneidad “on the spot”, y con el grado específico de dificultad del tema sugerido por el entrevistador, y no por mí. Creo que me excedí ante las únicas dos chicas que componían aquella clase, y ante el propio Jim que, aparte de otras lindezas más o menos discutibles de su personalidad, podía blasonar de cierta habilidad notoria, de cierta chalanería gitanesca en lo tocante a gestionar servicios para el entonces diminuto y naciente Departamento de Estudios Hispánicos. Como digo: Teniendo allí delante a las dos jovencitas sumisas y disciplinadamente sufridoras; y un poco a la izquierda (por eso de respetar la semiótica del status) a Jim, les solté una formidable andanada erudita – ¡qué bien la recuerdo!– que comprendía la síntesis que de la novela de nuestro siglo XIX hace el manual de Juan Hurtado y Angel González Palencia, sexta edición (Madrid: S.A.E.T.A., 1949). Aquello les espeluznó, ya que al tiempo de largar títulos y autores, más autores y más títulos, iba intercalando algunos datos sobre síntomas paralelos provenientes de la literatura inglesa (no se olvide que mi título oficial era el de Doctor en Filología Inglesa)...

Ese mismo día llegué a London, Ontario, donde hice noche, para entrevistarme al día siguiente con el entonces Jefe de la Sección de Español del Departamento de Lenguas Románicas, Robert Sherville. Con éste la entrevista duró poco: Enseguida se dio cuenta de mi calibre, intercambiamos las típicas fruslerías de humor estrangulado que se gastan estas pobres gentes y cogí el tren de regreso para Lansing. Al cabo de un par de semanas me vinieron las dos ofertas, y por la de Waterloo pude comprobar la cicatería gitanesca de Jim. Así que opté por la oferta de la University of Western Ontario. Y creo que acerté, aunque, por mi bisoñez en la negociación de semejantes instancias, tampoco se trataba de una gran cosa. En Michigan State University, como digo, y estoy hablando ya a partir de bien entrado el primer trimestre natural del año 1963, todo me llamaba a ir reuniendo en haces de esencialidad los aspectos dignos de transcendencia y salvaguarda.

Entre mis actividades académicas quiero recordar y mencionar la conferencia que sobre “La labor fusionadora y desintegradora de las revistas de poesía” pronuncié ante una especie de Asociación de Profesorado de Enseñanzas Medias, en Lansing. Mi intervención, propiciada por la Professor Edith Doty, de nuestro Department of Foreign Languages, fue un éxito, típicamente basado y sostenido a ultranza por las largas tiradas de poemas que, sacados del enjambre poético revisteril de la España de 1963, me encargaba yo de hacer llegar a mi audiencia. Por aquel entonces llevábamos un año de ir publicando con puntualidad mensual LLANURA, y el régimen de intercambio de revistas en el que entramos me permitió estar muy al tanto de la poesía que aparecía en esos elementos tan frágiles y de tan efímero curso como eran la mayoría de los rotativos poéticos. A veces he creído que para lo que de verdad sirvo es para haber difundido poesía, sobre todo la de los poetas conocidos por mí, personalmente o no; la mía propia, siempre en segundo lugar. Vuelvo a reiterar que los resortes de esencialidad más acusada, de más decantada significación parecieron organizarse formalmente en ese último tramo de mi estancia en M.S.U. No quiero dejar de dedicar un cordial envío a

Pancho, un español (gallego, para más señas) que, huido de Cuba, de la quema del castrismo, se había asentado en East Lansing, como obrero manual especializado. Tenía un cochecito utilitario con el que me ayudó generosamente en alguna cuestión de mi mudanza y varios. Agradecido, le recordaré siempre como hombre juicioso, discreto, de los que hacen patria. No tengo ni la más mínima idea de lo que haya podido ser de él.

Un día había entrado yo en los lavabos de nuestro Departamento en Morris Hall cuando al oír que me llamaban y volverme a ver quién era o de qué se trataba veo que, sentado sobre la tabla del inodoro del W.C., pantalones caídos como corresponde a quien está en el proceso evacuatorio, y con la puerta abierta del retrete, es el profesor Townsend el que me está hablando. Discurrió la imaginación mía sobre aquella lección portentosa de espontánea naturalidad: El, allí, agachado, en la posición correspondiente al menester ya dicho; y yo, allí también, de pie, enfrente, con un toque de perplejidad y de vacilación en si fijar la mirada en los ojos o en el resto de humanidad desplegada por el profesor Townsend en tan inevitable como humana actividad mientras me hablaba. Me comentó algo que tenía que ver con cuestiones administrativas sobre mi marcha de M.S.U. Lo he de decir en más de un lugar, o tal vez lo haya dejado dicho en algún biotopo de mi mapa espiritual: El profesor Townsend es una de las tres o cuatro personas que más me han impresionado gratamente, positivamente, favorablemente, enaltecendoramente en mi vida. De él recibí tales mostraciones de natural compostura y simple, irreductible urbanidad, que desde entonces no las he podido sustituir por ninguna otra muestra de más elevados valores.

Las alumnas me invitaban a cenar en su Residencia o Sororidad de vez en cuando. Yo me comportaba con todo el ceremonial que correspondía al “latin lover”: Traje impecable, abundante y costosísimo ramo de rosas, de las mejores en existencia en el mercado. Se trataba de que las universitarias alojadas en estos centros oficiales – recuérdense las categorías: Freshman; sophomore; junior; senior;

cada una correspondiente a su respectivo año de carrera primero, segundo, etc. —, y no puedo precisar si todas o si sólo las más veteranas o senior, contaban con la prerrogativa de invitar al profesorado, acaso con arreglo a un cupo o cuota. El caso es que Cathy Crawford me había invitado dos veces y las mismas en que me ví convertido en corifeo de musas y requiebro de gracias. Cathy se alojaba en una de las grandes residencias femeninas dentro del Campus. Una noche, después de haber pasado la velada juntos, y por un fallo de coordinación con el servicio de taxi, llegó a recogerse pasada la hora permitida, y cayó en la falta leve de tenerse que quedar sin salir al día siguiente, lo que recibe el coloquialismo de *to stay in*, o quedarse en casa, frente a la supuesta opción de salir a divertirse... En las dichas ocasiones en que a uno le invitaban, uno se sentaba con cuatro, cinco o más chicas y era el centro de la atención y de la conversación. Un verdadero hartazgo de satisfacción y de vanagloria.

Quien también me invitó dos veces fue Susan Fries, criatura a la que ya me he referido antes, al hacer un recuento de urgencia de alguno de los poemas de *Llanura* y de *Aldonza*, y de sus inevitables destinatarias. Con Susan Fries, que ondea en el título de esta viñeta, doy por terminada la biogeografía en relieve, de enaltecida emocionalidad, que corresponde a mis dos cursos académicos en U.S.A., dentro de mi *Mujeres, Lugares, Fechas...* Susan Fries comenzó desde el primer trimestre del curso 1962-1963 a asistir a alguna de mis clases, no puedo recordar si de Sintaxis avanzada; si de conversación, o de Literatura. El caso es que era alumna de mis clases (y no se olvide: Nunca, nunca, alumna mía; ni ella ni nadie). Apareció, por tanto, durante mi segundo año en M.S.U. Y la verdad es que, dentro de mi remolino de mujeres y sucederes de cariz académico, apenas si había reparado en ella. Fue, creo, allá por noviembre de 1962, cuando en una fotografía de la prensa universitaria leí su nombre, fijé su perfil y vine en identificarla como una de las chicas de mi clase. No había duda: La habían elegido como finalista, “Runner up” o “lady in waiting” en un concurso universitario de belleza. Y el caso es que era una criatura discretísima, recatada en extremo. No recuerdo el

primer despunte, la original eclosión con la que perforé la lámina de indiferencia o limbo en que nos solemos encontrar respecto de nuestros prójimos antes de instrumentar el abordaje de la sonrisa y de la palabra. Porque yo era (y he seguido siendo) un tímido, un irresoluto patológico con las mujeres. Imagino la expresión recusatoria y escéptica de algunos que pudieren escucharme esto que acabo de decir. Pero tal contingencia no cambia las cosas, y muchas veces, y en ayuda propia, he invocado el fácil diagnóstico que dicha particularidad que reivindico supondría para un psicólogo. Supongo que esas otras innumerables actitudes de decisión ejecutiva, de ponderada flema y acrisolada confianza, que presiden muchas de nuestras actuaciones, no tienen nada que ver con la concurrencia simultánea de ese síntoma constante de... (aquí necesitaríamos la sanción definitiva del especialista)... timidez o pudor...

Susan tenía esa misma expresión que aparece en las púberes griegas: Una cabeza aderezada con pequeños bucles, como manojos de llamitas; clara, en franco vencimiento hacia lo albo; senos en cumplida prominencia, amortiguada por cobertura discretísima, de civilísimo recato. Su mirar parecía como si atravesara, como si se enredara en el suave enrejado de las pestañas, perennemente apercebido. No puedo recordar cuándo nos citamos por primera vez, pero ello tuvo que ocurrir algo antes de las Navidades de 1962, porque en tal ocasión le regalé uno de esos frascos de cristal artesano, de jabón aromático en escamas, para el baño. Nada más comenzar el año natural de 1963 me invitó por vez primera a su “sorority”. Yo fui portando un descomunal ramo de rosas rojas, sin dejar de recalcar que en aquella concentración de muchachas atrayentes, sugestivas y hermosas, las flores quedaban mermadas en su protagonismo. Hice alguna reseña que otra al tema de que Susan hubiese sido nombrada finalista en un concurso de belleza o “beauty contest”, y ella me correspondió con un mohín y una sonrisa de: “Bien ya lo has dicho y es bastante. No insistas”.

Susan era uno de los más acabados prototipos de la idiosincrasia U.S.A. Su discreción, su laconismo, configuraban para el alma mía la terrible pregunta, el enigma de esfinge: De si tal actitud pertenecía al ámbito de lo bienaventurado; o era producto a figurar en los listados de la vulgaridad. Jamás lo supo, o lo quiso saber, mi alma, por miedo a abrir una herida tan dolorosa como inútil. Cuando conocí a Susan, quiero decir, cuando empecé a salir con ella, todavía estaba yo liquidando los últimos flecos de connivencia cómplice con Cathy Crawford. Con la tranquilidad que a uno le presta el componente deportivo y falta de reticencias del carácter americano, un día le dije a Cathy que... , bueno, que me parecía que me gustaba Susan, y que había iniciado un merodeo por los alrededores de su intimidad. Muy en plan madraza (Cathy tenía algo de matrona protectora) me dijo que no comprendía bien cómo me podía gustar alguien tan insípido. Me dió que pensar y mortificó mi ego semejante valoración, pero no cambió las cosas...

Susan me invitó una segunda vez a cenar en su sororidad, y una vez más también pude comprobar el alto grado de ritual que acompañaba a tales ocasiones. Frecuentemente, desde nuestra atalaya de hispánicos, he pensado en la subversión de diagnósticos que hacemos de algunas de nuestras propias manifestaciones cuando las enfrentamos a las de los norteamericanos. Lo que para ciertos aspectos pueda efectivamente caracterizarse como espontaneidad, campechanería y ausencia de protocolo entre los yanquis, en otras situaciones convivenciales, de aparente simplicidad, nuestros prójimos se gastan todo un código ritualístico, de rigideces institucionalizadas. Entrar en una sororidad era entrar en una casa de muñecas gobernada por el invisible código consuetudinario. La presencia de Susan en aquellas circunstancias actuaba de hada madrina, ayudándome a sortear los escollos de la situación. Las otras amigas me miraban con respeto y con distancia y aventuraban preguntas de una tibia convencionalidad. Pero el caso fue que fueron dos..., dos fueron las veces que me invitó Susan a cenar a su sororidad, y yo carecía de

recursos de criterio, de elementos de juicio para calibrar el posible significado (si lo hubiere) de semejante comportamiento.

Seguíamos saliendo de vez en cuando, más bien espaciadamente, como correspondía a fechas ya de comienzos de final de curso. Solíamos ir a “Dines”, el restaurante de la Saginaw St., en el centro de la ciudad de Lansing. Y solíamos pedir una botella de vino y unos postres. Debo decir, como íntimo halago a mi recuerdo, que Susan era de las pocas norteamericanas a quien conocí, que supiera beber vino. Nos sentábamos, y yo acompasaba bastante acordadamente su laconismo. Comentábamos alguna incidencia trivial, y acaso para ella comenzara a cobrar una insospechada transcendencia el factor irremediable de mi ya casi anunciada fecha de abandono de los U.S.A., y de M.S.U. en concreto. Me gustaba besarla en plena calle, en cualquier aparte que nuestra conversación propiciase. Nos retirábamos del centro de la acera y tal vez aprovechando el ensanche de algún entrante de parque o algún zócalo de edificio, yo la besaba. Susan me daba las gracias, me decía “Thank you” cada vez que yo le daba un beso en los labios. Recuerdo un día, en Lansing también, y asimismo al salir de “Dines”, nos detuvimos en el puente sobre el Grand River y comencé a besarla. Tenía un tronco, quiero decir un torso, una cintura y una espalda compactas, con cuya ocupación mis brazos se sentían cumplimentados y empleados. Ya digo que Susan me daba las gracias cada vez que yo la besaba.

En el viaje que desde London, Ontario, hicimos en coche a Chicago mi colega Luis Lozano y yo en diciembre de 1963, con el fin de asistir al Congreso de la Modern Language Association, teníamos que pasar por Battle Creek, ciudad del Estado de Michigan donde vivía Susan. Antes de eso, ese mismo verano, una vez que yo me había despedido de M.S.U., Susan me escribió una carta a Alcalá de Henares; una bellísima y elocuente carta, por su reducido texto. No he podido saber nunca qué fue de esa carta que desgraciadamente no conservo pero que recuerdo. Era una hojilla entera, escrita por un lado y por la mitad de su reverso, en papel color azulado clarito. Me decía,

letra más o menos, que al marcharme yo se había quedado con toda su alma desocupada, vacía, sola. Una cosa así me produjo un intenso vértigo, ese vértigo que a mí siempre me ha producido el choque imprevisto de los contrarios, con todo el desgarró que ello lleva consigo. Porque Susan a veces me parecía la criatura más alejada de mis mundos, de mis esquemas de posibilismo. Y eso que nunca cometi6 la gruesa estupidez de saldar una imprecaci6n mía, una exteriorizaci6n de mis reproches al sistema de vida norteamericano, con un “That’s the way it is in America”, como si los individuos se conformasen con predestinada y borreguil sumisi6n al mecanismo que ellos mismos habían levantado, y no al contrario... No, Susan no cay6 nunca en esas típicas aberraciones de mentes típicas yanquis, embarcadas en la arrogante confianza de contar con un todopoderoso pa6s en apoyo de sus individuales insensateces. Aunque Susan disponía de recursos de discreci6n y buen gusto para apartarse de tales aberraciones, la encontraba a distancias siderales de mis posibles mundos. Otras veces, por un empuje voluntarista, como de espontáneo y cegador transporte, me hacía creer yo mismo que con Susan yo estaba en la senda recta hacia la felicidad. Y de esa conflagraci6n tensada y repentina de vectores tan irreconciliables se generaba el vértigo, la exaltaci6n del absurdo, la p6rdida del criterio y del norte, con la brújula de mi conciencia descompuesta.

En medio de este torbellino, ora de onerosidad, ora de ingravidez, fui a ver a Susan en Battle Creek, camino de Chicago, desde London (Western Ontario) un día de diciembre de 1963, durante la vacaci6n de Navidad. Me hice acompaÑar de un gran ramo de rosas, las mejores que encontré tras la acuciante y consabida búsqueda. Llegamos a su direcci6n y preguntamos por ella. Estaba allí, con su abuelita, una agradable y lúcida seÑora que me dijo que “sabía de mí” por su nieta. Hablé con Susan un momento, desgajándola mediante la propia instancia sorpresiva de mi estar allí... , desgajándola, digo, todo lo incruentamente que pude, de su beatífica domesticidad. Estaba bella, sí. Le dije algo sobre su carta..., me referí a algo de su carta, y me contest6 sonriente, como retomando algo ya muy lejano; a algo

que con sólo haberlo soltado un instante se hubiera desgravitado y perdido en los cuévanos insondables de los éteres... Quizás con ella hubiera apuntado a la felicidad, ¡quién puede saberlo! Ahora, cuando escribo esto, en un día de mayo de 1990, han pasado... bueno... veintiséis años y medio, y creo que al hombre le corresponde luchar, enfrentarse con todas sus fuerzas al obstáculo de su circunstancia cambiante; y en un momento dado, acaso conceder al destino el crédito suficiente para que tomemos en cuenta sus designios.

Alentado por los impulsos del corazón mío, he querido llevar a término, y así creo que lo he hecho, la historia más singular que mi emotividad viviera en los U.S.A., considerada como un tramo de unicidad coherente en torno a una misma mujer; y por ello he propulsado a mi pluma a adentrarme, adelantado, varios meses en el tiempo, pasada ya la época seguida de los dos años académicos que me tocó vivir en M.S.U. He querido horadar hasta el final de la historia que mi corazón, pequeño o grande, protagonizó respecto de Susan Fries. Y por ello mi relato penetra hasta su final, hasta ese nuestro definitivamente postrero encuentro, ella en su casa de Battle Creek y yo de camino hacia Chicago, a la Convención anual de diciembre de la M.L.A., desde London, mi segunda residencia en el continente norteamericano, esta vez en la provincia canadiense de Ontario.

Fue, sin embargo, en el mismo verano de 1963, una vez regresado yo de M.S.U. y mientras residía en la dirección de mis padres, la casona de la calle Santiago nº 13 de Alcalá de Henares, cuando y donde recibí algunas de las muestras más duraderas y significativas del aprecio que merecí de diversas (muy distintas y variadas) representaciones de la sociedad de M.S.U. con las que me tocó convivir durante aquellos dos cursos memorables. La primera agradable sorpresa fue la visita de un joven matrimonio: J.P. Mansour, alumno graduado y brillante que había tomado todos los cursos de doctorado que yo impartí en el Department of Foreign Languages, y su preciosa mujer, asimismo estudiante graduada de otra Facultad.

Nos unía una saludable y respetuosa amistad, y en mis clases yo recibía de Mansour y de casi todos los demás asistentes los más certeros incentivos para seguir trabajando en una nunca acabada puja de perfeccionismo. Recuerdo que estando un día con Mansour y su mujer en casa de mis padres, llegó el cartero – y aquí vendría el relato de mi segunda gratificación – con un sobre de avión de los U.S.A., matasellos de East Lansing. Contenía la copia de una maravillosa carta que nuestro Director de Departamento, profesor Stanley R. Townsend había enviado a mi maestro español, profesor don Emilio Lorenzo Criado (que con el tiempo llegaría a ser Académico de la Lengua), por su acierto en haberme recomendado para enseñar Literatura española en M.S.U. Traduzco la carta, fechada el 27 de junio de 1963, no sin un, por lo menos, leve toque de complacido orgullo por parte mía:

“Estimado Profesor Lorenzo:

Hace más de dos años y con ocasión de mi visita a Madrid, se encargó Vd. amablemente de recomendarme a un joven universitario para trabajar en nuestro programa de Literatura española. A iniciativa de Vd. me escribió el Dr. Tomás Ramos Orea y yo le invité a incorporarse a nuestro Departamento, como Instructor (luego Assistant Professor) de español.

Puesto que el Dr. Ramos entró en los U.S.A. con un visado de visita de intercambio, su residencia en este país estaba limitada a dos años. El próximo curso profesará en una Universidad canadiense.

Me despedí con profundo pesar del Dr. Ramos este verano, pues sus servicios en este Departamento como docente e investigador fueron extremadamente beneficiosos y valiosos tanto para nuestros estudiantes como para mis colegas del Programa de español. El hecho de que no sólo proporcionara un rico fondo informativo sobre la historia, cultura y forma actual de vida de España, sino que además

hiciera acompañar su docencia de una atractiva personalidad y de un marcado interés por la Literatura española, consolidaron sobremanera nuestros recursos respecto del español.

Considero al Dr. Ramos como una persona de alta estima y espero que tenga una carrera espléndida como docente e investigador de la Literatura española.

Le reitero las gracias por habernos enviado al Profesor Ramos.

Atentamente

Stanley R. Townsend
Director de Departamento."

Reconozco sin estúpidas modestias que es éste uno de los documentos que más me han servido para animarme en las rachas de bajura de mi espíritu; como reconozco al Profesor Townsend como una de las personalidades portadoras de las más altas cualificaciones que puedan concurrir en individuo alguno. Su recuerdo no se ha marchitado en ni una sola de las vibraciones fragantes que percibí en él nada más conocerle. Esta carta transcrita en traducción literal ha hecho historia en mi historia, alma de mi alma.

El tercero de los testimonios que traigo a este cierre de viñeta es de muy distinta y sorprendente naturaleza. Siempre instalados en ese verano de 1963, en la inmediatez contigua a mi recién efectuado regreso definitivo de los U.S.A. (y por lo tanto, antes de incorporarme a mi nuevo destino en Canadá), recibo en Alcalá de Henares la llamada telefónica de una chica de M.S.U., Barbara Kirk, informándome de que estaba con unas amigas pasando unos días en Madrid y había pensado que tal vez podría verlas. Pero, ¿quién era Bárbara Kirk? La verdad es que, aparte de asistir a un par de cursos míos trimestrales, esta Bárbara había quedado muy al margen de la estela de fagonazos, amores y amoríos en los que mi alma se había encontrado inmersa. Intento recordarla: Era de constitución altita y

graciosa, pecho leve, somero, aunque proporcionado. Fijándose en ella de cerca era una criatura atrayente y perfilada, con corrección de rasgos. Puedo decir, sin más, que era bonita pero que su descolocación del tráfico que mi vocación y mi destino habían experimentado con otras chicas, le habían dejado a Bárbara en una discreta penumbra de apercibimientos...

Es el caso que se comunica conmigo, me dice que ha venido a España con tres amigas más, y que si puedo encontrarme con ellas en Madrid. Esto ocurría a mediados de agosto de 1963. En un acopio de imaginación y de concentración de recursos ideé un plan flexible para entretener a mis cuatro invitadas... Me encontré con ellas cuatro en su Hotel, en Madrid, y comenzó, en efecto, una gloriosa jornada ininterrumpida de unas 18 horas sin parar. Mi programa incluyó una excursión en taxi, de más de tres horas, visitando lugares de interés, bien desde el propio taxi, bien bajándonos a echar un vistazo, como recuerdo que así fue con el campo de fútbol Chamartín (¿o Bernabeu ya entonces?); tapeo y solaz en alguna terraza del Madrid viejo y céntrico; comida; más tasqueo; cena, y por último, verbena al aire libre... Yo lo resumiría en dos palabras ¡Exito redondo! Pero voy a dejar que sea mi propia amiga Bárbara Kirk la que exprese su valoración sobre aquel memorable día. Fechada en París, el 20 de agosto de 1963, recibo unos días más tarde en Alcalá esta ingente e inolvidable carta de Bárbara, que me voy a esmerar en traducir literalmente:

“Querido Tomás:

Acabamos de llegar a París después de un correteo de tres días por España hasta San Sebastián y Sur de Francia. Espero que disculpes que te escriba en inglés en vez de español ya que deseo hacerme comprender claramente.

Nuestra estancia en Madrid fue maravillosísima [“most wonderful”] y a tí te lo debemos en buena parte. No hemos dejado de hablar de lo estupendamente que lo pasamos

el día en que nos amenizaste. Te llamé para verte y conocerte como amigo personal y en tu propio país. Lo que descubrí fue un hombre amabilísimo y gentil que hizo lo imposible para festejar a tres desconocidas y a una amiga de circunstancias de M.S.U. Nos comimos, por supuesto, las sabrosas almendras y te agradezco muchísimo los libros de poemas que me regalaste. Entre otras cosas, y sin ánimo de exhaustividad destacamos la visita panorámica de Madrid, el tasqueo [“pub crawling”], la verbena al aire libre, los churros, el Porrompompero, la visita a la Universidad, la comida deliciosa y el bailoteo.

Como intento explicarte, me alegro de haber descubierto la diferencia entre el hombre que conocí en M.S.U. y el de ahora...

Tomás, hasta me has inspirado un poema, a mí, que no he escrito poesía en mi vida. Seguro que rompe toda convención poética pero el sentimiento es sincero.

Espero verte pronto de nuevo y te envío montones de gracias por el día memorable que nos regalaste.

Con cariño

Bárbara.

EL CABALLERO ESPAÑOL

El Galante.

Que se endosa el cuidado de cuatro criaturas con
/maña y gallardía,
con diestra mano y ojo lisonjero,
y las guía lo mismo que si fueran
en la posesión suya joyas frágiles

El Simpático. en vez de ser mujeres, forasteras.
 Que se desvive
 y que con mente amplia y corazón
 gobierna el curso de un entero día
 en búsqueda constante
 de raras alegrías a su costa.

El Hombre. Porque en una mujer halla belleza
 aunque no sea bella,
 y la acoge, de forma que pueda ver el mundo
 que asciende a través de los sentidos de ella,
 haciéndose sustento
 de su razón de ser, de su feminidad!

*El Caballero
 Español* Que entiende todo esto
 y atesora escondiéndolo en su pecho
 el espíritu místico e histórico,
 un quijotesco idealismo orlado
 con realismo trágico

Mientras perdure España
 así perdurará él eternamente.

Bárbara Kirk ”

Prometo por mi honor – tantísimo, tan poco – que el inglés del poema de Bárbara suena con exquisita y turbadora rotundidad, con imperecedero lirismo. Probablemente una de las cosas más bellas que jamás me hayan escrito o, mejor dicho, que jamás se hayan escrito sobre mis propiedades a la luz de un generoso y agradecido voluntarismo. La carta y el poema de Bárbara Kirk me han dado siempre motivos para tener fe en las grandes e imborrables mostraciones de genio individual que se destacan, muy de vez en cuando, de entre la masa ingente y desdibujada de uniformidades mediocres de la sociedad norteamericana. Bello poema, sí, bellísimo poema, al que me acerco ahora, veintisiete años más tarde, con el acicalamiento del artesano en la técnica de la traducción y con la

vivencia trémula del novicio que va a constatar la adecuación de su plegaria a la deidad a la que se dirige.

U.S.A., por algunas de sus criaturas egregias, perdurará en mi recuerdo y me espoleará hacia futuras proyecciones. U.S.A., país depositario del tremendo dilema, de la desquiciante escisión anímica: Estaría toda la vida ensalzando tus propiedades, tus criaturas, mis recuerdos..., pero no viviría en tu ámbito. España: Estoy rezongando de continuo nuestra chatedad de miras, nuestra envidia cancerosa, el degolladero que eres para tántas ilusiones y para tántos deseos de ascenso por la rampa de la perfección. Y sin embargo, aquí vivo.

Berit: Estocolmo - Cabo Norte (1962, 1965)

Berit o Berita, como a mí me gustaría llamarla, era hermana de Rolf Andersson, uno de los muchachos a quienes encontré por generoso azar en la Kungsgatan, arteria céntrica de Estocolmo, el verano de 1962. Aquella era mi segunda visita a Suecia, porque la primera (consistente en atravesar en tren el país desde Gotemburgo a Estocolmo, para conectar con el barco que ulteriormente me llevaría a Finlandia) databa de las Navidades de 1959 y había arrancado desde la avanzada plataforma de despegue que constituye Inglaterra, en donde yo consumía el entero año académico 1959-1960 aprendiendo inglés, preparando mi primera Tesis Doctoral (la de Filología Inglesa) y... en una palabra, haciéndome persona. Mi tercer viaje a Suecia había tenido lugar en 1963 dentro, asimismo, de un más vasto plan de operaciones que también me había catapultado hasta Finlandia, y – ya una vez de regreso en la península escandinava propiamente dicha – hasta las costas austral y occidental de Noruega (Oslo y Trondheim respectivamente), más los recorridos consiguientes, anejos al desplazamiento por vía de superficie a tales localidades extremas. De todos estos viajes se facilita el oportuno relato en las viñetas correspondientes y en la latitud de esta obra que en cada caso proceda.

Así pues, Berita y yo nos habíamos visto en dos únicas ocasiones y en ambas, muy de paso: En 1962, cuando propiciado por el encuentro fortuito mío con su hermano Rolf, ella desempeñó el estupendo cometido de samaritana al darme alojamiento en su pisito de Estocolmo; y en 1963, también en Estocolmo, en la visita que les hice a ella y a su familia antes de regresar yo a España. A partir de mi segundo curso de residencia en U.S.A. como profesor de la Michigan State University, y luego ya desde septiembre de 1963 en mi nuevo destino de la University of Western Ontario de London, Canadá, me había estado yo comunicando con Berita más o menos sistemáticamente, pero siempre manteniendo la continuidad. Mi verano de 1964, como es sabido, lo había dedicado a Islandia, de

forma que 1965 aparecía desprovisto de compromisos en la pantalla de mis realizaciones...

En las reuniones anteriores con Berita y su familia había hecho yo mención bastante especial de mi deseo de llegar al Cabo Norte. Aquello significaba la cifra y compendio de mis pretensiones respecto de Escandinavia. Y por una serie trabada de circunstancias, el verano de 1965 parecía inmejorable: De un lado, me hallaba en mis 28 años, y estaba decidido a culminar mis peregrinaciones por las tierras del Norte de Europa antes de alcanzar la treintena. De otro, aquel año me había traído suerte en lo académico pues significó mi traslado a la Queen's University, de Kingston, también en Ontario, ascendido al rango de Associate Professor, destino en el que pasé los últimos seis cursos de mi experiencia académico-universitaria en Norteamérica...

‡
Había configurado yo un viaje ambicioso, abarcador de latitudes, superador de distancias, en el que el Sol de Medianoche, la Laponia y el Cabo Norte fueran realidades de las que ya nunca tuviera que hablar en teoría y por referencias, sino apoyando mi versión en la incontrovertible realidad de la experiencia, de mi propia experiencia. El diseño del plan era muy lineal, muy simple: Volar a Estocolmo, alquilar un coche y trepar por toda la costa noruega hasta el mismísimo Cabo Norte. Y la época para alcanzar, por ejemplo, en Hammerfest el Sol de Medianoche era a partir del 17 de mayo hasta el 28 de julio. Así rezaba en un estupendo mapa noruego de comunicaciones, regalo de la gasolina Caltex. Para hacerse idea de alguna de las magnitudes con las que había que enfrentarse baste decir que el Cabo Norte distaba 2.129 kilómetros de Oslo, y 1.572 de Trondheim; que las carreteras eran de tierra prensada y gravilla, y en su mayor parte estrechas y sinuosas también. Acaso a lo largo del desarrollo de esta viñeta queden tales extremos evidenciados.

Como sustentación de todo esto estaba mi decidida vocación nórdica; mi casi obsesión con culminar “el asunto nórdico” con un último, un definitivo viaje de compendio. Además, mi estrategia

viajera respecto de Escandinavia se iba concentrando, adensando. En 1959 el viaje había comenzado y terminado en Inglaterra, llevándome a través de Suecia, Finlandia, Alemania y Holanda. En 1962, desde Düsseldorf y hasta Düsseldorf había incorporado los recorridos por Dinamarca, Finlandia y Suecia. Y si en 1963 había cubierto Finlandia, Suecia y Noruega para regresar a España desde Estocolmo, ahora, en 1965 me disponía a catapultarme desde Estocolmo, cubrir las áreas más inaccesibles de Noruega, Finlandia y Suecia e impulsarme de vuelta a casa también desde Estocolmo. Con esto, sentía yo, mi tributo de peregrino y estudioso viajero de las tierras nórdicas europeas podría entenderse como llevado definitivamente a término...

De todas estas cosas le había yo hablado a Berita en nuestros encuentros previos en Suecia y en las espaciadas cartas que nos cruzamos estando yo en Canadá, y en el intervalo de los dos años que mediaron sin vernos, 1963-1965. Quedaba claro que ella me acompañaría de mil amores, y en su decisión había razones de sobra. La primera y más obvia es que habíamos conectado naturalmente y yo le caía bien, a ella y también a su familia. Luego estaba el detalle, de cierto peso, de la seguridad de que yo correría con los gastos de todo el viaje. Lo que ella tenía que hacer era acompañarme y limar cualquier pequeña dificultad que pudiera surgir con el medio. Tal consideración devino absolutamente inútil puesto que Berita carecía de recursos decisorios, y en las situaciones más o menos normales que se nos presentarían, el peso de las decisiones cayó sistemáticamente de mi lado. Era curioso que, independientemente de la poca falta que hacía conocer una lengua distinta del inglés como instrumento comunicativo supletorio (excepto, como en su momento se verá, en el caso de la frontera entre Noruega y Finlandia), Berita no hablaba ni noruego, ni muchísimo menos finlandés, y no podría yo haberme imaginado a nadie a quien le hubiera importado menos que a Berita las cosas de sus países vecinos y limítrofes. Por supuesto, en su vida había estado en ninguno de los dos. Berita no había salido de Suecia, como sabedora de que no encontraría nada que no existiese en mejor y mayor medida en Suecia. Berita me llevaba bien la corriente al fingir

con toda cortesía y naturalidad no extrañarse del interés patológico que el Norte absoluto de Europa suscitaba en temperamentos como el mío, inflamado en juventud, poesía y recursos. En tales circunstancias, ¿quién no hubiera aceptado acompañarme? Yo venía, como cada verano, con el calcetín repleto de \$ que gastaba moderada pero abundantemente en mis calas líricas... Lo que no le había dicho a Berita es que estaba obsesionado con la creación de un gran poema épico, unitario, sobre la materia vivencial de Escandinavia y que me proponía el trazado de dicha empresa literaria en endecasílabos a lo largo de todo lo que durase nuestro viaje; un, como especie de, diario en verso para templar el borbotón creador que en aquellos 28 años míos se encontraba en el nivel más alto de intensidad estética y de voluntad expresiva. Sí, estaba obsesionado con el diseño de un poema unitario, simbólicamente representativo, en razón de los datos fácticos y de los fenómenos de conciencia concretos que fuera yo incorporando en el viaje...

En la primera semana de mayo de 1965 cogí un avión con destino a Estocolmo y con escala obligada en Copenhague. Los dos endecasílabos iniciales de mi poema “Latitudes” que ya desde mi arranque de España comencé a trazar, son por demás orientativos:

*En este anticipado Copenhague
la memoria le dice no a la vida.*

Es obvio que me refería a mi experiencia de la noche triste de 1962, en que después de encontrar sólo unos pescados ahumados fríos, para cenar, con los que cumplidamente vomité cena y demás cosas ingeridas durante el resto del día, tuve que pasar la noche dentro de mi vehículo, con el resultado a la mañana siguiente de un cuerpo desangelado y desencuadrado. Debo adelantar que mi poema tenía asimismo pretensiones de incorporar elementos de automaticidad anímica, de mecanicidad discursiva, dentro de un surrealismo acotado y conformado a una estructura diseñada de antemano:

*La mañana plumiza pone un velo,
acaso en semiluto, al aeropuerto.
No así con las muchachas. Cuando cruzan
las piernas me pregonan un glorioso
rincón de intimidades.
No entendí a Dinamarca y vengo a eso
en la hora mejor de cada día.
La música imprevista de unos tangos
antes de la salida hacia Estocolmo
es otro dato más que no contamos.*

Y ya en el avión, con la proa hacia Estocolmo:

*Pasadas de castigo se suceden
a cargo de azafatas exultantes.
La señora de al lado, bella sueca,
lleva un nene de pecho. Hay un instante
en que creo que va a darle la mama
y por mi cuerpo se alza una agonía
de curioso deseo estremecido.
No hay cuidado. Ella mira a su niño
y le dice algo en sueco que no entiendo.*

De la propia y singular dinámica del poema iba yo mismo sacando en claro que mi intención había ya contado anticipadamente con una realidad sustitutoria: De un lado, el pretendido poema respecto del viaje propiamente dicho; de otro lado, la virtualidad poemática e indefinida que el mismo viaje implicaba y permitía a mis posibilidades inciertas como artista.

La cápsula del avión en vuelo y el motivo sempiterno de la azafata seguían dando pábulo al cometido que me había impuesto de transformar en tiradas de endecasílabos de proporciones épicas mi caudal de experiencias inmediatas:

Ese solo y locuaz recogimiento

*de tu preciosa humanidad señera.
¿Cómo voy a aprender el vademécum
de urgencia, las palabras escogidas
entre mil o entre más, en cada caso
siempre nuevas, tratándose del tuyo?
¡Qué inmensa gratitud derrama el mundo
que limita tu alma. Qué mensaje
de paloma sin par mis labios cantan!
A mi lado verías levantarse
unas voces tal vez predestinadas
a cumplir con su oficio de desvelo;
y una enorme muralla de congoja
quizá fuera el regreso al Edén falso.
Solamente el amor enardecido
podría nivelar esa contienda;
solamente – fijaos– si se siguen
los caminos que un día marcó el tiempo.
[¿De dónde ese fugaz desprendimiento
me llega hasta el umbral de la tristeza;
y tu pelo, por dónde – dí– se empieza
a sentir en el alma de un momento?]*

El poema había apostado fuertemente por un derrotero surrealista, de ausencia de ataduras de discurso enteramente lógico, ya que no formal.

A mi llegada a Estocolmo constato que Berita y su familia me esperan con cierta expectación. Se nos pasa el tiempo de antes de nuestra partida hablando sobre técnicas de viaje y sobre conveniencia de un tipo u otro de equipo. Todo ello sigue siendo materia poemática:

*Aquí no hay más que tiempo a manos llenas.
A dos cuartas de mí, en círculo rojo,
se halla apresado el día de mi sola llegada
esparciendo un aroma a expectativas,*

*un olor donde hacer mesa redonda.
Todo ha ido tan alto. Hasta el comienzo
de mi vuelo se ha puesto por las nubes.
Una insistencia así ha hecho que el alma
haya errado – furtiva – por los bosques
a falta de canales o caminos.
Tanto campo delante, tantas luces
pesan mucho.*

En los versos anteriormente transcritos se hace referencia a un calendario de pared en casa de Berita en que se había señalado el día de mi llegada, y las anticipaciones lógicas que había despertado en aquella comunidad de pacíficos suecos. Mi personalidad se erigía en suma y sigue de todas las vibraciones vivenciales que pudieran generarse durante mi estancia, y como tal me aprestaba a dar fe, a mi manera, de aquella incumbencia tan profusa que yo me había procurado:

*Estocolmo es un campo de batalla
para contar las horas y no dar en el blanco.
Se podría uno estar andando por las ramas
todo el tiempo posible. Mil maneras
camuflan la abertura hacia lo hondo.
Tal yo mismo, presente o repetido.
Un chorreo de vida incontrolada
precisa del detalle. He de decirme
que no sabría ya seguir sin convencerme
de que nada hay posible sin que seamos
peones del dolor algún instante.
Oír en Estocolmo melodías
cantadas en barbárico español
–cito el “Porrompompero”, y más si falta*

/hiciera–

*me produce un efecto al que mañana
estaré acostumbrado por torpeza.
Los minutos que pasan sin palabras*

*sin duda que los pierdo. Por capricho
me entretengo en buscar la rosa única,
la que de alguna vez haga posible
lo absoluto.*

*Entre mí y la estampida
se me deben más claras latitudes
y hasta casi promesas más sencillas
que las que hacemos al decir “adiós”.
Han pasado los días de las grandes
efusiones: Queda esto. Recogerlo
más que nada es de hombres. Por ahora
seguiremos luchando contra todo
lo que trae sacudidas de repente.
Se destapan los frascos que hace poco tenían
esencias intocadas. Universos
desatan una riada de poemas
y el abismo y la cita son ya la misma cosa.*

Los preparativos quedan ultimados. Concertamos el alquiler de un coche SAAB, distinto al que en principio habíamos apalabrado con la empresa. No me engaña mi intuitivo olfato, y algo más adelante tendríamos problemas con la transmisión. El día fijado salimos de Estocolmo teniendo por delante vastos espacios de geografía y todo el tiempo del mundo. Y en cuanto a cobertura financiera, Canadá y sus buenos dólares respondían de todo. Mi indumentaria esencial la componían un pantalón de lana oscura inglesa, ancho, provisto de bolsillos por todas partes; unos zapatos todo terreno de piel flexible y piso de goma; camisas cómodas tipo “Arrow” americanas, y un jersey chaqueta de lana compacta. Una mañana de la primera quincena de mayo de 1965 partimos de Estocolmo en un coche SAAB de alquiler, rumbo al Cabo Norte:

*Corazones templados en climas no vividos
aparecen al lado de ingenuas desnudeces,
carne blanca pensándose en penumbras.*

*Una mujer solícita me insiste
en principios sabidos de memoria.
(El amor es el eje. Lo demás es comparsa)
Soliviantos de carne en formas plenas
hacen de todo esto como un cuento
de nunca terminar. Ya no hay remedio.*

Decidimos, vía Enköping, cortar en diagonal, dirigiéndonos al encuentro de Trondheim, siempre al N.O. y para ello continuamos por toda la ruta 70 hasta Mora, junto al estrangulamiento que hace el lago Siljan en su parte de arriba, para desde allí continuar por la carretera 81 hasta Sveg:

*Se irá la vida entre la prosa y verso
asiendo latitudes y perdiéndolas,
y no pensando más que en el ahora
que al fin y al cabo en todo se vislumbra.
La vida es ver pasar, si no se trata
de nombres de mujeres. Siempre quedan
en paz con todo el mundo. Los dolores
de encuentro y convivencia son ya nuestros.
El terreno que habito se está hundiendo
y me arrastra lo de antes, las lecciones
que ya no volverán a repetirse
y que hemos olvidado para siempre.
Estos días, cadena obligatoria,
se tendrán que romper en algún lado.
Al fin, coleccionista de tristezas,
lo de arriba quizás no se distinga.
Ahora necesito saberme equivocado,
que me he pasado años persiguiendo
una falsa promesa. Las mujeres
de mi historia tan sólo me ofrecieron
lo que yo me empeñé que ellas tuvieran.
Abarcando y ahondando he disparado*

*a las altas dianas del espíritu
y ya va siendo hora
de escrutinizar los desatinos.
Quince años de versos y promesas
me han llevado al final de una jornada:
Lo que venga será un rompecabezas
deshaciéndose él mismo de puro aburrimiento.*

A todo esto, Berita ha ido haciendo fotos de distintas panorámicas desde el coche: De bloques de pisos de ciertos barrios de la periferia de Estocolmo. Esta ocupación de las fotos se le había asignado a ella en exclusividad, y al final del viaje reunió una cantidad significativa de instantáneas, recogiendo puntos y detalles de todo el largo recorrido cubierto. Guardo con primor todo ese imponente documental: Lo malo es que la identificación tópica de cada imagen la hizo Berita por separado en unas hojas de papel, lo mejor que pudo. Y al cabo de los años, con la excepción de ciertas imágenes inequívocas, las demás carecen de identificación garantizada, por el galimatías que siempre se produce en estos casos, generado por las fotos veladas, confusión de carretes, negativos saltados, solapamientos y errores inevitables en la manipulación de tales adminículos artísticos. Qué duda puede haber de que tuve buen cuidado de que Berita fotografiara lo más representativo para el botín óptico y vivencial con el que yo quería hacerme; quiero decir, aquellas cosas que se constituían en núcleo referencial de otras realidades que no podían por menos de surgir recordadas a la mera suscitación de las otras primeras. En la primera jornada de viaje llegamos a Sveg:

*En el mejor hotel de Sveg no tienen baño
privado las habitaciones. Chicos
con vistosas melenas se pasean
en grupos. Por las calles casi inmovilizadas
arrastra su quietud una nación entera.
He venido de lejos a hacer cosas
que se me han de morir desconocidas.*

*Todo consiste en ver, soñar y contar cosas.
Cosas, cosas. Palabras que estaremos
llamados a llevarnos a la boca.*

Desde Sveg, y ya por la carretera 312, enfilamos el paso de la frontera por Vauldalen. Las fotos son obligadas. Como habré dejado reseñado en algún otro lugar, la percepción de buena vecindad, de consorcio solidario entre Suecia y Noruega se ilustra de manera intensamente plástica, cordial, es decir, recordable, con ocasión del cruce de algunas de las rayas limítrofes pudiéramos llamar rurales o de servicio. Viajando desde Suecia, se llega a un punto de la carretera sobre la que atraviesa de lado a lado una franja rígida o banda, a modo de pancarta amarilla sostenida por dos postes pintados alternativamente de amarillo y negro, descansando, hincados, cada uno en un bloque de piedra. En la pancarta se lee: NORGE. Y debajo: HOGERTRAFIK. Al lado y en la mano izquierda, por la que se supone que el viajero ha ido conduciendo hasta ese momento, se levanta una señal en la que aparece NORGE, y debajo, y dentro del mismo cartel, el signo gráfico de una flecha que sitúa su dirección en el borde derecho. Más abajo aún, y dentro del mismo cartel de señalización, las consabidas explicaciones en inglés, alemán y francés: Keep right / rechts fahren / allez adroite. Como digo, las fotos son obligadas: Una de ellas me recoge de espaldas al sector noruego; en la otra se ve al coche SAAB y los dos signos del paso de frontera a los que he aludido. En ambas instantáneas queda plasmado perfectamente el paisaje: Carretera de grava y chinarro y tierra apisonada, bordes flanqueados de chopos altos y nieve en montones. Paisaje limpio, amplio, libre, cordial. Rebasamos, efectivamente, la frontera y tomamos la ruta aún más secundaria que con el número 665 en su último tramo conecta con la nacional 710, dejando Trondheim a 33 kilómetros al Oeste y evitando así la travesía de la tercera concentración urbana de toda Noruega. Hacemos noche en Levanger y si no fuera porque el coche ha empezado a fallar podría decir plenamente que el viaje comienza entonces su verdadera característica de escandinavo. La carretera empieza a ser un continuo hilván de

queiebros, hendiduras y tajos de mayor o menor suavidad, de más o menos pronunciada rudeza, por los que penetran cursos líquidos, a los que acompañan balsas de agua mansa en forma de lagos, aperturas, calas: Todo un concierto equilibrado de ecosistema en el que, bajo el término fjordo, pueden acoplarse diversas identificaciones desde la óptica de un castellano de tierra adentro cual era mi caso. Ahora sólo se trataba de trepar, trepar por la continuada escarpadura de esta dilatada espina dorsal de Noruega. Nada menos que 1.500 kilómetros distaban del Cabo Norte y excepto el hecho lineal de cubrirlos no teníamos delante de nosotros ningún otro cometido. Eso sí, el coche había empezado a fallar..., y con ímpetu moderado que presta el optimismo gratuito partimos de Levanger. Nuestra ruta, esa interminable escalada hacia cotas más y más septentrionales de Europa a lo largo de la quebrada y pintoresca espalda (o regazo, según se vea) de Noruega, cobra rango cada vez de mayor tipicidad. Berita fotografía todo aquello que piensa que tiene relevancia para mi archivo. Procura conjugar su falta de entusiasmo (aunque no de interés) con la emocionada extroversión que yo hago de mis estados de ánimo. Berita no comprende la devoción que suscita el mundo escandinavo en el espíritu de un español de mis características, sobre todo si nos ponemos en la primera mitad de la década de los 60. Berita saca fotografías de los fjordos y de las cascadas de agua; de los espacios nevados y de las almadías compactas de troncos que se transportan ellos solos por los ríos; a veces los troncos parecen ir sueltos y uno se pregunta por el arte natural de estas gentes para controlar tales instrumentaciones de su trabajo de gremio...

El coche falla y se nos dice que la representación más cercana de la marca SAAB se halla en Mo i Rana, a más de 250 kilómetros. Hay que llegar como sea. Los días son – ¿hay que repetirlo? – largos y mi fortaleza y resistencia no entiende como prueba extenuante una jornada de conducir de cinco o seis horas más. Y llegamos a Mo i Rana, y nos hospedamos. Berita me sacó una foto escribiendo, en pantalón de deporte y calcetines gruesos, sobre la mesita pupitre de la habitación del Hotel. De vez en cuando se atrevía a preguntarme cómo

iba mi poema. Yo no sabía contestarle más que con vagas evasivas. No hubiera tenido sentido forzar sus limitadas habilidades de comprensión del inglés con distingos de intenciones y realizaciones. Lo cierto era que mi poema había descartado la línea únicamente lógica y había concertado con mis exigencias creadoras un cariz entre automático y de flujo psíquico, en verso; es decir, en unidades métricas endecasílabas en su gran mayoría; también, y en menor proporción, versos alejandrinos y pies, a modo de apéndices, heptasílabos:

*Mo i Rana, amor mío, ¿cómo sabes
que te he adorado siempre? Hasta la entrada
en tu casa mil nombres me han sonado.
Amor y geografía es lo que he visto
cada vez más certero, cada día
llenándome más hondo de verdades.
Mo i Rana, en mis libros parecías
una deidad nevada atesorándose
en un ir y venir de ojos curiosos
—sobre todo, los míos — dando vuelta a las páginas.*

Mo i Rana es uno de los sitios con menos personalidad que yo haya jamás hollado. Ciudad de unos 7.000 habitantes por aquel entonces, perteneciente a la provincia Nordland, estaba, con todo, inevitable en la ruta hacia el Norte, y aún constituyendo un nudo de comunicaciones. No era así de extrañar que a pesar de la falta de elementos de carácter en su diseño urbano significara para nosotros el lugar obligado para hacer que nos reparasen el coche. Tuvimos que permanecer dos noches. El día entre medias lo dedicamos a la reparación del SAAB y a una serie de tareas domésticas. Respecto de lo primero, después de una inspección el mecánico nos dice que el coche tenía problemas con la transmisión y que, por las buenas, tardará todo el día. Bueno. Lo que sí decidimos hacer es telefonar a la casa de alquiler de Estocolmo y decirles lo que hay. Decirles que en todo caso el dinero que paguemos por el arreglo de la avería nos lo

descontarán de la factura final. No parece preocuparles mucho el tema, por el tono que creo percibir en su asentimiento. Ahora entiendo que ellos sabían que me habían dado un coche en condiciones algo precarias; y si en el momento de cedérmelo no pudieron hacer otra cosa, por conveniencia o por falta de otro coche disponible y de las características y precio que yo solicitaba, ellos, en compensación por la veracidad de los reparos que puse al alquilarlo (pues ya le notaba una, aunque ligera, anormalidad) ahora por lo menos me querían tranquilizar asegurándome que la factura, por supuesto, corría de su cuenta. Berita, por su parte, llamó a la familia y yo me quedé la mayor parte del tiempo escribiendo en el Hotel. Ambos también dedicamos algo de aquella detención forzosa a perfilar los posibles diseños de un equipaje que se aproximara lo más posible a la perfección. Solía yo repetirle a Berita que la forma menos temeraria de manipular los mil adminículos y cachivaches que toda mujer suele llevar como elementos de aseo personal, era la de tener concentrados dichos elementos en algún tipo de contenedor que, en nuestro caso, podría ser una zona de la maleta. Berita me escuchaba atentamente y acabó por captar y dar por probada la bondad de mis recomendaciones. Algo que siempre se me ha hecho muy penitencial de digerir es el despliegue de ropa interior que toda mujer está abocada a efectuar cuando se va de viaje y cuando se mora en hoteles, o se está de paso, o en el supuesto de las tres cosas juntas. Berita era discreta pero no por ello podía evitar que mi vista se abandonara, siquiera instantáneamente, con alguna prenda de consabida factura filigranada encima de la repisa del baño o del sistema de calefacción. Pero yo continuaba con mi riada de endecasílabos en semicontrol psíquico: Las distorsiones de signo lógico-emotivo creo que habían quedado patentes en el caso de Mo i Rana. Además, y adrede, había hecho introducirse en el poema un elemento de sarcasmo algo violento, barruntando invocaciones de marchamo lírico en un revoltijo atípico de concepciones dispuestas de antemano y datos reales que bien distaban de mi otro mundo gratuitamente poético. Jugaba un papel decisivo el factor de que a mí se me antojara iniciático el nombre Mo i Rana, con propinquidades

fonéticas al de un nombre de mujer, deidad nórdica, puro disparate de mi diletantismo creador. Yo seguía escribiendo, sabedor desde las más íntimas estancias de mi albedrío que la más imposible, y la única, de las justificaciones de este viaje, si contemplado a través del cedazo erosionado de los años por venir, sería mi voluntad de rescate de materiales por medio del poema. Por lo tanto seguía escribiendo:

*El Círculo Polar está a dos pasos
y no por eso se levanta el vuelo
de ese ave de primor que es la sonrisa.
Pero yo sé que el canto está asomándose
a otras latitudes tentadoras;
que la voz se hace aquí y allá se escucha.
Han llovido crepúsculos a medias.
Por mis manos se ha ido resbalando
ese tacto sin luz de los kilómetros,
y en las voces dormidas he previsto
un destello apagado de nostalgia.
No es de noche. En los campos de Noruega
luce siempre el verdor de la esperanza:
Lo demás es huida a climas cálidos
donde hay un mar azul más frecuentado.
Está la madre Europa descansando
sobre cuatro pilares. Son, han sido
y serán como el alma y el estómago
de la vida de algo. Y estas nórdicas
se visten por lucir galas ajenas.
No han vivido la aurora; la conocen
por los libros, las charlas diligentes
de piadosos amantes de palabras.
Esas mujeres de belleza inerme
no hacen más que anidar encantos nuestros,
una red intrincada de futuro.
Me han mirado las chicas que están en la limpieza
y no sé qué tocar para hacerlo poema.*

Después de dos noches en Mo i Rana, y con el coche arreglado, proseguimos arañando grados de latitud Norte. La raya del Círculo Polar dista unos 30 kilómetros en línea recta de Mo i Rana y unos 70 de recorrido real, sinuoso y en sesgo hacia el N.E., por la carretera 50, la única que conduce hacia arriba. Parece que los servicios de Obras Públicas (en su equivalencia noruega) acaban de dejar expedita la ruta porque hay que conducir entre paredes de nieve limpia, como recién retirada. Cada kilómetro me supone acercarme a cotas de significado más y más concreto. Como, además, el trazado de la carretera es un serpenteo sin interrupciones y en suave pendiente, en ascenso, cada vez que se corona una curva y se sale de ella se prepara el corazón a cualquier inminencia. Y ésta ocurre ya de pronto: Unos metros más adelante divisamos a mano derecha una pantalla cuadrada, de color amarillo, medio tapada por un montón de nieve recientemente apilada, y en donde aparece grabada una esfera terráquea, y debajo: POLARSIRKELEN / ARCTIC CIRCLE. No recuerdo las fotos que pudo sacar Berita de aquel punto. Conservo dos: Una de ellas, conmigo de pie en el centro del panorama, conjunta hábilmente el cromatismo oscuro de la carretera de tierra y grava, los montones de nieve y la preciosa señal informativa de color amarillo de yema de huevo. Lo oscuro de mis pantalones y mi cabeza parecen despegarse de la ilimitada claridad del ámbito. La segunda foto nos recoge al coche y a mí de espaldas a la ruta ya recorrida. Por lo menos habíamos llegado a una cota significativa, objetivamente constatable. Miramos el mapa y comprobamos que el pueblecito de Stödi, a unos 5 kilómetros pasada la raya del Círculo Polar, es con mucho el más cercano a la frontera rural con Suecia ya que desde Krokstrand hasta Lönsdal, es decir, a lo largo de unos 45 kilómetros la carretera noruega sigue un trazado equidistante a grandes rasgos de la línea de frontera con Suecia; trazado que comienza a distanciarse a partir de Lönsdal y que tiene su punto de máxima aproximación, de unos 10 kilómetros en Stödi...

Es el caso que el rebase de la raya del Círculo Polar Artico le pone a uno al corazón en el disparadero de emociones inéditas. Es como si las cosas, las magnitudes, los signos y hasta las conductas tuvieran que comportar una modificación intensa y benefactora en sus esencias. En mi caso era como el refrendo que, para mis líricas quimeras, me empeñaba yo en ver en las manifestaciones telúricas. Esa terquedad en alcanzar el Norte parecía significarme una gradual redención de mis anteriores ataduras, un zafarme de un mundo de impurezas abigarradas que atrás parecían ir quedando. Y como reserva última de todo ello, contaba yo con el testimonio que encerraría en la total peripecia de mi alma el poema que seguía, seguía escribiendo.

El estudio del mapa de Noruega era ya, de por sí, un asunto emocionante, del que se desprendían una variedad de reflexiones y consecuencias conformes. Lo que más llamaba la atención era la quebradura del país, parecida al efecto que produciría el llenar el borde de un folio gigantesco de papel de infinitos tijeretazos. Toda la costa de Noruega hasta rematar en el penacho más septentrional del Cabo Norte es una desmembración telúrica, un consorcio de tierra despedazada en fragmentos e islas de incontable variedad de diseño, con el agua penetrando, conectando, abrazando y acompañando por todas partes. Tal podría ser mi definición plástica de fjordo. La carretera o vía de superficie se asienta como puede sobre las breves masas de tierra, y libra mediante puentes o ferries las decenas de tramos líquidos que salen al paso. Innumerables fueron las fotos que Berita fue tomando de aquellas curiosidades geológicas, siempre con el tantalizante desencantamiento de encontrarse con accidentes geográficos cada vez más acuciantes, cada vez más pintorescos que le hacen a uno pensar en lo inadecuado de haberse entretenido en captar las anteriores perspectivas. Pero el caso es que Berita había seguido fotografiando numerosas vistas de rompimientos que las entradas cada vez más cortantes y más tenaces de agua formaban en el paisaje: Agua, tierra, nieve y aire eran los elementos que, acomodados en claridad, constituían el contenido de nuestro ámbito. Una de las más portentosas características geográficas escandinavas radica en que

(como se puede comprobar en un mapa de oportuna escala) desde la parte del Mar del Norte que corresponde a Mar de Noruega son muchísimos los puntos a partir de donde se podría penetrar por mar, y siguiendo las distintas opciones fluviales y/o lacustres que la geografía permite, poder llegar por dicha vía acuática hasta el Golfo de Botnia en el Mar Báltico, después de recorrer transversalmente los dos países soldados en el referido manguito telúrico bicéfalo. Es puramente fantástico: Aquí y aquí, y aquí también... va uno marcando en el mapa los cursos no interrumpidos en que se podría trasladar uno en una barquita ligera a través de cursos de agua que a su vez conectan lagos y depósitos, a lo largo de una secuencia nunca rota de elemento líquido, de mar a mar. Fantástico y perfectamente factible.

Arrancamos hacia arriba después de que la parada en el punto de señalización de la intersección de la raya del Círculo Polar Artico con la carretera nos ha deparado las anteriores reflexiones. Queremos llegar a Narvik, nombre con variadas y marcadas resonancias. Y llegamos después de un montón de horas de viaje y de una nómina de ferries y de puentes que parece crecer de día en día. El más importante de los fjordos que hay que salvar en ferry es el de Sörfolda, desde Rösвик a Leirfjord. Como señalé antes, esta parte alta de Noruega se estrecha de tal modo que su carretera vertebral discurre durante un buen pedazo de geografía a pocos kilómetros de la frontera con Suecia, insistiendo en la realidad geonatural de que las dentelladas de agua de los fjordos del Mar de Noruega casi llegan, en algunos casos, a la frontera sueca; y en otros casos las penetraciones ácuas se continúan y empalman sucesivamente en un sistema de conexiones que hacen del Mar de Noruega y del Golfo de Botnia dos masas marítimas comunicables por una red de catéteres lacustres y fluviales. La estrechez del territorio noruego a la altura de Narvik tiene una relevancia geo-económica de bien marcado signo, ya que es por el puerto de dicha ciudad por donde tiene su mejor salida, que yo sepa, el carbón sueco de las minas de Kiruna, mediante un ferrocarril que conecta a Narvik con la red escandinava y con todo el sistema central de caminos de hierro de la entera península.

No obstante, la reflexión que con más asidua constancia me iba ocupando el pensamiento pertenecía al rango de cultura geográfica a nivel de intelectualidad media de curioso o aficionado que se inicia o de hombre de la calle con ilustración, y se refería al desconocimiento pasmoso de que la mayoría de las gentes hacen gala cuando tocan cuestiones que atañen a ciertas magnitudes y características del planeta que habitamos. La gente no suele visualizar las enormes diferencias que existen, respecto de la disposición de los continentes y de las tierras, entre los dos hemisferios de nuestro mundo. La gente no parece saber que el equivalente a la latitud en la que se encuentra Narvik, por ejemplo (y no digamos el Cabo Norte), a donde se puede ir en bicicleta en verano, correspondería a adentrarse más de... mil kilómetros en la Antártida del hemisferio Sur, pues justamente dicho continente austral comienza sus primeras estribaciones en los sesenta y poco más grados que se homologaría en el hemisferio Norte a la latitud de Oslo o de Helsinki, en donde todo el mundo puede pasarse durante el periodo canicular en mangas de camisa ! Hasta creo que desde Noruega se puede volar en verano al archipiélago Spitsbergen, atravesado por el paralelo de los 80 grados, latitud que en el hemisferio Sur equivaldría a una localización dentro de la masa antártica absolutamente reservada a algo así como una base científica a treinta grados bajo cero de temperatura media permanente. Cuando algún turista que, de visita por América del Sur, ha descendido hasta la Patagonia y nos transmite su impresión de haber bajado hasta las honduras del Sur de la Tierra..., sería piadoso recordarle que sólo se ha encontrado a una latitud equivalente en el hemisferio Norte a la situación de Santander!! Vuelvo mi voluntad hacia el poema objeto de mi cometido artístico:

*Ahora Narvik. Después será otra cosa
la que me dé en los ojos y me ciegue.
Son distintas palabras las que llevan
en volandas el fiel presentimiento.
Y si no, ved en esta amargura de estreno
que se estrella obstinada*

*en cada esquina oculta de silencio.
Todavía me faltan para el último viaje
los poemas mejores de mi vida, universos.
Lejanas ya, por muertas, las sendas consabidas
de conquistas pasadas, lo que ahora
nos atrae con su tema es nuestra vida
cogida por detrás en el recuerdo;
por delante, y en punta, adelgazándose.
Hacer memoria es como hacer la guerra
a todo lo que fue mi vida misma.
Esas risas presagian la tormenta
de lo que me tendrá que herir muy pronto.
No me curo con golpes en mi carne
sino con la perenne voluntad de fracaso.
Desde luego que el tiempo cicatriza los surcos.
Desde luego que una
mujer enamorada a quien no amamos
es la costra más cara que se arranca
de la piel y que cala hasta el fastidio.
(Aquí no habrá memorias objetivas
sino lo que yo quiera que sea rescatado)*

Mi poema “Latitudes” seguía decididamente apostando por unas transiciones violentas de clave estilística. Raptos surrealistas se conjugaban con tiradas líricas de apoyatura en el dato vivencial concreto. Y sobre todo ello una como justificación general de que fuese cual fuese su realidad última, el viaje siempre me serviría de referencia válida. En Narvik hacemos dos noches, como para adecuarse al empaque que el nombre de esta ciudad convoca. La remontada hacia latitudes cada vez más septentrionales hace que el referirse al término “noche” tenga mucho de convencional y cada vez menos de realista. Queremos alcanzar Hammerfest sobre el 17 de mayo, primer día en que en la referida localidad se produce el sol de medianoche propiamente dicho. Vamos bien de tiempo y a excepción del retraso forzoso de un día en Mo i Rana, el viaje va cumpliendo las

cotas anticipadas de realización. Tenemos tiempo, salud y dinero suficiente para enfrentarnos a cualquier eventualidad por extraordinaria que sea...

Todavía guardaba yo la dirección de un muchacho al que había conocido dos años antes en Oslo y que en carta ya antigua me informaba de su matrimonio y de su traslado de residencia a Narvik. Una de las cosas que más han encendido los hogares de mi actividad ha sido y es el de suscitar encuentros cuando está en marcha el proceso de desmembración, de desaparición de la base que un día lo justificara. Como si cada punto de presente incorporara, además, todo el pasado conforme. Desde el Grand Royal Hotel de Narvik (pues tal era el nombre del establecimiento donde nos hospedamos) llamamos al teléfono que conservaba yo de mi amigo... y, efectivamente, estaba. Se acordaba de mí. Vino a vernos sin la mujer, y nosotros tres nos fuimos a tomar algo a una “boite” restaurante en el que, por lo menos, había música de orquesta. Narvik fue objeto de varias fotografías por parte de Berita. Una de ellas, con la leyenda “View from the Grand Royal Hotel” no puede ser más expresiva. Las casas de madera, de estilo nórdico, con techumbres en ángulo; árboles acompañando el diseño urbano, y al fondo (en la perspectiva de nuestras fotos) el agua del fjordo, los alcores nevados a intermitencias, y el cielo de color gris claro. Limpidez estética. Algo voy diciendo de todo ello en el poema:

*Luz más limpia
que la del cielo éste de Narvik cuesta
trabajo imaginarla. La carrera
de la noche y el día ha comenzado.
Difícilmente puede esquivar uno
la blandura sin nombre de este ocaso
dilatándose siempre, mordiéndose la cola
del próximo estirón, del día nuevo.
Hay ventana también en mi camino
que abre su frente alta a lo sin límite.
Horizontes de azul y pardas nubes
vuelven a presidir mi peregrino*

*cantar. Y sin embargo dentro de este
gran negocio en que juego con el todo
de tesoros felices falta algo.
Violín para las altas latitudes:
Nada iguala
su portento de leve intimidad,
la dulce muerte que se alberga cierta
en su mundo de cálida falsía.
Un violín a las once de la noche
bajo el cielo de Narvik es un dato
con quejumbre tardía.
Ante esa vena de aire inmaculado
no son dedos los que uno invocaría
al concurso del tacto melodioso.*

Lo que antes he dejado dicho. La música del restaurante en donde estuvimos Berita, Olaf, y yo me trajo un acopio de inéditas melancolías. Recuerdo que me puse a canturrear algunas de las melodías internacionales que los músicos interpretaban, para comprobar, como siempre, que un son compartido es la más firme y al tiempo la más elusiva soldadura de afecto y de concernimiento entre dos almas forjadas en el temple de la relación. Recuerdo el comentario de sorpresa (entre el pasmo y la incredulidad) que hizo Berita ante mi exteriorización de que me hubiera gustado ser músico para jugar con las melodías, interpretarlas, crearlas, adecuarlas a mi estado de ánimo. Hoy todavía sigo pensando lo mismo.

Salimos de Narvik. Y no sin hacer una foto de la famosa plaza, con la fuente en medio, creo que octogonal, con borbotones y surtidores de agua. En el centro de la fuente un bloque de piedra sirve de asentadero o pedestal a una bola sobre la que se alza una madre desnuda que con los brazos en alto sujeta de las dos manos a una criatura sentada sobre su hombro derecho. Una preciosidad de motivo, acaso con una marcada alusión a la guerra sufrida cuando la invasión y ocupación de Narvik por las tropas alemanas, y el mensaje de un

futuro en paz saludable. La ruta multiplica ahora sus características de pintoresquismo; es un puro quiebro, un continuado sortear obstáculos vencibles. Los ferries se suceden y ciertas travesías de terreno en torsión han establecido un control y un pequeño canon de peaje. En una ocasión nos enfadamos de verdad porque un señor vigilante pretendía que volviéramos sobre nuestros pasos, alegando que debíamos haber satisfecho un peaje en tal o cual punto. Berita hablaba sólo sueco (y el poco de inglés con el que se entendía conmigo) y aunque allegado del noruego, no parecía darse maña del todo para transmitir al vigilante mi indignación, ya que – decía yo, y era verdad – a nadie vimos en el supuesto paso de control, ni nadie nos detuvo, ni signo alguno existía indicando detenerse. Si quería cobrar el canon – apostillaba yo – lo podía hacer allí mismo y era cuestión suya trasladarlo al puesto que supuestamente nos habíamos saltado. Fuera por la cara de ira que el hombre me observó; fuera por la incontestable simplicidad veraz de mi argumento..., el caso es que nos tomó el dinero allí mismo, nos extendió el recibo correspondiente y continuamos nuestro camino. Reseño esto en mi relato para dar realce a la limpieza y deportividad que primó en todo el viaje, y para llamar la atención invariablemente al estilo de buena fe, de legalidad confiada que acompañaban a todas las actuaciones de estos nórdicos. La naturalidad y el inagotable margen de crédito con que aquella gente recibía la tan atípica embajada de una sueca y de un racial hispánico en el paroxismo de su significación vivencial a través de la literatura y de la peripecia, son notas dignas de resaltar.

Desde Narvik, Hammerfest nos costó tres jornadas más. No tengo anotado donde hicimos la primera noche/día pero creo que fue en Vollan, entre los vértices meridionales del Balsfjord y del Lyngenfjord. Desde allí, al día siguiente, bordeando el fjordo por Rasteby y Pollen, cogimos el ferry en Lyngseidet hasta Olderdalen. Ese día hicimos, como digo, otra parada pero no puedo precisar dónde; creo que fue en Bukta, en el fondo más meridional que forma la bolsa del Altafjord. Me seguía maravillando de la ausencia de complicaciones de esta gente en su trato para con el turista. Se llegaba al albergue en

cuestión, y sólo con mediar una docena de palabras quedaba todo el asunto dispuesto: Pago de los servicios y la información que viniera al caso. Hay que reseñar también que no puedo establecer con cuántas personas nos habíamos encontrado desde que el viaje fue cobrando su decidida septentrionalidad; digamos, desde el arranque de Mo i Rana; pero no creo que pasaran de una o dos docenas de coches. Nuestro concernimiento con la carretera quedaba ocupado casi en exclusiva por nuestro móvil privado de auscultar la geografía, y en mi caso, del mundo poemático que yo pretendía diseñar y llevar consiguientemente al papel. Hacíamos, si acaso, una parada para comer durante el día, aprovechando el momento de repostar que, a veces, tenía lugar en alguna granja proveedora de carburante y que se anunciaba en la ruta. Hay también que señalar que el coche SAAB por tener motor de dos tiempos necesitaba la mezcla especial consabida, contingencia ésta que no arrojaba mayor problema porque ese tipo de coche sueco, después de la marca VOLVO era el más conocido y el que disfrutaba de mayor cantidad de puntos de representación. Estas estaciones de servicio privadas disponían de varios bidones grandes, de unos 200 litros de carburante cada uno, y de otros de aceite, cuando fuera el caso, y se accionaban mediante la típica manivela de impulsión...

En el tramo de carretera de Narvik a Hammerfest vimos un enorme secadero de bacalao, al aire libre, con las piezas colgando de una empalizada de perchas cruzadas descansando en postes asimismo de madera. Este secadero se encontraba antes de Volla. Ahora que me estoy aplicando lo imposible por hacer coincidir las fotografías con la leyenda que de algunas de ellas pudo hacer Berita al final del viaje, y en el proceso de sistematización del material documental que siguió al revelado, compruebo la enorme dificultad en conseguir rigor absoluto en la mención exacta de los nombres de las localidades que corresponden a cada foto. El mismo carrete, por razones que no se me alcanzan, está dedicado a tramos separados del viaje. En esta última etapa, antes de llegar a Hammerfest y que, según creo, la pasamos en Bukta, ya digo que me quedé maravillado y complacido de la naturalidad que se respiraba en aquellos inmensos espacios de

blancura y autonomía, donde uno se hospedaba con su pareja sin enseñar un papel y donde a uno no le preguntaban ni el nombre. Se formalizaba un impreso mínimo testimonial, y uno pasaba a ser usuario casi único de un albergue rústico pero encantador. Estamos a 15 de mayo y mañana debemos llegar a Hammerfest. El refugio de Bukta me proporciona combustible poético:

*Una mujer absorta a la que tengo
que enseñarle mi amor cada dos días
como mínimo, sueña con proezas
a su nombre. Entre tanto yo laboro
desenterrando, muertos, pabellones
enteros de mujeres a las que amo
de verdad, sin que quiera conocerlas.
Me envuelvo en un blancor sin horizontes,
ese edredón voraz de intimidades,
enorme pieza de mullidos bordes
al que todos recuerdan por las buenas.
Este viaje me está costando más en versos
que me expliquen lo que hago que ninguno.
Aquí lo que me salva es la palabra.
No soporto el rigor de una muchacha
que se ponga a tender ropas de encaje
en la calefacción de los hoteles.
(El ejemplo que irradia mi conducta
lo que hace es enconar la pura ausencia)
A pesar del constante color blanco
de una nivea mirada inabarcable;
a pesar del consejo y del presagio
de los hombres más viejos del lugar,
digo que aun a pesar de todo ello
otra vez ha pasado la gran ráfaga
– por mi alma, se entiende – de zozobra.*

*Se han llenado los aires de timbales
risueñamente persuasivos. Antes
he amado la belleza en demasía
como para perderme en hojarascas
de idealidad añeja (Con la mía
me está más que de sobra. Y hasta casi
pienso a veces que me ha venido larga)*

Mi poema me seguía arrojando estos saldos de componente conversacional. Había apostado yo por un resultado en el que las desigualdades de los factores constitutivos cedieran ante el cuerpo de armonía configurada, al menos en intención, y manifestada en la agonística de los términos. Continuaba sorprendiéndome del coloquialismo desenfadado por el que discurrían secuencias de versos. Y siempre, siempre, en el peor caso, la suprema razón para los desatinos de calidad literaria que pudiera encerrar mi obra quedaba con mucho compensada por el sentido purgativo, compensatorio, del mérito alternativo que yo estaba decidido a asignar al testimonio poético del viaje.

El 16 de mayo salimos de Bukta ya para Hammerfest. El ecosistema de Noruega me sigue encharcando de interés y de admiración las pupilas y el alma. La mayoría de estos pueblecitos que hemos atravesado y que seguimos atravesando no son más que concentraciones, cuando más, de unos pocos cientos de habitantes. Los núcleos urbanos más importantes desde Trondheim (que cuenta con unos 60.000 habitantes) hasta el Cabo Norte pueden parecerse insignificantes: Levanger, 2.000 habitantes; Mo i Rana, 1.700; Bodø, 13.000; Narvik, 13.000; Tromsø, 12.400; Hammerfest, 4.000... Y sin embargo, en el menor de estos núcleos urbanos se encuentran unos servicios que en la práctica sólo podrían considerarse existentes en ciudades españolas de más de cien mil habitantes. Levanger ya entonces estaba servido por el aeropuerto de Vaernes, a muy pocos kilómetros y a mitad de camino entre Levanger y Trondheim. De las demás ciudades citadas también poseía aeródromo Bodø; y ya en

otro orden de cosas, y por tratarse de un área afin a mis competencias, debo decir que desde hace años Tromsø cuenta con un activo Departamento de Filología Inglesa en su Universidad! Cuando se piensa en español en 1.700 habitantes, (caso de Mo i Rana) uno no puede por menos de visualizar a cualquiera de los varios cientos de villorrios cochambrosos donde no existía ni el agua corriente ni el teléfono en los años sesenta. Téngase en cuenta, además, que estoy usando las estadísticas de dicha década respecto de Noruega, y que la dotación de aeródromos se ha incrementado en estos 25 años que separan 1965 (fecha en que realicé el viaje) y 1990 en que redacto esta viñeta: *Todas* las ciudades mencionadas cuentan hoy con su respectivo aeródromo. Lo que no puedo es documentar con rigurosa exactitud la antigüedad de la Universidad de Tromsø, pues mi contacto con alguien del profesorado de su Departamento de Filología Inglesa data de unas jornadas veraniegas de 1981 celebradas en Cambridge.

Pero estamos en Hammerfest, y los acentos voluntariosos de mi desigual poema así lo expresan:

*A dieciséis de mayo. En Hammerfest
a las chicas les falta ese remate
que transforma lo curvo en lo sin límite.
Setenta grados – más – de latitud
Norte me enseñan otros tantos grados
de premura en buscar la única fuente
donde el agua no deje de salir.
Es lo mismo, lo mismo, me repito.
Los tacones más altos y las medias
a cuadros, por ejemplo, son los mismos
trebejos adornando de otra forma.
Las muchachas están mirando al mar
por lo menos medio año. El otro medio
se lo pasan alzándose los pechos
con la varita mágica del sueño.
Una rubia repleta de primores*

*me descubre un trazado de varices
en las piernas, soñándose caricias.
Vaersågod en los labios de estas gentes
es una cantinela de matices erráticos
—exóticos, quizás mejor les convendría —
Me la cantan. Mil tonos perdurables
de las lenguas que chascan son los mismos
emblemas que han de estar en mi memoria.
Jamás he visto tantas variedades
de formas muelles y abandono fácil
a tan larga distancia de los bancos
en que una vez anclamos nuestras naves.
¡Bienvenido a Noruega!, dicen esos
a quienes sobra un algo de entereza.
Yo sigo preguntando por los focos
primeros, los que dan calor a todo
lo demás. Yo pregunto por la esencia.
Lo demás me discurre solamente.
Más que nunca me tienta la aventura
de mudarme a la prosa, de explayarme
en los tibios detalles
que hasta aquí me han estado acompañando.
Al momento flaquea mi ilusión más unánime.
Siento pasos. Los oigo tan certeros
que todo me parece una farándula.
Aquí llegan. Son voces extranjeras
que no me dirán más que lo de siempre.*

A estas alturas quiero creer que el poema va cobrando conciencia de su crecimiento, que se va encaramando a la máxima cota pretendida desde donde la inflexión debe arrojar el botín más considerable. Juega en mi viaje el trasunto esperado en estos trances, y es el de llegar a un punto desde el cual el regreso suponga por lo menos una peripecia equivalente al tramo de ida. He de confesar que desde el principio he visto mi aventura lastrada y, en parte,

condicionada por la pretensión alternativa del poema. A lo largo del recorrido han sido varias las instancias en que lo literario ha suplantado resueltamente a lo real, suponiendo que el término *real* encapsule con rigor algún sentido; y que el dato sensible y cercano, el percepto inmediato cedía protagonismo al concepto con voluntad de estilo expresivo. Esta dicotomía, al fin y al cabo, supuse – y supuse bien – que sería la única grandeza (de haber alguna) y la gran servidumbre de mi planteamiento. Cuando, con la perspectiva que otorga el decurso de 25 años me enfrento ahora al trasiego de motivaciones razonadas que impulsaron mi ascensión al Cabo Norte, reparo en que el bivio de acción real / acción literaria existió desde el principio y tiñó de especialidad mi viaje.

El caso es que estamos en Hammerfest, justamente un día antes de que, con arreglo a la información del mapa que llevamos, se produzca el sol de medianoche en su completa versión, totalmente. Antes de instalarnos en el Hotel de turno, Berita saca dos fotografías de Hammerfest en perspectiva global desde una de las márgenes marítimas, con el puerto y una flotilla de barcos en el estuario. En el Hotel hacemos recuento y nos percatamos de la situación: Hammerfest se halla en la isla Kvaløy, a la que una vez que se deja la carretera principal en Repparfjord se accede salvando el estrecho brazo de agua entre Kvalsund y Stallogargo, ya propiamente en la isla. Hammerfest es algo así como el mito de la ciudad más septentrional del mundo (luego veríamos que no, que ni mucho menos), y visitarla se nos aparecía como cuestión ineludible. Pero hay otra razón técnica, y es que – se nos informa –no se puede acceder al Cabo Norte por vía de superficie de tierra directamente, ya que en Russenes (a 28 Kilómetros al Este del cruce de Repparfjord) se termina la carretera transitable que, o está sin limpiar o está en proceso de construcción, extremos éstos sobre los que no pudimos recabar información inequívoca. ¿Qué hacer? Muy fácil, parece que debemos colegir de las fuentes consultadas en Hammerfest. Hay que coger un ferry con el que circumnavegando el Cabo Norte se llega a Honningsvåg, en la isla Magerøy, desde donde únicamente y suponiendo que la carretera esté

expedita a estas fechas tempranas del verano, se podría llegar al Cabo Norte propiamente dicho...

Pocas rutas que yo haya acometido en mi vida han necesitado más de una inspección detallada sobre el papel que ésta. Nuestro mapa, publicado por el Cartografisch Institut Bootsma, de Den Haag (Netherlands) en 1963 parecía contener información fiable. A ello habría que añadir las mejoras y ampliaciones que la red viaria noruega hubiera experimentado en estos 3 últimos años. Bien. Pues ya lo sabemos. Hay que hacer una travesía de unas *siete* horas hasta Honningsvåg bordeando por arriba el Cabo Norte. Se nos dice que la dicha travesía no tiene ningún problema, ya que por ser navegación en aguas parcialmente interiores el barco no se mueve. Así, en Hammerfest pasamos la noche de llegada y todo el día siguiente. Cuando digo *noche*, entienda el lector imaginativo y congruo que me estoy refiriendo a ese tramo temporal de lo que en latitud más sureña entenderíamos a partir de las 24:00 horas. Acabamos de entrar en el día 17 de mayo y aquí ya no hay noche. Aquí no hay más que una claridad que empieza levemente a ensombrecerse y... vuelta a empezar. Berita en una foto en blanco y negro captó lo que intento decir: Tituló a la fotografía “Sun at 22:30 in the evening”. Se ve un estallar lumínico como difuso en la raya del horizonte, sosteniéndose como flotando durante un rato, sin hundirse, para auparse de nuevo en el ámbito. Yo me sentía raro, definitivamente raro, y en el elenco casuístico de ciertas peculiaridades geofísicas sobre los biorritmos humanos, esto de no disfrutar de la noche puede equipararse (cada fenómeno en su estilo, claro) al *jetlag* o efecto producido en el organismo por la modificación de la secuencia horaria normal al conjugarse con el consiguiente desplazamiento en magnitudes de espacio. El día 17 de mayo día de su Constitución, es también la Fiesta Nacional noruega, y es el día en que mi alma se engolfa a fondo en la experiencia (más mental que biológica) del primer día de sol de medianoche en Hammerfest. Hasta el momento de embarcar sigo escribiendo versos:

*Hay tal hambre de lógica en las almas
que al menor resbalón se desmoronan
(Por aquí hay muchos taxis).
Sé que más que materia poemática
es tristeza lo que ahora me chorrea.
Es preciso insistir a todas horas
que la belleza es lo único que importa
para empezar. El enloquecimiento
es ya bueno al final de la jornada.
Lo que pierde una hembra al verla exacta
y recatadamente al lado de uno
es algo que se aprende sangre a sangre
y se esfuma fugazmente en el eco.
Lo que puede una bella mujer hacer que hagamos
es de considerar en libro nuevo.
He visto senos altos, rematados
con el único escoplo de la vida,
juventud condensándose en tesoro.
No se turba mi alma, ni se azora
la luz de la pupila cuando entierro
y saco a relucir la fina línea
de paisaje con alba que era entonces
aquella criatura cual ninguna.
Son mil barcos los que ahora me transportan.
Caravanas sin fin han ido haciendo
el flamante sendero de mis noches,
y engañar por amor de los amores
me está sabiendo a náusea hace ya mucho.
Me resisto a pegar el corte por la prosa.
Quiero poner en verso mi relato
y abarcar ese campo que mi anhelo divisa.
No sé a quién recurrir. No sé qué cosas
– tal vez todas – requieran esa alarma
del dedo regulando la conciencia,*

*del labio amoratado de silencio.
Quisiera recordar todas las ráfagas
que me han hecho sufrir; despreciaría
esa parte de mundo que me toca
sujetar con su peso por mis hombros.
No seamos absurdos. La belleza
es lo único que existe cuando entramos
en lid. Cuando acabamos todo sobra.
Me arrastraría un día u otro al compromiso
tenaz, inigualable de la angustia.
El arrepentimiento, más que hondura,
me trae el asco a boca plena:
asco de haber caído en la frontera
que confunde la vida con la nada.
No tengo prisa ya. No tengo a nadie
que espere mi mensaje a gusto suyo.
He saldado las cuentas hace tiempo
y me queda un camino únicamente
que habré de salvar solo o todo huelga.
Este final capítulo de ingrata geografía
ya no repetirá los postulados:
Bien sabidos los llevo por delante.*

En la habitación del Hotel he intentado sin mucho éxito procurarme algo de oscuridad, pero esta gente no usa cortinas, ni persianas, ni maderas y no me encuentro con fuerzas para armar el tiberio de siempre de tapiar con toda la ropa de cama sobrante que tenga a mano las aberturas de los ventanales o de cualquiera que sea el respiradero de que disponga la habitación. Así que dormir con luz del día es como no dormir, como echarse uno en mitad de la calle. Berita está acostumbrada y sus biorritmos no se ven perturbados seriamente. Resisto como puedo y voy tirando sin grandes quebrantos de la portentosa renta de mis 28 años, de mi buena salud y del impulso de aventura espiritual que alienta mis actuaciones. Pero los que, como yo, tenemos un sueño ligero, vulnerable ante la más mínima agresión de

claridad, como era el caso (aparte del ruido y del calor, que no eran del caso) encontramos latosísimo e incomodísimo el rollo éste del Sol de Medianoche. No puedo dormir. Así que hasta la hora de embarcar a eso de las 9:00 a.m. decido aprovechar mis energías poéticas y traducir a materia literaria todo aquello con lo que limita mi experiencia. Me encuentro en un momento de empuje creador para transformar en relato con ritmo, con alma métrica, todo aquello que circunda la estancia de mi alma:

*Ante mi vista
el brassiere es la prenda imprescindible:
sujeta las magnolias con puntitos
por arriba y abajo de la línea
sin fin del horizonte de los párpados.
Las mujeres que me han ido mostrando
su lugar en el cosmos son hermosas.
Y estas muchachas tristes, guardadoras
de algún deseo ingenuo, me arrebatan
la verdad cada vez que las contemplo.
Malo o bueno es el verso el que sostiene
mi alma en esta aguda encrucijada
de coger el timón de todo el cielo
que ante mí desarrolla el colorido.
También hasta he pensado en un diario
donde contar las cosas y los días.
Pero no. La siguiente sugerencia
vino sólo del lado de los hechos.
(No soporto las cremas que estas chicas
se reparten centímetro a centímetro
para creer que han cambiado sus valores).
El valor. Yo recuerdo enardecido
lo que era ver, juzgar y dar por hecho
el trato de un espíritu elevado.*

*Estas calas pequeñas – el paisaje
no me da para más – me están salvando.
Aquí uno ha de esperar hasta las ocho
de la tarde, si no es hasta las nueve,
para ver cómo el sol anega y funde
en un color platino las montañas.
En un momento más o menos firme
sé que tengo delante de mi mano
el vasto panorama de honradas realidades
que informaron mi esencia desde antiguo.
Me ha silbado el oído – ¿cuántas veces? –
con la punta afilada de una idea
o el dedal sonrojado de un capullo
extraviado de puro aburrimiento.
Y lo siento de veras. Lo sentía
enteramente siempre porque era
como un caudal enorme sin salida.
Sólo quiero soñar realidades
como ésta de que estoy desnudo, enfrente
de un campo innumerable de caminos.
Saber que en cualesquiera decisiones
está siempre una muerte más hermosa
que la última, esperando a que yo caiga.
Hammerfest es el techo de la vida
entendiendo por tal la mantequilla
en papel de colores, los brassieres
con bordes floreados... Sobre todo
lo que más de mil siglos se ha tardado
en saber expresar con dos palabras.
A las diez de la noche se respira
un blancor de alcanfor. A medianoche,
para ser más exactos, el crepúsculo
se resiste a hacer mutis. Continúa
el juego de lo uno y de lo otro*

*y allá el que se atreva a poner nombres.
Una sierpe de piernas desenrosca
su anillo de deseo. Es una Rosa
de los Vientos ajada por la norma
de apuntar al azul cada domingo.*

El componente de irracionalismo coloquial del poema me va sobrecogiendo. Con todo, lo veo cada vez más claramente como mi última salvación, aquello que necesariamente tiene que quedar – hedor o aroma – cuando el resto se desvanezca.

A la hora convenida cargan el coche a la cubierta del barco y nos embarcamos nosotros también para la travesía, siempre a la conquista de cotas cada vez más puras, más septentrionales, más míticas. Intentaré resumir: Lo que se pronosticaba como un desplazamiento de trámite resultó ser una travesía movida. Todas mis experiencias con el Mar del Norte, sea en la extensión que corresponde al Canal de la Mancha en sus distintas anchuras; o al espacio entre Gran Bretaña y Suecia; o en algún salto insular dentro del archipiélago danés, etc... me han significado terminar hecho un guiñapo a causa del mareo. Berita no daba crédito a sus ojos. Me vio medio tumbado en uno de los asientos corridos de esas salas de espera, mitad cafetería, mitad sitio de paso. Recuerdo los ademanes de estupor comprensivo que hizo un marinero empleado al pedirme los billetes del pasaje. Yo estaba, como digo, tumbado o medio tumbado, buscando la posición menos mala para conjurar lo más terrible del mareo, las ansias, las arcadas, los vómitos, y controlar el típico sudor frío que acompaña, como defensa del organismo, a tales accesos. La pobre Berita, tras meritorios esfuerzos comunicativos que intercalaba como podía entre mis andanadas de improperios en cascada, consiguió hacerse entender que lo único que me pedía el marinero eran los billetes del pasaje y del porte del coche. Una travesía horrible, en la que Berita, mujer al fin y resistente a ciertas cosas capaces de liquidar a un hombre (como se trataba, en mi caso, del mareo, “motion-sickness” o más propiamente “sea-sickness”) no se apartó de mi lado. Más tarde me confesaría su

aprensión ante lo que no pensó que le pudiera ocurrir a nadie: Ponerse tan malísimo y tan inservible como yo. El capitán del ferry le habló a Berita de que – según se dio ella maña a explicármelo – nos iba a expedir unos certificados de marinería de haber superado la latitud del Cabo Norte. No pareció pasar de un comentario porque a mí, al menos, nadie me dio nada...

Llegamos a Honningsvåg y para sorpresa nuestra encontramos alojamiento en el Hotel Grand Honningsvåg. Pero, ¿qué es Honningsvåg? No parece tener más de 1.000 habitantes y sin embargo posee unos servicios que, según mis cálculos, corresponderían a un núcleo urbano muy superior. Aquí va uno de sorpresa en sorpresa. No es cierto, por lo tanto, que Hammerfest sea la ciudad más septentrional, puesto que Honningsvåg está mucho más arriba, como dije, en la isla Mageröy, la más norteña absolutamente del territorio continental noruego y separada del resto por el Mageröysund, brazo de mar de menos de 1 Km. de anchura. Tal vez se refiera la información a que Hammerfest funciona a tope durante todo el año, y Honningsvåg durante la temporada estival. Berita sacó una fotografía “from the window at the Hotel Grand Honningsvåg” en la que se ve la techumbre de una nave, como de almacenes portuarios; más adentro, un barco fondeado en las aguas blanquísimas del fjordo; y las estribaciones del mismo con sabanazos de nieve. El resto del día lo dedico a descansar, a recuperarme del mareo de la travesía, y a escribir. Una sorda furia, una contumaz voluntad grafómana quiere proporcionarme cualesquiera compensaciones por las presuntas o reales deficiencias del viaje. Me quiero curar en salud, me quiero asegurar el botín cuya supervivencia estará a salvo de vaivenes y resultados contingentes:

*Como siempre. También se han recorrido
esta vez veinte rutas inservibles.
He llegado y aquí no pasa nada.
La terrible frontera del sentido
común no admite réplica a la hora*

*de hacer nuestro balance sin engaños.
Por la noche pensé que el alba nueva
cegaría en color a las antiguas;
que las cosas lejanas son lejanas
y más dadoras de alma por lo mismo.
Dicho en una palabra, quedo en paz
con lo que se me pide en pan e impuestos.
No es que vaya a pensar que nada debo
a la vida. Alguien dijo tal fineza
y en nosotros zumbó el revoloteo
de lo que hay que creer aunque nos cueste.
Lo que pasa es que llega la vida a una estatura
que ni el vuelo o el correr nos dicen nada.
El anclaje es mejor. Dejar que el gancho
se oriente al fondo que mejor le plazca
y quedarnos, sin más, con lo que pique.
Aquí está todo visto. Con la música
habrá que irse a otra parte. Hasta de quicio
se han sacado a las cosas. Sin embargo,
ni por esas. Resisten contumaces
al embiste del polen de los versos.
Día nuevo. Al capacho de las cosas
se ha volcado otra vez la mano llena
de nostalgias, de herida a flor de sangre.
Se han visto antiguas caras y hemos dicho
que quizá se tratara de otra historia.
Al calor de tantísimos kilómetros
los dedos huronean la pelusa
de lo que ya llamamos fantasía.
Hay que perder el tono, los motivos,
para hendir con el dedo nuestros labios
yugulando un primor de ruido fresco.
A nosotros nos deben estas gentes
el sacar a la calle trapos viejos*

*como lo es la bandera arrinconada
o la cofia especial de camarera.
Todo es una sonrisa, pese a los que
nos amarguen el ser con hiel barata.
Predicar no es dar trigo. Yo lo vengo
sabiendo de una vez ya para siempre,
desde un ahora infinito que me duele.
Duele el tiempo y también duelen los filos
de las mil y unas voces que nos cercan
con un hondo clamor de luz brillante.
Ese brillo. No hay otro. Yo lo he visto
pertinaz, turbador. Que no, no hay otro
que le iguale en conciencia. No hay ninguno.
Una greña beoda es lo que queda
de una altiva muchacha que podría
darle nombre al mejor de mis poemas,
es decir, al que nunca he de escribir.
El que no haya en el día una parada
de oscuro es como un túmulo a lo íntimo.
Este viaje no ha sido ni el primero
ni quizá sea el último en que un nuevo
cosmos ha roto la visión ingenua
de los cuatro por cuatro y tres por cinco.
Dos pasadas de bocas y de ojos
y ya me he convertido en un museo
al que intuyen a un paso del orgasmo.
No se sabe por dónde empezaría
a desenmarañar toda esta gesta.
Las gaviotas se posan en la plaza
y hasta paran al lado de mi coche.
Así podría estar – os lo repito –
historiando materia biográfica,
ensartando retahila tras retahila
de este corte del alma inacabable.*

*Casas. Casas. Colores elegidos
de resalte, de humilde presunción
ante ese firmamento tan idéntico
reflejándose aún en las esquinas.
Y un olor, un olor indespegable
es lo que nos aferra a cada instante.
Parvas. Surcos. No existe la llovizna
de los caros olores de la mesa
camilla. Por aquí se malbaratan
las especies eternas por el lustre
acaso inmerecido de unos brillos.
Brillos claros. Limpieza a borbotones
de transparencia única.
Hay un viento estatual, como de bronce,
que va pelando al cero los cerrillos
cercanos. La ciudad ya prevenida
se protege con filos de pañuelos,
y en la frente y los ojos se atesora
una fiebre, rubor inconfesado.*

Esa noche queremos dar Berita y yo a nuestra cena en el Hotel un toque de protocolo y de suntuosidad. ¿Sería por dinero? – pensaba yo – Los fajos de billetes se adelgazaban pero nunca como para hacer ni siquiera pensar en malnutrición o encanijamiento. Mis viajes veraniegos comportaban una saña, dulce pero enérgica, de transformar en libérrima complacencia mi aplicación y disciplina penitenciales del curso académico en América del Norte. Y cualquier cosa podría pasarme por la cabeza menos el escatimar recursos. Nos encontrábamos en la coronilla del planeta, a más de 71 grados de latitud Norte, probablemente la más septentrional de alcanzar en ese momento, descontando los aleatorios vuelos que (no puedo asegurarlos) pudieren existir en fechas más avanzadas de la estación veraniega a la Isla del Oso (Bjornöya) y al archipiélago Spitsbergen, ambos formando parte del territorio noruego de Svalbard: La primera de ellas a más de 74 grados de latitud; y el segundo, por lo que tendría

que referirse a Longyearbyen, localidad de emplazamiento del aeropuerto, a unos 78 grados aproximadamente...

§

La cena revistió cierto protocolo: éramos, creo recordar, los únicos turistas, y el maître quiso officiar con todo el empaque que la circunstancia exigía. Recuerdo con privilegiada intensidad su ritual al mostrarnos una botella de vino tinto Macon francés, con rebozo de telarañas y pelusilla, producto de la pátina del tiempo y de la nobleza paciente del almacenado. Aquel acto de traernos la botella y de asentir a su sacrificio en el techo de Europa cobraba un cariz vivencial de muy distintos quilates a cualquier otra cosa imaginable en una equiparación de menesteres. Acompañamos el vino con la mejor carne de que disponía el establecimiento y aunque, huelga decirlo, el precio fue elevado, el placer que generó todo el acto hizo que me pareciera un regalo. Pensar en las prensas dignísimas que deshicieran la uva correspondiente a aquella botella, en un lugar de Francia, y en un momento único, irrepetible – por pasado – de historia, me parecía como beber esencias de ambrosía; como comulgar con iniciáticas libaciones.

Al día siguiente nos informamos detalladamente de todo lo que nos concierne. No se puede llegar al Cabo Norte porque la carretera no estaba expedita todavía. Si queremos acercarnos lo más posible, como es nuestro deseo, nos recomiendan ir en taxi hasta Skarsvag. Nosotros preferimos ir en nuestro SAAB, a lo largo de la ruta 917, sin que este pequeño viaje represente nada especial, excepto la constatación de haber alcanzado el final de la carretera transitable y quedarnos a menos de 10 kilómetros, por tierra, del Cabo Norte. Regresamos a Honningsvåg dispuestos a pasar el resto de la jornada en el Hotel y prepararnos para coger al día siguiente el ferry a Russenes. El viaje ha alcanzado su cenit y ahora hay que hacer el regreso con orden y con esclarecimiento. Casi todo lo que resta de la jornada me lo paso escribiendo:

*El sol de medianoche es una gaita
para el que quiera ser como es debido.*

*Sin entrar en honduras, yo no puedo
pensar en un orgasmo con estas claridades,
ni mis manos se harían al peciolo
de un tronco virginal en la abertura
sin fin de un día eterno, enloquecido.
En mis versos, no sé. Pero en mi prosa
aseguro que he hablado de una saña
– muy dulce, eso es verdad, pero al fin saña –
con que tapio la luz de mis alcobas.
La persigo con colchas remansadas
creyéndose en funciones ya sabidas.
Y en las brechas de lumbreras trasnochadas
allá mueve mi mano una tormenta
de trastos, de muralla amenazante.
Es cuestión de correr, de escribir versos
en cada situación que me presente
batalla: Yo las pierdo dejando materiales
en el campo: Mi pluma y mi paciencia.
Me conformo con ese botín mínimo
de la flor que amanece hacia la punta
de cualquier bayoneta ensangrentada.
Seguro que estos hombres han dejado
de ver alguna vez alguna cosa
con esto de la luz incontrolada.
Se dividen los días en mitades
idénticas. Ya han sido doce horas
y esto se está acabando. Así me hubiera
podido recrear diciendo cosas
de verdad alarmante. Y hasta falsas.
Ya no hay nada delante, que se sepa.
Sólo en taxi – me acaban de decir –
se llega al pueblo ese que se llama
de forma irrecordable. Y es lo mismo
pues ya por no tener no tengo ganas*

*de pensar ni de hacer. La retirada
es siempre (horriblemente) necesaria.
Sólo queda una inmensa retirada
duplicándose al par que mi cansancio.
(Las albas, no obstante, son de oro,
como dijo el poeta para siempre)*

Al día siguiente cogemos el ferry para Russenes. La travesía es buena, bajando por la quiebra, a manera de saco, que forma el pequeño mar interior del fjordo Porsangen entre la península mellada de Porsang y la de Svaerholt. Planeamos la gran galopada de regreso, descendiendo por el Norte de Finlandia. Me encierro en el hostel de Russenes y sigo escribiendo, a compuerta abierta, como esperando que, igual que cada una de las tiradas de versos que me han precedido últimamente, ésta pueda ser la final, la postrera:

*No queda más que mar que se recuesta
en un montón de casas. Colorines
por aquí y por allá. La verdad pura
es que uno pone todo. Sin engaños
se llega a todas partes, pero solo.
Soledad en el día de la fiesta
nacional de Noruega. Soledades
las que siempre acompañan al que escribe.
Como todo es materia aprovechable
alrededor de mí, sigo buscando
la mejor selección para mi tacto.
El asunto incandesce. No hay manera
de entenderse ni a tiros. El problema
de la casta de ideas para el día
será el único tema del viaje.
No hacemos más que darle vueltas vanas
al pozo sin mirarnos en el agua.
Una mirada es eso y no las manos
retorciéndose inútiles de hastío.
Seis horas escribiendo es mucha tela*

*para quien como yo se está pasando
de rosca a cada rato. Sí, son muchas,
demasiadas las horas que he de darle
a la pluma. Total, para excusarme
de tener que pensar, que eso es lo grande.
Nuevo día. Trasnócho a luz limpiísima
de un sol más cultivado que el de antes.
Cada vez hay más alma en la vasija
del tiempo; más imágenes que flotan
así en fácil deriva por los versos.
Cada vez es más fácil el rendirse.
Sólo tú, corazón. Tus terquedades
te están acarreando la cadena
perpetua de tener que darte al poema
si quieres subsistir. Lo único cierto
de esto que llaman “tiempo” entre comillas
es saber que aún no hemos agotado
el carisma fatal de equivocarnos.*

Nos ponemos en marcha temprano para la nueva jornada. Hay unos 160 kilómetros hasta la frontera finlandesa y queremos por todos los medios salir de Noruega para, de esa forma, mediante la entrada en el país vecino, imprimir a nuestro regreso una dinámica visible. No tenemos prisa, pero ya no hay nada esencial que hacer. Si acaso, me queda la curiosidad de perforar Finlandia desde el Norte en lo que sería mi cuarta visita a este país. Me atrae la idea de completar este viaje mediante el recorrido también de zonas norteñas de Finlandia y de Suecia. Voy de retirada, sí, pero quiero hacer de ella una parte digna y recordable de mi viaje al Cabo Norte. Me emociona recorrer una parte de Finlandia muda, en la que no cuento con ningún dato ni afinidad personal que me pueda instar a detenerme. En contraste con toda la zona Sur en que se han desarrollado mis encuentros y donde tantos nombres de localidades y de criaturas pueblan el mapa de mi memoria, esta parte Norte no me ofrece más que el anonimato de su personalidad, en forma de paisaje

desconocido, de naturaleza aún más genuina, más espontánea y autónoma, más en estado edénico...

Empezamos a hacer kilómetros sin contemplaciones. La carretera es menos sinuosa que la que salva los innumerables entrantes dentellados de la costa. En Banak se llega al fondo Sur del Porsangen, después de haber seguido la margen Oeste del fjordo durante 70 kilómetros desde Russenes. El ecosistema se hace más abierto y más agreste. Hasta la frontera en Karigasniemi sólo señala el mapa el pueblecito de Skoganvarre, a 28 kilómetros de Banak. Conservo una fotografía que hizo Berita de un pico, un cono casi perfecto, un altivo cucurucho nevado y uniforme en el diseño de sus faldas y de sus escarpaciones. Dentro del sistema precario que mi compañera pudo hacer de la documentación gráfica del viaje, y al carecer de leyenda alguna, me cabe la sospecha de que dicho pico pudiera corresponder al Cuokkarassa, de 1.139 metros de elevación y que habríamos divisado en la mano derecha de nuestra ruta 930 a los pocos kilómetros de empezar la bajada desde Banak. Es una lástima que no pueda precisar este extremo. Las otras únicas opciones serían, o bien el pico Ailigas, de 629 metros, nada más cruzar Karigasniemi, en la misma frontera y en la mano izquierda de la carretera; o el Peldoaivi, de 567 metros, a medio camino entre Karigasniemi y Kaamanen, ya en las cercanías del sistema lacustre del Inari y que quedaría a la derecha de la ruta. Como suele ocurrir en estas cuestiones aleatorias, algún día, en algún lugar, alguien inesperado que tenga la oportunidad de ver la foto en cuestión dictaminará sin lugar a dudas sobre la identidad del monte. En otras fotos de menos calidad que la referida se evidencia que Berita quiso captar tal o cual elevación, difícil de apreciar por lo borroso de las imágenes...

Pero seguimos avanzando. Entre Skoganvarre y Karasjok, siempre en la ruta 930 que conduce a Finlandia, encontramos a una comunidad de lapones con sus tiendas y los aperos de sus menesteres sobre la campiña totalmente cubierta de nieve espesa. Tuve la reacción pueril de quien se encuentra con algo chocante, y le dije a Berita que

se detuviera. Un lapón, alto y con gesto cansino e indiferente, al vernos parar se desatendió por un momento de lo que estaba haciendo con unos troncos de leña y se acercó. Le enseñamos la cámara fotográfica y le... ¿dijimos?... mediante nuestro ademán más conciliador y el aderezo de varios términos internacionales de petición de anuencia... le dijimos... si le importaría... posar. No dijo nada, sino que se quedó en pose, lo que nosotros entendimos como señal autorizativa. Cuando nos marchábamos hacia el coche le oí decir: Schnapps, schnapps... ¿Qué era aquello? Berita me dijo que quería decir alcohol, bebida alcohólica. Como no pude establecer si nuestro amigo el lapón nos pedía o nos ofrecía (pero que en cualquier caso ninguna de las dos opciones era de aplicación con nosotros) le hicimos gestos de no saber, de no tener interés, y cortésmente declinamos cualquier manifestación ulterior sobre el tema. A todo esto hemos rebasado Karasjok y nos acercamos a la frontera. Aquí sí hay un puesto vigilado, con instalaciones. El tiempo ha venido empeorando a medida que nos distanciábamos de Banak. Nieva racheadamente y no me choca que algunas de las fotos que ha ido haciendo Berita hayan salido oscuras, algo cenicientas, además del efecto de la locomoción por tirarlas desde el coche muchas de ellas...

Efectivamente hay un puesto fronterizo rústico como cabe esperar, pero con todas las de la ley. Una barrera atravesando la carretera, un barracón al lado izquierdo del sentido de nuestra marcha y alguna otra dependencia tipo albergue a modo de lugar de almacén o resguardo de vehículos. No es que me importe, claro, pero la Edad de Oro que parecen disfrutar los muchos cientos de kilómetros compartidos por Suecia y por Noruega aquí da la impresión que se desvanece. Me hago cargo de que esta frontera de Karigasniemi creo que es una de las dos más septentrionales de Finlandia, al menos en 1965, instalada en el flanco Oeste de un pedazo en forma de media patata de su territorio al que rodean completamente Noruega por el Norte y el Este hasta el ápice Sur del sistema fluvio-lacustre Pasvikelv que comienza en Kirkenes; y la URSS por todo el resto ya del lado Este, desde donde termina la cofia que Noruega parece colocarle a

este trozo de territorio finlandés. Por lo visto, la cercanía con la URSS impone respeto y recelo. Sea lo que fuere, es el caso que la frontera debe de funcionar bajo mínimos pues mínimo debe ser el contingente de viajeros que se aventuran por dichos andurriales. Nos habían divisado ya porque un soldadito aduanero nos hace señal de estacionar allí mismo. Antes de salir del coche echamos mano de los pasaportes. El soldadito, pequeño, entre rubicundo y albino, con leves rasgos a lo mongoloide y a lo samoyedo, nos dedica una mirada de inspección más de fastidio desinteresado que de otra cosa. La nevada con rachas de viento sigue arreciando. Se nos invita a pasar al interior del puesto, y la primera sorpresa desagradable que nos depara la circunstancia es la de comprobar que ni el soldadito que nos ha recibido, ni otro que estaba dentro del barracón (único contingente humano visible de dicho puesto fronterizo) hablan una palabra de nada que no sea finlandés. He dicho *finlandés*: Acabamos de dejar atrás (y a ella volveremos) una comunidad de gentes escandinavas – sean suecas, noruegas, danesas y hasta islandesas, si a efectos puramente literarios pudiéramos contar con su presencia simbólica y testimonial – entre las que cualquier persona con conocimientos de inglés o de cualquier otra lengua del tronco germánico puede entenderse. Pero el finlandés *sólo* lo hablan y lo entienden los poco más de cinco millones de Finlandeses de Finlandia y los algunos más que anden de turismo estable desparramados por el mundo. Que este puesto fronterizo está diseñado para recibir a muy poca gente y toda ella, o bien noruega o bien finlandesa, parece claro. Pero el tándem de español y sueca (sueca, dicho sea de paso, para la que los países contiguos al suyo están a años luz de distancia de su interés e incumbencia, y en cualquier supuesto infinitamente más lejos de su interés que del interés mío), este tandem, digo, es mucho menú para prójimos con cara salida de una incubadora. Nada. No entienden una sola palabra de francés, ni de inglés, ni de alemán, ni de sueco... ni de latín (lengua en la que hubiera podido yo aventurar algunas expresiones de cortesía y bienquerencia que nos hubieran ayudado a subsistir). Nos preguntan no sé qué... y al cabo de un forcejeo imaginativo, y después de que

uno de los soldados sale y señala la parte del coche donde suele ir adosada la letra mayúscula indicativa del país a que pertenece el vehículo, entiendo que me inquietan con un punto autoritario de indignación controlada, que por qué no lleva la S de Sverige. ¡Yo qué pollas sé!, les contesto en español. Lo que nos faltaba con el cabrón del coche, que después de habernos dado por culo con la avería, ahora nos regala de postre el que no lleva la letra distintiva... ¡Que se lo pregunten a los suecos de la casa de alquiler..., no te jode! Por razones absolutamente inalcanzables para mis entendederas, percibo que estos guardias jovencitos no se fian; que tienen miedo de que se les escape alguna irregularidad, por mínima que sea, y de que se les caiga el pelo. Es el típico síndrome de las criaturas bisoñas sobre las que recae cierta responsabilidad pero que al mismo tiempo no saben a quién acudir; a qué superior instancia apelar en busca de consejo, sanción y conformidad. Empiezan a hacer uso del teléfono pero éste, o no funciona o sólo puede facilitar conexión a alguien que sabe tan poco como ellos. La verdad es que a nosotros nos importaba muy poco todo el asunto porque no teníamos prisa; pero no dejaba de ser incómodo y, sobre todo, grotesco el tenernos allí, esperando a que los soldaditos aduaneros (o guardias fronterizos) dejaran de encontrar anormal que un coche de alquiler de Estocolmo no llevara la S preceptiva...

En estas circunstancias el demonio del diletantismo, el geniecillo del disparate que todos podemos llevar dentro encuentra proclive nuestro estado de ánimo a dejarse aconsejar mal y a inducirnos a la perpetración de alguna jaimitada. Y lo que a mí se me ocurrió, así, por bobería, por escapismo lingüístico, por matar el tiempo... ¡yo qué sé!... fue pronunciar pomposamente y en tono categórico una de las tres o cuatro frases que conocía en finlandés y que en la circunstancia que nos ocupa se trataba de: “He estado en Finlandia cuatro veces” [en fonética aproximada y burda “Mina olen ollut neljä kertaa Suomessa”] Pero lo cierto es que el sistema prosódico del finlandés no encuentra muchas dificultades en algunos sonidos para un castellano, por la rotundidad de la mayoría de sus consonantes y la carencia de compuestos raros en muchos de los sonidos vocálicos.

Fuere lo que fuere, el caso es que me debió salir una frase... que ni un nativo, y el gesto de estupor que pusieron los dos soldaditos es digno de recordar. Pronunciar la frase pletórica y quedarme callado, en retroactivo silencio solemne, fue todo uno. Nuevas consultas entre los dos soldaditos y nuevos contactos por teléfono. Después de recibir la andanada que les debiera llegar desde el otro lado del cable, y de conjugarlo con miradas alternativas, ora a Berita, ora a mí, nuestros hombres debieron pensar que... ya estaba bien de sospechar truculencias de lo que no era sino una situación de turismo inusual. Se dijeron no sé qué, nos devolvieron los pasaportes y nos dieron a entender que podíamos seguir la marcha. Bueno. Por ahí podían haber empezado, sin habernos hecho perder casi una hora...

Salimos de las dependencias, nos disponemos a meternos en el coche y... ¡me cago en la leche puta!... observo que una de las ruedas traseras está en el suelo, materialmente en el suelo. Hemos debido de tener un pinchazo carretera atrás y ahora, con la detención forzosa de la frontera, el pinchazo se deja ver. Qué cierto eso de que las vicisitudes llegan todas juntas. Hasta el rey Claudius, padrastro de Hamlet, lo decía:

*When sorrows come, they come not single spies,
but in battalions*

Hamlet, IV, v, 78-79

¡Me cago en la puta hostia! La pobre Berita no sabe qué decir ante mi acceso de ira y de impotencia. Nos estamos calando además con el agua nieve que está cayendo. Bien. Manos a la obra. Hay que poner la rueda de repuesto. “No hay”, le digo a Berita, luego de levantar la tapa de la maleta. En las ocasiones en que hemos puesto o sacado el equipaje no se nos ha hecho perceptible; no hacía falta; las cosas se nos significan en estados de necesidad, no antes, parece que me estoy diciendo. No puede ser. No puede ser. Tiene que haber rueda de repuesto. Sacamos el libro de instrucciones y está en sueco y en algún otro idioma escandinavo, creo, pero definitivamente *no* está en inglés. Le digo a Berita que busque y que traduzca lo relativo al neumático de

repuesto. Así lo hace, con cierto temor ante el creciente estado de iracundia de mi ánimo... y llega al punto del texto en que... literalmente, se dice que el neumático va detrás, en el maletero. Pero en el maletero no se ve nada. “Mira, Berita, aquí no hay nada. Vuelve a leer lo que dice”. Con mil trabajos vuelve a traducirme el texto sueco... y sí, hay un término explanatorio... “debajo”, “en la parte baja”... “bajo el o bajo la...” Me cago en la puta hostia... Claro. Debajo del suelo o fondo del maletero. Hay que destornillar la placa que sirve de piso... y allí debajo aparece la rueda. Sin dejar de cagarme en todo lo que me parecía aprovechable para el desinflado de mi mala leche, procedo a subir el coche con el gato, montar la rueda, dejar la herramienta en su sitio, lavarme las manos con nieve como puedo... y continuar la marcha. No olvidaré en tanto viva la frontera de Karigasniemi.

El viaje continúa y poco a poco, más que nada por el magnífico aguante de Berita, se va restableciendo el clima cordial entre nosotros. En definitiva, ¿quién tenía la culpa de que los finlandeses no supieran inglés, ni sueco; de que nosotros no supiéramos finlandés, y de que hubiéramos sufrido un pinchazo tan inoportuno?. Nadie. No tenía la culpa nadie, y era mejor que todo el cupo de contrariedades nos hubiera golpeado de pronto, y estar libres (razonamiento cándido en virtud de un cálculo de probabilidades puro) ya de contratiempos...

El paisaje de taiga es estupendo. Hasta Kaamanen, al comienzo del sistema lacustre del Inari, una de las reservas acuíferas más notables de todo el Norte de Finlandia, y desde luego de la comprendida dentro del Círculo Polar Artico, no vemos a un alma. Sólo varios rebaños de renos en libertad, pastando, rumiando hierbas y ramitas en el hábitat nevado. Preciosos. Berita se dio maña a sacar dos buenas fotografías de estos rebaños o manadas vagando a su aire por una taiga límpida, con la nieve, las coníferas y el cielo de gris azulado envolviendo el silencio tersísimo del panorama. En ese mismo tramo de la carretera 4 se nos cruzó un astado gigantesco a unos cien metros

o así. Espectacular visión. Me volví a Berita y... “Älg”, me dijo. No había duda, un hermoso ejemplar de alce, “elk”, acaso “moose” en inglés. Lástima no haberle podido fotografiar. Hubiera sido un trofeo documental de excepción.

No recuerdo, no sé dónde dimos por concluida aquella jornada de conducción. La numeración que Berita hizo de las fotos a partir de entrar en Finlandia, no la entiendo; es más, la encuentro contradictoria, duplicada a veces, y el referirme a ella sólo trae confusión. Probablemente hiciéramos noche en Ivalo, después de dejar toda la masa de agua del Inari a nuestra izquierda y antes de aprestarnos a descender en picado hacia la frontera con Suecia. Sí, tuvo que ser Ivalo. Estoy casi seguro, como seguro estoy de que en la jornada del día siguiente, con el pinchazo arreglado, salvamos la distancia hasta la frontera con Suecia, a lo largo de toda la ruta 4. Quería yo mostrar a Berita mi voluntad de llegar a su país cuanto antes, como para que ella viese en mí un estado de ánimo que muy bien podría traducirse por un: “Ya estamos en casa”. Y en cierta manera era eso. En Rovaniemi nos salimos del casquete polar y cada kilómetro que descendíamos nos parecía un ir más y más al encuentro con la normalidad, con la congruencia de estaciones y de bio-ritmos. Siguiendo en perfecta contigüidad el curso del río Kemijoki llegamos a la cruz que en Laurila forma esta carretera con el ramal que desde Kemi baja por toda la costa occidental de Finlandia, y con el que se adentra en Suecia, que fue el que nosotros tomamos...

Cruzamos la raya fronteriza finlandesa por Tornio, repostamos en Haparanda (conservo una preciosa foto de la estación de servicio BP mientras que sobre un ámbito grisáceo, como de azul plomizo, cruza un arco iris captado magníficamente por Berita) y alcanzamos a pernoctar en Luleå. Ahora se trata de rodar a placer y de hacer kilómetros aun con la penitencia de retomar el tráfico por la izquierda. Antes de pernoctar en Uppsala (cosa que recuerdo bien) me es imposible precisar donde hicimos noche después de Luleå. Pudo ser, acaso, en Ornskoldsvik, en el inicio del golfo fracturado y

aderezado de islas Bonäset porque una de las identificaciones que en papel aparte hizo Berita de las fotografías lleva ese nombre. Tuvo que ser ahí. Luego, lo que sí recuerdo perfectamente es que la etapa hasta llegar a Uppsala fue agotadora; que llegamos rendidos y que sólo, y como cosa de favor, encontramos dos camas en un camaranchón comunal de una como residencia universitaria, regida por estudiantes. Fue una noche de excepción, con las camas, como digo, en mitad de una nave. Era lo único que había y aunque caro nos consideramos con suerte de haber podido dar con nuestros huesos en aquel sitio. Ya casi nada importaba mucho porque todo estaba a punto de consumarse...

Al día siguiente entramos en Estocolmo y nos dirigimos a la casa de alquiler del coche. Sin problemas. Suecos comprensivos y con flema. Reconocen que no pudieron darme el mejor coche, y me descuentan los gastos desembolsados por la avería y la reparación de Mo i Rana, y por el pinchazo. La familia de Berita sabía que estábamos, o que debíamos estar, en Estocolmo porque esa misma mañana antes de salir de Uppsala les habíamos telefonado. Pasé el resto de la jornada poniendo a punto mi equipaje y confirmando mi vuelo de regreso a España que fijé para dos días más tarde. Eso me dio tiempo a descansar en el piso de Berita y a invitarla a una buena cena. Al día siguiente, uno antes de mi partida, fueron los Andersson los que nos invitaron, a su vez, a cenar. Habían preparado un pastel como homenaje a nuestra excursión y como despedida de mí. Magnífica y cordialísima gente que siempre, siempre tendrá alojamiento en la memoria mía.

El día de mi partida no consentí que nadie me llevara al aeropuerto. Estaba abrumado de tantas atenciones, de tanta generosidad, de tanta y tan espontánea bondad. Me despedí de todos y de cada uno en Estocolmo. La verdad es que necesitaba estar solo y terminar de poner por escrito lo que todavía deseaba que formase parte de mi poema. En el aeropuerto de Årlanda, antes de tomar mi vuelo hacia Madrid, seguí aplicándome:

*Bajo el cielo de lana de azul claro
se esconde un mundo en pie no descubierto.
A mi mano vendrán los telegramas
que ya una vez cursé hace mucho tiempo.
Es inútil seguir gastando pólvora
si aquí no hay más mirada que la tuya;
si el aire acribillado es ya tu cómplice
que te está penetrando por la blusa,
y ni una banda entera de vencejos
podría convencerme de otra cosa.
No sé lo que he traído de este viaje
como no sea una gran melancolía,
y eso ya lo sabíamos desde antes.
Cuando un verso certero cuesta páginas
de errar líricamente; cuando miles
de nombres y de cosas han vaciado
mi frente al recrearlos... no engañaros,
amigos: Yo os convoco a toda prisa
a que sepamos ya qué está ocurriendo.*

Durante el vuelo, como tantas veces lo había hecho en distintas coordenadas de alma y ámbito, y lo seguiría haciendo, continué dando lo que para bien o para mal consideré los últimos remates al poema “Latitudes”:

*Por los cielos están surcando naves
que debieran tener algún sentido.
Por la tierra se asoman las cabezas
que meditan las voces y los votos.
Recordar, recordar es lo que quiero
las cosas que dejé mal aprendidas;
y que no se olviden mientras muera.
Una inmensa blancura está acechando
los momentos sombríos del futuro.
(Otra fiebre, como un alado monstruo,*

*no deja que me acerque hasta la prosa)
Estrofas de dos versos se suceden
sin saberse su número en la fila.
En Suecia y en Noruega y en Finlandia
todo ha sido un encuentro prolongado;
todo me ha ido pasando en una espina
de tiempo innominado y sin memoria.
No depende de mí el que los caminos
me arrastren como fardo sin fronteras;
que los rostros ocultos de mujeres
me sigan sublevando en mi silencio.
No es difícil. Mirad una por una
estas caras hinchidas como velas
con el tenue mensaje de la extático.
Y sólo destruir es lo que queda,
destrucción por doquier de lo que amamos.
Una cura morosa de silencio
podrá hacernos volver al equilibrio.
¡Cómo cuesta destruir lo que se ama,
cómo duelen las cosas conocidas
que van aquí quedando, atesoradas... !*

*Escandinavia : Dinamarca, Suecia, Noruega,
Finlandia mayo, 1965.*

Seguía yo en Canadá y fue, acaso, hacia final de los años sesenta cuando volví a tener noticias de Berita. Me decía que se había casado y que después de algún “miscarriage” había conseguido tener su primer hijo. Me enviaba su cariño y me deseaba suerte.

ÍNDICE

	Página
De Entrada :	1
Pepita: Playa de San Juan (Alicante), 1948-1949.....	11
Sally: Ipswich (Suffolk, Inglaterra), septiembre, 1953; 1964	
Blanes (Gerona), 1960	17
Maite: Madrid, septiembre, 1954; 1955.....	35
Pauline: París, verano de 1955.....	40
Lourdes: Alcalá de Henares, 1955 - Manresa, 1958.....	46
Sin Nombre: Oxford (Inglaterra), verano de 1957.....	54
Marliese: Oxford (Inglaterra), 1957 - Barcelona, 1960	
New York, 1961; 1969.....	69
María: Oxford (Inglaterra), 1957 - Reykjavik (Islandia), 1964...	86
Rakel: Oxford (Inglaterra), 1958 - Kouvola (Finlandia), 1959...	111
Oili: Helsinki (Finlandia), Navidad, 1959.....	118
Ilse: Hamburgo (Alemania), Nochevieja, 1959.....	135
Jacqueline: Market Harborough (Inglaterra), 1960; 1964.....	144
Rosemary: New York, septiembre y diciembre, 1961.....	173
Ulla: Ferry de Norrtälje a Turku (Suecia - Finlandia), 1962.....	187
Leila: Forssa (Finlandia), 1962; 1963.....	200
Liisa y Siru: Lappeenranta (Finlandia), 1963.....	213
Sin Nombre: Trondheim (Noruega), verano 1963.....	230
Susan: East Lansing (Michigan, U.S.A.), 1962, 1963.....	237
Berit: Estocolmo (Suecia), Cabo Norte (Noruega), 1962; 1965..	306